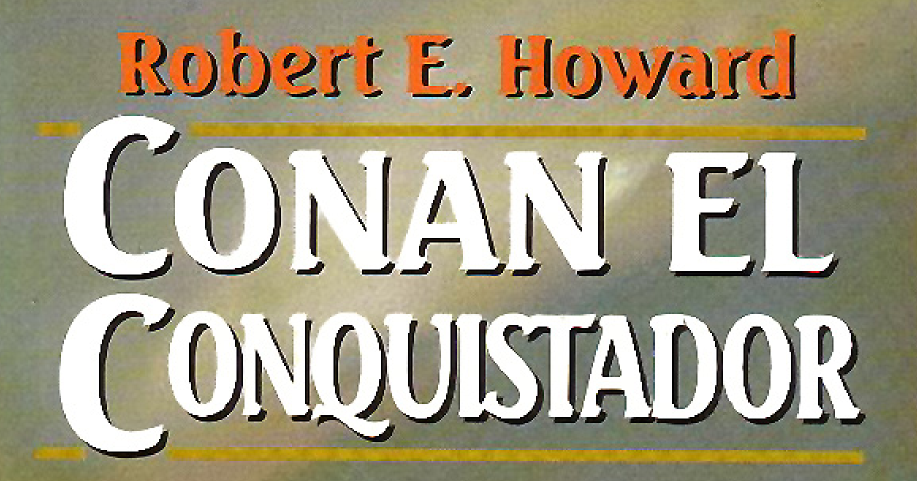


SERIE CONAN 12

Conan ya establecido como rey de Aquilonia, a los cuarenta y tantos años, tiene que hacer frente a una invasión lanzada desde la vecina Nemedia, donde unos conjurados (incluyendo traidores aquilonios emparentados con la antigua dinastia) han resucitado al brujo Xaltotun, el más poderoso hechicero de la historia, muerto desde los tiempos de Aquerón, un imperio diabólico que dominó el mundo tres mil años antes de la Era Hyboria. El concurso de la magia pronto vuelve las tornas en contra de Conan, que se ve derrotado y prisionero en Belverus, la capital de Nemedia, mientras el rumor de su muerte sume a su reino en el caos.



Robert E. Howard & L. Sprague de Camp

Conan el conquistador

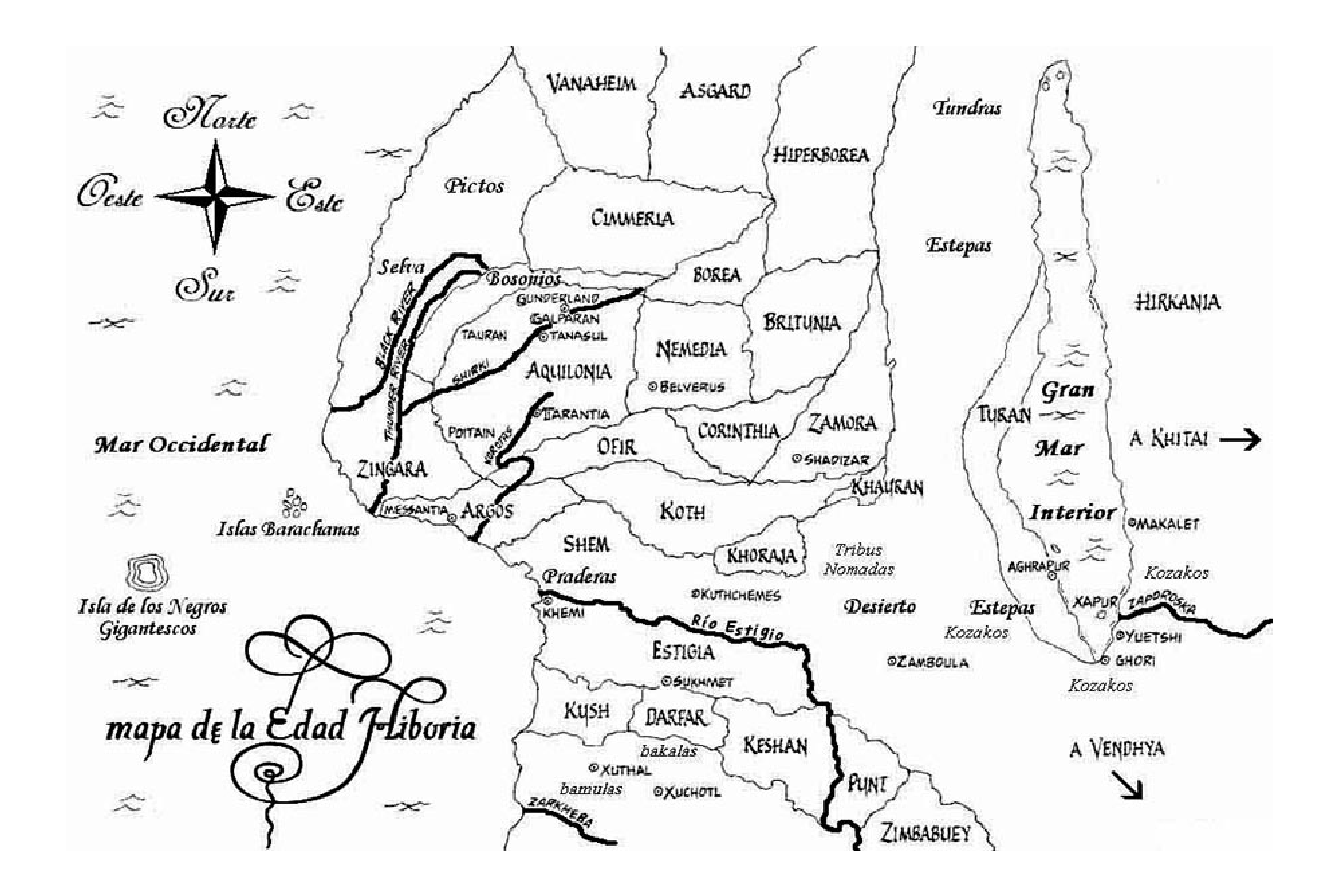
Conan: Serie Conan - 12

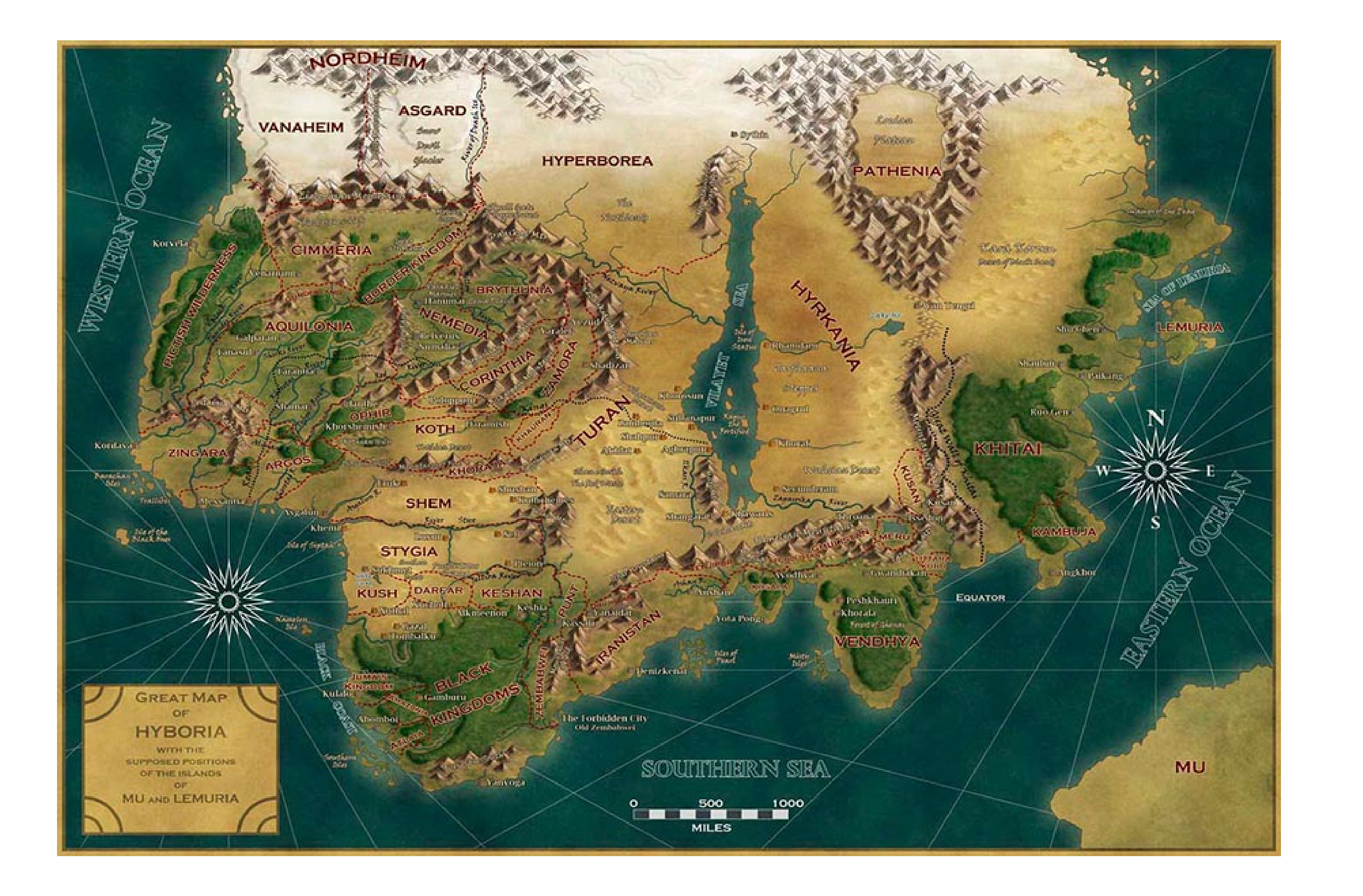
ePub r1.0
Titivillus 14.02.16

Título original: *Conan the Conqueror*
Robert E. Howard & L. Sprague de Camp, 1950
Traducción: Beatriz Oberländer

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




mapa de la Edad Hiboria
Norte
Oeste
Este
Sur
Mar Occidental
Islas Barachanas
Isla de los Negros Gigantescos
Vanaheim
Asgard
Hiperborea
Pictos
Cimmeria
Selva
Black River
Thunder River
Bosonios
Gunderland
Galparan
Tanasul
Tauran
Shirki
Aquilonia
Tarantia
Poitain
Khorotas
Zingara
Messantia
Argos
Borea
Nemedia
Belverus
Britunia
Corinthia
Zamora
Shadizar
Ofir
Khauran
Koth
Khoraja
Shem
Praderas
Khemi
Kuthchemes
Río Estigio
Estigia
Sukhmet
Kush
Darfar
Keshan
bakalas
Xuthal
bamulas
Xuchotl
Zarkheba
Punt
Zimbabuey
Tribus Nomadas
Desierto
Zamboula
Estepas
Kozakos
Tundras
Hirkania
Turan
Gran Mar Interior
Aghrapur
Xapur
Zaporoska
Yuetshi
Ghori
Makalet
A Khitai
A Vendhya


GREAT MAP OF HYBORIA WITH THE SUPPOSED POSITIONS OF THE ISLANDS OF MU AND LEMURIA
NORDHEIM
VANAHEIM
ASGARD
HYPERBOREA
PATHENIA
WESTERN OCEAN
CIMMERIA
BORDER KINGDOM
BRYTHUNIA
PICTISH WILDERNESS
AQUILONIA
NEMEDIA
CORINTHIA
ZAMORA
OPHIR
KOTH
ZINGARA
ARGOS
KHORAJA
SHEM
TURAN
STYGIA
KUSH
DARFAR
KESHAN
PUNT
IRANISTAN
ZEMBABWEI
BLACK KINGDOMS
VILAYET SEA
HYRKANIA
KUSAN
MERU
KHITAI
KAMBUJA
LEMURIA
VENDHYA
EQUATOR
EASTERN OCEAN
SOUTHERN SEA
MU
N
E
S
W
0
500
1000
MILES
Korvela
Kordava
Khemi
Kulalo
Gamburu
Keshia
Kassali
Yota Pong
Peshkhauri
Khorala
Angkhor
The Forbidden City
Old Zembabwei
Yanyoga
Khoraf
Khawarizm
Secunderam
Sultanapur
Aghrapur
Shadizar
Khorshemish
Rhamdan
Ruo Gen
Paikang
Shaulun

Introducción

Conan el Cimmerio es el héroe de unos veinticinco relatos de Robert Ervin Howard
(1906-1936)
. El autor vivió durante la mayor parte de su corta existencia en Cross Plains, Texas. Allí escribió los numerosos relatos de ficción que componen su obra: historias de detectives, deportivas, cuentos orientales y novelas del oeste. Pero el género que más fama le ha dado es el de la fantasía heroica y dentro de él, las historias de Conan.

La fantasía heroica es una historia sobrenatural que se desarrolla en un mundo imaginario: en esta tierra, tal como debió ser hace mucho tiempo o como ha de ser en el futuro o bien en otro mundo o en otra dimensión. En ese universo de fantasía todos los hombres son fuertes, las mujeres hermosas, todos los problemas son simples y la vida es una aventura. El género fue creado por William Morris a finales del siglo XIX y desarrollado por Lord Dunsany y Eric R. Eddison a principios del XX. Ellos fueron los principales inspiradores de nuestro autor.

En vida de Howard se publicaron dieciocho cuentos de Conan. Otros, desde manuscritos incompletos a meros fragmentos, se han ido descubriendo entre sus documentos a partir de 1950. Yo he tenido la suerte de preparar para su publicación dichos manuscritos y de completar algunos que eran meros esbozos.

De todas las historias de Conan, esta es la única que tiene la longitud de una novela. Fue una de las últimas que escribió antes de su triste suicidio y merece figurar entre las mejores obras de fantasía heroica, como *El gusano Ouroboros* de E. R. Eddison; *El pozo del Unicornio*, de Fletcher Pratt, y *El señor de los anillos*, de
J. R. R. Tolkien

. Aunque su valor puede ser menor en cuanto a calidad literaria o profundidad filosófica, es perfectamente comparable a estas en cuanto a acción, colorido y emoción.

A pesar de sus limitaciones como escritor, Howard era un narrador nato. Al leer las historias de Conan, el lector tiene la sensación de estar escuchándola de labios del propio héroe que, sentado ante el fuego de un hogar, recuerda sus múltiples aventuras. En literatura, la diferencia entre un narrador nato y otro que no lo es, es como la que hay entre un barco que flota y otro que se hunde. Si el escritor tiene calidad, podemos perdonarle muchos de sus errores; si no la tiene, ninguna otra virtud puede suplir sus carencias, de la misma forma que la pintura y el brillo de los bronces de un barco no pueden impedir que se hunda.

Esta novela fue publicada, en forma de serial, en *Weird Tales*, una revista que ofrecía en sus páginas, entre artículos y cuentos realmente malos, muchas historias de indudable valor literario. La presente historia de Conan apareció bajo el título, *La hora del dragón*. Cuando fue reimpresa en forma de libro se le cambió el título por el de *Conan el conquistador*. Yo he preferido mantener este último porque el primero, aunque es llamativo e intrigante, apenas tiene que ver con la historia que se narra en estas páginas. Solo he introducido unos pocos cambios en el relato para eliminar los puntos menos consistentes de la versión original.

Conan vivió, amó y luchó en la imaginaria Era Hybórea, hace unos doce mil años, entre el hundimiento de Atlantis y los umbrales de la historia escrita. Era un gigantesco aventurero bárbaro originario de Cimmeria y que, en su juventud, llega al reino de Zamora (ver mapa) donde, durante varios años, lleva una vida dedicada al saqueo y al robo. Después se enrola como soldado mercenario, primero en el reino oriental de Turan y posteriormente en los reinos hybóreos.

Al verse obligado a abandonar Argos, Conan se convierte en un pirata que asola las costas de Kush junto a su compañera Belit, una pirata shemita, y al mando de una tripulación de corsarios negros.

Después de la muerte de Belit, vuelve a trabajar como mercenario en Shem y en los reinos hybóreos cercanos. Conoce a los forajidos nómadas de las estepas del este, a los piratas del mar de Vilayet y a las tribus de las montañas Himelias, en la frontera entre

Iranistán y Vendhya.

Después de pelear en Koth y en Argos como mercenario, Conan vuelve al mar, primero como pirata de las islas Baracha y después como capitán de un navío de bucaneros zingarios. Cuando su barco es hundido por otros piratas, se aventura de nuevo en los reinos negros. Avanza hacia el norte, convirtiéndose en guardián de la frontera occidental de Aquilonia, donde combate a los salvajes pictos.

Tras dirigir la armada aquilonia y derrotar una invasión picta, Conan es atraído mediante una trampa a Tarantia, la capital, donde es encarcelado por el celoso rey Numedides. Consigue escapar e intenta preparar un levantamiento contra el rey, incapaz de dirigir con acierto su reino. Conan acaba con Numedides en su propio trono y se convierte en el gobernante del más poderoso de los reinos hybóreos.

Muy pronto, Conan se da cuenta de que no todo son rosas en la vida de un rey. En una conspiración de nobles descontentos con su reinado logran casi asesinarlo. Mediante un ardid, los reyes de Koth y Ofir lo hacen prisionero, para poder invadir fácilmente Aquilonia. Con la ayuda de otro prisionero —un brujo—, Conan logra escapar a tiempo de detener la invasión. La siguiente aventura de Conan es la que relatan estas páginas.

L. Sprague de Camp

1. ¡Oh, durmiente, levántate!

Casi dos años después de los sucesos de La Ciudadela Escarlata*, Aquilonia florece bajo el firme gobierno de Conan. El aventurero de los años anteriores se ha convertido, con el paso del tiempo y de los acontecimientos, en un gobernante responsable y eficaz. Pero se está tramando una conspiración en el vecino reino de Nemedia. Sus protagonistas, con la ayuda de siniestras hechicerías de tiempos remotos, pretenden destronar al rey de Aquilonia. Conan ha cumplido ya cuarenta y seis años y, sin embargo, el tiempo no parece haber dejado sus huellas en él, a excepción de las numerosas cicatrices que surcan su cuerpo y, tal vez, una mayor precaución con el vino y las mujeres. Ahora es también más frío, menos temperamental que en sus tormentosos años de juventud. Aunque mantiene a un harén de bellas concubinas, nunca ha tomado una esposa oficial —una reina— y, por tanto, no tiene un hijo legítimo que pueda heredar su trono. Sus enemigos pretenden sacarle el máximo partido a esta situación.*

Los cirios titilaron y las negras sombras danzaron en las paredes, al tiempo que se movían los tapices que las cubrían. Sin embargo, no había entrado la más leve ráfaga de viento en la habitación. Los cuatro hombres se encontraban de pie alrededor de la mesa de ébano, sobre la cual había un sarcófago verde que brillaba como si fuera de jade. Cada uno de los hombres llevaba un extraño cirio negro en la mano derecha, que arrojaba una luz azulada y fantasmagórica. Afuera era de noche y el viento gemía entre los árboles.

En medio del tenso silencio que reinaba en la sala, los cuatro pares de ojos permanecían fijos en la larga caja verde, cuyos

extraños jeroglíficos tallados parecían tener vida y movimiento, por efecto de la tenebrosa luz. El hombre que se encontraba al pie del sarcófago trazó con su cirio una serie de signos mágicos en el aire. Luego colocó el cirio en el candelabro de oro oscuro que había al pie del ataúd y, al tiempo que murmuraba un sortilegio ininteligible, introdujo la ancha mano blanca en su túnica ribeteada de armiño. Cuando la sacó, en su palma ardía una gema que parecía una bola de fuego vivo.

Los otros tres, sin poder disimular su asombro, respiraron hondo, y el hombre moreno y corpulento que se hallaba a la cabeza del sarcófago susurró:

—¡El corazón de Arimán!

Y levantó la otra mano para imponer silencio.

Ninguno de los presentes desvió la mirada del sarcófago. Encima de la momia, el hombre de la túnica agitaba la piedra preciosa y murmuró un encantamiento que ya era antiguo cuando Atlantis se hundió en los océanos. El fulgor de la gema cegaba a los hombres. Nada de lo que ocurría estaba claro en sus mentes. Un instante después, como si una fuerza irresistible la empujara, la tapa tallada del sarcófago saltó. Los cuatro hombres, presa de una intensa ansiedad, se asomaron al interior del ataúd y vieron una forma acartonada, encogida y reseca, con los miembros del color herrumbroso de las ramas muertas entre polvorientos vendajes.

—¿Vamos a devolver la vida a este ser? —preguntó con una risa sarcástica el hombre enjuto que se hallaba a la derecha—. Si parece a punto de deshacerse al menor contacto. Somos unos necios…

—¡Shhh!

El hombre alto, que tenía la gema en la mano, impuso silencio con un gesto autoritario. El sudor le cubría la ancha frente y las pupilas de sus ojos estaban muy dilatadas. Se inclinó nuevamente hacia adelante y, sin tocarla con sus manos, depositó sobre el pecho de la momia la ardiente piedra preciosa.

Luego retrocedió y permaneció con la mirada fija en la momia, mientras sus labios musitaban una invocación.

Era como si una bola de fuego vivo ardiera sobre el pecho muerto y reseco. De los labios de los cuatro hombres surgió una exclamación de asombro contenido. Delante de ellos estaba teniendo lugar una increíble transformación. La reseca figura del

sarcófago se agrandaba, se alargaba y crecía. Los vendajes estallaron y quedaron reducidos a polvo. Los miembros agarrotados parecieron hincharse y estirarse. El color oscuro de la piel se aclaraba lentamente.

—¡Por Mitra! —murmuró el hombre alto y rubio que estaba a la izquierda—. No era un estigio. Al menos eso es cierto.

Afuera se oían los ladridos de un perro, que parecían un lamento, como si se tratara de un sueño maligno. Y luego se dejó de oír. En el silencio que siguió, se oyó el crujido de la pesada puerta, como si alguien presionara con fuerza desde fuera intentando abrirla. El hombre del cabello rubio se volvió hacia ella, con la mano en la empuñadura de su espada, pero su compañero, el del manto con bordes de armiño, dijo con tono sibilante:

—¡Quieto! No rompas el hechizo. ¡Y por tu vida, no vayas hacia la puerta!

El hombre rubio se encogió de hombros y se volvió hacia el sarcófago. Cuando miró, se quedó atónito. En la gran caja de jade yacía un hombre vivo, un hombre alto, vigoroso, de piel blanca y barba y cabellos oscuros. Estaba desnudo, inmóvil, con los ojos abiertos e inexpresivos como los de un recién nacido. Sobre su pecho, resplandecía la gran joya.

El hombre del manto de armiño retrocedió, como si se hubiese liberado de una enorme tensión.

—¡Por Istar! —exclamó—. Es Xaltotun… ¡y vive! ¿Lo veis, Valerio, Tarascus, Amalric? ¿Lo veis? ¡Y todavía dudabais de mí! ¡Pero lo he conseguido! Esta noche hemos estado en las puertas del infierno, las formas de la oscuridad se han reunido con nosotros… sí, lo han seguido hasta la misma puerta. Pero lo importante es que hemos devuelto a la vida al gran mago.

—Y al hacerlo, hemos condenado para siempre nuestras almas —murmuró Tarascus, el hombre moreno y de pequeña estatura.

—¿Qué mayor condena que la propia vida? —dijo Valerio, mientras reía con aspereza—. Todos estamos condenados desde que nacemos. Además, ¿quién no vendería su miserable alma por un trono?

—Mira, Orastes, no hay señal alguna de inteligencia en su mirada —dijo el hombre alto.

—Ha estado muerto durante mucho tiempo —repuso Orastes—.

Es como quien despierta de un largo sueño. Parece tener la mente vacía. Pero estaba muerto, y no dormido. Hemos traído su espíritu desde las simas del olvido y de la noche. Esperad, voy a hablar con él.

Se inclinó sobre el sarcófago y, clavando su mirada en los ojos grandes y oscuros del hombre que yacía dentro, dijo lentamente:

—¡Despierta, Xaltotun!

Los labios del hombre del sarcófago se movieron de manera casi imperceptible.

—Xaltotun… —repitió en voz baja.

—¡Sí, tú eres Xaltotun! —dijo Orastes, como un hipnotizador que intenta sugestionar a su víctima—. Tú eres Xaltotun de Python, del reino de Aquerón.

Una tenue luz brilló en los ojos oscuros.

—Yo era Xaltotun —susurró—. Ahora estoy muerto.

—No, ya no estás muerto. ¡Vuelves a vivir! —contestó Orastes.

—Soy Xaltotun y estoy muerto —continuó el murmullo sobrenatural—. Dejé de existir en mi casa de Khemi, en Estigia; allí he muerto.

—Y los sacerdotes que te envenenaron momificaron luego tu cuerpo para conservar, mediante sus negras artes, todos tus órganos. ¡Pero ahora vuelves a la vida! El Corazón de Arimán te ha devuelto a la existencia, ha atraído tu alma desde los abismos del espacio y de la eternidad.

—¡El Corazón de Arimán! —musitó el hombre, como si comenzara a recordar con claridad—. ¡Los bárbaros me lo arrebataron!

—Ya recuerda —dijo Orastes—. Vamos, sacadlo del sarcófago.

Los otros obedecieron con muecas de disgusto, como si les repugnase tocar al hombre al que ellos mismos habían devuelto a la vida. Y no parecieron tranquilizarse mucho más cuando notaron en sus dedos la carne firme y musculosa, vibrante de sangre y de vida. Pero finalmente lo colocaron sobre la mesa y Orastes lo cubrió con una extraña túnica de terciopelo negro adornaba con estrellas de oro y luna crecientes. Luego le puso una cinta dorada en la frente para sujetar la negra cabellera de Xaltotun, que le caía sobre los hombros. El renacido no hablaba, ni siquiera cuando, con sumo cuidado, lo sentaron en un sillón, que parecía un brillante trono con

su gran respaldo de ébano, brazos de plata y patas que semejaban las doradas garras de un animal. Xaltotun permanecía inmóvil, pero poco a poco la vida volvía a sus ojos oscuros que se hacían más profundos y luminosos. Aquellos ojos parecían antorchas embrujadas que llegaban flotando lentamente a través de las tinieblas de la noche.

Orastes miró furtivamente a sus compañeros que estaban pendientes, con mórbida fascinación, de su extraño huésped. Aquellos hombres, de nervios templados, estaban resistiendo una prueba que, tal vez, hubiera vuelto locos a seres más débiles. Orastes sabía que no estaba conspirando junto a cobardes pusilánimes, sino que aquellos eran hombres de valor tan comprobado como su ambición ilimitada y su falta de escrúpulos. Volvió su atención a la figura que se hallaba sentada en el sillón de ébano y que, por fin, habló.

—Ahora lo recuerdo todo —dijo el resucitado, hablando con una voz fuerte y llena de resonancias, en un nemedio curiosamente arcaico—. Soy Xaltotun y fui sumo sacerdote de Set en Python, en el reino de Aquerón. El Corazón de Arimán… he soñado que lo hallaba de nuevo. ¿Dónde está?

Orastes lo colocó en la mano del sacerdote, que contuvo el aliento mientras contemplaba la terrible y misteriosa joya que lanzaba ardientes reflejos sobre la pálida piel del resucitado.

—Me lo robaron hace ya mucho tiempo —dijo—. Es el corazón rojo de la noche, el que salva o condena. Vino desde muy lejos, hace mucho tiempo. Mientras lo tuve conmigo, nadie osó enfrentarse a mí. Pero me lo robaron, Aquerón cayó y tuve que huir a la oscura Estigia. Sí, recuerdo muchas cosas, pero también son muchas las que he olvidado. Estuve en una tierra lejana, más allá de los océanos y de las aguas brumosas. Decidme, ¿en qué año estamos?

—Está acabando el año del León —le contestó Orastes—, tres mil años después de la caída de Aquerón.

—¡Tres mil años! —murmuró Xaltotun—. ¡Cuánto tiempo! Y vosotros, ¿quiénes sois?

—Yo soy Orastes, en otra época sacerdote de Mitra. Este es Amaine, barón de Tor, de Nemedia. El alto es Valerio, legítimo heredero del trono de Aquilonia.

—¿Por qué me habéis devuelto la vida? ¿Qué queréis de mí? —preguntó Xaltotun.

Estaba completamente despierto y su mirada vivaz reflejaba la actividad de un cerebro despejado. No había duda ni atisbo de incertidumbre en su modo de actuar. Iba directamente al grano, como el que conoce que no hay efecto sin causa. Orastes le habló con la misma franqueza y dijo:

—Esta noche hemos abierto las puertas del infierno para liberar tu alma y devolverla a tu cuerpo, y lo hemos hecho porque necesitamos tu ayuda. Queremos el trono de Nemedia para Tarascus, y para Valerio la corona de Aquilonia. Con tus artes de nigromancia puedes ayudamos.

Los otros comprobaron entonces que la mente de Xaltotun estaba llena de inesperados recovecos.

—Tú mismo tienes que ser muy hábil en estas artes, Orastes —dijo Xaltotun—, puesto que has sido capaz de devolverme a la vida. Pero me pregunto cómo es posible que un sacerdote de Mitra conozca el Corazón de Arimán y los encantamientos de Skelos.

—He dejado de ser sacerdote de Mitra —contestó Orastes—. Fui expulsado de la Orden por mi inclinación a la magia negra. Si no hubiese sido por Amalric, me habrían quemado vivo, por brujo.

»Desde entonces tuve la libertad necesaria para proseguir mis estudios. Viajé por Zamora, por Vendhya, por Estigia y por las encantadas tierras de Khitai. Leí los libros encuadernados con tapas de hierro que hay en Skelos y hablé con criaturas desconocidas, habitantes de los pozos profundos y de las densas selvas. Descubrí tu sarcófago en la misteriosa cripta que hay debajo del gigantesco templo negro de Set, en Estigia, y aprendí las artes para devolver la vida a tu reseco cuerpo. Por viejos manuscritos me enteré de todo lo que se refiere al Corazón de Arimán. Luego, durante un año, estuve buscando su escondrijo, y al fin lo encontré».

—Entonces, ¿por qué molestarse en devolverme la vida? —preguntó Xaltotun, mientras fijaba su penetrante mirada en el antiguo sacerdote de Mitra—. ¿Por qué no has usado el Corazón para aumentar tu propio poder?

—Porque no hay ningún hombre en el mundo que conozca bien los secretos del corazón de Arimán —dijo Orastes—. Ni siquiera en las leyendas se han contado las artes que pueden liberar los poderes

ilimitados de esa gema. Yo sabía únicamente que podía devolverte la vida, pero ignoro sus verdaderas posibilidades. Una vez resucitado es cuando podemos utilizar tu sabiduría, porque solo tú conoces a fondo los ocultos poderes de esa piedra preciosa.

Xaltotun movió dubitativamente la cabeza y se quedó contemplando fijamente la fulgurante piedra.

—Mis poderes nigrománticos son mayores que la suma de los que poseen todos los hombres juntos —dijo—. Y a pesar de ello, no tengo un poder absoluto sobre la joya. Yo no la utilicé en el pasado; tan solo la guardaba celosamente para que nadie la empleara contra mí. Me la robaron, y cayó en manos de un brujo de los bárbaros que derrotó mi poderosa hechicería. Luego la gema desapareció y yo caí prisionero de los sacerdotes estigios, antes de que pudiera saber dónde estaba oculta.

—Estaba escondida en una cripta, debajo del templo de Mitra, en Tarantia —afirmó Orastes—. Lo supe después de grandes dificultades, cuando ya había localizado tus restos en el templo subterráneo de Set, en Estigia.

»Unos ladrones zamorios, protegidos por ciertos sortilegios que aprendí de fuentes que prefiero no revelar, robaron tu sarcófago a quienes lo guardaban en el templo; transportada en una caravana de camellos, luego en galera y por fin en una carreta tirada por bueyes, la caja llegó hasta esta ciudad.

»Aquellos mismos ladrones, los que sobrevivieron después de la peligrosa aventura, robaron el Corazón de Arimán de su sombría cripta del templo de Mitra. La habilidad de los hombres y el poder de mis hechizos apenas sirvieron, y la empresa estuvo a punto de fracasar. Uno de los ladrones vivió lo suficiente como para hacerme llegar la gema. Antes de morir me contó, lleno de espanto, lo que había visto en aquella cripta maldita. Los ladrones de Zamora saben cumplir sus tratos. Aun contando con la fuerza de mis conjuros, solo esos hombres hubieran podido robar el Corazón del tétrico lugar en el que se hallaba escondido desde la caída de Aquerón, hace ya unos tres mil años».

Xaltotun levantó su orgullosa cabeza y dejó vagar la mirada hacia lo lejos como si rememorara acontecimientos ocurridos muchos milenios antes. Luego dijo:

—¡Tres mil años! ¡Por Set, decidme cómo es el mundo en la

actualidad, cómo están repartidos los imperios!

—Los bárbaros que destruyeron Aquerón fundaron más tarde nuevos reinos —explicó Orastes—. Donde antes estaba Aquerón se alzan ahora los reinos de Aquilonia, Nemedia y Argos. Otros reinos más antiguos, los de Ofir, Corinthia y Koth occidental, que habían estado sometidos a los reyes de Aquerón, recuperaron su independencia con la caída del Imperio.

—¿Y que sucedió con las gentes de Aquerón? —preguntó Xaltotun—. Cuando huí a Estigia, Pitonia se hallaba en ruinas y las grandes ciudades aqueronias, que en otros tiempos miraban orgullosas desde sus altas torres doradas, habían sido arrasadas por los bárbaros y estaban bañadas en sangre.

—En las montañas todavía quedan pequeñas tribus que dicen descender del pueblo de Aquerón —dijo Orastes—. A los otros, la marea desatada por mis antecesores bárbaros los arrolló, aniquilándolos.

Los bárbaros, mis antepasados, habían sufrido mucho bajo el yugo de los reyes aqueronios.

El sacerdote resucitado habló mientras una sonrisa hosca y terrible se dibujaba en sus labios:

—Así fue. Muchos bárbaros, hombres y mujeres, murieron gritando en los altares. Cuando los reyes regresaban de sus incursiones al oeste, traían como botín largas filas de bárbaros cautivos. Yo he visto en la gran plaza de Python sus cabezas apiladas en espantosas pirámides.

—Por eso —dijo Orastes— cuando llegó el día de la venganza, no hubo reposo para la espada. Así desapareció Aquerón, y la altiva Python se quedó en un brumoso recuerdo de tiempos remotos. Otros reinos más jóvenes se alzaron entonces sobre las ruinas del antiguo reino destruido. Te hemos devuelto a la vida para que nos ayudes a dominarlos. Esos reinos no tienen el esplendor del antiguo reino de Aquerón, pero son ricos, poderosos, dignos de que se luche por ellos. ¡Mira!

Orastes sacó un mapa y lo desplegó ante el extranjero. Xaltotun lo miró y movió la cabeza, asombrado.

—Hasta los propios contornos de la tierra han cambiado —dijo —. Es como si estuviera viendo algo muy conocido pero distorsionado por la bruma de un sueño.

—Aquí está Belverus, la capital de Nemedia, donde nos hallamos ahora —explicó Orastes, mientras señalaba en el mapa—. Estos son los límites de la tierra de Nemedia. Ofir y Corinthia se encuentran al sudeste, al este se halla Brythunia y al oeste Aquilonia.

—Es el mapa de un mundo que no conozco —dijo Xaltotun.

Orastes percibió el destello de odio que brilló en los oscuros ojos del pythonio.

—Es un mapa que puedes ayudarnos a cambiar —contestó Orastes—. Primero queremos instalar a Tarascus en el trono de Nemedia, pero sin lucha y sin que caiga la más mínima sospecha sobre él, pues no deseamos ver estas tierras divididas por una guerra fraticida porque necesitamos reservar todas nuestras energías para la conquista de Aquilonia.

»Si el rey Nimed y sus hijos muriesen de forma natural, una plaga, por ejemplo, Tarascus sería coronado como el heredero legítimo, pacíficamente, sin oposición».

Xaltotun asintió con la cabeza y Orastes prosiguió su explicación.

—El paso siguiente es más difícil —dijo—. No podemos colocar a Valerio en el trono de Aquilonia sin desencadenar una guerra, y ese reino es un formidable enemigo. Sus habitantes son recios y belicosos; están curtidos en la guerra por sus continuos enfrentamientos con los pictos, los zingarios y los cimmerios. Durante quinientos años, los aquilonios y los nemedios han estado en lucha permanente, y siempre la mejor parte ha sido para los aquilonios.

»Su actual rey es el guerrero más famoso de todo Occidente y sin embargo es un extranjero, un mercenario que se apoderó de la corona por la fuerza durante una guerra interna, y que estranguló al rey Numedides con sus propias manos cuando se hallaba en el trono. Ese aventurero se llama Conan, y no hay nadie que pueda enfrentársele en combate.

»Valerio es el heredero legítimo del trono. Marchó al exilio expulsado por su real pariente, Numedides, y estuvo lejos de su tierra durante muchos años, pero por sus venas corre la sangre de la antigua dinastía. Muchos nobles desearían ver a Conan desposeído de la corona porque no tiene linaje real y ni siquiera es de ascendencia noble. Pero el pueblo le guarda lealtad, al igual que los

barones de las provincias periféricas. Si sus tropas fuesen derrotadas, si Conan muriese, creo que no resultaría difícil coronar a Valerio, porque Conan, que es un aventurero solitario, no forma parte de dinastía alguna y ni siquiera tiene herederos legítimos».

—Me gustaría ver a ese rey —musitó Xaltotun mientras miraba al espejo que formaba uno de los paneles de la pared.

Aquel extraño espejo no devolvía reflejo alguno, pero por su expresión, Xaltotun dio a entender que comprendía lo que esperaban de él. Orastes asintió con gesto de orgullo, como lo hace un buen artesano elogiado por su maestro.

—Trataré de enseñártelo —contestó Orastes y, tras sentarse ante el espejo, miró intensamente la lámina plateada donde comenzó a tomar forma una imagen borrosa.

Los presentes sabían perfectamente que lo que estaban viendo no era sino la imagen reflejada del pensamiento de Orastes. La silueta tembló levemente y al fin se dibujó con claridad. Entonces pudo verse un hombre alto, de hombros poderosos y torso amplio, cuello robusto y miembros musculosos.

Estaba vestido de seda y terciopelo, con los leones reales de Aquilonia bordados en oro sobre el rico jubón. La corona del reino brillaba sobre su melena oscura recortada en la frente. La enorme espada que llevaba en el costado parecía en él más natural que el atuendo de rey. Tenía ojos azules y ardientes.

El rostro oscuro, casi siniestro por su expresión y por las pequeñas cicatrices que lo cubrían, era, sin duda, el de un guerrero. Su traje de terciopelo no podía ocultar el aspecto felino de sus recios miembros.

—¡Este hombre no es un hiborio! —dijo Xaltotun con extrañeza.

—No, es cimmerio, uno de esos bárbaros de las tribus que habitan los montes sombríos del norte.

—Hace mucho tiempo, luché contra sus antepasados —añadió Xaltotun—. Ni siquiera los reyes de Aquerón pudieron llegar a dominarlos.

—Y todavía son el terror de las naciones del sur —dijo Orastes —. Él es un verdadero hijo de aquella raza salvaje que ha demostrado ser invencible en la batalla.

Xaltotun no contestó. Siguió sentado, contemplando la resplandeciente gema que brillaba en su mano. La imagen del

espejo se había desvanecido y afuera el perro volvió a aullar larga y estremecedoramente.

2. Sopla un viento oscuro

El Año del Dragón había traído la guerra, la plaga y la inquietud. La peste negra se extendía por las calles de Belverus golpeando sin distinción, al mercader en su tienda, al siervo en el campo y al noble en su palacio. Nada podían las artes de los médicos frente a aquella epidemia virulenta. Entre las atemorizadas gentes se propagaba la convicción de que la peste había sido enviada como castigo por los pecados de orgullo y lujuria. La enfermedad era rápida y mortal como la picadura de una víbora. El cuerpo de la víctima se volvía rojo, luego negro, y al cabo de unos minutos el enfermo agonizaba y el hedor de su propia putrefacción lo envolvía antes de morir. Un viento cálido soplaba incesantemente desde el sur. Las cosechas se agostaban en los campos y el ganado se desplomaba sobre los prados resecos.

Las gentes imploraban a Mitra mientras empezaban a murmurar contra el rey. Se propagaba el rumor de que el soberano se entregaba secretamente a odiosas prácticas de hechicería durante la noche en los recintos más apartados del palacio. Y fue entonces que la muerte asoló el palacio real de forma siniestra. En una sola noche murieron el rey y sus tres hijos, y el sonido de los tambores que comunicaban la infausta noticia, apagó el lúgubre tintineo de las campanillas que anunciaban el paso de las carretas cargadas con los corrompidos cadáveres de los apestados.

Esa noche, poco antes del amanecer, el viento ardiente que había soplado durante las últimas semanas, cesó misteriosamente. Del norte llegaron ráfagas huracanadas y, más tarde, entre fuertes relámpagos y truenos, cayó una lluvia torrencial.

Al amanecer todo había cambiado.

Los prados resecos estaban ahora cubiertos de frondosa hierba. Las agostadas cosechas habían recuperado su lozanía y por fin la

peste negra había desaparecido.

La gente aseguraba que los dioses estaban satisfechos porque el malvado rey y todos sus descendientes habían muerto. Cuando su joven hermano, Tarascus, fue coronado en el gran salón del trono del palacio, el pueblo vitoreó, alborozado, al nuevo monarca, a quien las propias deidades favorecían.

Un frenético entusiasmo hizo presa entre la muchedumbre y la euforia desatada hacía presagiar una nueva expedición de conquista. Lo cierto es que nadie se sorprendió cuando el rey Tarascus rompió la tregua establecida por el difunto monarca con sus vecinos del oeste y reunió a un ejército para invadir Aquilonia. Emisarios proclamaron a los cuatro vientos la decisión del rey, hasta hacer de la empresa una cruzada. Tarascus apoyaba la causa de Valerio como «legítimo heredero del trono» y se presentaba a sí mismo, no como un enemigo de Aquilonia, sino en verdad como el libertador que salvaría al pueblo de la tiranía de un extranjero usurpador de la corona.

Y así, los preparativos para la guerra prosiguieron con toda celeridad y entusiasmo.

Llegó el día. El rey y sus aliados emprendieron la marcha hacia el oeste, al frente de un ejército de cincuenta mil hombres, formado por caballeros de relucientes armaduras, infantes armados con picas y alabardas y arqueros con jubones de cuero. Cruzaron la frontera, tomaron un castillo y saquearon y quemaron tres pueblos de la montaña. Luego, en el valle del río Valkia, tres leguas al oeste de la frontera, avistaron a las huestes de Conan, el rey de Aquilonia. Eran cuarenta y cinco mil hombres —caballeros, arqueros y alabarderos—, lo más selecto de los guerreros de Aquilonia. No estaban todavía los caballeros de Poitain, dirigidos por Próspero, que debían atravesar todo el reino, desde el extremo sudoeste, para llegar al lugar de la batalla. Tarascus había roto las hostilidades sin previo aviso, y la invasión se había producido apenas llegado al trono, sin que mediase ninguna declaración de guerra.

En un ancho valle circundado por montes abruptos, se enfrentaron los dos ejércitos. Por el centro del valle, un río de escasa profundidad serpenteaba entre juncos y zarzales. Las dos formaciones se encaminaron hacia el río deteniéndose a cada una de las orillas. Los últimos rayos del sol brillaron sobre el dragón

escarlata que lucía sobre la bandera dorada de Nemedia. El viento del anochecer hacía ondear el pendón sobre la tienda del rey Tarascus, en lo más alto de una colina cercana a los riscos del este. La sombra de las montañas del oeste caía como un espeso manto oscuro sobre las tiendas del ejército de Aquilonia, envolviendo al negro estandarte, con el león dorado, que ondeaba sobre el pabellón del rey Conan.

Toda la noche ardieron las hogueras en el fondo del valle y el viento apagaba el paso sordo de los centinelas que recorrían los límites de los campamentos.

No había amanecido aún cuando el rey Conan, tumbado sobre un lecho recubierto de pieles, de despertó agitado. Se puso en pie de un salto y, mientras empuñaba la espada, comenzó a gritar con fuerza. Pallantides, su comandante, al oír aquellos gritos corrió hacia él y vio al rey erguido, con la mano en la empuñadura del arma y con el rostro intensamente pálido y perlado de un sudor frío.

—¡Majestad! —dijo Pallantides—. ¿Ocurre algo?

—¿Qué sucede en el campamento? —preguntó Conan—. ¿Están los centinelas en sus puestos?

—Quinientos jinetes patrullan las orillas del río. Los nemedios afirmaron que no atacarían durante la noche. Esperan al amanecer, igual que nosotros. —¡Por Crom! Me desperté con la sensación de que una maldición caía sobre mí esta noche.

El cimmerio levantó los ojos hacia la gran lámpara dorada que proyectaba un suave fulgor sobre las cortinas de terciopelo y las alfombras que cubrían la tienda. Los dos hombres estaban solos; ni un solo paje, ni un esclavo dormían, aparte del rey, en el alfombrado suelo. Los ojos de Conan brillaban como no lo habían hecho ante los más grandes peligros, y sus manos temblaban. Pallantides lo miró inquieto.

Entonces Conan se puso en tensión, como escuchando algo.

—¿No oyes? —dijo el rey entre dientes—. ¡Son pasos furtivos!

—Siete caballeros vigilan tu tienda. Majestad —contestó Pallantides—. Nadie podría acercarse aquí sin ser detenido.

—No es afuera. Los pasos parecen resonar dentro de la tienda.

Pallantides echó una rápida mirada recelosa a su alrededor. El general negó con la cabeza y dijo:

—Aquí no hay nadie, mi señor. Recuerda que duermes rodeado

de tus hombres.

—He visto cómo la muerte se apoderaba de un rey rodeado de miles de soldados. Hay algo que anda por aquí y que no podemos ver…

—Quizás haya sido una pesadilla, Majestad —dijo Pallantides, turbado.

—Sí, he tenido un sueño infernal. Volvía a recorrer los duros caminos que tuve que andar hasta llegar a ser rey.

Luego Conan permaneció en silencio y Pallantides lo miró sin decir nada. Para el general, al igual que para el resto de sus súbditos, el rey era un verdadero enigma. Pallantides solo sabía que el soberano había llevado una vida agitada con grandes altibajos, hasta que un golpe de suerte lo llevó hasta el trono de Aquilonia.

—Veía otra vez el campo de batalla en el que nací —dijo el cimmerio, que ahora estaba sentado y apoyaba su barbilla en el puño—. Luego me vi con un taparrabos de piel de pantera cazando fieras en la selva. Más tarde como mercenario, luego como jefe de los kozakos que habitan las orillas del río Zaporoska, como corsario asolando las costas de Kush, como pirata de las islas Baracha y como jefe de los montañeses de Himelia. Todo eso ha sido mi vida y todo lo he soñado. Cada una de mis personalidades en las distintas épocas de mi vida han desfilado como una procesión interminable y he oído resonar mis pasos con fuerza, levantando el polvo de los caminos.

»En el sueño se movían extrañas figuras veladas, sombras fantasmagóricas y una voz lejana que se burlaba de mí. Al final me veía tendido sobre las pieles de mi tienda. Una sombra se inclinaba hacia mí y yo no podía moverme. Luego, el embozo de la capa que cubría a ese ser se echó hacia atrás y entonces vi una calavera que me miraba sonriente. En ese instante me desperté.

—Ha sido un mal sueño. Majestad —dijo Pallantides, estremeciéndose—. Tan solo eso, señor.

Conan movió la cabeza en un gesto de duda, más que de negación. Descendía de una raza bárbara y las supersticiones de su legado ancestral afloraban desde su memoria.

—He tenido pesadillas muchas veces —dijo—, y casi siempre carecían de sentido. ¡Pero, por Crom!, ¡este sueño fue distinto! Quisiera que esta batalla comenzase pronto y quisiera ganarla,

porque he tenido sombrías premoniciones desde que el rey Nimed murió víctima de la peste negra. ¿Por qué habrá cesado la plaga justo cuando él dejó de existir?

—La gente asegura que era un pecador…

—La gente es necia —dijo Conan ásperamente—. Si la peste atacara a todos los pecadores, por Crom, no quedaría nadie para contarlo. ¿Por qué los dioses que, según dicen los sacerdotes, son justos, habrían de dar muerte a tantos campesinos, mercaderes y nobles antes de acabar con el rey, si la peste iba destinada a él? ¿Es que los dioses apuntan ciegamente, como un arquero en la niebla? Por Mitra, si yo no hubiese apuntado con más acierto, Aquilonia habría tenido un nuevo rey mucho antes.

»No, yo creo que la peste negra no es una plaga normal; está escondida en las tumbas de Estigia y solo aparece mediante el conjuro de los hechiceros. Yo era espadachín del ejército del príncipe Almuric cuando invadimos Estigia; de los treinta mil hombres que componían sus huestes, quince mil murieron bajo las flechas estigias. Todos los demás fueron víctimas de la peste negra, que cayó sobre nosotros como el viento del sur. Yo fui el único sobreviviente.

—Pero en Nemedia solo murieron quinientas personas —dijo Pallantides.

—Aquel que llamó a la peste supo cómo hacerla desaparecer cuando le convino. Estoy convencido de que fue algo premeditado y diabólico. Alguien trajo la terrible enfermedad y después la hizo desaparecer, cuando concluyó su tarea. Tarascus sentado en el trono, alabado por el pueblo por haber aplacado la ira de los dioses. Por Crom que detrás de toda esta historia no puede haber sino una mente negra y sutil. ¿Qué se sabe acerca de ese extranjero que, según se dice, es el consejero de Tarascus?

—Dicen que procede de Estigia —contestó Pallantides—, y que usa un velo.

—¡Un extranjero de Estigia! Yo diría un extranjero del infierno —dijo Conan—. ¡Eh!, ¿qué es eso? —¡Las trompetas de los nemedios! Y escucha también, mi señor, cómo responden los nuestros…

Comienza el día, los capitanes preparan el ejército para la batalla. Que Mitra los ayude, porque muchos no verán la puesta del

sol.

—¡Llama a mis escuderos! —dijo el cimmerio poniéndose en pie rápidamente, mientras se despojaba de su atuendo nocturno de terciopelo.

Parecía haber olvidado sus sombrías premoniciones ante la inminente perspectiva de la lucha.

—Supervisa la labor de los capitanes, Pallantides. Que todo esté a punto. Estaré contigo en cuanto me ponga la armadura.

Que Conan desease dormir solo y sin escolta en su tienda, resultaba inexplicable para sus vasallos.

Pallantides salió rápidamente del pabellón haciendo resonar la armadura que se había puesto antes del amanecer, tras escasas horas de sueño. El campamento comenzaba a bullir de actividad, los soldados se movían agitadamente a la pálida luz de la mañana, entre las filas de tiendas.

Pallantides se dirigió a una tienda más pequeña en la que dormían los escuderos reales, que ya estaban preparándose, alertados por las trompetas. Mientras Pallantides les decía que se dieran prisa, escuchó un fuerte grito y el ruido de un violento golpe en el interior del pabellón real. E inmediatamente, el sonido que hace un cuerpo al caer. El corazón pareció paralizarse en su pecho.

Luego escuchó una risa sorda y siniestra.

Pallantides corrió hacia la tienda del rey. Cuando entró no pudo reprimir una exclamación: Conan se hallaba tendido sobre las alfombras, en el suelo. Cerca de él se veía la gran espada y un poste destrozado del pabellón indicaba el lugar en el que el rey había golpeado con su arma. Pallantides desenvainó la suya a su vez y registró toda la tienda. No había nadie y nada parecía haber cambiado, excepto el poste destrozado.

—¡Majestad! —dijo Pallantides mientras se arrodillaba al lado del gigante caído.

Conan tenía los ojos abiertos y estaba completamente consciente. Sus labios se contrajeron, pero ningún sonido salió de ellos. El rey parecía incapaz de moverse.

Afuera se oyeron voces y Pallantides se incorporó rápidamente, encaminándose hacia la puerta del pabellón. Allí estaban los escuderos reales y también los caballeros que vigilaban la tienda.

—Hemos oído ruidos extraños dentro del pabellón —dijo uno de

los caballeros—. ¿Se encuentra bien el rey?

Pallantides lo miró inquisitivamente y preguntó:

—¿Habéis visto a alguien entrando o saliendo esta noche de la tienda del rey?

—A nadie más que a ti, mi general —contestó el caballero.

Pallantides supo que decía la verdad.

—El rey… se ha caído y se le ha escapado la espada —dijo Pallantides—. Puedes volver a tu puesto.

Mientras el noble regresaba a su puesto de guardia, el general hizo una discreta seña a los cinco escuderos reales para que entraran con él en el pabellón y luego cerró cuidadosamente la entrada con la cortina. Los cinco escuderos palidecieron al ver a su rey tendido sobre la alfombra. Un gesto de Pallantides contuvo a tiempo sus exclamaciones.

El general se inclinó de nuevo sobre Conan, que intentaba hablar. Las venas de sus sienes y los músculos del cuello se le hincharon con el esfuerzo. Al fin levantó un poco la cabeza del suelo y balbució unas palabras apenas inteligibles.

—¡La cosa… la cosa que estaba en la esquina de la tienda!

Pallantides miró a su alrededor, desconfiado, y solo vio los pálidos rostros de los escuderos y las sombras aterciopeladas que proyectaban los candiles. No pudo ver nada más.

—Aquí no hay nadie. Majestad —dijo el general.

—Estaba ahí, en ese rincón —murmuró el rey agitando su melena como un león, y moviendo la cabeza de lado a lado en un esfuerzo por levantarse—. Era un hombre, o al menos eso parecía. Estaba envuelto en vendajes, como una momia, y llevaba un manto polvoriento y una capucha. Lo único que pude ver fueron sus ojos cuando estaba ahí, agazapado en la penumbra. Al principio creí que se trataba solo de una sombra, hasta que vi sus ojos que parecían dos gemas negras.

»Me abalancé sobre él empuñando mi espada. Pero no sé cómo, fallé el golpe y rompí el poste del pabellón. Entonces, cuando perdí el equilibrio, me aferró por la muñeca y sentí que sus dedos me quemaban como un hierro ardiente. Entonces las fuerzas me abandonaron y caí al suelo. Luego comprobé que se había marchado, pero yo seguía ahí, tirado en el suelo y ¡maldito sea! ¡No puedo moverme, estoy paralizado!».

Pallantides levantó un brazo del gigantesco rey y sintió un escalofrío. En la muñeca de Conan se veían las marcas azules de unos dedos largos y delgados. ¿Qué mano pudo haber apretado tan fuerte como para dejar una señal semejante en su poderosa muñeca? Pallantides recordó entonces la risa callada que había escuchado cuando corría hacia la tienda y un sudor frío perló su frente. Estaba seguro de que no era Conan el que se había reído.

—¡Esto es obra del diablo! —dijo uno de los escuderos—. ¡La gente murmura que los seres de la oscuridad combaten a favor de Tarascus!

—¡Silencio! —ordenó secamente Pallantides.

Afuera el alba ya apuntaba en el cielo. Una ligera brisa descendía de las montañas vecinas, trayendo el eco de mil trompetas. Al oír aquel estruendo, el cuerpo del rey se estremeció compulsivamente. De nuevo se le hincharon las venas de las sienes cuando trató de romper las invisibles ataduras que lo subyugaban.

—Colocadme la armadura y luego atadme a la silla del caballo —dijo Conan—. Voy a dirigir el ataque, cueste lo que cueste.

Pallantides negó con la cabeza, pero entonces un escudero habló:

—Mi señor, si los soldados se enteran de que el rey se halla incapacitado, estamos perdidos. ¡Solo él nos puede conducir a la victoria!

—Ayudadme a levantarlo del suelo —dijo el general—. Que repose en el lecho de pieles.

Los demás obedecieron y trasladaron al inerme gigante hasta el lecho. Luego lo cubrieron con un manto de seda. Pallantides se volvió hacia los cinco caballeros y escrutó sus pálidos rostros antes de hablar. Por fin dijo:

—Hay que guardar el secreto más absoluto acerca de lo que ha ocurrido en esta tienda. El reino de Aquilonia depende de ello. Uno de vosotros que vaya a buscar al oficial Valannus, el capitán de los lanceros poitanos.

El último escudero que había hablado saludó y salió rápidamente de la tienda. Pallantides siguió contemplando al rey mientras, fuera, el sol conquistaba el horizonte, los tambores resonaban y aumentaba el estrépito de la multitud armada. Poco después regresó el escudero con el oficial que Pallantides había

mandado llamar. Era un hombre alto y fornido, de constitución parecida a la del rey.

Como él, tenía el cabello oscuro, pero sus ojos eran de color gris y su rostro en nada recordaba al de Conan.

—El rey está aquejado de una extraña enfermedad —dijo Pallantides—. Sobre ti, capitán, va a recaer un gran honor. Hoy vestirás su armadura, montarás su caballo y encabezarás las tropas. Nadie debe sospechar que no es el rey el que cabalga al frente de sus huestes.

—Es un honor por el cual muchos hombres darían con gusto la vida —dijo el capitán, emocionado—. ¡Quiera Mitra que mi ataque no desmerezca el valor de Su Majestad!

Mientras el rey, tendido en el lecho, reflejaba en sus ojos la amarga ira y la humillación que lo consumían, los escuderos colocaron a Valannus la armadura de Conan, con las placas negras y el yelmo rematado por una cimera de plumas oscuras. Luego le pusieron el jubón con el león real bordado en el pecho y le ciñeron el cinturón con hebilla de oro que sostenía la espada de hoja ancha y empuñadura enjoyada. Fuera de la tienda, las trompetas volvieron a resonar, las armas dejaron oír sus chasquidos metálicos y un intenso rugido se alzó del otro lado del río a medida que los distintos escuadrones de caballería ocupaban posiciones.

Valannus, armado como Conan, dobló la rodilla e inclinó la emplumada cabeza ante la figura del soberano que yacía sobre las pieles.

—Señor, rey mío —dijo—. Quiera Mitra que no deshonre las armas que llevo en esta gran ocasión.

—¡Tráeme la cabeza de Tarascus, y te haré noble! —contestó Conan.

El rey, angustiado por su estado, había olvidado sus modales civilizados. Le rechinaban los dientes y sus ojos brillaban con la sed de sangre de los bárbaros habitantes de Cimmeria.

3. La hecatombe

Las huestes aquilonias estaban preparadas, formando largas líneas cerradas de lanceros y caballeros de reluciente armadura, cuando un hombre gigantesco, cubierto por una armadura negra y brillante, salió del pabellón real y se dirigió a su corcel negro. Ayudado por cuatro de sus escuderos montó su caballo, al tiempo que de las huestes surgió un rugido que hizo estremecer los montes vecinos. Todos los soldados, los caballeros con armaduras, los albarderos con cotas de malla y sencillos bacinetes y los laqueros de jubones de cuero, que llevaban grandes arcos en su mano izquierda, blandieron sus armas y aclamaron a su rey guerrero.

Las tropas del otro lado del valle ya estaban en movimiento, los caballos trotaban por la suave pendiente, en dirección al río. Sus armas relucían entre la ligera bruma del amanecer que parecía enredarse en las patas de los animales.

Los aquilonios se encaminaron sin prisa al encuentro de los nemedios. Los cascos de los caballos hacían temblar el suelo. Las banderas ondeaban bajo la brisa de la mañana y las lanzas semejaban un bosque de arbustos desnudos.

Diez caballeros de confianza, gente curtida y veterana que sabía mantener la boca cerrada, se quedaron vigilando el pabellón real, donde un escudero miraba hacia el exterior a través de la rendija de la cortina que hacía las veces de puerta. Nadie sabía, a excepción de este reducido grupo, que no era Conan quien cabalgaba sobre el enorme corcel a la cabeza de las tropas de Aquilonia.

El ejército estaba dispuesto según la formación acostumbrada: en el centro, el contingente más fuerte, con toda la caballería pesada formada por los caballeros con sus recias armaduras; en las alas, los cuerpos de caballería ligera, apoyados por alabarderos y arqueros. Estos últimos eran bosonios fornidos de las marcas

occidentales, de mediana estatura, con jubones de cuero y bacinetes de hierro.

El ejército nemedio presentaba una formación similar y las dos huestes avanzaron hacia el río con los flancos ligeramente adelantados respecto al centro. En el centro de la tropa aquilonia, la gran bandera negra del león flameaba sobre la imponente silueta revestida de acero oscuro que cabalgaba sobre el negro corcel.

En la tienda, tendido sobre las pieles, Conan gruñía impaciente, y no cesaba de maldecir con extraños juramentos paganos.

—Los dos ejércitos se mueven a la par —dijo el escudero, que observaba desde la rendija de la puerta—. Escucha, señor, el toque de las trompetas. El sol, en lo alto, derrama fuego sobre los yelmos y las corazas, y las aguas del río se vuelven de color carmesí. ¡Cuando el día haya terminado estarán teñidas de rojo!

»El enemigo alcanza ya la orilla opuesta. Ahora nuestras flechas vuelan entre las huestes como nubes punzantes que ocultan el sol. ¡Bien hecho, arqueros! ¡Los bosonios llevan la mejor parte! ¡Escucha, mi señor, cómo gritan llenos de entusiasmo!

Apenas llegaba a los oídos del rey, por encima del estruendo de las trompetas y de los aceros al chocar, el fiero grito de los bosonios, mientras, todos a un tiempo, tensaban su arco y lanzaban los dardos.

—Sus arqueros tratan de atraer la atención de los nuestros mientras sus caballeros cruzan el río —siguió diciendo el escudero —. Las orillas no son demasiado abruptas y los jinetes las cruzan mientras sus monturas levantan nubes de agua. Ahora las dos formaciones de caballería se enfrentan. ¡Por Mitra que las lanzas parecen buscar cada uno de los resquicios que hay en las armaduras! Caballos y hombres se desploman, luchan y golpean hasta en el agua. El río parece de escasa profundidad y sus aguas no son rápidas, pero algunos hombres perecen al hundirse por el peso de las armaduras o pisoteados por los caballos. Nuestros caballeros de Aquilonia avanzan entre las filas del enemigo y parece que llevan ventaja. El agua llega hasta el vientre de los caballos y el ruido de las espadas es ensordecedor.

A pesar de que continuaba inmovilizado sobre el lecho, Conan sentía que su sangre corría alborotada por las venas, y exclamó:

—¡Por Crom!

—Los flancos se están cerrando —dijo el escudero—. Los infantes armados con picas y espadas luchan cuerpo a cuerpo entre la corriente, y detrás de ellos los arqueros continúan disparando sus dardos mortíferos.

»¡Por Mitra, los ballesteros nemedios nada tienen que hacer frente a nuestros arqueros bosonios que afinan la puntería para clavar sus flechas en el corazón de las filas enemigas! El centro enemigo no avanza un solo paso y sus flancos siguen cediendo poco a poco. —¡Por Crom, Ymir y Mitra! ¡Ojalá quisieran los dioses que yo pudiera llegar hasta el campo de batalla, aunque muriera al dar el primer mandoble!

La batalla se prolongó a lo largo del caluroso día. El valle parecía vibrar con los ataques y contraataques, el fragor de los escudos hendidos y el chasquido de las lanzas quebradas. Pero las huestes de Aquilonia se mantuvieron firmes. Solo en una ocasión se vieron obligadas a retroceder para abandonar la orilla, pero un contraataque encabezado por el jinete del poderoso corcel negro, les hizo recuperar el terreno perdido. Resistieron en la margen opuesta como si estuvieran en un baluarte y al fin el escudero le dio a Conan la noticia de que los nemedios retrocedían, abandonando las orillas del río.

—¡Sus flancos están desorganizados —dijo el escudero—, sus caballeros no resisten el empuje de los nuestros! ¿Qué es esto? ¡Tu estandarte avanza rápidamente, señor! ¡Por Mitra, Valannus ataca con ímpetu seguido de un grupo reducido de hombres!

—¡Necio —gritó Conan—, eso puede ser una artimaña! ¡Ha debido mantener su posición!

—Nuestros caballeros siguen avanzando bajo una lluvia de flechas. No vacilan. Están ascendiendo por la pendiente de la otra orilla. Pallantides ha lanzado sus flancos a través del río para apoyar a Valannus y a sus jinetes. No puede hacer otra cosa. El estandarte del león se interna entre las filas enemigas. Los caballeros de Nemedia intentan resistir, pero están desconcertados. ¡Retroceden! Su flanco izquierdo huye y nuestros lanceros, a la carrera, los aniquilan. Veo a Valannus, que cabalga y golpea como si estuviera enloquecido. Nuestros hombres ya no hacen caso de Pallantides. Siguen a Valannus creyendo que él es el rey.

»¡Valannus ha reunido cinco mil jinetes y renueva su ofensiva!

¡El cuerpo principal de los nemedios es un verdadero caos! Su flanco se ha protegido entre los riscos, pero allí hay una estrecha hondonada, como una enorme grieta en la pared que se abre detrás de las filas nemedias. ¡Por Mitra, Valannus ha visto su oportunidad y la aprovecha! Arremete contra el flanco y conduce a sus jinetes hacia el desfiladero. ¡Se han separado del núcleo de la batalla, se abren camino a través de una fila de lanceros y cargan hacia el desfiladero!

—¡Es una emboscada! —gritó Conan intentando levantarse.

—¡No, no! —dijo, feliz, el escudero—. Todas las tropas nemedias están a la vista. Parece que han olvidado el desfiladero. Tal vez no esperaban verse empujados hacia atrás. ¡Qué torpe ha sido Tarascus al cometer un error como ese! Veo las lanzas y los pendones más allá de la boca del desfiladero, más allá de las líneas nemedias. Van a embestir desde la retaguardia para aplastarlas. Pero… ¡Por Mitra! ¿Qué es eso?

A lo lejos, por encima del estruendo de la batalla, se oyó un profundo rugido que se hacía cada vez más intenso.

—¡Los riscos se estremecen! —gritó el escudero—. ¡Dioses! ¿Qué ocurre? ¡Las rocas se desmoronan, tiembla la tierra, los taludes se derrumban en el estrecho desfiladero, los caballos caen aplastados con sus jinetes!

Mientras el escudero hablaba, un rugido espantoso surgía de la tierra, como si se estremeciera violentamente. Por encima del estrépito de las armas se escuchaban gritos de un pavor indescriptible.

—¡Los riscos se han desmoronado! —gritó el escudero palideciendo—. Las rocas han caído a la garganta y se han aplastado a parte de nuestras tropas. La bandera del león tiembla entre las piedras que caen. ¡Ha desaparecido! ¡Los nemedios lanzan gritos de triunfo! ¡El alud ha aniquilado a más de cinco mil de nuestros caballeros más valientes!

Hasta los oídos de Conan llegó un rumor que fue subiendo hasta hacerse violento y frenético.

—¡El rey ha muerto! ¡El rey ha muerto! —se oía gritar—. ¡Huyamos! ¡Huyamos! ¡El rey ha muerto!

—¡Perros, cobardes! —exclamó Conan—. ¡Ah, Crom, si yo pudiera levantarme, si pudiera arrastrarme aunque solo fuera hasta

el río con la espada entre los dientes! Dime, muchacho, ¿huyen definitivamente esos condenados?

—Sí, mi señor —dijo, sollozando, el escudero—. Retroceden hacia el río, aterrados. Pallantides trata de impedir la huida, pero… cae y los caballos pasan por encima de él, aplastándolo. Todos —caballeros, arqueros y alabarderos— corren hacia el río mezclados en un torrente de confusión. Los nemedios los siguen de cerca, abatiéndolos como el segador que corta las espigas de trigo.

—Pero… al menos resistirán cuando estén en esta orilla del río —dijo el rey, que había conseguido incorporarse sobre un codo con un inmenso esfuerzo.

—¡No! ¡No pueden hacerlo! Están perdidos, desorganizados totalmente ¡Ah, dioses, por qué he de vivir para ver esto!

El escudero, recordando sus obligaciones, dio órdenes a los centinelas que continuaban vigilando, impasibles, el pabellón de campaña.

—¡Conseguid rápidamente un caballo y ayudadme a subir al rey en él! ¡No debemos permanecer aquí por más tiempo!

Pero antes de que hubieran podido llevar a cabo su tarea, la desbandada de tropas estaba sobre ellos.

Caballeros, arqueros e infantes huían entre las tiendas, caían tropezando entre las cuerdas y las vituallas. Entre los fugitivos cabalgaban los nemedios golpeando a izquierda y derecha. Rotas las cuerdas, los pabellones se desplomaban. El fuego se inició en un centenar de sitios al mismo tiempo y algunos nemedios saqueaban el campamento. Los centinelas que vigilaban la tienda de Conan murieron en sus puestos al repeler la embestida de los enemigos. Sus cuerpos caídos eran pisoteados por los caballos.

El escudero había cerrado a tiempo la entrada de la tienda y, en la confusión de la batalla, los enemigos no se dieron cuenta de que en aquel pabellón había un ocupante. Los que escapaban y sus perseguidores pasaron de largo llenando el valle con sus gritos atronadores. Entonces el escudero vio un grupo de caballeros que se acercaban hasta el pabellón real sabiendo perfectamente a quién pertenecía.

—Llega el rey de Nemedia con cuatro acompañantes y un escudero —dijo el joven a Conan—. Vienen a pedir vuestra rendición, mi señor.

—¡Qué se rinda el demonio! —contestó Conan, rechinando los dientes.

El rey de Aquilonia había conseguido sentarse sobre su lecho. Luego, con un esfuerzo supremo, se irguió, tambaleándose como un borracho. El escudero se apresuró a ayudarle, pero Conan lo apartó.

—¡Dame ese arco! —dijo el cimmerio, señalando una de las armas que colgaban de un poste de la tienda.

—¡Pero Majestad, la batalla ya se ha perdido! ¡El enemigo respetará la sangre real del soberano derrotado!

—Yo no tengo sangre real. Soy un bárbaro, hijo de un herrero.

Conan colocó una flecha en el arco y avanzó, vacilante, hacia la puerta del pabellón. Tan formidable era su aspecto, con un leve calzón de cuero y una camisa sin mangas que ponían al descubierto la colosal potencia de sus músculos y el pecho, que el escudero retrocedió, asustado más por la presencia de su rey que por la amenaza de todas las huestes nemedias.

Con paso vacilante, Conan apartó de un golpe la cortina que daba acceso al pabellón y salió al exterior, colocándose bajo el dosel de la entrada. El rey de Nemedia y sus acompañantes habían descendido de los caballos y se detuvieron asombrados al contemplar la extraña y poderosa figura que se enfrentaba a ellos.

—¡Aquí estoy, chacales! —rugió el cimmerio—. ¡Soy el rey! ¡Morid, perros!

Levantó repentinamente el arco y soltó la cuerda. La flecha se clavó en el pecho del caballero que estaba más cerca de Tarascus.

—¡Maldita sea mi mano insegura! —dijo Conan—. ¡Venid y apresadme si podéis!

El cimmerio retrocedió lentamente y, después de apoyarse contra un poste de la tienda, alzó su enorme espada con las dos manos.

—¡Por Mitra! ¡Es el rey! —dijo Tarascus estupefacto. Pero se rio a carcajadas al comprender el engaño y agregó—: ¡El otro era alguien que ocupaba su lugar, con su armadura puesta! ¡Soldados, cortadle la cabeza!

Los tres soldados, jinetes con el emblema de la guardia real nemedia, se lanzaron hacia Conan y uno de ellos abatió al escudero con una maza de combate. Los otros dos no tuvieron tanta suerte. Al primero, que se acercó levantando la espada, Conan le respondió

con un violento mandoble que le cercenó un brazo tras haberle cortado la cota de malla. El escudero cayó hacia atrás, su compañero tropezó con él y, antes de que pudiera recobrarse, la gran espada ya había terminado su trabajo.

Conan, que había avanzado unos pasos, volvió a retroceder y se recostó contra el poste. Los grandes músculos de sus piernas temblaban, su pecho se movía espasmódicamente y el sudor empapaba su rostro y su cuello. Pero sus ojos llameaban llenos de energía salvaje.

—¿Por qué te quedas tan lejos, perro de Belverus? Yo no puedo ir hasta ti. ¡Ven y lucha!

Tarascus vaciló, miró a los demás hombres de su escolta y a su escudero, un individuo de aire melancólico con cota de malla, y dio un paso hacia delante. Era un hombre más bajo y con menos fuerza que el gigantesco Conan, pero llevaba una armadura completa y era conocido en todas las naciones de Occidente como un hombre diestro con la espada. Sin embargo, el escudero lo cogió por un brazo y le dijo cautelosamente:

—No, Majestad, no juegues así con tu vida. Ordenaré a los arqueros que derriben a ese bárbaro como se abate a una fiera salvaje.

Ninguno de los presentes se había dado cuenta del carromato que se acercaba al lugar donde se encontraban, hasta que estuvo justo a su lado. Pero Conan, que sí lo había visto al mirar por encima de los hombres que se le enfrentaban, sintió un escalofrío. Había algo extraño en la aparición repentina de aquel carruaje arrastrado por caballos negros, pero fue sobre todo su ocupante quien atrajo la atención del cimmerio.

Era un hombre alto y de espléndida constitución física. Vestía una larga túnica de seda, sin adorno ni bordado alguno, y en la cabeza llevaba un tocado shemita que le ocultaba el rostro, aunque podía apreciarse el brillo magnético de su mirada. Las manos que llevaban las riendas eran blancas, pero fuertes.

Conan observó al extranjero y al instante sus primitivos instintos lo alertaron. De aquella figura velada emanaba un hálito amenazador, tan perceptible como el ondular de las hierbas altas al paso de una víbora.

—¡Te saludo, Xaltotun! —dijo Tarascus—. He aquí al rey de

Aquilonia, que no murió en el alud, como creímos al principio.

—Ya lo sabía —dijo el otro, sin molestarse en decir cómo se había enterado—. Y bien, ¿qué piensas hacer con él?

—Diré a los arqueros que lo maten —dijo el nemedio—. Mientras esté vivo, será un peligro para nosotros.

—Hasta un perro puede ser útil a veces —explicó Xaltotun—. ¡Cogedlo vivo!

Conan se rio hoscamente y contestó:

—¡Venid a intentadlo! Si no fuera porque mis piernas me traicionan, os destrozaría. ¡Pero no conseguiréis cogerme con vida, malditos!

—Me temo que dice la verdad —dijo Tarascus—. Ese hombre es un bárbaro, tan fiero irracional como un tigre herido. Voy a llamar a los arqueros.

—Observa lo que voy a hacer y adquiere sabiduría —dijo Xaltotun.

El sacerdote de Set introdujo una mano bajo su túnica; cuando la hubo sacado, en su mano brillaba una esfera reluciente. De repente la arrojó contra Conan, y el cimmerio, con gesto desdeñoso, quiso golpearla de plano con la espada para desviarla, pero en el momento en que el cristal y el acero chocaron, se produjo una explosión, surgió una llama blanca y cegadora y Conan cayó sin sentido al suelo.

—¿Ha muerto? —preguntó Tarascus, que parecía estar convencido de que así era.

—No, solo ha perdido el conocimiento; se recuperara dentro de algún tiempo. Dile a tus hombres que lo aten fuerte de pies y manos y que lo suban a mi carruaje.

Tarascus dio una orden y los hombres de la escolta colocaron el pesado cuerpo del cimmerio sobre el rústico vehículo, gruñendo por el peso de la carga. Xaltotun cubrió el cuerpo con un manto de terciopelo, ocultándolo así a las miradas de los demás. Luego volvió a tomar las riendas.

—Me encamino a Belberus —dijo—. Puedes decirle a Amalric que estaré con él si me necesita. Pero con Conan eliminado y su ejército destrozado, unas pocas lanzas bastarán para consolidar nuestra victoria. Próspero no puede traer más de diez mil hombres al campo de batalla, y sin duda se retirará a Tarantia cuando se

entere de los resultados de la batalla. No le digas nada a Amalric ni a Valerio; es mejor que crean que Conan murió en el alud.

Luego el sacerdote miró fijamente al soldado de la guardia, que no pudo evitar que un escalofrío de miedo le paralizara el cuerpo ante una mirada tan penetrante.

—¿Qué llevas en la cintura? —preguntó Xaltotun.

—Bueno… es mi cinturón, señor —balbució el asustado guardia.

—¡Mientes! —afirmó Xaltotun lanzando una carcajada—. ¡Es una serpiente venenosa! ¡Qué necio eres… mira que llevar una víbora en la cintura!

Con los ojos desorbitados de espanto, el soldado miró hacia abajo y, donde debía estar la hebilla, descubrió, horrorizado, la cabeza de una serpiente. Vio los ojos malignos del ofidio y sus rezumantes colmillos, oyó un siseo y sintió el frío contacto del reptil en su cuerpo.

Él soldado gritó espantado y, al intentar quitarse el animal de la cintura, sintió que los colmillos se le clavaban en la mano. Se irguió un momento y luego cayó al suelo. Tarascus lo miró con un gesto inexpresivo. El soldado solo llevaba un cinturón y una hebilla, que le ceñían las ropas a la cintura; la punta de la hebilla estaba clavada en la palma de la mano del hombre. Entonces Xaltotun fijó su hipnótica mirada en el escudero de Tarascus, que palideció intensamente y comenzó a temblar. Pero el rey intercedió a su favor y dijo:

—No; podemos confiar en él.

El hechicero agitó las riendas e hizo dar vuelta a los caballos.

—Procura que nadie se entere de lo que ha ocurrido aquí —le hizo Xaltotun a Tarascus—. Si me necesitas, dile a Altaro, el sirviente de Orastes, que me mande llamar, tal como acordamos. Yo estaré en tu palacio de Belverus.

Tarascus levantó la mano para saludar, pero, en cuanto el brujo se hubo alejado, su expresión dejó traslucir su contrariedad.

—¿Por qué le habrá perdonado la vida al cimmerio? —preguntó el asustado escudero.

—Eso es precisamente lo que yo me estaba preguntando —repuso Tarascus.

El sol poniente lamió los riscos con una llamarada de color escarlata, mientras el carruaje se perdía entre las sombras azuladas

que avanzaban desde el este. El sordo fragor de la batalla se iba apagando a lo lejos.

4. ¿De qué Infierno has salido?

Conan nunca recordaría nada de lo referente a aquel largo viaje en el carruaje de Xaltotun. Estaba como muerto, mientras las ruedas de bronce retumbaban al golpear las piedras en los senderos de las montañas o al aplastar las hierbas de los valles. Más tarde, al descender de las alturas, rodaron más pausadamente, atravesando los caminos que serpenteaban a través de las fértiles praderas a los pies de las murallas de Belverus.

Poco antes del amanecer, Conan sintió un débil indicio de vida. El cimmerio oyó un rumor de voces y el chillido de unas poderosas bisagras. Luego, a través de un resquicio de la capa que lo cubría, Conan pudo ver, a la luz de las antorchas, la puerta de una muralla, el rostro de los barbudos soldados y el resplandor de los cascos y de las lanzas.

—¿Cómo ha terminado la batalla, mi señor? —preguntó una voz ansiosa, en lengua nemedia.

—Muy bien —respondió—. El rey de Aquilonia ha muerto y su ejército ha sido aniquilado.

Los gritos de júbilo quedaron rápidamente ahogados por el ruido de las ruedas sobre los adoquines.

Saltaron chispas de las piedras cuando Xaltotun azuzó a los caballos para atravesar la arcada, pero Conan pudo oír a uno de los centinelas, que decía:

—¡Han llegado a Belverus desde más allá de la frontera cabalgando desde la puesta del sol hasta el amanecer! ¡Y los caballos apenas si han sudado! ¡Por Mitra, creo que…!

La última parte de la frase se perdió ahogada por el ruido de los cascos de los animales y de las ruedas del carromato.

Aunque no significaban nada para él, aquellas palabras quedaron grabadas en la mente de Conan. El cimmerio era como un

autómata que ve y oye…, pero es incapaz de comprender nada. Las imágenes y los sonidos desfilaban ante él sin sentido. Luego cayó otra vez en un profundo letargo y solo se dio cuenta de que el carruaje se detenía en un patio de paredes altas. Más tarde muchas manos lo levantaron y lo trasladaron por un largo pasillo y luego por una sinuosa escalera. Susurros, pasos furtivos y sonidos entremezclados se dejaban oír a su alrededor como algo lejano.

Sin embargo, en un momento dado, despertó súbitamente y notó que estaba en plena posesión de sus facultades. Recordaba perfectamente todos los detalles de la batalla e incluso tenía una remota idea del lugar en el que se encontraba.

Conan estaba tumbado sobre un lecho forrado de terciopelo, con el mismo atuendo que el día anterior, pero con inmensas cadenas, demasiado pesadas hasta para su prodigiosa fuerza.

La habitación en la que se hallaba estaba amueblada con sombría magnificencia. De las paredes colgaban tapices negros y el suelo estaba cubierto por pesadas alfombras de color rojo oscuro. No había indicios de puertas o ventanas y una lámpara, dorada y extrañamente cincelada, colgaba del techo, esparciendo su luz por toda la estancia.

Bajo aquella luz, la figura vestida con un fino ropaje de seda que estaba sentada en un sillón de plata, semejante a un trono, parecía irreal, fantástica. Las facciones del hombre podían apreciarse con claridad, aunque la tenue iluminación le daba un aspecto fantasmagórico. Era como si un extraño halo le rodeara la cabeza, realzándola de tal forma que parecía el único elemento concreto existente en aquel salón espectral.

Era un rostro espléndido, de belleza clásica y con las facciones firmemente modeladas. Pero había algo de inquietante en la serena calma de aquel semblante: un indicio de algo superior al conocimiento humano, una seguridad tan profunda que no parecía de este mundo. Y al observar a aquel hombre, Conan descubrió en sí mismo una extraña sensación de familiaridad. Nunca lo había visto hasta entonces y, a pesar de todo, le resultaba conocido, como si aquel rostro le recordase a otra persona. Era como si los personajes de alguna pesadilla se hubiesen encarnado en un hombre concreto.

—¿Quién eres? —preguntó Conan con agresividad, mientras intentaba incorporarse a pesar de las cadenas que lo inmovilizaban.

—Me llaman Xaltotun —contestó el hombre con voz fuerte y bien timbrada.

—¿Dónde estoy? —preguntó el cimmerio.

—Estás en una habitación del palacio del rey Tarascus, en Belverus.

Conan no dio muestras de sorpresa. Belverus, la capital de Nemedia, era también la ciudad más importante de esta tierra fronteriza.

—¿Y dónde está Tarascus?

—Con su ejército.

—Está bien —dijo Conan ásperamente—, si pretendes matarme, ¿por qué no lo haces de una vez?

—No te salvé de los arqueros del rey para matarte aquí, —contestó Xaltotun.

—¿Qué demonios me has hecho? —preguntó el cimmerio.

—Te dejé sin sentido. No podrías entender cómo lo hice. Si quieres, llámalo magia negra.

Conan había llegado a una conclusión y reflexionaba acerca de ella.

—Creo comprender por qué me has perdonado la vida. Amalric desea conservarme para que pueda contener a Valerio en el supuesto de que se convierta en el rey de Aquilonia. Es evidente que el barón de Tor está detrás de este asunto, con el fin de poner a Valerio en mi trono. Y creo conocer a Amalric lo suficiente como para darme cuenta que quiere hacer de Valerio un títere, como lo es Tarascus en este momento.

—Amalric no sabe nada acerca de tu captura —dijo Xaltotun—, como tampoco lo sabe Valerio.

Ambos creen que has muerto en Valkia.

Conan entrecerró los ojos mientras miraba fijamente a su interlocutor.

—Sospechaba que alguien muy astuto estaba detrás de todo esto, pero creía que se trataba de Amalric. ¿Acaso este, al igual que Tarascus y Valerio, es solo un muñeco que danza al son que tú le tocas? ¿Quién eres tú?

—Eso no tiene importancia. Aunque te lo dijera, no me creerías. ¿Y si yo volviera a colocarte en el trono de Aquilonia?

La mirada de Conan brilló como la de un lobo hambriento.

—¿Cuál es tu precio? —preguntó.

—Que me obedezcan.

—¡Vete al infierno! ¡Tú y tu proposición! —contestó agresivamente el cimmerio—. Yo no soy un fantoche. Gané la corona con mi espada y te recuerdo que el reino aún no ha sido conquistado; una batalla no decide una guerra. Está más allá de tu poder la compra o la venta del trono de Aquilonia.

—Estás luchando contra algo más que espadas —dijo Xaltotun —. ¿Fue una espada la que te inmovilizó en tu tienda antes de la batalla? No. Fue un hijo de las tinieblas, un espíritu del espacio cósmico, cuyos dedos impregnados con el frío de los abismos siderales helaron la sangre de tus venas y la médula de tus huesos. ¡Un frío tan intenso que quemó tu carne como si fuera un hierro candente!

»¿Fue una casualidad —prosiguió Xaltotun—, que el hombre que vestía tu armadura condujera a sus jinetes hacia el estrecho desfiladero y que luego se desplomaran los riscos sobre ellos?

Conan, callado, volvió a observarlo, mientras un escalofrío recorría su cuerpo. Estaba acostumbrado a tenérselas que ver con brujos y hechiceros y, por otra parte, cualquiera podía darse cuenta de que aquel personaje no era un hombre normal. El cimmerio advirtió sin embargo que en ese personaje había algo inexplicable que lo colocaba al margen de los demás. Emanaba un extraño hálito de tiempo y espacio, una sensación de tremenda y siniestra antigüedad. Pero su obstinado espíritu se negó a dejarse dominar.

—La carga hacia el desfiladero fue algo que cualquier comandante hubiera hecho —dijo el cimmerio—. Y el derrumbe de las rocas bien pudo ser una casualidad.

—Pero no fue así. En primer lugar, tú habrías sospechado que se trataba de una encerrona y nunca te hubieras internado por aquella garganta. Tampoco habrías cruzado el río hasta haber estado seguro de cómo se iba desarrollando la batalla. La sugestión hipnótica no te habría afectado, aun en medio de la locura de la batalla, al punto de llevarte hasta la boca de la trampa, como hizo ese pobre estúpido que pusiste en tu lugar.

—Entonces, si todo respondía a un plan preconcebido —dijo escépticamente el cimmerio—, ¿por qué el «hijo de las tinieblas» no me dio muerte en mi pabellón?

—Porque quería tenerte vivo. No hace falta mucha perspicacia para adivinar que Pallantides enviaría a otro hombre con tu armadura. Yo deseaba que estuvieras vivo e ileso, así podrías entrar en los planes que tengo trazados. Tú tienes una fuerza vital que vale mucho más que la ambición o la astucia de mis aliados. Eres un mal enemigo, pero podrías ser un excelente vasallo.

Ante aquellas palabras, Conan escupió al suelo, iracundo. Ignorando el comportamiento del cimmerio, Xaltotun tomó una bola de cristal que había en una mesa cercana y la colocó ante él. No estaba apoyada en ninguna parte y, sin embargo, la esfera flotaba en el aire, inmóvil y firme como si se encontrara sobre un pedestal de hierro. Conan lanzó un gruñido ante aquella demostración de hechicería, pero, a pesar de todo, se sintió impresionado.

—¿Te gustaría saber lo que ocurre en Aquilonia? —preguntó el mago.

Aunque Conan no contestó, la rigidez repentina de sus facciones delataba su interés.

Xaltotun observó las veladas profundidades de la esfera y dijo:

—Ahora es la noche del día siguiente a la batalla de Valkia. Anoche, el contingente principal del ejército nemedio acampó en Valkia, mientras escuadrones de jinetes hostigaban a los aquilonios que huían. Al amanecer, el ejército levantó el campamento y avanzó hacia el oeste a través de las montañas. Próspero, con sus diez mil poitanos, estaba a bastantes leguas de distancia del campo de batalla cuando, en las primeras horas del amanecer, encontró a los sobrevivientes que huían. Había marchado durante toda la noche con la esperanza de alcanzar el lugar de combate antes de que este se iniciara. Incapaz de reunir los restos del desorganizado ejército, regresó a Tarántida.

»Ahora cabalga sin descanso y, tras reemplazar sus monturas agotadas por otros caballos que encuentra en el camino, se acerca a Tarantia.

»Veo a sus exhaustos caballeros con armadura gris y pendones polvorientos avanzando a través de la llanura. También veo las calles de Tarantia. Ha llegado la noticia de la derrota y la muerte del rey Conan, y la ciudad es un torbellino; el pueblo está enloquecido y atemorizado. Se oyen gritos lamentándose por la

muerte del rey, y no hay nadie que los defienda de los nemedios. Gigantescas sombras se alzan sobre Aquilonia desde el este y el cielo aparece cubierto de negro por bandadas de buitres.

Conan maldijo.

—No son más que palabras —contestó—. El más necio de los mendigos puede profetizar otro tanto.

Si me dices que ves todo eso en el cristal de una esfera, eres un maldito farsante. Próspero sabrá defender Tarantia y los barones se unirán a él en la defensa. El conde Trocero de Poitain gobierna el reino en mi ausencia y hará que los perros nemedios huyan ladrando con el rabo entre las piernas. ¿Qué son cincuenta mil nemedios? Aquilonia acabará con ellos. No volverán nunca jamás a Belverus. En Valkia no fue vencida Aquilonia, sino únicamente Conan, su rey.

—Aquilonia está perdida —dijo Xaltotun, impasible—. La espada, la lanza y la antorcha la conquistarán. Pero si esto fallara, entrarán en acción otros poderes surgidos de las profundidades del tiempo. Del mismo modo que en Valkia se derrumbaron los taludes, así se desplomarán las ciudades amuralladas y los ríos desbordarán su cauce para anegar provincias enteras, si fuera necesario.

»Pero es mejor que prevalezcan el acero y las cuerdas de los arcos, sin que intervengan las artes.

Demasiados hechizos pueden poner en movimiento fuerzas que hagan temblar los cimientos del propio universo.

—¿De qué infierno has salido, condenado? —dijo Conan mirando fijamente a Xaltotun, estremecido al percibir en el brujo algo increíblemente ancestral y maligno.

Xaltotun levantó la vista como si escuchara susurros procedentes del más allá. Parecía haber olvidado a su prisionero. Luego sacudió ligeramente la cabeza, con impaciencia y observó imperturbable a Conan.

—Ya te dije que no me creerías. ¡Basta! Me he cansado de hablar contigo. Resulta más fácil destruir una ciudad amurallada que tratar de convencer a un bárbaro sin cerebro como tú.

—Si tuviera las manos libres, puedes estar seguro que pronto haría de ti un cadáver sin cerebro.

—No lo dudo… siempre que yo fuera tan necio como para darte esa oportunidad.

Xaltotun dio unas palmadas para llamar a los esclavos. Había cambiado de actitud. Ahora había impaciencia en su tono de voz, y también preocupación. Conan sabía que el cambio no tenía nada que ver con él.

—Piensas en lo que te he dicho —dijo Xaltotun—. Tendrás mucho tiempo para ello, bárbaro.

Además, todavía no he decidido lo que voy a hacer contigo, todo depende de las circunstancias. Pero has de tener bien claro que si me decido a incluirte en mis planes, será mejor que te sometas a mi voluntad sin resistencia.

Conan maldijo a su interlocutor. Entonces se alzaron las cortinas que cubrían una puerta y aparecieron cuatro gigantescos negros que vestían únicamente un taparrabo de seda sostenido por un cinturón del que colgaba una llave.

Xaltotun señaló brevemente a Conan y luego se volvió, desentendiéndose por completo del asunto.

Cogió luego una cajita de jade verde tallado y extrajo de ella un puñado de polvo negro, lo esparció sobre un brasero colocado sobre un trípode de oro y al momento la esfera de cristal, que Xaltotun parecía haber olvidado, cayó súbitamente al suelo, como si la hubieran despojado de su invisible apoyo.

Para entonces, los negros habían levantado a Conan, al que las gruesas cadenas le impedían caminar, sacándolo del salón. Al volver la vista atrás, antes de que se cerrara la maciza puerta de madera, Conan pudo ver a Xaltotun sentado en una especie de trono, con los brazos cruzados y observando una tenue nubecilla de humo que ascendía, curvándose, desde el brasero. Conan sintió que se le ponían los pelos de punta. En Estigia —aquel antiguo y perverso reino que existía muy lejos, hacia el sur— el cimmerio había conocido aquel polvillo oscuro. Era el polen del loto negro, que producía monstruosos sueños y podía provocar la muerte. Y el bárbaro sabía que solo los malignos hechiceros del Anillo Negro, el más alto escalón de la magia, buscaban voluntariamente las enloquecedoras pesadillas de ese loto, para reavivar sus poderes nigrománticos.

El Anillo Negro era una farsa o, como mucho, una fábula para la mayoría de las gentes de Occidente.

Pero Conan conocía su estremecedora realidad y había visto a

sus devotos, practicando abominables hechicerías bajo las oscuras bóvedas de Estigia y de Sabatea.

Miró hacia la extraña puerta, reforzada con herrajes de oro, y se estremeció al pensar en lo que pudiera esconderse detrás de ella.

El palacio del rey Tarascus era un lugar sombrío, donde parecía evitarse la luz natural. De modo que Conan no podía decir si en ese momento era de día o de noche. El espíritu de las sombras dominaba el edificio, un espíritu que, sin ninguna duda, estaba encarnado en aquel extranjero, en Xaltotun.

Los negros llevaron a Conan por un sinuoso corredor tenuemente iluminado. Luego descendieron por unas escaleras de piedra en espiral que parecían no acabar nunca. La antorcha que llevaba uno de los negros proyectaba sombras espectrales sobre las paredes. Era como si cuatro oscuros demonios estuvieran bajando al infierno con el cuerpo de un condenado.

Llegaron al final de la escalera y avanzaron por un pasillo al que se abrían unas puertas en forma de arco, con escaleras por las que se ascendía a un nivel superior. Al final del pasillo había una pared con numerosas puertas enrejadas colocadas a intervalos regulares.

Tras detenerse frente a una de aquellas puertas, uno de los esclavos negros cogió la llave que colgaba de su cinto y abrió la cerradura. Entraron en una pequeña mazmorra con recias paredes de piedra, al fondo de la cual había otra puerta enrejada. Conan no sabía lo que podría haber más allá de aquella puerta, pero estaba seguro de que no era otro pasillo. La luz de la antorcha se filtraba entre los barrotes y permitía entrever un gran recinto en el que resonaba el eco.

En una esquina del calabozo, al lado de la puerta por la que habían entrado, había un gran montón de cadenas oxidadas entre cuyos eslabones destacaba la tétrica blancura de un esqueleto. Conan lo miró con atención y se dio cuenta de que la mayoría de los huesos estaban astillados y rotos. El cráneo, caído en el suelo, estaba aplastado, como si hubiese recibido un terrible golpe salvaje.

El esqueleto se desmoronó cuando uno de los esclavos lo empujó con el pie, amontonando los restos en un rincón. Luego aseguró las cadenas de Conan a los grilletes, mientras sus compañeros comprobaban que la puerta del fondo estaba debidamente cerrada.

Los tres miraron a Conan con gesto enigmático. El resplandor de

la antorcha se reflejaba en su piel, tersa y oscura, y solo después de unos segundos, el que tenía la llave de la entrada, dijo:

—¡Este es ahora tu palacio, blanco perro real! Nadie más que nuestro amo y nosotros conocemos el lugar en el que te encuentras. Todo el palacio duerme y nosotros sabremos guardar el secreto. Puede que nunca más salgas de aquí y que en este lugar vivas y mueras. ¡Toma, a ver si os hacéis amigos…!

Al pronunciar las últimas palabras, el negro dio una patada al destrozado cráneo, que rebotó sobre las losas de granito, produciendo un sonido lúgubre.

Conan no se dignó contestar a la macabra broma, y el negro, irritado ante aquel altivo silencio, murmuró una maldición, se agachó y escupió en la cara del rey cautivo. Fue una idea muy poco afortunada: Conan estaba sentado en el suelo con las cadenas asiéndole la cintura, los tobillos y las muñecas, y sujeto por ellas a la argolla de la pared. No podía moverse ni separarse de a pared más de un paso. Pero en cambio, las cadenas de las muñecas eran más largas y, antes de que el negro se hubiese apartado, el cimmerio golpeó al esclavo en la cabeza con una vuelta de la cadena. El hombre cayó como un buey en el matadero.

Los dos esclavos quedaron estupefactos mirando a su compañero, pero no se atrevieron a contraatacar ni fueron tan insensatos como para colocarse al alcance de las cadenas, que Conan todavía blandía enfurecido. Murmurando palabras ininteligibles en su lengua gutural, los negros levantaron a su compañero y se lo llevaron como si fuera una pieza de caza. Utilizaron la llave de la víctima para cerrar la puerta, pero no la sacaron de la cadena dorada que la unía al cinturón. Luego se alejaron con la antorcha por el corredor y, mientras se perdían, la oscuridad fue apoderándose de las celdas, como si se tratara de un ser animado.

5. El habitante del foso

Conan permanecía inmóvil. Soportaba el peso de las cadenas y lo desesperado de su situación con el estoicismo propio de la raza bárbara de la que descendía. Estaba quieto porque, al menor movimiento, las cadenas resonaban en la quietud de las mazmorras. Conan sabía, por un instinto transmitido a través de generaciones, que no es conveniente delatar la posición cuando se está indefenso.

Sabía que en la oscuridad no acechaba ningún peligro. Y aunque Xaltotun le había asegurado que no le iba a hacer ningún daño y Conan estaba seguro de que tenía interés en conservarlo vivo, al menos de momento, las costumbres ancestrales eran más poderosas que la razón. De niño, estaba acostumbrado a quedarse quieto y callado cuando las alimañas merodeaban cerca.

Ni siquiera su aguda vista podía atravesar la intensa oscuridad. Sin embargo, al cabo de un tiempo, advirtió un débil fulgor que le permitió ver, aunque vagamente, una de las puertas enrejadas y el montón de huesos que había junto a la otra. Al principio le extrañó el resplandor, pero luego comprendió que se hallaba muy por debajo de la superficie, en las mazmorras de palacio y que, posiblemente, existiera un pozo que comunicara con el nivel del suelo. Por ahí llegaría lo que, con toda seguridad, era el débil resplandor de los rayos de la luna. Pensó que así podría llevar la cuenta de los días que permaneciese encerrado. Tal vez el sol también proyectara su luz por el pozo, si es que no lo cerraban por el día. También pensó que podía tratarse de un refinado método de tortura para que el prisionero sufriese el lento paso del tiempo.

Su mirada se posó nuevamente en los huesos que brillaban en el otro extremo de la celda. Volvió a fijarse que estaban como astillados y cuando su vista acabó por acostumbrarse a la oscuridad descubrió que estaban partidos a lo largo, como si los hubieran

quebrado así para extraerles la médula. ¿Quién, que no fuese humano, podía romper los huesos de esa forma? Aquellos restos debían ser los despojos de algún horrendo festín de caníbales o tal vez fuesen obra de algún desdichado que se había vuelto loco a causa del hambre. Conan pensó entonces que tal vez con el tiempo alguien podría encontrar sus huesos de aquella forma, sujetos a unas mohosas cadenas. Sintiéndose como un lobo cogido en una trampa, el cimmerio luchó contra su propio pánico irracional.

En algún lugar hacia el oeste, las huestes nemedias se abrían paso, matando y quemando, hasta el corazón del reino del que él era soberano. El pequeño ejército de poitanos no podría resistir. Próspero podría ser capaz de defender Tarantia durante semanas, o quizás meses, pero al final, si nadie lo auxiliaba, tendría que rendirse ante la superioridad numérica del enemigo. Era probable que los barones se unieran a Próspero contra los invasores, pero en todo caso él, Conan, estaba inerme, tumbado en un oscuro calabozo, mientras otros conducían sus tropas y luchaban por su reino. El rey, encolerizado, apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

Unos pasos furtivos se escucharon más allá de la puerta de la celda y Conan se irguió. Forzó la vista y pudo apreciar una figura borrosa que se inclinaba al otro lado de las rejas de la puerta. Se oyó un ruido metálico, como si hubieran hecho girar una llave en la cerradura e inmediatamente la figura desapareció. Conan pensó que sería algún centinela que comprobaba si habían cerrado bien la puerta.

Pero al cabo de un rato escuchó otra vez el mismo ruido, más lejano, seguido del chirrido de una puerta al abrirse, y unos pasos que se alejaban rápidamente. Después volvió a reinar el silencio.

Conan continuó expectante durante un tiempo que, a él le pareció muy largo pero que, a juzgar por la luz de la luna, no debió de serlo. Sin embargo, no volvió a oír ningún sonido. Finalmente cambió de postura y sus cadenas tintinearon. Luego oyó con claridad unos pasos muy ligeros por fuera de la puerta más cercana, aquella por la que había entrado al calabozo. Un instante después vio una figura que se recortaba contra la tenue luz.

—¡Mi señor Conan! —susurró alguien—. Oh, Majestad, ¿estás ahí?

—¿Quién es? —preguntó él, con voz cautelosa, mientras se volvía hacia la puerta.

Vio entonces a una muchacha que se aferraba con sus finas manos a los barrotes de la puerta. Su figura esbelta estaba cubierta por un vestido de seda que se ajustaba en la cintura, y en su pecho relucían algunas joyas. A pesar de la oscuridad podían apreciarse sus grandes ojos, su piel, blanca como el alabastro, y su negra cabellera, sedosa y espesa.

—¡Ahí van las llaves! —dijo la muchacha, y le arrojó tres objetos metálicos.

—¿Qué broma es esta? Hablas en nemedio y yo no tengo amigos entre las gentes de esta raza. ¿Qué nueva artimaña intenta tu amo? ¿Te ha enviado para burlarse todavía más de mí?

—No se trata de una broma —respondió la chica, y tembló con tal fuerza que las joyas de su pecho y las pulseras tintinearon débilmente—. ¡Lo juro por Mitra! Les he robado las llaves a los carceleros negros, después de emborracharlos. Cada uno guarda una sola llave que abre únicamente una cerradura, pero al carcelero al que le rompiste la cabeza se lo llevaron para curarlo, y por eso no pude quitarle la llave. A los demás sí. Por favor, mi señor, no lo dudes. Más allá de estas mazmorras hay unos pozos que son la antesala del infierno.

Impresionado, Conan probó las llaves, con recelo, esperando que ninguna abriese y que entonces se oyera una risa burlona. Pero se estremeció al comprobar que una, en efecto, abría los grilletes que lo sujetaban. Instantes después pudo erguirse en toda su estatura sintiendo un enorme placer ante aquella relativa libertad. Rápidamente se acercó a la puerta enrejada, pasó su brazo derecho entre los barrotes y rodeó la breve cintura de la muchacha, inmovilizándola.

La joven levantó la vista y se encaró con la mirada de Conan.

—¿Quién eres, muchacha? ¿Por qué haces esto?

—Soy Zenobia —murmuró con el aliento contenido, como si estuviera atemorizada—. Una simple doncella del harén del rey.

—No veo la razón para que me traigas estas llaves, a no ser que se trate de una maldita trampa.

Ella inclinó la cabeza, y cuando la levantó, el cimmerio vio que sus pestañas humedecidas por las lágrimas brillaban como

diminutas perlas.

—Te he dicho, mi señor, que solo soy una de las muchachas del harén del rey. Pero mi rey nunca me ha mirado siquiera, y tal vez no lo haga nunca. Para él valgo menos que uno de los perros que roen los huesos en los banquetes del gran salón. Pero no soy una muñeca de trapo; soy una mujer de carne y hueso; respiro, odio y amo. Y yo, mi señor, te he amado desde el día en que te vi desfilando por las calles de Belverus, al frente de tus caballeros, cuando hace algunos años visitaste al rey Numa.

Entonces el corazón me latió con tal fuerza que temí que se me saliera del pecho.

La muchacha se ruborizó, pero sus ojos no parpadearon. Conan no contestó. A pesar de su dureza y de su naturaleza salvaje, estaba impresionado, como lo estaría cualquier hombre ante una mujer que desnuda su alma.

La muchacha volvió la cabeza y con sus labios rozó los dedos de Conan, que aprisionaban los barrotes. Cuando volvió a mirar al cimmerio, el terror se reflejaba en los ojos de la doncella.

—¡Deprisa! —susurró—. Ya es más de medianoche. ¡Tienes que huir!

—¿Qué van a hacerte cuando descubran que has robado estas llaves? —preguntó Conan.

—Nunca lo sabrán. Si por la mañana los carceleros recuerdan a la persona que les dio vino, no se atreverán a admitir que les robaron las llaves mientras estaban borrachos. La única llave que no pude conseguir fue la de esta puerta, de modo que debes intentar huir a través de los pozos de la prisión. No sé qué peligros pueden amenazarte más allá de aquella puerta enrejada, pero serán mayores si permaneces en esta celda. Además, el rey Tarascus ha regresado… —¿Cómo? ¿Tarascus?

—Sí. Ha vuelto con gran sigilo. Y no hace mucho que bajó a estos calabozos, pero volvió a salir pálido y tembloroso, como si hubiera corrido un gran riesgo. Lo oí murmurar a su escudero, Arideus, que a pesar de lo que diga Xaltotun, es necesario que tú mueras.

—¿Y qué dice Xaltotun? —preguntó Conan.

La joven se estremeció y contestó en un susurro:

—¡No pronuncies ese nombre! A veces, los demonios acuden al

conjuro de ciertos nombres. Los esclavos dicen que está recluido en su alcoba, con la puerta cerrada con llave, entregado al sueño del loto negro. Estoy segura de que hasta Tarascus le teme. De lo contrario ya te habría hecho matar. Lo cierto es que el rey ha estado aquí esta noche y solo Mitra sabe lo que habrá venido a hacer.

—Me pregunto si habrá sido Tarascus quien hace un rato estuvo manipulando en la puerta —musitó Conan, pensativo.

—¡Toma esta daga! —dijo la muchacha, mientras le tendía un arma por entre los barrotes.

Conan tocó aquella forma familiar y asió con fuerza la empuñadura.

—Márchate por aquella puerta, toma la izquierda y sigue junto a las celdas hasta que encuentres una escalera de piedra. Por tu vida, no te apartes del pasillo al que dan las celdas. Sube luego la escalera y abre la puerta del rellano superior. Una de las llaves abrirá y, si Mitra lo quiere, allí estaré yo esperándote.

Luego la muchacha se alejó con un rumor de pasos ligeros.

Conan se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta del otro extremo del calabozo. Todavía pensaba que aquello podía ser una diabólica trampa que le tendía Tarascus. Pero a Conan, ir a caer directamente en la red le parecía menos espantoso que esperar sentado lo que le tenía deparado el destino. El cimmerio miró el arma que le había entregado la muchacha y, sonriendo de manera siniestra, pensó que, fuese quien fuese la joven, demostraba saber muy bien lo que era un arma. No se trataba de un estilete de fina empuñadura propio de un asesinato de alcoba, sino que era un puñal grande, el arma de un guerrero, con una hoja ancha de treinta centímetros de largo y punta afilada.

Conan quiso probar las llaves en la cerradura de la puerta más alejada y resultó que estaba abierta.

Sin embargo, recordaba muy bien que uno de los negros la había cerrado con llave. Eso significaba que la figura furtiva que había llegado después, no era un carcelero comprobando si la puerta estaba cerrada, sino alguien que la había abierto. Todo resultaba más que sospechoso, pero a pesar de todo, Conan no vaciló un instante, empujó las rejas y salió del calabozo.

Tal como había pensado, la puerta no daba directamente a un pasillo. A derecha e izquierda había una pared en la que

desembocaban numerosos pasadizos. Pero no podía divisar lo que había más allá.

No alcanzaba a ver si había una pared y ni siquiera si había techo. La luz de la luna se filtraba únicamente a través de las rejas de las puertas de las celdas, por lo que estaba casi a oscuras. Una vista menos aguda que la suya apenas hubiera distinguido una mancha grisácea delante de cada una de las entradas de los calabozos.

Se encaminó hacia la izquierda rápida y silenciosamente. Lanzó una mirada al interior de las mazmorras y advirtió que todas estaban vacías, aunque cerradas con llave. En algunas brillaba el blanco fulgor de unos huesos descarnados. Aquellos calabozos eran sin duda un vestigio de épocas más sombrías construidos cuando Belverus era solo una fortaleza y no una ciudad. Pero resultaba evidente que habían sido mucho más utilizados de lo que nadie hubiera podido suponer. Por fin Conan vio la escalera de empinados peldaños y comprendió que era la que le había indicado la muchacha. En ese instante el cimmerio tuvo la sensación de que en el enorme recinto se movía algo voluminoso y furtivo cuyas pisadas no eran humanas y, sin dudarlo, giró bruscamente y se agazapó entre las sombras de los escalones interiores.

Echó un vistazo hacia la hilera de celdas y no vio nada sospechoso, pero tenía la certeza de que un ser corpulento se desplazaba por allí con mayor rapidez y agilidad que la de un hombre. Al fin vio a la criatura. Avanzaba tan furtivamente que aparecía y desaparecía, como si fuera un producto de su imaginación.

El cimmerio oyó el sonido de las puertas que se iban abriendo una a una. Luego el ser desconocido abrió la que Conan acababa de abandonar. Vio una gran sombra que penetraba por el recuadro débilmente iluminado y que luego desaparecía en el interior del calabozo. El sudor empapó el rostro y las manos de Conan. Ahora comprendía por qué Tarascus había llegado tan silenciosamente hasta su puerta y luego se había marchado con gran rapidez. El rey había abierto la puerta y luego, en alguna otra parte de aquellos infernales pozos, había abierto la jaula que retenía a aquella perversa monstruosidad.

La cosa salió de la mazmorra y avanzó por el corredor con la

cabeza deforme cerca del suelo. Ya no prestaba atención a los calabozos, sino que estaba olfateando algo: el rastro de Conan. Entonces el cimmerio pudo verlo con mayor claridad. La grisácea luminosidad encuadraba un gigantesco cuerpo antropomórfico, más voluminoso que el de un hombre. Caminaba sobre dos patas, pero muy inclinado hacia adelante. Estaba cubierto de pelo grisáceo y espeso y era como la espantosa parodia de un ser humano arrastrando los brazos por el suelo.

Conan comprendió al fin, el porqué de aquellos huesos rotos del calabozo. Se trataba de un hombremono gris, uno de esos horrendos comedores de hombres, habitante de los bosques que cubren las montañosas costas orientales del mar de Vilayet. Aunque para muchos eran solo monstruos legendarios, constituían una terrible realidad que había inspirado las figuras de los ogros de los mitos hybóreos.

El antropoide avanzó velozmente, como si, al fin, hubiera descubierto la presencia del cimmerio. Su cuerpo, parecido a un barril, se movía con sorprendente ligereza sobre sus piernas deformes pero poderosas. Conan miró rápidamente hacia las escaleras pero comprendió que el mono caería sobre sus espaldas antes de que hubiera tenido tiempo de alcanzar la distante puerta. No había otra alternativa: el cimmerio decidió enfrentarse con el corpulento hombre-mono.

Conan salió a la luz, al cuadrado más próximo iluminado por la luna. Sabía que la bestia podía ver mejor que él en la oscuridad. En ese momento, el mono lo vio por primera vez. Sus colmillos brillaron en la penumbra, pero no profirió sonido alguno. Criaturas del silencio y de la noche, los monos de Vilayet eran prácticamente mudos. Pero en su rostro repugnante y brutal aparecía una expresión de maligno gozo.

Conan permaneció inmóvil, mientras observaba sin pestañear al monstruo que se acercaba a él. Sabía que se estaba jugando la vida a un solo golpe, pues no habría ocasión de un segundo. Si quería salir victorioso de ese combate desigual debía de asestarle un solo tajo mortal. Miró la musculosa nuca, el velludo vientre y su poderoso pecho. Debía acertarle en el corazón, aun corriendo el riesgo de que la hoja fuese desviada por las enormes costillas. Así, sus posibilidades eran mayores que si atacaba un punto que no

fuese vital. Con plena conciencia de su interioridad, Conan se dijo que debía enfrentarse cara a cara al monstruoso simio, asestar el golpe mortal y confiar luego en la fuerza de su organismo para sobrevivir al terrible abrazo del hombre-mono.

Cuando este estaba a punto de alcanzarlo agitando sus colosales brazos, el cimmerio se abalanzó sobre él y le asestó una cuchillada con toda la fuerza desesperada de que era capaz. Conan sintió que la daga se hundía hasta la empuñadura en el pecho y al instante soltó el arma, bajó la cabeza y tensó el cuerpo, que se convirtió en una masa compacta de músculos en tensión. Al mismo tiempo golpeó el vientre del monstruo con su rodilla.

Durante unos instantes interminables, el cimmerio se sintió sacudido por la furia de un terremoto.

Luego quedó libre y se encontró tendido en el suelo. A su lado, el monstruo agonizaba con los ojos en blanco y la empuñadura de la daga sobresaliéndole del pecho. Su desesperado intento había dado resultado.

Conan temblaba y jadeaba después de la breve lucha. Sentía como si le hubieran dislocado las articulaciones, y la sangre manaba por las heridas provocadas por las garras del monstruo. Si el abrazo bestial hubiera durado unos instantes más, habría sido descuartizado por el simio. Pero la fortaleza del cimmerio había resistido la potencia de aquel ser de pesadilla, que ya no era más que un colosal montón de músculos sobre el suelo de granito.

6. La herida de un puñal

Conan se acercó al monstruo y extrajo la daga del cuerpo.

Luego se dirigió, rápidamente, escaleras arriba. No sabía si por aquellas tinieblas podían merodear otras sombras de la noche, pero lo cierto era que no sentía el menor deseo de otro encuentro semejante.

Para el cimmerio, aquella lucha relámpago había sido mucho más agotadora que cualquier combate normal, en los que es más necesaria la fuerza de los músculos que la presencia de ánimo. El resplandor de la luna se iba difuminando y algo angustioso parecía emanar de aquel recinto en sombras. El rey de Aquilonia lanzó un suspiro de alivio cuando, al llegar al rellano de la escalera, introdujo la llave en la cerradura y notó que esta giraba y se abría la puerta. La empujo y asomó la cabeza por el hueco, atento al ataque de algún enemigo humano o animal.

Divisó un simple pasillo de piedra, débilmente iluminado y, junto a la puerta, la esbelta figura de la muchacha.

—¡Majestad! —dijo. Su voz, contenida pero vibrante, denotaba alivio tras la tensa espera.

La joven acudió presurosa al lado de Conan y luego agregó:

—¡Mi señor, estás sangrando! ¡Te han herido en todo el cuerpo!

El cimmerio hizo un gesto impaciente, como restando importancia a las heridas.

—Son arañazos que apenas harían daño a una criatura. Tu daga ha sido para mí de un valor inapreciable y, si no hubiera sido por ella, el hombre-mono de Tarascus estaría sorbiendo la médula de mis huesos aplastados. Y bien, ¿adónde vamos ahora?

—Sígueme. Te conduciré al otro lado de los muros de la ciudad. Allí tengo un caballo escondido.

La joven comenzó a andar por el corredor, pero Conan le colocó

su pesada mano sobre uno de sus hombros.

—Ven, camina a mi lado —dijo suavemente, al tiempo que rodeaba la cintura de la muchacha con su brazo—. Hasta ahora has jugado limpio y confío en ti. Pero aún no ha terminado todo esto, y si te trajeras algo entre manos, no vivirías para poder disfrutar de tu broma.

La joven no se movió al ver el cuchillo ensangrentado ni al sentir el recio cuerpo de Conan contra el suyo.

—Puedes acuchillarme sin piedad si te traiciono. A pesar de las amenazas, la fuerza de tu brazo sobre mi cuerpo es como un sueño dorado que al fin se cumple.

El pasillo abovedado terminaba en una puerta. La joven la abrió y entonces vieron a uno de los negros gigantescos del palacio, con turbante y taparrabo de seda, tendido en el suelo. A su lado, sobre las losas, había un gran alfanje. El negro estaba inmóvil.

—Puse una droga en el vino —dijo Zenobia mientras pasaba por encima del cuerpo del negro—. Este es el último de los carceleros que vigilan las mazmorras. Nadie había escapado hasta ahora a la vigilancia de estos guardianes. Solo ellos sabían que el prisionero que Xaltotun había traído en su carruaje era el rey Conan. Yo estaba mirando, por la noche, desde una de las ventanas que dan al patio, mientras las demás muchachas dormían. Me enteré de que la batalla se había celebrado y no podía dormir pensando que habías muerto.

»Observé cómo los negros sacaban a un hombre del carruaje y te reconocí enseguida a la luz de las antorchas. Llegué hasta esta parte del palacio y vi cómo te llevaban a los calabozos. Pero no me atreví a acercarme a ti antes de la caída de la tarde.

»Debemos tener cuidado; hay seres extraños que rondan el palacio esta noche. Los esclavos dicen que Xaltotun duerme, drogado por el loto de Estigia, pero Tarascus también se encuentra en el palacio.

Entró sigilosamente por una poterna, envuelto en una capa cubierta de polvo, como si llegara de un largo viaje. Solo lo acompañaba Arideus, un hombre delgado y silencioso, su escudero de confianza.

No entiendo nada de lo que ocurre, pero tengo miedo.

Llegaron al pie de una estrecha escalera de piedra y Zenobia abrió una puerta disimulada en la pared.

Después de atravesarla la joven volvió a cerrarla y la pared quedó lisa, sin un solo relieve. Se encontraron en un corredor amplio con tapices en las paredes y alfombras en el suelo. Desde el techo, varias lámparas proyectaban una luz tenue y dorada.

Conan aguzó el oído, pero no oyó sonido alguno en el palacio. No sabía en qué parte de la gran mansión se encontraba ni en qué dirección estaba la habitación de Xaltotun. La muchacha, temblando visiblemente, lo condujo a lo largo del corredor, hasta detenerse junto a una puerta cubierta por un tapiz de seda. Zenobia lo apartó y le indicó a Conan que se colocara en el hueco de la puerta.

—Aguarda aquí, mi señor. Detrás de aquella puerta que hay al final del pasillo, suele haber guardianes, tanto de día como de noche. Iré a ver si está despejado el camino.

Instintivamente, el recelo de Conan volvió a ponerse de manifiesto.

—¿Me estás llevando a una trampa? —preguntó bruscamente.

Las lágrimas empañaron los ojos de Zenobia, que cayó de rodillas ante el cimmerio. Tomándolo de una mano exclamó desesperadamente:

—¡Oh, mi señor! ¡No desconfíes de mí ahora! ¡Si dudas en este momento, estamos perdidos! ¿Para qué iba a sacarte de los calabozos y venir a traicionarte aquí?

—Esta bien —contestó Conan—. Confiaré en ti. Pero, por Crom, tienes que entender que no estoy acostumbrado a esto, después de toda una vida de luchas e intrigas. Además, mal podrías traicionarme, cuando, si no hubiera sido por ti, el maldito mono de Tarascus me habría sorprendido encadenado y desarmado. Vete en paz, muchacha.

La joven le besó las manos y luego corrió hasta el final del pasillo, por donde desapareció a través de una amplia puerta de doble hoja.

Mientras tanto, el cimmerio no estaba ocioso. Conan examinó el reducido espacio en el que se hallaban —más que el simple vano de una puerta, era una especie de pequeña antesala— y guiado por su instinto, buscó y encontró otra posible salida. Era el acceso a un estrecho pasadizo, también oculto por tapices, que conducía hasta una puerta de madera tallada, apenas visible por la oscuridad que

reinaba en el corredor. Mientras Conan inspeccionaba el lugar, escuchó al otro lado de la puerta el ruido de otra que se abría y se cerraba e, inmediatamente después, un murmullo de voces.

El sonido familiar de una de aquellas voces, hizo que en el rostro del cimmerio se dibujara una expresión siniestra. Sin vacilar, se acercó hasta la puerta y se arrodilló junto a ella como una sigilosa pantera.

Con gran cautela, pero corriendo un evidente riesgo. Conan manipuló el picaporte y abrió muy despacio la puerta hasta dejar un resquicio. Al otro lado, los tapices dejaban una estrecha abertura.

Pudo divisar entonces una estancia iluminada por un candelabro situado sobre una mesa de ébano, y a dos hombres que hablaban en tomo a ella. Uno de ellos era un rufián de aspecto siniestro, con el rostro lleno de grandes cicatrices, que vestía un atuendo de cuero y una capa raída. El otro era Tarascus, rey de Nemedia.

Tarascus parecía incómodo. Estaba notablemente pálido y no dejaba de mirar a su alrededor, como si temiera algo imprevisto.

—Vé inmediatamente y actúa rápido —decía Tarascus—. En este momento duerme bajo el efecto de una droga y no sé cuánto tardará en despertar.

—Resulta extraño oír palabras de temor en los labios del rey Tarascus —respondió el otro, con voz áspera.

Tarascus frunció el ceño y dijo:

—Yo no temo a ningún ser humano, bien lo sabes. Pero cuando en Valkia vi cómo se desplomaban las rocas comprendí que habíamos resucitado al mismo demonio. Tengo miedo de sus poderes porque no sé exactamente hasta dónde pueden llegar. Pero me he dado cuenta que guarda alguna relación con ese maldito objeto que le he robado. Eso fue lo que le devolvió la vida y debe ser también la fuente de toda su brujería.

»Lo tenía bien escondido pero, siguiendo mis órdenes, un esclavo lo espió y descubrió que lo guardaba en un cofre dorado. A pesar de todo, si Xaltotun no hubiera estado sumido en el profundo sueño que le provoca el loto negro, no me hubiese atrevido a quitárselo.

»Con esa especie de gema que le devolvió la existencia, Xaltotun habría terminado por hacemos a todos esclavos suyos. Así, pues, haz lo que te he ordenado: cógelo y arrójalo al mar. Y asegúrate de

que esté lejos de la costa para que ninguna tormenta lo pueda devolver a la playa. Ya te han pagado, ¿no es así?

—En efecto, señor. Y te debo algo más que oro, mi rey. Te debo una considerable gratitud. Hasta los ladrones sabemos ser agradecidos.

—Por mucho que creas deberme, todo quedará saldado si, como te he ordenado, arrojas eso al mar.

—Iré a caballo hasta Zíngara y embarcare hacia Kordava. Prefiero no aparecer por Argos… un asunto de poca importancia… un par de muertes…

—No me importa cómo, con tal de que lo hagas. Toma, aquí tienes el objeto. Un caballo te espera en el patio. Parte cuanto antes.

Algo que brillaba con un fuego intenso pasó de las manos de un hombre a las del otro. Conan apenas pudo ver de qué se trataba.

Luego, el bribón se echó sobre la cabeza la capucha de la capa y salió rápidamente de la sala. Al momento, Conan se movió, aguijoneado por la ira que había contenido más tiempo del que razonablemente podía soportar. La vista del enemigo, situado tan al alcance de la mano, lo despojó del más elemental sentido de la precaución y de la prudencia.

Tarascus se dirigía hacia la otra puerta cuando Conan apartó con violencia los cortinajes y saltó, como una pantera sedienta de sangre, hasta el centro de la sala. Tarascus se volvió inmediatamente, pero antes de que pudiera reconocer a su atacante, el cimmerio ya le había hundido la daga en el cuerpo. Conan supo, sin embargo, que la herida no había sido mortal porque el bárbaro se había quedado enganchado en las cortinas. La punta de la daga resbaló a lo largo de las costillas del rey de Nemedia, que gritó.

Tarascus retrocedió por el impacto, trastabillando hasta la mesa, derribó el candelabro y la luz se apagó. Los dos cayeron al suelo y los pliegues de las cortinas les envolvieron. Conan, cegado todavía por la ira, atestaba puñaladas a ciegas, mientras Tarascus, aterrado, chillaba ante la repentina aparición del asaltante y del feroz ataque. En la oscuridad, Tarascus consiguió librarse de las cortinas y se alejó del cimmerio.

—¡Socorro, guardias! ¡A mí! ¡Arideus! ¡Orastes! ¡Orastes, socorro!

Conan, maldiciendo por haber errado el golpe, consiguió

ponerse de pie y de un puntapié se liberó de la cortina. Estaba desconcertado, en plena oscuridad, y en un lugar absolutamente desconocido para él.

Los gritos de Tarascus resonaban con fuerza y al momento empezaron a oírse las voces de los alertados guardias. Conan se dio cuenta de que el nemedio ya había escapado de la habitación, pero no tenía la menor idea de la dirección que había tomado. La atropellada venganza de Conan había fallado y ahora lo único que importaba era salvar el pellejo.

Mientras lanzaba juramentos entre dientes, Conan retrocedió por el corredor y llegó de nuevo a la antesala. Miró por el pasillo y vio a Zenobia que se acercaba corriendo, con los ojos desorbitados por la angustia.

—¡Ah! ¿Qué ha ocurrido? El palacio entero se ha despertado. Te juro que no te he traicionado.

—No, he sido yo quien ha agitado el avispero —contestó Conan con aspereza—. Traté de ajustar unas cuentas y fallé. ¿Cuál es el camino más corto hacia el exterior?

Zenobia lo cogió de la mano y corrió velozmente por el pasillo. Pero antes de que llegasen al final, se oyeron unos gritos al otro lado de la puerta en la que terminaba el corredor y unos violentos golpes resonaron en la madera. Zenobia, aterrada, se retorció las manos y dijo con voz sollozante:

—¡Estamos atrapados! Cerré con llave esa puerta, pero no tardarán en abrirla. Para ir hasta la poterna tenemos que pasar por ahí.

Conan giró en redondo. Al otro lado del pasillo se escuchaba un clamor que indicaba que el enemigo los perseguía igualmente por aquel lugar.

—¡Rápido, ven por aquí! —gritó la joven desesperadamente, mientras cruzaba el pasillo para abrir la puerta de, una de las habitaciones.

Conan la siguió hasta un cuarto lujosamente amueblado. Lo condujo hasta un ventanal cerrado por barrotes, a través del cual se divisaban árboles y macizos de plantas.

—Tú eres fuerte —dijo ella, jadeando—. Si puedes arrancar estos barrotes, tendrás un camino para escapar. En el jardín hay centinelas, pero hay muchas plantas entre las que podrás

esconderte. La pared sur del palacio es también la del límite de la ciudad. Una vez que la hayas traspasado, estarás a salvo.

Hay un caballo esperándote entre los matorrales que crecen junto al camino que lleva hacia el oeste, un centenar de pasos al sur de la fuente de Thrallos. ¿La conoces?

—Sí, pero ¿qué vas a hacer tú? Había pensado llevarte conmigo.

Una intensa alegría iluminó el rostro de Zenobia.

—Si así fuera —dijo la muchacha—, mi felicidad no tendría límites, pero no quiero ser un estorbo para ti. Conmigo, la huida te resultaría mucho más difícil. No, no debes temer por mi suerte. No sospecharán que he sido yo la que te ha ayudado. Lo que me has dicho me llenará de alegría durante muchos años.

Conan la cogió entre sus vigorosos brazos, y apretando contra sí el cuerpo ligero y vibrante de Zenobia, besó sus ojos, sus mejillas, su cuello y sus labios, hasta dejarla sin respiración. El cimmerio era tan impetuoso en el amor como en la guerra.

—Sí, me iré —murmuró el bárbaro—, pero por Crom que volveré a buscarte algún día.

Se volvió rápidamente, asió los barrotes y los arrancó de su base de un solo tirón. Sacó el cuerpo por el ventanal y fue descendiendo por las molduras de la barroca fachada. Al llegar al suelo, buscó la sombra de los grandes rosales y de los otros arbustos del jardín.

Dirigió su mirada por última vez hacia la ventana donde se encontraba Zenobia, inclinada hacia afuera, con los brazos extendidos en dirección a él, en un mudo gesto de despedida y renuncia.

Los soldados corrían por el parque, pero todos se dirigían al palacio, donde el clamor crecía a cada momento. Eran hombres altos, cubiertos por bruñidas corazas y cascos de bronce con airosos penachos, en los que el brillo de las estrellas relucía débilmente, traicionando sus movimientos.

Algunos pasaban muy cerca de él, sin sospechar siquiera su presencia. Los gritos del palacio atraían toda su atención, despreocupándose de lo que ocurría a su alrededor. Cuando vio que todos los soldados habían pasado, Conan se incorporó y se dirigió hacia el muro.

Tardó poco en llegar a la muralla, donde no se advertía la presencia de ningún centinela. El cimmerio miró hacia el gran

palacio. Un bosquecillo de cipreses lo separaba de él. Pudo ver, sin embargo, que casi todas las ventanas del gran edificio se encontraban ahora iluminadas y que un sinfín de veloces figuras atravesaban una y otra vez los cuadrados de luz, como si fueran títeres movidos por hilos invisibles.

Conan sonrió con dureza, movió la cabeza en un gesto que era a la vez despedida y amenaza, y dio un salto para alcanzar la parte superior de la muralla.

La espesa hierba que cubría la parte exterior del muro amortiguó la caída del cimmerio. Un instante después, corría veloz entre las sombras, con el paso poderoso del hombre acostumbrado a salvar leguas a la carrera.

Las murallas de Belverus estaban rodeadas por jardines y mansiones. El fugitivo, en su rápida huida, escaló tapias, atravesó caminos y se abrió paso entre huertos y viñedos. Algunos perros guardianes se levantaron y ladraron al paso de la sombra furtiva, que pronto se perdió de vista.

En una habitación del palacio, Tarascus se retorcía de dolor al tiempo que maldecía sobre un lecho manchado de sangre. Orastes le curaba la herida con mano diestra. En el palacio reinaba una gran agitación. Pero el herido y el antiguo sacerdote estaban a solas.

—¿Estás seguro de que todavía duerme? —preguntó Tarascus mientras Orastes comenzaba a vendarle el pecho—. ¡Por Mitra, Ishtar y Set, estas condenadas hierbas escuecen más que la brea de todos los infiernos!

—En esa brea estarías ahora sumergido si no fuera por tu buena fortuna —dijo Orastes—. El que te abrió esta herida tenía intenciones de matar. Pues bien, sí, te he dicho que Xaltotun sigue durmiendo. ¿Por qué te preocupa tanto ese asunto? ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

—No sabes nada de lo que ha ocurrido en el palacio esta noche ¿verdad? —preguntó Tarascus, mientras clavaba su mirada en la del sacerdote.

—No sé nada. Me encontraba traduciendo unos manuscritos para Xaltotun. Él desconoce algunas de las lenguas modernas y desea estar al corriente de los nuevos conocimientos. Yo no sabía que había regresado anoche, hasta que me mandó llamar y me relató la batalla. Luego volví a mi tarea. Tampoco supe que tú

habías vuelto hasta que los gritos me hicieron salir de mi cuarto.

—Entonces, ¿ignorabas que Xaltotun trajo prisionero al rey de Aquilonia a este palacio?

Orastes movió negativamente la cabeza, pero sin dar muestras de sorpresa.

—Xaltotun me dijo tan solo —contestó Orastes— que el rey Conan no se opondría nunca más a nuestros planes. Por eso supuse que habría muerto y no me entretuve en preguntarle más detalles.

—Xaltotun salvó la vida de Conan oponiéndose a mi deseo de darle muerte —dijo Tarascus, sin disimular su rencor—. Me di cuenta enseguida de su intención. Quería mantener cautivo a Conan para usarlo contra nosotros, contra Amalric, contra Valerio y contra mí mismo. Mientras Conan viva será una amenaza, un factor de unificación y de fuerza para Aquilonia, que nos obligará a tomar estrictas medidas de precaución.

Desconfío de ese pythonio resucitado. Incluso ha comenzado a inspirarme temor, últimamente.

»Yo lo seguí durante algunas horas después de que hubiese partido hacia el este. Deseaba saber lo que pretendía hacer con Conan. Me enteré de que lo mantenía prisionero en las mazmorras, y quise asegurarme que el bárbaro muriese, aun oponiéndome a Xaltotun. Y conseguí…».

Unos golpes cautelosos sonaron en la puerta. Tarascus dijo:

—Es Arideus. ¡Adelante!

El escudero entró en la habitación. Sus ojos brillaban con una agitación contenida.

—Y bien, Arideus —dijo Tarascus—. ¿Has encontrado al hombre que me atacó?

—¿Acaso no lo has visto, mi señor? —contestó el escudero—. ¿No llegaste a reconocerlo?

—No. Todo ocurrió muy rápido y, además, el candelabro se apagó. Pensé que se trataba sobre mi persona.

—El pythonio duerme en su habitación. Pero he visitado las mazmorras —dijo Arideus, y sus delgados hombros se estremecieron.

—¡Está bien, habla de una vez! —exclamó Tarascus, impaciente —. ¿Qué encontraste allí?

—Un calabozo vacío —susurró el escudero—. ¡Y el cadáver del

gran mono!

—¿Cómo? —dijo Tarascus al tiempo que se ponía de pie casi de un salto.

—Sí, el devorador de hombres ha muerto. Lo han apuñalado en el corazón… ¡y Conan ha huido!

Tarascus, cuyo semblante se había vuelto grisáceo, dejó que Orastes lo tendiera de nuevo en el lecho y terminase de curar sus heridas.

—¡Conan ha escapado! —dijo—. ¡Por Mitra! ¡No es un hombre, sino el mismísimo diablo! Yo creí que había sido Xaltotun el causante de mis heridas, pero ahora lo comprendo todo: fue Conan el que me apuñaló, Arideus. ¡Por todos los dioses y demonios!

—Así es, Majestad.

—Buscad entonces hasta en el último rincón del palacio. Debe estar al acecho, como un tigre hambriento, en algún rincón oscuro. Que no quede ningún lugar sin registrar y tened cuidado, Conan no es un hombre civilizado sino un bárbaro sanguinario cuya fuerza y ferocidad son tan grandes como las de una bestia salvaje. Extended la búsqueda a toda la ciudad y colocad un cinturón de centinelas en las murallas. Si, como es probable que haya ocurrido, comprobáis que ha huido de la ciudad, enviad inmediatamente un escuadrón de jinetes para que lo sigan.

Una vez atravesadas las murallas, será como ir a la caza de un lobo por los montes. ¡Daos prisa, si queréis alcanzarlo!

—Es una tarea que requiere un valor superior al ordinario —dijo Orastes—. Tal vez debiéramos pedir consejo a Xaltotun.

—¡No! —respondió violentamente Tarascus—. Dejad que los jinetes persigan a Conan y que le den muerte. Xaltotun no podrá recriminamos por haber matado a un prisionero que ha huido.

—Está bien —dijo Orastes—, yo no soy aqueronio, pero estoy versado en ciertas artes mágicas y tengo cierto poder sobre algunos espíritus que he llegado a materializar. Tal vez pueda servirte de ayuda.

La fuente de Thrallos se encontraba entre un bosquecillo de encinas, justo al lado de la carretera, a un cuarto de legua de las murallas de la ciudad. El murmullo del agua llegaba a oídos de Conan, atravesando el silencio de la noche. El cimmerio bebió unos sorbos del helado manantial y luego avanzó rápidamente hacia una

pequeña espesura que había visto más adelante. Al internarse en ella vio un gran caballo blanco atado entre los arbustos. Suspirando aliviado, Conan se acercó al corcel, pero una risa burlona hizo que el cimmerio girase en redondo.

De las sombras del bosquecillo surgió una silueta cubierta con una cota de malla que brillaba tenuemente a la luz de las estrellas. No era un centinela del palacio, sino un hombre alto que protegía su cabeza con un sencillo morrión… uno de los Aventureros, unos guerreros de Nemedia, que no habían alcanzado la posición ni la fortuna de los caballeros, o que habían perdido ese rango. Eran rudos luchadores que dedicaban toda su vida a la aventura y a la guerra. Constituían una clase especial y a veces dirigían tropas, pero siempre de una forma independiente, sin reconocer más autoridad que la del rey. Conan comprendió que no era posible haber sido descubierto por un enemigo más peligroso.

Una rápida mirada entre las sombras le hizo saber que el hombre estaba solo. Conan aspiró profundamente y apoyó los pies en el suelo, mientras todos los músculos de su cuerpo se ponían en tensión.

El aventurero avanzó con cautela mientras el tenue fulgor de las estrellas hacía brillar la gran espada que empuñaba.

—Me dirigía a Belverus —dijo— con un encargo de Amalric. Al pasar con mi caballo, oí un relincho en el bosque, eché un vistazo y me pareció muy extraño que hubiese un corcel oculto en este lugar.

Esperé, y ¡mira por dónde, he capturado una presa muy especial!

El aventurero avanzó un poco más.

—Yo te conozco… Eres Conan, el rey de Aquilonia. Creí que habías muerto en el valle de Valkia, pero…

Conan saltó como lo hubiera hecho un tigre acorralado. El aventurero, a pesar de ser un luchador con experiencia, no pudo imaginar la increíble rapidez que animaba los músculos de un bárbaro.

Sorprendido y desprevenido, tan solo pudo levantar apenas la espada. Antes de que hubiese podido golpear o parar el golpe, la daga de Conan ya se había hundido en su garganta, por encima de la malla de acero, y siguió camino oblicuamente hacia el torso. El aventurero lanzó un grito ahogado, retrocedió unos pasos y cayó al suelo. Solo en el momento en el que su víctima caía, Conan extrajo

la hoja.

Luego lanzó una mirada al cuerpo de su enemigo y con la daga chorreando sangre y el sudor brillando en su amplio pecho, escuchó atentamente. En los bosques que lo rodeaban no oyó ningún ruido extraño, solo el suave trinar de algunos pájaros nocturnos; pero en la ciudad, a un cuarto de legua, se oía la estridente llamada de unas trompetas.

Conan se inclinó sobre el hombre caído. No halló documento alguno entre sus ropas y se convenció entonces de que el mensaje que le habían confiado tenía que ser verbal. No se detuvo mucho tiempo, ya que faltaban pocas horas para el amanecer. A los pocos minutos, el caballo blanco galopaba hacia el oeste y su jinete llevaba puesta la cota de malla del aventurero nemedio.

7. El velo rasgado

El cimmerio sabía muy bien que la única posibilidad de escapar residía en la rapidez de su huida. Ni siquiera pensó en ocultarse en algún lugar próximo a Belverus hasta que cesara la caza. Estaba seguro de que el temible aliado de Tarascus acabaría por encontrarlo. Además, su temperamento no era propenso a esconderse para eludir a sus enemigos. La lucha abierta o la persecución estaban mucho más en consonancia con su forma de ser. Sabía que llevaba una gran ventaja a sus perseguidores y que estos, en una carrera insensata, intentarían alcanzarlo antes de llegar a la frontera.

Zenobia había sabido elegir al proporcionarle aquel caballo blanco. Su velocidad, potencia y resistencia, resultaban evidentes. La muchacha entendía de armas, de caballos y también de hombres, se dijo Conan sonriendo.

El cimmerio avanzó hacia el oeste a una velocidad asombrosa. Atravesaba tierras apacibles, pueblos dormidos y mansiones de campo de blancas paredes.

Cuando el último poblado quedó atrás, Conan abandonó el camino que se desviaba hacia el noroeste, hacia los lejanos desfiladeros. Seguir por él significaba pasar por delante de fortalezas protegidas por hombres armados que no lo dejarían cruzar sin antes interrogarlo. En cambio, por las zonas pantanosas de la frontera, estaba seguro de que no se encontraría con patrullas.

Aquella carretera que conducía a Belverus era la única que cruzaba la frontera en veinticinco leguas al norte y al sur.

Atravesó una serie de desfiladeros a través de las montañas a cuyos lados se extendía una amplia zona de bosques salvajes, casi deshabitados. El cimmerio mantuvo su dirección hacia el oeste, intentando cruzar la frontera por la parte más abrupta de los

montes, al sur de los desfiladeros. Era el camino más corto y más seguro para un fugitivo, aunque resultase mucho más duro de atravesar. Un hombre solo podía cruzarlo, pero para un ejército era impracticable.

Al amanecer, sin embargo, todavía no había llegado a los montes. Constituían un bastión rocoso, largo y plano, que se extendía como una línea azul por el horizonte.

El alba pareció encender un fuego dorado sobre la estepa de hierbas resecas. Una algarabía de graznidos interrumpió el silencio cuando una bandada de gansos salvajes levantó vuelo desde un pantano cercano. Ante un bosquecillo de arbustos, Conan se detuvo y desensilló su caballo. Los flancos del animal estaban empapados y las crines se le pegaban a la sudorosa piel. El cimmerio había hecho galopar implacablemente al corcel durante las largas horas que habían precedido al amanecer.

Mientras el caballo pastaba, el cimmerio se tumbó sobre la hierba y miró hacia el norte. Podía divisar la carretera que había dejado atrás y que ahora parecía una serpenteante cinta blanca. No había ninguna mancha oscura que se moviera por ese camino y tampoco en el castillo parecían haber advertido la presencia del solitario viajero.

Una hora más tarde, la tierra todavía parecía desierta, El único signo de vida era el brillo metálico de los lejanos bastiones de la fortaleza y el vuelo de un cuervo que describía círculos en el cielo, como buscando algo. Conan ensilló el corcel y avanzó hacia el oeste con un paso menos apresurado.

Cuando alcanzaba el punto más alto de la colina, escuchó un ronco graznido sobre su cabeza.

Levantó la vista y vio al cuervo, que volaba por encima de él. El ave continuó planeando sobre su cabeza, lanzando estridentes graznidos, a pesar de los intentos de Conan para espantarlo.

Durante varias horas el pájaro siguió allí.

El cimmerio estaba tan furioso que hubiera dado la mitad de su reino por tener al alcance de sus manos a aquel maldito cuello negro.

—¡Por todos los demonios del Infierno! —Conan gritaba, iracundo, mientras agitaba el puño hacia el molesto cuervo—. ¿Por qué razón me torturas con tus malditos graznidos? ¡Márchate de

una vez, ave condenada, vete a picotear al huerto de algún granjero!

Conan descendía por la ladera opuesta del altozano, cuando le pareció oír, detrás suyo, un lejano rumor. Se dio vuelta en su silla y distinguió otro punto negro que se destacaba en el azul del cielo. En tierra, muy lejos, creyó divisar el brillo del sol al reflejarse en un metal. Aquello solo podía significar una cosa: allí había hombres armados. Y no cabalgaban por la carretera, que ya estaba más allá del horizonte, fuera del alcance de su vista, sino que seguramente lo estaban siguiendo.

En el rostro del cimmerio apareció una sombra de preocupación y luego se estremeció cuando miró al cuervo que seguía volando encima de él.

—De modo que eras algo más que un ave estúpida, ¿no es eso? Esos jinetes no pueden verte, pero sí puede hacerlo otro pájaro. Tú me sigues a mí, el pájaro te sigue a ti y ellos siguen al pájaro. ¿Serás tan solo un cuervo adiestrado para esa tarea o tal vez un diablo con forma de pájaro? ¿No serás el mismo Xaltotun, por casualidad?

El ave lanzó un graznido que sonó como una burla.

El cimmerio no malgastó saliva en hablar con su emplumado perseguidor. Se concentró hoscamente en el camino. No había permitido descansar a su caballo, de modo que no quería galopar con demasiada rapidez. Pero sus enemigos no tardarían en acortar distancia, porque habrían cambiado de cabalgaduras en el castillo que habían dejado atrás y sus caballos estarían más descansados que el suyo. El camino se hizo más escarpado, entre un paisaje de colinas que, poco a poco, se fueron transformando en laderas de montañas cubiertas de árboles. Allí hubiera sido fácil despistara sus perseguidores, pensó Conan, si no hubiera sido por el maldito cuervo que graznaba sin cesar sobre su cabeza. No podía ver a sus enemigos en ese terreno accidentado, pero estaba seguro de que lo seguían sin vacilar, guiados por sus aliados aéreos. Aquel ave negra se convirtió para el cimmerio en un íncubo infernal que parecía delatarlo desde las insondables profundidades del Averno. Las piedras que le arrojó, acompañadas de toda clase de maldiciones, no dieron en el blanco a pesar de que en su juventud Conan había abatido de esta forma halcones en pleno vuelo.

El caballo del cimmerio estaba cada vez más agotado. Conan

reconoció la gravedad de la situación en la que se encontraba, advirtiendo, además, la mano de un hado inexorable detrás de aquellas circunstancias adversas. Sabía que no podía escapar y se sentía tan cautivo como lo había estado en los calabozos de Belverus.

Pero no era un hijo de Oriente, de los que aceptan pasivamente lo inevitable. Si no podía escapar, al menos enviaría a algunos de sus enemigos al infierno. Entonces se volvió hacia un bosquecillo de alerces que estaba oculto detrás de una loma y buscó un sitio para refugiarse.

En ese instante escuchó un chillido agudo y extraño, que parecía proceder de una garganta humana.

Inmediatamente el cimmerio se internó entre los matorrales y descubrió el origen de aquellos extraños gritos. En un pequeño claro, frente a él, cuatro soldados con cota de malla nemedia pasaban un lazo corredizo por el cuello de una anciana con vestidos de campesina. Junto a ella había un haz de leña atado con una cuerda, como si fuera esa la ocupación de la anciana, cuando fue sorprendida por el grupo de soldados.

Conan sintió que la ira lo invadía mientras observaba en silencio cómo aquellos cobardes arrastraban a la anciana hacia un árbol cuyas ramas bajas servirían, sin duda, de improvisada horca. El cimmerio había cruzado la frontera hacía poco menos de una hora; se encontraba, por lo tanto, en su propio territorio y a punto de contemplar el intento de un asesinato de uno de sus súbditos.

La anciana luchaba con una energía y una fuerza sorprendentes a pesar de su edad. De pronto alzó la cabeza y volvió a lanzar el extraño y penetrante chillido que Conan había escuchado poco antes. El grito recibió como respuesta otro graznido burlón del cuervo que volaba sobre los árboles, los soldados se echaron a reír groseramente y uno de ellos golpeó a la vieja en la boca.

Conan no pudo soportar por más tiempo aquel vil espectáculo y saltó de su caballo. Los cuatro hombres giraron en redondo ante el inesperado ruido y enseguida desenvainaron sus espadas, mientras miraban agresivamente al gigante que se les enfrentaba, con la espada en la mano y el rostro contraído por la ira.

El cimmerio lanzó una risa amenazadora y sus ojos relucieron como trozos de pedernal.

—¡Perros! ¿Acaso los chacales nemedios se dedican ahora a hacer de verdugos de mis súbditos?

Tendríais que conseguir primero la cabeza de su rey ¡Aquí me tenéis! ¡A ver si sois capaces de pasar ese lazo corredizo por mi cuello!

Los soldados miraron indecisos al cimmerio cuando este avanzó hacia ellos.

—Pero ¿quién es este loco? Usa uniforme nemedio, pero habla con el acento de los aquilonios.

—No importa. Démosle unas cuchilladas y luego lo colgaremos junto con la vieja.

El último que había hablado se adelantó hacia Conan levantando la espada. Pero antes de que pudiera golpear, la hoja del rey se abatió con fulminante rapidez sobre el casco del impetuoso soldado, aplastando al mismo tiempo el metal y el cráneo. El hombre cayó sin que su boca profiriera ni un lamento y los otros tres curtidos guerreros rodearon como lobos hambrientos al cimmerio. Un instante después, el estrépito metálico de las espadas ahogaba los graznidos agoreros del cuervo que vigilaba el lugar del combate.

Conan no profería ninguna exclamación. Con los labios curvados en una sonrisa siniestra, asestaba mandobles a derecha e izquierda, con una rapidez inusitada para el peso de su recia espada. Su agilidad, que contrastaba con el considerable volumen de su cuerpo, le permitía mantenerse en constante movimiento, de modo que resultaba un blanco difícil para sus contendientes, que golpeaban al aire o que chocaban contra la enorme espada del cimmerio. Pero cuando él atacaba, lo hacía con una fuerza devastadora.

Ya habían caído dos de los tres soldados, y el que quedaba sangraba por media docena de heridas y se batía en franca retirada, parando como podía las estocadas de Conan. En ese momento, la cota de malla de uno de los caídos se enredó en un pie de Conan y este cayó al suelo, sobre el cuerpo del muerto.

El nemedio, en el frenesí de la lucha, se abalanzó sobre el rey y, al tiempo que lanzaba un grito de triunfo, levantó su espada con las dos manos sobre el hombro derecho y afirmó las piernas para asestar mejor el golpe. Entonces, por encima del rey, algo saltó en el aire, algo grande y peludo, que fue a caer encima del soldado, cuyo grito triunfal se convirtió en un estertor agónico.

Conan se puso en pie y vio al hombre que hacía un momento lo estaba amenazando. Estaba muerto, con el cuello desgarrado. Un gran lobo gris se hallaba junto al cadáver, con la cabeza baja, como si estuviera olfateando la sangre que formaba un charco alrededor del soldado.

La anciana comenzó a hablar y entonces, el rey, se volvió hacia ella. A pesar del andrajoso vestido, sus facciones regulares y ascéticas y sus chispeantes ojos negros, no eran los de una campesina. Llamó al lobo, que acudió mansamente y se puso a su lado como si fuera un perro faldero. El lobo frotó su cabeza contra las rodillas de la anciana y miró a Conan con grandes ojos mansos. La mujer acarició con aire ausente el cuello del animal y ambos contemplaron al rey de Aquilonia, que sintió cierto desasosiego ante aquella mirada, a pesar de que en ella no había la menor hostilidad.

—Cuenta la gente que el rey Conan murió bajo un alud de piedras, cuando los montes se desplomaron en Valkia —dijo la anciana, con voz fuerte y resonante.

—Así dicen —respondió con aspereza el cimmerio.

Conan no tenía ganas de hablar. Pensaba que los soldados que lo perseguían se acercaban cada vez más. El cuervo seguía graznando por encima de la arboleda y el bárbaro lanzó una furiosa mirada hacia arriba, mientras hacía rechinar los dientes con ira mal contenida.

Cerca de allí, el caballo blanco pastaba con la cabeza baja. La anciana miró al corcel, luego al cuervo y después lanzó el mismo grito estridente de antes, con una imperceptible variación. Un momento después, se cernió sobre el cielo una poderosa sombra de grandes alas que se abatió sobre el cuervo con una velocidad estremecedora. El agudo graznido del pajarraco quedó silenciado al instante por el feroz ataque de una enorme águila.

—¡Por Crom! —dijo Conan—. ¿Eres acaso hechicera?

—Me llamo Zelata y la gente del valle asegura que soy bruja. Dime, ¿ese hijo de las tinieblas guiaba a algunos soldados detrás de tu rastro?

—Así es. Y no creo que tarden mucho en llegar hasta aquí.

—Coge tu caballo y sígueme, rey Conan.

Sin hacer comentario alguno, el cimmerio se alejó en busca del caballo. Cuando regresó, vio descender al águila hasta posarse en el

hombro de Zelata.

La extraña anciana abrió la marcha, con el enorme lobo trotando a su lado y el águila revoloteando por encima. Atravesaron densos bosquecillos, salvaron taludes y al fin llegaron, después de recorrer un estrecho sendero que había al borde de un precipicio, hasta una singular construcción de piedra, mitad choza, mitad cueva, bajo un gran risco perdido entre los desfiladeros. El águila se remontó hasta la cima del talud y permaneció allí, inmóvil, como un centinela alerta.

Siempre en silencio, Zelata llevó el caballo a una cueva cercana que parecía servir de establo. Había apilado un montón de forraje y muy cerca borboteaba un minúsculo arroyuelo.

En la cabaña, la anciana hizo sentar al rey en un rústico banco cubierto de pieles de animales y ella tomó asiento en un taburete bajo delante del hogar. Encendió el fuego para preparar lo que parecía ser una comida frugal. El lobo se tendió a su lado, delante de la chimenea y reclinó la cabeza sobre las patas delanteras. Al poco tiempo el animal dormitaba y sus orejas se estremecían como si se sintiera inquieto por algún sueño desapacible.

—¿No temes entrar en la choza de una bruja? —preguntó la vieja, interrumpiendo el silencio.

La única respuesta de su huésped fue un encogimiento de hombros. La anciana le entregó una escudilla de madera llena de frutos secos, queso y pan de centeno. También le dio una jarra de espumosa cerveza, hecha con cebada de los valles.

—Para mí es más placentero el silencio de los montes que el rumor de las ciudades —prosiguió la anciana—. Los cachorros de los seres salvajes son mejores que los hijos de los hombres. Hoy mis hijos se encontraban lejos de mí —dijo mientras acariciaba la cabeza del lobo adormecido—. De lo contrario, no hubiese tenido necesidad de tu espada, rey Conan. Pero vinieron cuando los llamé.
—¿Qué tenían contra ti aquellos perros nemedios?

—Algunos soldados del ejército invasor merodean por todo el país, desde la frontera hasta Tarantia.

Los malvados habitantes de los valles les dijeron que yo guardaba un gran tesoro para distraer su atención y evitar así el saqueo. Me encontraron y me exigieron el tesoro. Mi respuesta negativa los encolerizó. Pero ni los soldados ni los hombres que te

persiguen, y ni siquiera los cuervos, podrán encontrarte aquí.

El cimmerio movió negativamente la cabeza y, mientras engullía con voracidad, dijo:

—Me marcho hacia Tarantia.

—Vas a meter la cabeza en la boca del león, rey Conan. Será mejor que busques refugio en el extranjero; tu reino ha perdido su espíritu de lucha. —¿Qué estás diciendo? Se han perdido muchas batallas y sin embargo luego se han ganado muchas guerras. Un reino no se pierde por el simple hecho de sufrir una derrota.

—Entonces, ¿piensas ir a Tarantia?

—Así es. Próspero sabrá defenderla frente a las tropas de Amaine.

—¿Estás seguro, rey Conan? —¡Por todos los infiernos, mujer! ¿Cómo podría ser de otra manera?

Zelata movió negativamente la cabeza y dijo:

—Yo pienso de otra forma. Voy a rasgar el velo del tiempo para que puedas ver tu capital.

Conan no se dio perfecta cuenta de lo que la anciana arrojaba al fuego, pero una humareda verde se esparció por el interior de la choza al tiempo que el lobo gemía en sueños. Y mientras el cimmerio observaba, las paredes y el techo de la cabaña parecieron agrandarse primero y desvanecerse después hasta confundirse con la inmensidad del infinito. El humo comenzó a girar y todo se volvió borroso; algunas formas se movieron y se desvanecieron en la masa caliginosa, hasta que se destacaron con asombrosa claridad.

El cimmerio pudo ver las torres y las calles de Tarantia, donde la muchedumbre corría y gritaba.

Pudo ver también los estandartes de guerra de Nemedia que avanzaban inexorablemente hacia el oeste, por entre el humo y las llamas de las tierras saqueadas. En la plaza principal, las turbas gritaban que el rey había muerto, que los barones querían repartirse entre ellos las tierras y que el gobierno de un rey, aunque fuese Valerio, era preferible al desorden y la anarquía.

Próspero, con su reluciente armadura, avanzó a caballo entre las gentes intentando imponer la calma y pidiendo confianza en el conde Trocero. Próspero pedía a las gentes de Tarantia que acudieran a las murallas de la ciudad para ayudar a sus tropas, pero la multitud se volvió contra él, aullando de miedo, bajo los efectos

de una furia irracional. Lo acusaron de ser el matarife de Trocero y un asesino más sanguinario que el mismo Amalric. Luego arrojaron inmundicias y piedras contra los caballeros y los soldados de Próspero.

La escena se volvió borrosa, como si pasara el tiempo, y a continuación Conan vio a Próspero y a sus tropas que salían hacia el sur por las puertas de las murallas, mientras a sus espaldas rugía el populacho de la ciudad.

—¡Necios! ¡Estúpidos! —dijo Conan—. ¡Cómo no han sido capaces de confiar en Próspero…! Mira, Zelata, si esto es una trampa…

—Esto ya ha sucedido. Ocurrió cuando las huestes de Amalric estaban a la vista de los sitiados.

Desde las murallas, las gentes veían las llamas del saqueo. Al anochecer, los nemedios entraron en Tarantia, sin encontrar la más mínima oposición. ¡Mira lo que está ocurriendo ahora mismo en el gran salón del palacio real de Tarantia!

De repente Conan divisó claramente la gran sala del trono del palacio. Valerio estaba delante del estrado real, ataviado con vestidos de armiño; Amalric, todavía con la armadura cubierta de polvo y de sangre, colocaba sobre los rubios cabellos de Valerio un reluciente aro cubierto de pedrería: ¡la corona de Aquilonia!

El pueblo vitoreaba jubilosamente y largas filas de guerreros nemedios contemplaban la escena con rostro impasible mientras los nobles, que en su día se habían opuesto a Conan, eran los primeros en arrodillarse ante el nuevo rey.

El cimmerio apretó los puños, las venas de sus sienes se hincharon y su rostro se congestionó.

—¡Por Crom! ¡Un nemedio coronando como rey de Aquilonia a ese renegado y en el mismo palacio real, en el salón del trono de Tarantia!

Como disipado por aquel estallido de violencia, el humo desapareció y entonces Conan pudo ver los negros ojos de Zelata que lo miraban fijamente entre los tenues jirones de neblina que aún flotaban en el aire.

—Ya lo has visto, rey Conan. Tu propio pueblo ha entregado la libertad por la que tú luchaste con tanto sudor y con tanta sangre. Ellos mismos se han rendido a quienes solo quieren esclavizarlos y

asesinarlos. Han demostrado no creer en su propio destino. ¿Acaso podrías confiar en ellos para recuperar tu reino?

—Pero ellos —contestó Conan, sin dejarse convencer— creen que yo estoy muerto. No tengo heredero y las gentes no pueden ser gobernadas por el recuerdo de un hombre. ¿Qué importa que los nemedios hayan tomado Tarantia? Aún quedan las provincias, los barones y los campesinos. Valerio ha conseguido una gloria efímera.

—Eres obstinado, como corresponde a un guerrero. No puedo mostrarte el futuro. Únicamente soy capaz de hacer que veas una parte del pasado, a través de huecos abiertos en el velo del tiempo por poderes insondables. ¿Deseas, entonces, contemplar el pasado para tener una orientación sobre el futuro?

—Sí, lo deseo.

Conan se sentó y el humo verde volvió a girar en espiral. Las imágenes aparecieron delante de él, aunque esta vez más lejanas y sin un significado concreto. El cimmerio vio unas paredes negras y altas que albergaban pedestales con estatuas de dioses de aspecto bestial, inhumano. Moviéndose en la semioscuridad, se veían hombres negros y enjutos, vestidos solo con taparrabos de seda roja. Llevaban a hombros, a lo largo de un pasillo, un sarcófago de jade verde. Pero antes de que Conan pudiera apreciar más detalles, cambió la escena.

Apareció una caverna húmeda y sombría de la que emanaba una intangible sensación de horror.

Sobre un altar de piedra negra se alzaba un curioso recipiente de oro en forma de concha. Entraron en la cueva unos hombres negros, parecidos a los que transportaban el sarcófago de la momia y cogieron el recipiente de oro. Al momento la escena se volvió borrosa y Conan no pudo precisar lo que había ocurrido. Divisó tan solo, en medio de las tinieblas, una bola de fuego. Luego el humo volvió a arremolinarse, y enseguida se desvaneció.

—¿Qué significa todo esto? Comprendo lo que vi acerca de Tarantia, pero ¿qué quiere decir esta visión de unos ladrones de Zamora que parecen estar profanando un templo estigio de Set? Y en cuanto a esa caverna, nunca he visto nada parecido en ninguno de mis viajes, aunque reconozco que es un templo de Estigia. Si has podido enseñarme todo eso, que para mí no son sino visiones inconexas, que poco o nada me dicen ¿por qué no puedas

enseñarme lo que va a acontecer en el futuro?

—Estos hechos están gobernados por leyes inmutables —dijo Zelata—. Es probable que no lo comprendas, porque ni yo misma puedo entenderlo, aunque he buscado la sabiduría en el silencio de las alturas durante más años de los que puedo recordar. No puedo salvarte, aunque lo haría si estuviera a mi alcance. Es uno mismo quien debe buscar su propia salvación. A pesar de todo, tal vez la verdad llegue a mí en sueños esta noche y por la mañana pueda darte la clave del enigma.

—¿Qué enigma? —preguntó el rey de Aquilonia, sin comprender.

—El misterio con el que te enfrentas y a causa del cual has perdido tu reino.

La anciana tendió unas pieles de oveja en el suelo, junto a la chimenea y dijo escuetamente:

—Duerme.

Sin pronunciar una sola palabra, Conan se tumbó en el improvisado lecho y se sumergió en un sueño profundo, pero inquieto: veía espectros que se movían en silencio y sombras monstruosas que se arrastraban por el suelo.

El cimmerio abrió los ojos en la helada blancura del amanecer y vio a Zelata arrodillada junto al hogar. Conan no se había despertado una sola vez durante toda la noche, pero el ruido del lobo, al entrar en la cueva, debió interrumpir su sueño.

El animal estaba cerca del fuego, secándose el hirsuto pelaje, húmedo de rocío.

La sangre brillaba en su piel, y cerca de la paletilla había un corte profundo.

Zelata asintió con la cabeza como si estuviera leyendo los pensamientos de su invitado.

—Sí, ha estado cazando antes del amanecer, y fue una caza encarnizada. El hombre que perseguía al rey ya no volverá a perseguir a nadie.

El cimmerio miró al lobo con extraña fascinación y vio que el animal se acercaba a tomar el alimento que la anciana le ofrecía.

—Cuando recupere el trono, no olvidaré esto —dijo Conan, escuetamente—. Te has ganado mi amistad y ¡por Crom!, no recuerdo haber dormido nunca tan a merced de una persona como

lo hice esta noche. Pero ¿qué ha sido de la predicción o del consejo que me ibas a dar esta mañana?

A las palabras de Conan siguió un prolongado silencio, que solo fue roto por el crepitar de las ramas al quemarse.

—Vé en busca del corazón de tu reino —dijo, por fin, la hechicera—. Allí reside tu victoria o tu derrota. Luchas contra poderes sobrenaturales y no conseguirás el trono si antes no hallas el corazón de tu reino. —¿Te refieres, tal vez, a la ciudad de Tarantia?

Zelata negó con la cabeza y contestó:

—Yo no soy más que un oráculo a través del cual hablan los dioses, que sellarían mis labios si hablara demasiado. Repito que debes encontrar el corazón de tu reino. No puedo decirte más, son los dioses los que hablan por mi boca, rey Conan.

El alba seguía blanqueando los picos de las montañas cuando Conan emprendió la marcha, a caballo, hacia el oeste. Miró hacia atrás y vio a Zelata de pie ante la puerta de su choza, impasible como siempre, y con el enorme lobo a su lado.

Durante todo el día, Conan avanzó por aquella zona montañosa, evitando caminos y pueblos. Cuando anochecía comenzó a descender hasta que los extensos llanos de Aquilonia aparecieron ante sus ojos.

En otros tiempos, al pie de esas montañas y en su vertiente occidental, había numerosos pueblos y granjas, ya que durante medio siglo aproximadamente la mayor parte de las incursiones fronterizas habían sido realizadas por los propios aquilonios. Pero ahora, donde en otro tiempo se alzaran poblaciones y granjas, solo había cenizas.

El cimmerio cabalgaba lentamente. No parecía temer que lo descubrieran, aunque corría peligro de ser visto.

Los nemedios se habían vengado de antiguos agravios en su avance hacia el oeste, y Valerio no había hecho nada por contener a sus aliados. Le importaba muy poco ganarse el aprecio de los habitantes del reino. Una amplia llanura desolada se extendía hacia el oeste.

Conan lanzaba una maldición cada vez que descubría los negros campos que antes habían sido ricas plantaciones o cuando se encontraba con los restos calcinados de alguna granja. El cimmerio

avanzaba a través de una tierra desierta y arrasada, como un espectro llegado de un pasado remoto.

La rapidez con la que el ejército enemigo había atravesado las tierras demostraba la escasa o nula resistencia que había encontrado. Pero si Conan hubiera estado al frente de sus aquilonios, el ejército invasor habría tenido que ganar cada palmo de terreno pagando su avance con la sangre de muchas víctimas.

Una inmensa amargura abrumaba su espíritu: él era, en realidad, un aventurero solitario y no el descendiente de una dinastía. La sangre azul de la que Valerio se jactaba impresionaba más al pueblo que el recuerdo de Conan y la libertad y el poderío que él había conferido a su reino.

El cimmerio comprobó que nadie lo perseguía por aquellas montañas. Esperaba cruzarse con algunos destacamentos de nemedios, pero no encontró a nadie. Quedaban algunos soldados rezagados, dedicados a saquear los restos de lo que había sido arrasado, pero no se preocupaban de él. Conan llevaba la cota de malla nemedia y los soldados lo tomaban por uno de ellos.

Los ríos y las hondonadas abundaban en esa vertiente occidental de los montes en los que se hallaba, y allí tendría más oportunidades de ocultarse de posibles enemigos. Así, pues, el cimmerio cabalgó por la tierra devastada y tan solo se detuvo para dar descanso a su caballo y para comer frugalmente parte de los alimentos que Zelata le había proporcionado. Luego reanudó la marcha.

Una mañana, escondido entre los juncos de un río, divisó a lo lejos, sobre la ondulada llanura moteada de espesas arboledas, las torres azules y doradas de Tarantia. Conan ya no se encontraba en una tierra desértica, sino en una zona rebosante de vida salvaje. Su avance, a partir de entonces, fue lento y cauteloso, a través de caminos poco frecuentados y de bosques. Ya anochecía cuando llegó a la hacienda de Servius Galannus.

8. Tenues rescoldos

La campiña que rodeaba Tarantia había escapado del terrible saqueo del que fueran víctimas las provincias del este. Se apreciaban las secuelas de la marcha de un ejército conquistador en las cercas rotas y en los campos hollados por las cabalgaduras, pero la antorcha y la espada no habían llevado a cabo allí su temible tarea.

Tan solo se veía una mancha negra en el paisaje, unos restos calcinados de lo que había sido, según recordaba Conan, la mansión de uno de sus partidarios más fervientes.

El rey continuó su marcha, sin atreverse a acercarse abiertamente a la hacienda de Galannus, que se encontraba a solo dos leguas de la ciudad. Avanzó a través de un denso bosque hasta que encontró la cabaña de un guarda entre los árboles. Desmontó y, después de atar el caballo, se acercó hasta la puerta para preguntar a su morador acerca de la suerte que había corrido Servius Galannus, su fiel súbdito.

Conan sabía que debía obrar con prudencia, pues sin duda tenía que haber tropas enemigas merodeando por los alrededores. Pero al acercarse más a la cabaña vio que se abría la puerta y que salía un hombre robusto, vestido de seda, encaminándose hacia un sendero que se internaba serpenteando en el bosque.

—¡Servius! —dijo el cimmerio, con voz cautelosa.

Al escucharlo, el hacendado giró en redondo y lanzó una exclamación contenida. Echó mano a la corta espada de caza que tenía en la cintura y retrocedió ante aquella figura ataviada con la cota de malla de los nemedios, que no se distinguía bien entre las luces del alba.

—¿Quién eres? —preguntó Servius—. ¿Qué pretendes? ¡Por Mitra!

El hacendado aspiró ruidosamente, como si no diera crédito a lo que veía.

—¡Apártate, espíritu! ¿Por qué vuelves de los negros abismos de la muerte? Te fui fiel cuando vivías…

—Y espero que lo sigas siendo —contestó Conan—. Deja de temblar, Servius, soy un hombre de carne y hueso.

Con el rostro cubierto de sudor, Servius se acercó a Conan y lo miró con atención. Cuando se hubo convencido de que el cimmerio decía la verdad, dobló una rodilla y se despojó del gorro que llevaba puesto.

—¡Majestad! ¡Esto es… realmente un milagro! La gran campana de la fortaleza ha doblado al conocerse la noticia de tu muerte, hace ya unos días. Se dijo que habías perdido la vida en Valkia, mi señor, aplastado bajo un alud de piedras granito.

—Era otro hombre ataviado con mi armadura —contestó Conan —. Pero ya hablaremos más tarde… ¿Tienes todavía algo de carne en tu despensa?

—Debes perdonarme, mi señor —dijo Servius, mientras se ponía en pie rápidamente—. Veo que llevas sobre tu malla el polvo de los caminos y, ni siquiera te he ofrecido alimento y descanso. ¡Por Mitra! Ahora me doy cuenta de que estás vivo, mi señor, pero juro que cuando me volví y te vi con esa armadura grisácea, mi señor, la sangre se me heló en las venas. No resulta grato encontrarse entre dos luces con el hombre al que uno creía muerto desde hacía tiempo.

—Haz que el guarda se encargue de mi caballo, que está atado detrás de aquellos robles —dijo Conan.

El patricio condujo al cimmerio hacia la cabaña. A pesar de haberse recobrado del susto, el hombre estaba nervioso.

—Enviare a un criado desde mi casa —dijo—. El guarda está en su puesto, pero no se puede confiar en todo el mundo. Creo que es más prudente que solo yo conozca tu presencia en este lugar.

Cuando ya estaban cerca de la casa del hacendado, cuyos blancos muros asomaban entre los árboles, Servius se dirigió hacia un sendero que atravesaba un pequeño encinar cuyas ramas se entrecruzaban y formaban una especie de bóveda. Servius aceleró el paso sin hablar, mientras daba muestras de una gran agitación. Cuando anochecía, el hombre hizo entrar a Conan por una puerta

trasera que daba acceso a un pasillo estrecho y apenas iluminado. Lo recorrieron, siempre en silencio, y Servius llevó al rey a una espaciosa estancia con un alto techo cruzado por vigas de roble y paredes revestidas de ricas maderas.

En el hogar ardía un buen fuego y sobre un aparador de caoba se veían algunas bandejas con alimentos humeantes, que sin duda estaban dispuestos para la cena. Servius corrió el cerrojo de la puerta y apagó la vela del candelabro que iluminaba el salón. Todavía se podía ver gracias a las llamas de la chimenea.

—Perdóname, mi señor —dijo Servius, disculpándose—. Corren tiempos peligrosos y los espías acechan por todas partes; temo que alguien pueda mirar por las ventanas y reconocerte. Estos platos acaban de salir del horno; eran mi cena para cuando volviese de hablar con el guarda. Si te dignas a aceptar mi convite, señor…

—La luz y la comida me parecen suficientes.

Conan se sentó sin más ceremonias y extrajo su puñal. Empezó a comer vorazmente una pierna de venado y de cuando en cuando tomaba un largo trago de vino de los viñedos de Servius. Conan parecía ajeno a los peligros que pudiera correr, pero Servius se movía inquieto en su asiento, junto al fuego, jugueteando nervioso con la pesada cadena de oro que colgaba de su cuello. Miraba sin cesar hacia las ventanas e inclinaba la cabeza hacia la puerta como si esperase oír algún ruido extraño.

—No voy a molestarte durante mucho tiempo con mi presencia, Servius —dijo Conan súbitamente—. Al amanecer estaré lejos de tu hacienda.

—Pero, mi señor… —empezó a decir el hacendado, si bien Conan no lo dejó terminar.

—Conozco muy bien tu lealtad y tu valor, pero Valerio ha usurpado mi trono y el hecho de que me hayas proporcionado albergue puede significar tu muerte si me descubre contigo.

—No soy tan fuerte como para poder desafiarlo abiertamente —dijo Servius—. Los cincuenta soldados con los que cuento no son más que en manojo de espigas en un sembrado. ¿Has visto las ruinas de la hacienda de Emilius Scavonus?

Conan asintió mientras fruncía el ceño con manifiesto disgusto.

—Era uno de los nobles más poderosos de la provincia —dijo Servius—. Se negó a prestar apoyo a Valerio, y los nemedios

quemaron su hacienda con él dentro. Después de esto, los demás comprendimos la inutilidad de toda resistencia, sobre todo porque el pueblo de Tarantia se ha negado a luchar. Nos sometimos, y el usurpador nos perdonó la vida a costa de unos impuestos que serán la ruina de muchos. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer? Todos creímos que habías muerto, señor.

Muchos barones perecieron y otros han sido encarcelados. El ejército ha sido derrotado y sus sobrevivientes dispersados. Tú, señor, no tienes heredero al trono y por consiguiente no había nadie a quien pudiéramos reconocer como jefe.

—¿No estaba, acaso, el conde Trocero de Poitain?

Servius extendió las manos como disculpándose y contestó:

—Es verdad que el general Próspero se hallaba en el campo con un pequeño ejército y al retirarse ante Amalric, exhortó a las gentes a que se uniesen a su bandera. Pero pensaban que tú, mi señor, habías muerto y recordaron las guerras civiles y cómo Trocero y sus poitanos asolaron estas provincias tal como Amalric lo hace ahora. Los barones, por su lado, desconfiaban de Trocero. Algunos hombres, esbirros de Valerio posiblemente, aseguraban que el conde de Poitain pretendía apropiarse de la corona en su propio beneficio. Surgieron entonces las viejas rencillas y los antiguos bandos…

Si hubiéramos tenido un solo hombre con sangre dinástica en las venas, le habríamos coronado, le habríamos seguido contra Nemedia. Pero no había ni un solo personaje de sangre real.

»Los barones que tan lealmente te sirvieron como rey, mi señor, no seguirían a ninguno de ellos.

Cada uno se considera a sí mismo tan apto para el mando como los demás y todos temen las ambiciones de los otros. Cuando se corta la cuerda del haz, las ramas se esparcen. Así ocurrió en Aquilonia.

»Los mercaderes y el pueblo llano temían la anarquía y la vuelta del feudalismo con los barones dictando cada uno por su parte sus propias e injustas leyes. Ellos creían que cualquier rey era mejor que ninguno, incluso Valerio, que, al menos, tenía sangre de la antigua dinastía. De modo que nadie se le opuso cuando, a la cabeza de sus huestes y con la bandera del dragón rojo de Nemedia ondeando al viento, entró en la ciudad.

»El pueblo abrió espontáneamente las puertas y se arrodilló ante

su nuevo señor. Decían que era mejor ser gobernados por Valerio que por el conde Trocero y aseguraban, y en esto tenían razón, que los barones no se unirían al Conde pero sí aceptarían a Valerio. Añadían que ceder a las pretensiones del nuevo señor evitaría el desastre de una nueva guerra civil y, a la vez, se evitaría la furia de los nemedios. Próspero se marchó hacia el sur con sus diez mil jinetes y la caballería nemedia entró en la ciudad pocas horas después. Y se quedaron allí para asistir a la coronación de Valerio.

—Es decir, que el humo de la vieja hechicera me mostró la verdad —dijo Conan, sintiendo un escalofrío por la espalda—. Dime, ¿fue Amalric quién coronó a Valerio?

—Sí. Lo hizo en el salón del trono, cuando la sangre de la matanza apenas se había secado en sus manos.

—Y, ¿es feliz el pueblo bajo ese… benévolo gobierno? —preguntó Conan; con ironía.

—Valerio vive como un príncipe extranjero en un país conquistado. Su corte está constituida por nemedios, casi exclusivamente. Las tropas de palacio son de la misma nacionalidad y la fortaleza está ocupada por gran cantidad de tropas de Nemedia. Sí, al fin ha llegado la hora del Dragón.

»Los nemedios andan por las calles como si fueran los amos de la ciudad. Ultrajan a las mujeres y saquean los comercios, sin que Valerio preste demasiada atención a esos desmanes. En realidad, el nuevo rey no es más que un títere, un figurón de los invasores. Los hombres sensatos ya lo preveían y el pueblo comienza a experimentarlo en su propia carne.

»Amalric ha salido con un fuerte contingente hacia las provincias exteriores para someter a algunos barones que todavía se oponen a los nuevos señores. Pero no hay unidad entre los barones; sus mutuos recelos pueden más que su temor a Amalric, que los aniquilará uno a uno. Muchos castillos y poblaciones han entendido así la situación y han preferido someterse sin oponer resistencia. Los que resisten sufrirán una terrible suerte y, además, las filas de los nemedios se incrementan con los aquilonios que, por miedo o por ambición, se convierten en traidores a su país. Esto ocurre en todas las guerras.

Conan contemplaba el reflejo de las llamas sobre las maderas de roble que recubrían las paredes y asentía con gesto sombrío.

—Aquilonia tiene, al fin, un rey. Eso era lo que el pueblo quería con tal de que la anarquía no se hiciera dueña de Aquilonia —dijo Servius—. Pero Valerio no protege a sus súbditos contra sus aliados, y cientos de personas que no han podido pagar el tributo impuesto han sido vendidas a los mercaderes de esclavos de Koth.

Conan sacudió la cabeza como si hubiese recibido una quemadura. Lanzó un juramento y apretó los poderosos puños con gesto de impotencia.

—Así es —continuó Servius—. Hombres blancos venden a otros hombres y mujeres de su misma raza, como en la época del feudalismo. En los palacios de Shem y de Turan estas gentes llevarán una vida de verdaderos esclavos.

»Además, la unidad con la que soñaban muchos de nuestros compatriotas dista mucho de ser completa. Gunderland, en el norte, y Poitain, en el sur, no han sido conquistadas todavía y también en el oeste quedan provincias sin someter; los barones de las regiones fronterizas están apoyados por los arqueros bosonios. Pero estas provincias periféricas no constituyen una verdadera amenaza para Valerio. Siempre han de permanecer a la defensiva y pueden considerarse afortunadas si no pierden su independencia. Aquí, en cambio, Valerio y sus tropas campan por sus respetos.

—Que se aprovechen mientras puedan —dijo Conan, repentinamente—. Les queda poco tiempo. El pueblo se sublevará cuando sepa que estoy vivo. Debemos reconquistar Tarantia antes de que regresen Amalric y sus tropas. Barreremos a esos perros de nuestro reino.

Servius permaneció callado. El chasquido de los leños que crepitaban se dejaba oír en el silencio casi absoluto de la habitación.

—Y bien —dijo impaciente, el cimmerio—, ¿por qué te quedas con la cabeza inclinada contemplando el fuego? ¿Acaso dudas de lo que he dicho?

Servius eludió la mirada del rey y contestó:

—Todo lo que pueda hacer un ser humano, lo harás tú, mi señor. He cabalgado detrás de ti en la batalla y sé que no hay mortal que se resista a tu espada. —¿Entonces?

El fiel aquilonio se envolvió aún más en su jubón, como si, a pesar de estar junto al fuego, sintiera frío.

—La gente asegura que tu derrota se debió a la hechicería —dijo, al fin.

—¿Qué importa eso?

—No hay mortal que pueda luchar contra los poderes sobrenaturales. ¿Quién es ese hombre del velo que se reúne a medianoche con Valerio y con sus aliados, y que aparece y desaparece misteriosamente?

La gente dice que es un gran hechicero que murió hace miles de años y que ha vuelto a la vida para destronar al rey de Aquilonia y restaurar la dinastía de Valerio.

—Y aunque así fuera, ¿es ese un factor decisivo? Yo he escapado de las mazmorras embrujadas de Belverus y de la trampa diabólica que me tendieron en el desfiladero. Si el pueblo se subleva…

Servius negó con la cabeza y añadió:

—Tus partidarios más poderosos, los del este y de las provincias centrales, han muerto, mi señor. Y los que no han muerto, han tenido que huir o están encarcelados. Gunderland está muy lejos al norte, y Poitain también, pero al sur. Los bosonios se han retirado a sus marcas, en el oeste. Se necesitaría mucho tiempo para reunir estas fuerzas tan dispersas y, antes de que se hubiera conseguido, Amalric las habría aniquilado aisladamente.

—Pero un alzamiento inmediato de las provincias del centro inclinaría la balanza a nuestro favor —respondió Conan—. Podríamos apoderamos de Tarantia y contener a Amalric hasta que vinieran tropas de Gunderland y de Poitain a ayudamos.

Servius dudó y, cuando se decidió a contestar, hablaba en susurros.

—La gente asegura que has muerto maldito, mi señor. Dicen que ese misterioso extranjero lanzó un hechizo para matarte y aniquilar tu ejército. La gran campana dobló en tu memoria: todos te creen muerto. Y no creo que se levantaran las provincias del centro aunque te supieran vivo. No osarían hacerlo. La hechicería te derrotó en Valkia, y la hechicería difundió la noticia en Tarantia. Esta misma noche, a pesar de la distancia, todos lo comentaban a gritos por las calles.

»Poco tiempo después, un sacerdote nemedio utilizó la magia negra a plena luz del día en las calles de Tarantia, para dar muerte a las gentes que aún eran leales a tu memoria. Yo mismo pude

verlo; los hombres armados caían como moscas y morían de una manera que nadie acertaba a comprender. Un sacerdote muy delgado decía, entre grandes carcajadas: «Y yo soy Altaro, solo un acólito de Orastes que, a su vez, lo es del que lleva el velo. El poder no es mío, sino que obra a través de mi persona».

—Está bien —dijo Conan, con aspereza—, pero ¿no es mejor morir con honor que vivir en la infamia? ¿Es acaso peor la muerte que la opresión, la esclavitud o la aniquilación?

—Cuando se teme a la brujería, todos los razonamientos sobran —dijo Servius—. Los nemedios tienen bajo su mando justamente las zonas más extensas, pobladas y ricas de Aquilonia, y su poder, en todos los aspectos, es muy superior al nuestro. Sacrificarían inútilmente a tus súbditos, según mi parecer, señor. Siento decirlo, pero es lo cierto: Majestad, eres un rey sin reino.

Conan se limitó a observar las llamas de la chimenea, sin responder. Uno de los leños que ardían restalló y las cenizas cayeron al fondo del hogar. Era como si se hubiera hundido un trono.

—¿Dónde están los miembros de mi corte? —preguntó Conan, por fin.

—Pallantides resultó gravemente herido en Valkia y su familia pagó por él un fuerte rescate. Ahora descansa en su castillo de Attalus. Podrá considerarse afortunado si algún día puede volver a montar a caballo. Publius, el canciller, escapó disfrazado y nadie sabe dónde está. El consejo ha sido disuelto y muchos de tus súbditos más leales han sido ejecutados. Esta noche, por ejemplo, la condesa Albiona va a morir bajo el hacha del verdugo.

Conan se estremeció y tal fue la mirada de ira que dirigió a Servius, que el patricio se echó hacia atrás.

—¿Por qué la matan?

—Porque no ha querido ser la amante de Valerio. Sus tierras le fueron arrebatadas, sus partidarios son ahora esclavos y a medianoche, en la Torre del Hierro, caerá su cabeza. Sé prudente, mi señor.

Para mí siempre serás el rey, pero deberías huir antes de que te descubran. En estos días nadie se encuentra a salvo. Los espías y los confidentes están en todas partes y la menor palabra de desacuerdo es considerada una traición o una rebelión. Si te das a conocer a tus

súbditos, acabarás siendo capturado y ejecutado.

»Mis caballos, mis hombres de confianza y yo mismo estamos a tu disposición. Antes de que amanezca podremos estar lejos de Tarantia, cerca de la frontera. Si no puedo ayudarte a recuperar el reino, al menos permíteme marchar contigo al exilio.

Conan negó con la cabeza. Servius lo miró inquieto al verlo tan pensativo, contemplando el fuego con la cabeza apoyada en una mano, mientras sus ojos brillaban como los de un lobo. En ese momento, más que nunca, Servius se dio cuenta de la personalidad singular del rey. Aquel gran armazón corporal bajo la cota de malla era, a la vez demasiado rudo y flexible, para un hombre civilizado. La llama elemental de lo primitivo ardía en aquellos ojos ardientes. Conan parecía estar volviendo a su antiguo ser y nadie podía predecir cuál iba a ser su reacción. Un solo paso separaba al rey de Aquilonia del bárbaro saqueador de los montes de Cimmeria.

—Si es necesario, me marcharé a Poitain, pero iré solo. Pero antes tengo una última obligación que cumplir como rey de Aquilonia. —¿Qué quieres decir, mi señor?

—Esta noche voy aira Tarantia a buscar a Albiona. Según parece, he fracasado ante mis leales súbditos, pero si a ella le cortan la cabeza, prefiero que corten también la mía. —¡Eso es una locura!

—Hay secretos de la Torre que muy pocos conocen. De todas formas, me convertiría en el mayor de los cobardes si dejara morir a Albiona por haberme sido leal. Puedo ser un rey sin reino, pero nunca seré un hombre sin honor. —¡Eso será el fin de nuestras esperanzas!

—Si fracaso, solo yo caeré —contestó el rey—. Tú ya has arriesgado bastante. Esta noche actuaré solo, pero quiero que me hagas un favor: consígueme un parche para el ojo, un cayado y un ropaje como el que usan los peregrinos.

9. ¿Es el rey o su fantasma?

Muchas gentes cruzaron la gran puerta de las murallas de Tarantia entre la puesta del sol y medianoche. Eran viajeros rezagados, mercaderes que venían de tierras lejanas, con mulas cargadas de mercancías, y braceros de las granjas y de los viñedos cercanos. Ahora que Valerio dominaba las provincias centrales, nadie ponía demasiada atención en comprobar la identidad de los hombres que llegaban a la ciudad en interminable procesión. La disciplina se había relajado, tal vez por la situación, y los soldados nemedios estaban demasiado ocupados bebiendo y mirando a las hermosas muchachas campesinas como para prestar atención a los labriegos y a los viejos cubiertos de polvo.

Entre estos últimos, sin embargo, uno destacaba sobremanera: era un hombre alto cuya capa no lograba disimular las poderosas líneas de su cuerpo, tenía un aspecto altanero y agresivo. Un gran parche cubría uno de sus ojos y su gorro de cuero, inclinado hacia delante, le tapaba, en parte, el rostro.

Avanzó apoyado en un gran cayado hasta la puerta y entró, junto con los demás viajeros, en la ciudad por la gran puerta flanqueada de antorchas, sin que fuera interrogado por los soldados.

En las calles bien iluminadas de Tarantia, la muchedumbre desfilaba ante las tiendas y los puestos callejeros, que exhibían sus mercancías.

Los soldados nemedios avanzaban, en grupos, entre la multitud con manifiesta arrogancia. Las mujeres procuraban no cruzarse con ellos y los hombres los miraban frunciendo el ceño. Los aquilonios eran una raza altiva y aquellos soldados eran sus enemigos ancestrales.

El gigantesco viajero parecía incomodarse especialmente cuando se cruzaba con un grupo de aquellos hombres armados pero, al

igual que el resto de los peatones, se hacía a un lado cuando pasaban los nemedios. A pesar de su elevada estatura, su atuendo vulgar hacía que no llamara demasiado la atención. Pero en una ocasión, al pasar ante la tienda de un mercader de espadas y dagas, la luz que salía de la tienda iluminó su rostro y el viajero creyó notar que alguien lo miraba. Se volvió a medias y observó a un hombre vestido con un jubón pardo de bracero, que lo miraba fijamente. Luego el individuo se dio media vuelta y, con inusitada rapidez, se perdió entre la multitud. Conan se desvió por una calleja y aceleró el paso. La actitud de aquel hombre podía haber sido simple curiosidad, pero no podía correr riesgos innecesarios.

La sombra de la Torre de Hierro se levantaba entre un laberinto de callejas y casuchas que se amontonaban en confuso desorden. La Torre era, en realidad, un antiguo castillo de gruesos muros de piedra con refuerzos de hierro, de donde le venía el nombre. En épocas anteriores, más agitadas, había servido de fortaleza.

No muy lejos del edificio se veía una torre de vigilancia, tan antigua que su primitivo origen había quedado en el olvido. Una cerradura en las puertas impedía que sirviera para refugio de la multitud de mendigos que pululaban por toda la ciudad. Pero un observador atento se hubiera extrañado de ver que aquella cerradura era demasiado nueva y robusta como para corresponder a un lugar tan abandonado.

En el reino de Aquilonia no había media docena de personas que conociesen el secreto de aquella torre.

En el gran candado no se apreciaba ningún ojo para introducir la llave. No obstante, Conan se acercó a ella y, tras manipular con hábiles dedos en determinados resortes, consiguió abrir la cerradura. La puerta giró silenciosamente hacia adentro y el cimmerio penetró en las sombras. Inmediatamente empujó la puerta detrás de él. Si hubiera habido luz se habría visto que la torre era tan solo un cilindro desnudo, levantado con antiguos y recios bloques de piedra.

Tanteando con la seguridad del que está familiarizado con un lugar, el cimmerio encontró unas ranuras en una de las losas del suelo y levantó rápidamente la piedra. Se introdujo sin vacilar por la abertura y descendió por una escalera. Tal como esperaba, Conan encontró al final de la escalera un pasillo que llevaba hasta los

cimientos de la Torre de Hierro, a unas tres calles de distancia.

La campana de la fortaleza, que solo sonaba a medianoche o por la muerte de un rey, comenzó a redoblar. En la habitación tenuemente iluminada de la Torre de Hierro se abrió una puerta y entró un hombre. El interior del edificio, tan adusto como el exterior, tenía paredes de piedras rústicamente talladas y las losas del suelo estaban desgastadas por los pies de muchas generaciones. Hacia arriba, las bóvedas no alcanzaban a verse a la luz de las antorchas que ardían en sus hornacinas, debido a la enorme altura de los muros de granito.

El hombre que había entrado en la Torre, alto y fornido, estaba vestido con un ajustado traje de seda negra. Cubría su cabeza con una capucha negra con dos orificios para los ojos. De sus hombros colgaba una ancha capa también negra. Empuñaba una pesada hacha que, por su forma especial, no parecía una herramienta de trabajo ni tampoco un arma.

Cuando avanzaba por el pasillo salió a su encuentro un anciano muy encorvado por el peso de su pica y de un enorme farol que sostenía con la otra mano.

—Amigo verdugo —dijo con aspereza el anciano—, no llegas tan pronto como tu antecesor. Acaba de dar la medianoche y unos enmascarados se encuentran ya en la celda de la señora esperándote.

—El sonido de la campana aún no ha cesado. Será mejor que te dediques a tus asuntos, viejo, y yo me dedicaré a los míos. Al fin y al cabo, creo que mi oficio es más agradable que el tuyo, siempre recorriendo pasillos y espiando en los calabozos. Yo, en cambio, solo me dedico a cortar cabezas, como la de esta noche, que es la más hermosa de Tarantia.

El anciano se alejó murmurando y cojeando y el verdugo reanudó su marcha. Dobló por otro pasillo y pasó ante una puerta que estaba entreabierta. Al pasar lanzó una mirada distraída y notó que algo le llamaba la atención, pero cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde.

Vio un gran cuerpo que se le venía encima y un brazo robusto se enroscó en su cuello y ahogó su voz antes de que pudiera pronunciar una sola palabra. Comprobó aterrorizado que su propia fuerza nada podía contra la del atacante y sintió en un costado, sin

verla, la punta de una daga.

—¡Perro nemedio! —dijo, con voz ciega de odio el desconocido —. ¡Ya no volverás a cortar más cabezas aquilonias!

Eso fue lo último que oyó el verdugo de Tarantia.

En un oscuro calabozo, iluminado tan solo por una antorcha, tres hombres de pie rodeaban a una mujer joven que, de rodillas sobre las losas de piedra, los miraba con gesto atemorizado.

Vestía una ligera túnica sobre la que caían en cascada sus rubios cabellos. Tenía las manos atadas a la espalda y, a pesar de las circunstancias en las que se encontraba y de la palidez de su rostro, conservaba toda su belleza.

Los tres hombres estaban cubiertos por antifaces y capas. Un trabajo como el que los ocupaba ahora, aconsejaba llevar aquellas máscaras aunque estuviesen en un país conquistado. A pesar del disfraz, la mujer había reconocido perfectamente a los tres hombres, pero lo que ella supiera ya no perjudicaría a nadie después de aquella noche.

—Nuestro compasivo soberano te ofrece una última oportunidad, condesa —dijo el más alto de los tres hombres, que hablaba aquilonio sin acento extranjero—. Tengo el encargo de decirte que si estás dispuesta a someter tu altivo y rebelde espíritu, él te abrirá sus brazos de buen grado. De lo contrario…

El personaje señaló, significativamente, hacia un bloque de madera que había en el centro de la celda, en el que se apreciaban numerosas manchas rojizas, casi negras y también mellas hechas por un instrumento cortante y pesado.

Albiona se estremeció y empalideció aún más. Era demasiado joven y no se resignaba a morir, quería seguir viviendo. Valerio también era joven y, además, apuesto. «Muchas mujeres lo aman», pensaba Albiona, luchando consigo misma para conservar la vida. Pero no se sentía con fuerzas suficientes para pronunciar la palabra que la liberaría de la temible hoja del verdugo. No podía razonar con claridad; solo sabía que, cuando se imaginaba en los brazos de Valerio, se estremecía con un horror más grande que el que le producía la idea de la muerte. Entonces movió negativamente la cabeza, empujada por un impulso más irresistible que el de la vida.

—¡En ese caso, no hay nada más que hablar! —dijo otro de los presentes, con voz impaciente y fuerte acento nemedio. Luego

continuó—: ¿Dónde está el verdugo?

Como al conjuro de esta frase, se abrió en silencio la puerta del calabozo y apareció un hombre vestido de negro, como una sombra del inframundo.

Albiona lanzó un grito sordo e involuntario al ver la espantosa figura. A través de los orificios de la capucha, los ojos relucían como brasas azules y, al posarse su mirada en cada uno de los tres hombres, sintieron un escalofrío en la espalda.

Entonces, el más alto de los individuos asió rudamente a la muchacha y la empujó hacia el bloque de madera. La joven, dominada por el terror, gritó y forcejeó, pero el hombre la obligó a arrodillarse y le colocó la cabeza sobre el ensangrentado madero.

—¿Qué estás esperando, verdugo? —dijo, irritado, el aquilonio —. ¡Vamos, cumple con tu obligación!

Por toda respuesta, en el calabozo retumbó una carcajada ronca y amenazadora. Todos los que estaban en la celda se quedaron helados de espanto, mirando a la silueta gigantesca y encapuchada.

—¿Qué significa esa necia risa? —preguntó el hombre, sin poder esconder su inquietud.

—El verdugo se quitó en ese momento la capucha y la arrojó al suelo. Mientras levantaba el hacha, gritó con voz atronadora: —¿Me conocéis, malditos?

El silencio estremecedor que siguió, quedó roto por una exclamación:

—¡El rey! —dijo la prisionera, soltándose del guardián—. ¡Por Mitra, es el rey!

Los tres hombres estaban inmóviles como estatuas. Entonces el aquilonio habló, pero con la voz del que duda de sus propios sentidos.

—¡El rey Conan! ¿Es el rey, o su fantasma? ¿Qué juego infernal es este?

—Un juego infernal para unos hombres del infierno —respondió Conan repitiendo la carcajada espectral—. Venid, acercaos, amigos, vosotros tenéis vuestras espadas y yo el hacha. Y creo que esta herramienta de carnicero es el arma adecuada para la tarea que tengo por delante, ¡mis traidores vasallos!

—¡A él! —dijo el aquilonio, mientras desenvainaba su espada—. ¡Es Conan y debemos matarlo o morir en el intento!

Entonces, como hombres que despiertan de un sueño, los otros dos sacaron sus armas y se abalanzaron sobre el cimmerio.

El hacha del verdugo no estaba hecha para una lucha como aquella, pero el rey manejaba la pesada herramienta como si fuese una daga y la rapidez de sus movimientos, cambiando constantemente de lugar, evitaba que los tres enemigos lo atacasen al mismo tiempo.

De un golpe, Conan desvió la espada de uno de sus oponentes y la gran hoja del hacha se hundió en el pecho del hombre, antes de que pudiera esquivarla. El otro nemedio se lanzó a fondo con su arma y, cuando intentaba retroceder, recibió un hachazo mortal. El aquilonio entonces se vio arrinconado contra una esquina de la celda, parando desesperadamente los golpes que recibía sin cesar.

El aquilonio parecía paralizado por el terror. Conan alargó su musculoso brazo y, de un tirón, le arrancó el antifaz, descubriendo el pálido rostro de uno de los nobles de su corte palaciega.

—¡Perro, ya me parecía conocer tu voz! ¡Maldito traidor, hasta este arma indigna es demasiado honrosa para tu cabeza! ¡No, debes morir como mueren los ladrones!

El aquilonio lanzó un alarido y cayó de rodillas cuando vio que el hacha describió un enorme arco mortal.

—¡Quédate ahí para siempre! —dijo el cimmerio y, asqueado, arrojó el hacha a un rincón—. ¡Vamos, condesa!

Conan cortó las cuerdas que retenían las muñecas de la joven, la levantó en brazos como si fuera una niña y salió de la celda. La muchacha sollozaba con fuerza, aferrada al cuello del cimmerio.

—Cálmate —dijo el rey—. Aún no hemos salido de esta. Si pudiéramos llegar hasta el calabozo al que se abre la puerta secreta del pasadizo… ¡Maldición, han escuchado el ruido a pesar de estas gruesas paredes!

Así era, pasillo abajo se oía el rumor metálico de unas armas y los gritos y los pasos precipitados resonando bajo las arcadas. Una figura encorvada llegó cojeando, y con el farol que sostenía iluminó el rostro de Conan y de la muchacha. El cimmerio lanzó una maldición y soltó a la joven. El viejo guardián giró en redondo y, abandonando el farol y la pica, corrió por el pasillo mientras daba gritos de alarma con su voz cascada. Otras voces le contestaron.

Conan se volvió rápidamente y, llevando de la mano a la joven,

corrió en dirección opuesta. Le habían cortado el camino hasta el calabozo de la cerradura secreta que daba a la puerta falsa por la que había entrado a la Torre. Pero conocía perfectamente aquel sombrío edificio: antes de ser rey, había sido prisionero, allí mismo.

El cimmerio giró por un pasadizo lateral y fue a salir a un ancho pasillo que corría en dirección paralela a aquel por el cual había llegado. Estaba desierto. Dio unos cuantos pasos más y luego se desvió por otro pasadizo lateral que lo condujo al corredor que había dejado atrás, estaba en un lugar estratégico. Un poco más allá se veía una puerta con un gran cerrojo, delante de la cual un barbudo nemedio montaba guardia. El soldado estaba de espaldas a Conan, mirando en dirección opuesta hacia donde se escuchaban el tumulto y las carreras de los soldados.

Conan no vaciló un momento. Dejó a la muchacha y corrió hacia el centinela, rápida y silenciosamente, con la espada en la mano. El soldado se volvió en el momento en el que Conan se abalanzaba sobre él y en su semblante se reflejaron el asombro y el temor. Antes de que pudiera usar su arma, el cimmerio golpeó con su espada sobre el casco del centinela, con una fuerza que hubiera tumbado a un oso. Casco y cráneo cedieron a la vez y el soldado se desplomó sin ni siquiera dejar escapar un suspiro.

Un instante después, Conan descorrió el cerrojo, demasiado pesado para un hombre normal, y llamó a Albiona, que corrió hacia él. La cogió sin miramientos y cruzaron la puerta, internándose en la oscuridad.

Llegaron a una calleja estrecha sumida en impenetrables sombras y flanqueada de un lado por la Torre, y por la parte posterior por unos edificios de piedra oscura. Conan avanzó tanteando, buscando una ventana o una puerta.

Detrás suyo se abrió con estrépito la puerta por la que surgieron numerosos soldados, uno de los cuales llevaba una antorcha. Gritaron confusamente sin poder ver demasiado, ya que la luz de la antorcha solo desvanecía las tinieblas en unos pocos pasos a la redonda. Luego echaron a correr por la calleja en dirección opuesta a la que habían seguido Conan y su compañera.

—No tardarán en darse cuenta de su error —dijo él apresurando el paso—. Si encontrara un hueco en esta pared infernal… ¡Maldición, los soldados de la ronda!

Ante ellos se divisaba un tenue resplandor, justo en el lugar en el que la calleja se hacía un poco más ancha. Conan vio unas figuras, que se acercaban. Eran los soldados de la ronda nocturna que acudían a los ruidos que se habían oído poco antes.

—¿Quién va? —preguntó una voz.

Conan no pudo evitar que sus dientes rechinaran al escuchar el odiado acento nemedio.

—Sígueme de cerca —le dijo Conan a la joven—. Debemos abrirnos paso como sea, antes de que regresen los centinelas de la prisión y nos pillen en medio.

El cimmerio desenvainó la espada y corrió directamente hacia los recién llegados. Contaba con la ventaja que le proporcionaba la sorpresa y, además, los soldados estaban deslumbrados por el resplandor de su propia antorcha. Conan cayó sobre ellos antes de que se dieran cuenta y arremetió con la furia de un león herido.

Su única posibilidad estaba en pasar entre ellos antes de que pudieran recuperarse de la sorpresa.

Pero eran una docena de soldados, veteranos de las guerras fronterizas y con un aguzado instinto de lucha. A pesar de todo, cayeron tres antes de que se dieran cuenta de que era un solo hombre el que los atacaba. La reacción de los restantes fue más violenta y el estrépito metálico del acero se hizo ensordecedor; las chispas saltaban cuando la espada de Conan aplastaba corazas y bacinetes. En la semioscuridad, el cimmerio podía ver mejor que sus enemigos y su veloz figura resultaba un blanco muy poco preciso.

Pero de pronto, a espaldas de Conan resonaron las voces de los centinelas de la prisión que volvían a la carrera por la calleja al escuchar el fragor de la lucha. Además, los integrantes de la ronda seguían enfrentándose a Conan. En pocos momentos estarían encima los otros soldados y la desesperación le hizo redoblar los golpes con la energía de un herrero que machaca sobre el yunque.

Súbitamente la situación cambió. A espaldas de los soldados de la ronda surgió una veintena de siluetas oscuras y enseguida se oyeron golpes certeros que acabaron con los pocos enemigos que quedaban. La calleja aparecía sembrada de soldados nemedios, unos muertos y otros retorciéndose en el suelo. Un hombre cubierto con una capa corrió hacia Conan y con voz apremiante dijo:

—¡Por aquí Majestad, deprisa!

Al mismo tiempo que lanzaba un juramento de sorpresa, Conan cogió en sus brazos a Albiona y siguió a su desconocido salvador. No tenía tiempo para dudar: treinta soldados de la prisión les pisaban los talones.

Rodeado de misteriosas figuras, el cimmerio corrió calle abajo llevando a la condesa en sus brazos como si fuese una niña. De sus nuevos amigos solo sabía que usaban capas y capuchones y su natural recelo lo ponía alerta, pero era evidente que habían matado a sus enemigos y que le habían proporcionado la única posibilidad de escapatoria.

Como si adivinase sus dudas, el jefe de sus salvadores le tocó levemente el brazo y dijo:

—No temas, mi señor, todos somos leales súbditos tuyos.

Para el cimmerio, aquella voz no resultaba familiar, pero su acento era el de un aquilonio de las provincias de la región central de Tarantia.

Inmediatamente detrás de los guardias lanzaban gritos de venganza, mientras perseguían a las oscuras siluetas que corrían hacia la luz de la lejana calle. Pero los hombres de los capuchones se detuvieron súbitamente ante lo que parecía una pared lisa, y el cimmerio vio que abrían una puerta disimulada. Conan entró y la puerta se cerró a espaldas del grupo con el chasquido de un cerrojo. Los guías se movían con la rapidez que proporciona el conocimiento del lugar. Estaban atravesando una especie de túnel, y Conan notó que el cuerpo de Albiona temblaba en sus brazos. Entonces, a lo lejos, apareció una abertura hacia la que se dirigieron.

Cruzaron una serie de patios poco iluminados, callejas y sinuosos pasadizos en los que reinaba el silencio más absoluto, sin que se advirtiera la presencia de ninguna persona. Por último el grupo salió a un amplio salón iluminado, cuya situación Conan no podía precisar con exactitud: habían cambiado demasiadas veces de dirección mientras recorrían la sinuosa ruta que, en su huida precipitada, los había llevado hasta ese lugar.

10. Una moneda de Aquerón

No todos los embozados entraron en la sala. Cuando se cerró la puerta, Conan vio ante él solo a uno de sus salvadores. Era un personaje delgado, con el capuchón y la capa iguales a los del resto. Cuando por fin el desconocido echó hacia atrás su capucha, el cimmerio pudo ver un pálido rostro ovalado y de finas facciones. Conan no había visto a ese hombre en su vida.

El rey de Aquilonia dejó a la condesa Albiona en el suelo, pero la joven, mirando aterrorizada a su alrededor, siguió aferrada a su cuello. La habitación, de grandes dimensiones, tenía paredes de mármol, cubiertas en parte por tapices de terciopelo y sobre las losas del suelo se veían gruesas alfombras sobre las que se proyectaban las sombras creadas por pesados candelabros de bronce.

Conan empuñó, instintivamente, su espada. Tenía sangre en las manos y en la boca de la vaina porque había guardado la espada sin limpiarla.

—¿Dónde estamos?

El desconocido respondió con una profunda reverencia en la que el receloso cimmerio no vio asomo de burla.

—Estamos en el templo de Asura, majestad.

Albiona lanzó un grito y se acercó aún más a Conan mientras observaba, atemorizada, las grandes puertas en forma de arco, como si esperase ver entrar a través de ellas a algún espíritu de las tinieblas.

—No temas, mi señora —dijo el desconocido protector—. No hay nada en este lugar que pueda hacerte daño, aunque la superstición popular asegure lo contrario. Si nuestra monarquía se ha mostrado lo suficientemente convencida de la inocuidad de nuestra religión como para protegernos de la persecución de los

ignorantes, uno de los súbditos más insignes del reino no tiene por qué mostrar desconfianza ante nuestro culto.

—¿Quién eres? —preguntó Conan.

—Soy Hadrathus, sacerdote de Aura. Uno de mis fíeles te reconoció, señor, cuando entraste en la ciudad y me comunicó la noticia.

El cimmerio juró por lo bajo con gesto de disgusto.

—No debes temer que los demás descubran tu identidad —dijo Hadrathus—. Tu disfraz hubiera engañado a cualquiera, menos a un devoto de Asura cuyo culto se basa en descubrir lo que se esconde bajo una apariencia ilusoria. Te siguieron hasta la torre antigua y algunos de mis acólitos entraron en el túnel para ayudar en caso de que regresaras por ese camino. Otros, y yo entre ellos, rodeamos la torre.

Ahora, rey Conan, tienes el mando. Aquí, en el templo de Asura, sigues siendo el rey.

—¿Por qué arriesgáis la vida por mí? —preguntó el soberano.

—Tú fuiste nuestro amigo cuando subiste al trono, y nos protegiste cuando los sacerdotes de Mitra intentaron echarnos del país.

Conan miró a su alrededor con curiosidad. Nunca hasta ese momento había estado en el templo de Asura y ni siquiera sabía que existiera un lugar semejante en Tarantia. Los sacerdotes de esa religión tenían como norma ocultar sus templos y, aunque el culto de Mitra era abrumadoramente mayoritario en las naciones hybóreas, la religión de Asura persistía, a pesar de la prohibición oficial y de la animadversión popular. A Conan le habían contado historias acerca de misteriosos templos en los que se alzaba un humo denso desde los altares, donde seres humanos eran sacrificados ante una gran serpiente enroscada, cuya temible cabeza se balanceaba perpetuamente sobre las sombras.

Las intensas persecuciones obligaron a los seguidores de Asura a ocultar sus templos con gran habilidad y a practicar el culto en privado. Esas ceremonias secretas dieron pábulo entre el pueblo a sospechas de monstruosos ritos de inspiración demoníaca.

Pero Conan poseía la tolerancia de los bárbaros y se negó a perseguir a los devotos de Asura o a que la gente lo hiciera, basándose únicamente en rumores o en acusaciones nunca

demostradas.

—Si se dedican a la magia negra —decía Conan—, ¿cómo pueden estar sufriendo las persecuciones a las que los sometéis? ¡Por Crom, dejad que los hombres veneren a los dioses que les plazcan!

Ante una respetuosa invitación de Hadrathus, Conan tomó asiento en un sillón de marfil y le indicó a Albiona que hiciera lo mismo en otro sillón. Pero la condesa prefirió sentarse en un taburete dorado que había a los pies del gran asiento, apretándose contra las rodillas del cimmerio, como si buscara la seguridad de su contacto. Como todos los ortodoxos seguidores de Mitra, Albiona tenía un horror instintivo al culto de Asura, inculcado desde la infancia a través de relatos de sacrificios humanos llevados a cabo en sombríos templos entre imágenes de formas monstruosas.

Hadrathus estaba delante de ellos, con la cabeza inclinada.

—¿Deseas algo, Majestad? —preguntó.

—En primer lugar, comida —contestó el rey.

El sacerdote golpeó un batintín dorado con un palillo de plata. Apenas se había desvanecido el sonido cuando cuatro figuras encapuchadas entraron en la habitación a través de una puerta cubierta por una cortina, trayendo una gran bandeja de plata con humeantes platos de comida y varios jarros de cristal.

Colocaron la gran fuente delante de Conan y se inclinaron haciendo una reverencia. El rey chasqueó la lengua ante tan apetitosos manjares.

—¡Cuidado, Majestad! —dijo Albiona—. ¡Estas gentes comen carne humana!

—Me jugaría el reino a que esto no es más que carne de vaca —contestó Conan—. ¡Vamos, muchacha, no seas recelosa! Debes tener un hambre voraz después de haber estado en la cárcel.

Haciendo caso del consejo, y siguiendo el ejemplo de un hombre cuyas palabras eran para ella ley, la condesa comió con apetito, aunque con modales delicados. Su señor devoraba las carnes y bebía vino como si no lo hubiera hecho en su vida.

—Tus sacerdotes son gente hábil y sagaz —dijo el cimmerio con un gran hueso en la mano y la boca llena de carne—. Aprecio en todo su valor vuestros servicios en mi lucha por recuperar el trono.

Hadrathus movió lentamente la cabeza, con gesto negativo y

apesadumbrado a la vez. Conan, dominado por una ira repentina, golpeó la mesa con el hueso.

—¡Por todos los infiernos! ¿Qué les ocurre a los hombres de Aquilonia? Primero Servius… y, ahora, tú. ¿No sabéis otra cosa que mover vuestras necias cabezas cuando hablo de echar a esos perros?

Hadrathus suspiró y contestó lentamente:

—Mi señor, duele decirlo y quisiera poder hablar de otra forma, pero la libertad de Aquilonia toca a su fin. No, ¡tal vez sea la propia libertad del mundo la que se está acabando! Las edades suceden a las edades en la historia del mundo y ahora entramos en tiempos de horror y esclavitud, como ocurrió hace mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el rey, inquieto. Hadrathus se dejó caer en una silla y apoyó los codos en las rodillas, mirando hacia el suelo, con gesto desalentado.

—No son tan solo los rebeldes señores de Aquilonia y los ejércitos de Nemedia los que se alían contra ti, mi señor. Es la magia; una terrible magia negra, originada por una nueva fuerza. Un ser temible se ha levantado desde las sombras del pasado, frente al que nada ni nadie puede oponerse. —¿De qué hablas?

—Estoy hablando de Xaltotun de Aquerón que, a pesar de que murió hace tres mil años, ha vuelto a caminar sobre la tierra.

Conan guardó silencio. En su mente surgió una imagen: la de un rostro barbado, de belleza sobrehumana. De nuevo se sintió abrumado por una sensación de incómoda familiaridad. Aquerón… aquel nombre despertaba en él viejos recuerdos del pasado.

—Aquerón… —dijo el cimmerio—. Xaltotun de Aquerón… Pero ¿estás loco? Aquerón solo ha sido un mito durante siglos. A veces me pregunto si ese país ha llegado a existir alguna vez…

—Fue una lamentable realidad —contestó Hadrathus—. Era un imperio formado por hechiceros que se dedicaban a la magia negra, cuyas maldades han sido olvidadas hace mucho tiempo. Las tribus hybóreas del oeste acabaron con ese imperio. Los hechiceros de Aquerón practicaban la nigromancia, una taumaturgia de la peor especie, una magia que les fue transmitida por los demonios. Y de todos los hechiceros de aquel maldito reino, Xaltotun de Python fue el más poderoso.

—Entonces, ¿cómo pudieron vencerlo? —preguntó Conan, escéptico.

—Consiguieron arrebatarle una fuente de poder cósmico que guardaba celosamente. Entonces volvieron ese poder contra él. Ahora otra vez es dueño de ese talismán y vuelve a ser invencible.

Albiona escuchaba en silencio la conversación y miraba, alternativamente al sacerdote y al rey sin comprender exactamente de qué estaban hablando. Conan movió negativamente la cabeza y dijo impaciente:

—Estás mareándome con las palabras. Si Xaltotun murió hace tres mil años, ¿cómo puede ser él el hombre de estos tiempos? Seguro que es algún bribón que ha tomado su personalidad y su nombre.

Hadrathus se inclinó sobre una mesa de marfil y abrió un pequeño cofre de oro que había allí. Extrajo de él algo que relució tenuemente. Era una gran moneda de oro que, según podía apreciarse, había sido acuñada hacía mucho tiempo.

—Mi señor, ¿alguna vez has visto a Xaltotun sin velos? En ese caso, mira esto. Es una moneda que fue acuñada en la antigua Aquerón, antes de la decadencia de aquel país. Tan imbuido de magia estaba aquel negro imperio que hasta esta moneda tiene poder para realizar actos de nigromancia.

Conan cogió la pieza de oro y la observó con atención. No había error posible respecto a su antigüedad: el cimmerio había manejado numerosas monedas durante sus años de pillaje y las conocía a la perfección. Los bordes estaban desgastados y la inscripción aparecía casi borrada, pero la cabeza grabada en una de las caras todavía podía apreciarse con claridad. Conan silbó entre sus dientes apretados. El ambiente de la sala era cálido pero, a pesar de ello, sintió un profundo escalofrío. El rostro era el de un hombre barbudo, de expresión inescrutable y de serena y sobrehumana belleza.

—¡Por Crom! ¡Es él! —murmuró el cimmerio.

Ahora comprendía, por fin, la sensación de familiaridad que desde el principio había despertado en él aquel hombre de la barba. Conan había visto una moneda como aquella anteriormente, en tierras lejanas. A pesar de todo, se encogió de hombros y dijo con escepticismo:

—El parecido es solo una coincidencia. Si tiene la astucia suficiente como para imitar la personalidad de un mago

desaparecido hace mucho tiempo, también puede imitar su apariencia física.

Pero sus palabras sonaban sin convicción. La vista de aquella moneda lo había conmovido hasta lo más íntimo de su ser. Era como si la realidad del universo se estuviera desplomando en un abismo de ilusión y magia. La hechicería resultaba comprensible, pero aquello eran artes diabólicas que escapaban al alcance de un cerebro cuerdo.

—No hay ninguna duda, se trata de Xaltotun de Python —dijo Hadrathus—. Fue él quien provocó el alud en el desfiladero de Valkia con sus conjuros capaces de dominar los elementos de la naturaleza.

También fue él quien envió a aquel ser de las tinieblas a tu pabellón, mi señor, antes del amanecer.

Conan miró ceñudamente al sacerdote y le preguntó:

—¿Cómo sabes todo eso?

—Los seguidores de Asura tienen fuentes secretas de conocimiento. Pero lo importante es, mi señor, que reflexiones acerca de la inutilidad de sacrificar a tus súbditos en un vano intento por recuperar el poder…

Conan, con la barbilla apoyada en un puño, tenía la mirada perdida. Albiona lo miró llena de ansiedad, angustiada por la cantidad de problemas con que Conan debía enfrentarse.

—¿No hay mago en el mundo que pueda oponerse al poder de Xaltotun? —preguntó Conan.

Hadrathus negó con la cabeza y dijo:

—Si lo hubiera, nosotros, los de Asura, lo conoceríamos. La gente dice que nuestro culto es un poso de la antigua religión estigia, la que veneraba a las serpientes. Pero no es verdad, nuestros antepasados llegaron de Vendhya, más allá del mar de Vilayet y de las azules montañas de Himelia. Somos originarios del este, y no del sur, y conocemos a todos los hechiceros orientales, muy superiores a los de Occidente. Y a pesar de todo, cualquiera de ellos no sería sino una pluma al viento ante la magia negra de Xaltotun.

—Pero en una ocasión fue derrotado —insistió Conan.

—Es verdad. Dirigieron contra él una fuente de poder universal. Pero ahora, esa fuente está de nuevo en sus manos y él tomará precauciones para que no vuelvan a robársela como en el pasado.

Conan, visiblemente irritado, preguntó:

—¿Y en qué consiste esa temible fuente de poder?

—Se llama el Corazón de Arimán. Cuando cayó Aquerón, el sacerdote que robó la gema y que volvió su poder contra Xaltotun, escondió la joya en una apartada caverna y construyó un templo sobre dicha cueva. En tres ocasiones tuvo que ser reconstruido el templo. En cada una de ellas se erigió un templo más grande que el anterior, pero siempre en el mismo lugar del santuario original. La gente llegó a olvidar el motivo de la construcción del templo, que tan solo quedó consignado en los manuscritos de los sacerdotes.

»Nadie sabe de dónde viene el Corazón de Arimán. Algunos afirman que, en verdad, el corazón es un dios; otros aseguran que se trata de una estrella caída del cielo hace mucho tiempo. Hasta que fue robada, nadie la había visto en tres mil años.

»Cuando la magia de los sacerdotes de Mitra fracasó frente a la de Altaro, el acólito de Xaltotun, recordaron la antigua leyenda del Corazón, y el sumo sacerdote y su ayudante descendieron a la oscura y terrible cripta que hay bajo el templo y a la que ningún sacerdote había bajado en los últimos tres mil años. En los antiguos volúmenes de pesadas encuadernaciones, en los que había referencias simbólicas al Corazón, también se alude a un ser de las tinieblas que los sacerdotes del culto dejaron custodiando el Corazón Mágico.

»En una cripta muy profunda, sumida en una impenetrable oscuridad, el sacerdote y su acólito descubrieron un altar de piedra negra que emitía un extraño fulgor, cuyo origen no pudieron precisar.

Sobre el altar había un peculiar recipiente de oro, parecido a una concha y adherido a la piedra como una lapa. Pero estaba abierto y vacío. El Corazón de Arimán había desaparecido. Mientras observaban el altar horrorizados, el guardián de la cripta, el ser de las tinieblas, se abalanzó sobre ellos y golpeó al sumo sacerdote hasta que lo mató. El acólito consiguió huir y consiguió, además, llevarse con él al moribundo sacerdote. En el exterior, antes de morir, el sacerdote comunicó la noticia a sus seguidores, les exhortó a que se sometieran a un poder que era imposible eludir y les ordenó que guardasen un absoluto secreto. Pero el rumor trascendió y nosotros, los que seguimos el culto de Asura, nos enteramos de la

historia.

—¿Y Xaltotun consigue su poder de ese talismán? —preguntó Conan, siempre escéptico.

—No, el poder le llega desde los abismos insondables del más allá. Pero el Corazón de Arimán vino desde algún lejano universo de luz llameante y contra él nada pueden hacer los poderes de la oscuridad si la joya está en manos de un adepto. Devuelve la vida, pero también puede destruirla. Xaltotun no puede usarlo contra sus enemigos, sino tan solo evitar que ellos lo utilicen contra él.

—Un recipiente de oro, sobre un altar en una caverna profunda… —murmuró Conan, pensativo, como si tratara de imaginar la escena—. Eso me recuerda algo que he visto o escuchado en alguna parte… Pero en nombre de Crom, ¿a qué se parece ese famoso Corazón de Arimán?

—Tiene la forma de una enorme piedra preciosa, una especie de rubí de fulgurantes latidos luminosos que son más cegadores que el brillo de cualquier otra clase de gema jamás vista. Parece una llama dotada de vida…

Conan saltó repentinamente y golpeó con el puño derecho en la palma de su mano izquierda…

—¡Qué necio he sido! ¡El Corazón del Arimán! ¡El Corazón de mi reino! ¡Busca el alma de tu reino, me dijo Zelata! ¡Por Ymir, esa era la joya que vi entre el humo verde, la que Tarascus le robó a Xaltotun cuando estaba sumido en el sueño del loto negro!

Hadrathus que también se había puesto en pie, parecía haber perdido su tranquilidad.

—¿Qué dices, mi señor? ¿El Corazón robado a Xaltotun?

—¡Así es! —respondió el cimmerio, excitado—. Tarascus tenía miedo de Xaltotun y quiso quitarle su poder que, según él, residía exclusivamente en el Corazón de Arimán. Tal vez creía que, al desaparecer la joya, el brujo moriría. ¡Pero por Crom… ah!

Desalentado y con un gesto significativo de decepción, Conan dejó caer los brazos a los costados.

—Me había olvidado de que Tarascus le entregó la gema a un ladrón para que la tirase al mar. En estos momentos, ese individuo debe de estar por lo menos en Kordava. Antes de que pudiera alcanzarlo, se habrá embarcado para arrojar el Corazón de Arimán al mar.

—¡El mar no lo retendrá! —dijo Hadrathus temblando de excitación—. Xaltotun lo hubiera tirado al mar hace mucho tiempo, pero sabe muy bien que la primera tormenta lo traería de nuevo a la playa.

Pero ¿hasta qué desconocida costa llegará?

Conan, que había recuperado algo de su confianza, dijo:

—No hay ninguna seguridad de que ese ladronzuelo arroje la gema al agua. Cuando era muy joven yo también fui ladrón en Zamora y los conozco muy bien. Estoy seguro de que no se desprenderá de la joya. Seguramente la venderá a algún rico mercader. ¡Por Crom, es importante que lo averigüemos!

Todo lo que Zelata me enseñó entre el humo es verdad y ella me dijo que buscara el corazón de mi reino. ¿Estás seguro de que la fuerza para vencer a Xaltotun proviene de esa piedra roja?

—¡Sí, me jugaría la cabeza! —contestó Hadrathus, con el mismo entusiasmo que Conan—. Si tenemos el Corazón en nuestras manos, podremos enfrentarnos a Xaltotun. Si conseguimos recuperarlo, entonces, mi señor, podremos expulsar a los invasores de nuestro suelo y recuperar para ti la corona. Aquilonia no tiene miedo a las espadas de Nemedia, sino a las negras artes de Xaltotun.

Impresionado por lo que acababa de oír, Conan miró en silencio, durante unos segundos, al sacerdote.

—Es como rastrear dentro de un sueño —dijo el cimmerio—. Tus palabras son las mismas con las que me habló Zelata y todo lo que me dijo se ha ido cumpliendo. Averiguaré dónde está esa joya.

—De eso, mi señor, depende el destino de Aquilonia. Que algunos de mis hombres vayan contigo…

—No, es un trabajo para un guerrero. Iré solo. Primero a Poitain, donde dejaré a Albiona al cuidado de Trocero, y luego hasta Kordava. Cruzaré el mar si es preciso. Podría ocurrir que si el ladrón intenta cumplir el encargo de Tarascus, encuentre dificultades para conseguir un barco en esta época del año.

—Majestad, si encontraras el Corazón —dijo Hadrathus—, yo prepararé el camino para tu vuelta al trono. Antes de que vuelvas a Aquilonia haré correr la noticia de que estás vivo y que regresas con un poder mágico superior al de Xaltotun. Tendré gente preparada para cuando estés de vuelta. Si el pueblo está seguro de tener protección contra las artes de Xaltotun, estoy seguro de que se

sublevarán.

Además, intentaré ayudarte en tu viaje.

El sacerdote se puso en pie y golpeó el batintín.

—Hay un túnel secreto —dijo— que lleva desde los subterráneos de este templo hasta más allá de la ciudad, fuera de las murallas. Tendrás que ir hasta Poitain en una barca de peregrinos y nadie, mi señor, se atreverá a molestarte.

—Prepara lo que quieras —dijo Conan, impaciente—, pero hazlo rápido.

Mientras tanto, diversos acontecimientos se sucedían con rapidez en otras partes de la ciudad. En palacio, donde las bailarinas entretenían a Valerio, un jadeante mensajero interrumpió la fiesta, dobló la rodilla y contó cómo la bella cautiva, ayudada por un hombre, había escapado y dado muerte en su fuga a varios soldados. Contó también que el conde Thespius, encargado de la ejecución de Albiona, estaba moribundo y que, antes de morir, quería hablar con Valerio.

Valerio se cubrió rápidamente con una capa y acompañó al mensajero a través de un laberinto de pasillos hasta llegar a la habitación en la que agonizaba Thespius. El conde estaba cubierto de vendas para intentar detener la hemorragia, pero la herida que tenía en el vientre era mortal de necesidad.

A solas con el moribundo, Valerio juró en voz baja.

—¡Por Mitra, creí que el único hombre sobre la tierra capaz de herir a alguien de esta manera estaba muerto!

—¡Valerio! —dijo Thespius jadeando—. ¡Vive, Conan vive!

—¿Qué dices?

—¡Lo juro por Mitra! —dijo Thespius, ahogándose por la sangre que anegaba su garganta—. ¡Él mismo fue el que se llevó a Albiona! No ha muerto, no hay un fantasma que luche como él lo hace. Es un hombre de carne y hueso… y más terrible que nunca. La calleja que hay detrás de la torre esta repleta de cadáveres. ¡Ten cuidado, Valerio… Conan ha vuelto para matamos a todos!

Un violento estertor sacudió su cuerpo y un momento después el conde Thespius quedó inmóvil.

Valerio se quedó mirando con gesto preocupado el cadáver, echó un vistazo a la habitación vacía y, andando rápidamente hasta la puerta, la abrió súbitamente. El mensajero y algunos soldados que

se encontraban en el pasillo oyeron que Valerio murmuraba algo que parecía indicar satisfacción.

—¿Están cerradas todas las puertas exteriores de la ciudad? —preguntó.

—Sí, Majestad.

—Triplicad la guardia en todas. Que nadie entre ni salga sin someterse al más estricto control, que los soldados recorran las calles y busquen por todas partes. Una prisionera muy importante, ayudada por un rebelde aquilonio, ha escapado. ¿Alguien ha visto al hombre del que estoy hablando?

—No, Majestad. Solo el guardia lo vio, aunque muy rápidamente. Todo lo que puede decir es que era un gigante vestido con las ropas del verdugo. El verdugo fue encontrado desnudo en una celda vacía de la prisión.

—Es un hombre muy peligroso —dijo Valerio—. No hay que correr riesgos con él. Todos vosotros conocéis a la condesa Albiona. Buscadla y, en cuanto la encontréis, matadla inmediatamente. A ella y a su compañero. No intentéis traerlos vivos aquí.

De regreso en sus habitaciones, Valerio mandó llamar a cuatro hombres, de aspecto extraño. Eran altos, delgados, de piel amarillenta y rostros inexpresivos. Tenían todos la misma apariencia y vestían exactamente igual, con largas túnicas debajo de las cuales apenas se veían las sandalias que calzaban.

Sus rostros estaban casi ocultos por capuchones. Quedaron de pie ante Valerio con los brazos cruzados y las manos ocultas entre las mangas de las túnicas. Valerio los miraba con cierta extrañeza a pesar de que, durante sus largos viajes, había conocido a individuos de todas las razas.

—Cuando os encontré en las selvas de Khitai, estabais extenuados y habíais huido de vuestro país.

Entonces jurasteis servirme y así lo habéis hecho hasta ahora. Solo os pido un servicio más, luego quedaréis libres de todo juramento.

»A pesar de los hechizos de Xaltotun, Conan el Cimmerio todavía está vivo. Tal vez lo esté precisamente por esas brujerías, no lo sé. La mente de ese demonio revivido es demasiado retorcida y sutil para que un ser humano pueda conocerla completamente. Pero lo cierto es que mientras Conan esté vivo yo no estaré a salvo. La

gente, cuando creyó que él había muerto, me aceptó como el menor de los males. Si vuelve a aparecer, el trono se tambaleará bajo mis pies y, antes de que pueda hacer nada, estallará la revolución.

»Tal vez mis propios aliados consideren que yo no sirvo ya para los fines que pretenden y quieran valerse de él para reemplazarme. Tampoco de eso estoy del todo seguro, pero lo que está claro es que Aquilonia es demasiado pequeña para tener dos reyes.

»Buscad, pues, al cimmerio, utilizad vuestras probadas cualidades de rastreadores hasta que averigüéis dónde anda o dónde se esconde. Él tiene muchos amigos en Tarantia. Para liberar a Albiona ha debido contar con ayuda porque se necesita algo más que un hombre, aunque ese hombre se llame Conan, para llevar a cabo la matanza de la calle de la torre.

»Pero todo eso se ha acabado; buscadlo, no importa dónde tengáis que ir, pero encontradlo. Y cuando lo hayáis hecho, ¡matadlo!

Los cuatro khitanios saludaron al mismo tiempo y, sin pronunciar una sola palabra, salieron de la habitación.

11. Espadas del sur

La luz del alba iluminó las velas de una pequeña embarcación que descendía por el río. El cauce pasaba a un cuarto de legua de las murallas de Tarantia y luego se desviaba hacia el sur, serpenteando como un enorme reptil brillante. La embarcación era diferente a las que frecuentaban el río Khorotas: grandes barcazas utilizadas por los pescadores y comerciantes para transportar mercancías. Era una barca larga y fina, con la proa alta y curvada. El casco, de color negro, tenía pintadas unas calaveras en la borda.

En el centro de la barca se levantaba una cabina cuyos portillos estaban cubiertos por dentro con cortinas. A su paso, el resto de las barcas se apartaban, para dejar a la «barca de peregrino» que llevaba el cadáver de un devoto de Asura en su último y misterioso peregrinaje hacia el sur, más allá de las montañas de Poitain, hasta un río que desembocaba en el océano. En la cabina sin duda estaban los restos de un creyente de Asura. Todo el mundo estaba acostumbrado al espectáculo de aquellas siniestras embarcaciones y ni siquiera los fanáticos partidarios de Mitra osaban poner dificultades a esos viajes funerarios hacia el lejano océano.

El punto exacto de destino era desconocido. Unos decían que estaba en Estigia, otros que en una isla ignota situada más allá del horizonte. Otros, en fin, aseguraban que estaba en la bella y misteriosa tierra de Vendhya. Tan solo se sabía que cuando moría un seguidor de Asura, su cuerpo viajaba río abajo en una barca negra que guiaba un gigantesco esclavo. Jamás volvía a verse la embarcación ni a su solitario tripulante, aunque algunos decían que siempre era el mismo esclavo el que pilotaba las barcas.

El hombre que remaba ayudando a las velas de la lancha era fuerte y de piel oscura, como todos los esclavos. Un examen más minucioso hubiera revelado, sin embargo, que lo oscuro de su piel

se debía a unos tintes cuidadosamente aplicados. Vestía un taparrabo y sandalias y remaba con habilidad y con fuerza. Nadie se acercaba demasiado hasta la tétrica embarcación, las gentes seguían pensando que los adeptos de Asura estaban malditos y aquellas barcas de peregrinos destilaban magia negra. Todos, pues, eludían el paso de la nave y rezaban a sus dioses sin darse cuenta de que así estaban ayudando a la huida de su verdadero rey y de la condesa Albiona.

Fue un extraño viaje a bordo de aquella estilizada barca negra. Cerca de cien leguas río abajo, hasta donde el Khorotas doblaba hacia el este rodeando las montañas de Poitain, el paisaje fue cambiando como en un sueño.

Durante todo aquel día Albiona estuvo acostada en la pequeña cabina, inmóvil como el presunto cadáver que debía estar en su lugar. Solo a última hora de la noche, cuando las embarcaciones de placer, con sus ociosos ocupantes reclinados en cojines de seda, atracaron en la orilla, solo entonces, se atrevió a salir al exterior. La condesa tomó la pala que hacía de timón y el bárbaro, mientras tanto, repuso fuerzas durante unas escasas horas de sueño. Pero el cimmerio necesitaba poco descanso; el fuego de su actividad lo mantenía permanentemente alerta y su potente organismo estaba muy poco tiempo inactivo. Sin detenerse un momento, pues, continuaron navegando hacia el sur.

Pasaron los días de sol brillante y las noches colmadas de estrellas y fueron quedando atrás las tierras que vivían en invierno. Bordearon ciudades adormecidas sobre las que titilaban un sinfín de luces, mansiones señoriales de recreo y fértiles campiñas. Por fin, aparecieron ante ellos las azules montañas de Poitain, altas como los bastiones de los dioses. Al entrar en aquella tierra montañosa, el río se convirtió en un torrente rápido y espumoso como una catarata.

Conan observó la orilla con atención. Al poco, apoyando el remo en un lado, acercó la barca hasta la orilla, al lado de un pequeño promontorio que se adentraba en el agua, y en el que unos abetos crecían regularmente en torno a una roca de forma poco habitual.

—Algunas barcas cruzan los rápidos que hay más adelante —dijo Conan—. Hadrathus afirma que se puede hacer, pero nosotros nos detendremos aquí. El sacerdote dijo que aquí nos

encontraríamos con un hombre que nos esperaría con unos caballos, pero no veo a nadie. De todas formas no acabo de entender cómo podría llegar la noticia de nuestro viaje antes que nosotros mismos.

Atracó y ató el cabo de proa a un árbol. Luego saltó al agua, se lavó la pintura de la piel y volvió a subir a la barca. De la cabina sacó una cota de malla aquilonia que Hadrathus le había conseguido y luego se ciñó la espada. Mientras, Albiona se vestía con ropas apropiadas para un viaje a las montañas.

Cuando Conan se volvió hacia la orilla vio a un hombre bajo los árboles y echó instintivamente mano a la espada. El hombre, de piel oscura, llevaba de las riendas un caballo blanco y otro bayo, de mayor alzada.

—¿Quién eres? —preguntó el rey.

El hombre saludó con una profunda reverencia y contestó:

—Soy un devoto de Asura. Obedezco órdenes. —¿Cómo te ha llegado esa orden?

El desconocido se limitó a saludar nuevamente, en una discreta muestra de cortesía.

—Debo guiaros a través de las montañas hasta que encontremos un fuerte poitano.

—No necesito guía —dijo Conan—. Conozco muy bien estos montes. Gracias por los caballos.

Además la condesa y yo llamaremos menos la atención yendo solos que acompañados de un discípulo de Asura.

El hombre entregó a Conan las riendas de los caballos e hizo una última reverencia. Luego subió a la barca, la apartó de la orilla y se perdió de vista rápidamente, río abajo, adentrándose en las peligrosas aguas de donde llegaba el fragor de la corriente. Conan dejó escapar un gesto de asombro ante la audacia del desconocido y luego ayudó a subir a la condesa sobre el corcel blanco. El cimmerio montó el otro, un espléndido ejemplar de combate, e inmediatamente emprendieron la marcha hasta las cumbres que se recortaban contra el cielo.

La región que se extendía a los pies de las elevadas montañas era ahora un territorio fronterizo totalmente devastado. Los barones habían vuelto a imponer sus antiguos privilegios feudales y los bandoleros recorrían a sus anchas los campos, robando y saqueando todo lo que encontraban a su paso.

Poitain no había declarado formalmente su independencia de Aquilonia pero, a todos los efectos, era un reino autónomo, gobernado por su propio soberano: el conde Trocero. Aunque el sur del país estaba sometido a Valerio, el nuevo rey nunca se había atrevido a enfrentarse a la desafiante bandera del leopardo carmesí de Poitain.

En aquel cálido atardecer, el rey y su hermosa acompañante cabalgaron pendiente arriba, por las suaves laderas. Desde la distancia, pudieron divisar el primero de los fuertes de Poitain, una poderosa fortaleza que dominaba un desfiladero. Su bandera carmesí se recortaba contra el intenso azul del cielo.

Antes de llegar al fortín, desde un bosquecillo cercano les salió al paso un grupo de caballeros, en su mayoría altos, de ojos oscuros y cabellos negros, que vestían bruñidas armaduras.

Detuvieron los caballos y el jefe, adelantándose, ordenó a los viajeros que hicieran lo mismo.

—¡Alto! —dijo el jefe—. Dinos quién eres y qué es lo que te trae a Poitain.

—¿Acaso se ha sublevado Poitain —preguntó Conan—, para que un ciudadano de Aquilonia sea detenido e interrogado como si se tratara de un extranjero?

—No serías el primer bandido con el que nos cruzamos, —dijo el otro—, y si repudiar a un usurpador es sublevarse, entonces nos hemos sublevado. Preferimos servir la memoria de un hombre muerto antes que aceptar el mando de un villano vivo.

Conan se despojó del yelmo que le cubría parte del rostro, agitó su negra melena y miró fijamente al hombre que había hablado. Este se quedó lívido.

—¡Por todos los cielos! —dijo, estremeciéndose—. ¡Es el rey, y está vivo!

Los demás miraron atónitos, y un instante después de sus bocas surgió un gran grito de alegría.

Rodearon al cimmerio, invadido por una intensa emoción, coreando gritos de guerra y blandiendo las espadas. Aquellas muestras de júbilo de los guerreros poitanos podían conmover al más duro de los corazones.

—¡Ah, mi señor, el conde Trocero va a llorar de alegría cuando os vea! —dijo uno de los soldados.

—¡Por fin el general Próspero despertará de su melancolía y dejará de maldecirse por no haber llegado a tiempo a Valkia, para morir al lado de su soberano! —¡Aplastaremos al enemigo! ¡Viva Conan, rey de Poitain!

El estrépito del acero y los gritos de alegría asustaron a las aves que, desde los árboles cercanos, se alzaron al cielo como nubes multicolores. La cálida sangre de los hombres del sur se había inflamado.

Aquellos valientes no deseaban otra cosa que ser guiados por su rey a la batalla, al saqueo, y al exterminio de sus enemigos.

—¿Cuáles son tus órdenes, mi señor? —exclamaron—. Permite que uno de nosotros se adelante y lleve la noticia de tu llegada a Poitain. Cuando tú llegues, ondearán las banderas en todas las torres, una alfombra de rosas cubrirá las calles y las mujeres más bellas, y lo mejor de la caballería del sur te aclamarán y te rendirán los honores que te mereces, Majestad.

Conan movió negativamente la cabeza.

—¿Dudas de nuestra lealtad, señor?

—No; ¿quién dudaría de vuestra fidelidad, mis buenos poitanos? Pero desde estas montañas el viento sopla sobre el territorio de mis enemigos y prefiero que estos no se enteren de que estoy con vida. Al menos, que no lo sepan todavía. Os pido que me llevéis ante el conde Trocero y que guardéis el secreto de mi identidad.

De este modo, lo que los caballeros hubiesen querido que fuera un recibimiento triunfal, quedó reducido a la discreta entrada de un grupo de jinetes en la ciudad. Viajaron apresuradamente, sin hablar con nadie. Tan solo las imprescindibles palabras a los capitanes de la guardia de cada puesto de mando.

Conan iba entre sus caballeros, con la visera del yelmo ocultando su rostro.

Aquella zona de escabrosas montañas estaba despoblada. Tan solo la merodeaban algunos bandidos y las guarniciones intermitentes de los destacamentos y fortines.

Los lúdicos y despreocupados poitanos no necesitaban trabajar demasiado para vivir de sus ubérrimas tierras. Al sur de las altas cumbres se extendían las fértiles y hermosas llanuras de Poitain, que llegaban hasta el río Alimane. Mas allá comenzaba el territorio de Zingara.

Por fin, Conan llegó al castillo del conde Trocero de Poitain…

Conan estaba sentado en un diván forrado de seda, en el centro de una suntuosa habitación cuyas tenues cortinas se movían mecidas por la brisa que entraba a través de las ventanas. Trocero, un hombre delgado, inquieto, de breve cintura y hombros de leñador, que llevaba sus años con gallardía, se paseaba por la sala como una pantera enjaulada.

—¡Deja que te proclamemos rey de Poitain, señor! —dijo el conde—. Permite que esos cerdos del norte sigan llevando el yugo que ellos mismos se pusieron al cuello. El sur todavía es tuyo. Quédate a vivir aquí y gobiérnanos entre estas flores, prados y palmeras.

Conan lo miró sonriente, y dijo:

—No hay tierra más noble en todo el mundo que la de Poitain. Pero no podría sostenerme solo en el trono, por valientes que sean tus hombres.

—Se han sostenido solos durante muchas generaciones, Majestad —contestó Trocero, con la celosa suspicacia de los de su raza—. Además, no siempre hemos formado parte del reino de Aquilonia.

—Lo sé. Pero ahora la situación no es la misma. Antes todos los reinos estaban divididos en pequeños principados que luchaban entre sí. Pero los días de los señoríos independientes y de las ciudades soberanas han pasado a la historia.

»Hoy estamos en la era de los imperios. Los gobernantes alientan grandes ambiciones y solo la unidad de varios países puede proporcionarnos la fuerza necesaria para defender la independencia de un reino».

—Entonces anexionemos Zíngara a Poitain —dijo Trocero—. Hay media docena de príncipes zingarios que pelean continuamente entre sí, y además el país está enfrentado en guerras civiles.

Conquistaremos provincia a provincia y las incorporaremos a nuestros dominios, y luego, con la ayuda de los mismos zingarios dominaremos Ofir y Argos. Construiremos un imperio…

Conan negó con la cabeza y contestó:

—Deja que sean los demás quienes alimenten sueños imperiales. Yo solamente quiero lo que es mío.

No deseo gobernar un imperio forjado a sangre y fuego. Una cosa es llegar al trono de un país con la ayuda de los propios

súbditos y gobernarlos, con su consentimiento, y otra muy distinta es subyugar a una nación entera e implantar un régimen de terror contra la voluntad del pueblo. No quiero ser otro Valerio. No, Trocero, yo reinaré en Aquilonia o no reinaré.

—Entonces, señor, guíanos a través de las montañas y derrotaremos a los invasores nemedios.

Los fieros ojos de Conan brillaron como aprobando aquellas palabras. Sin embargo, el cimmerio dijo:

—Sería un sacrificio inútil, Trocero. Ya te he dicho lo que debo hacer para recuperar mi reino.

Primero, y antes que nada, tengo que encontrar el Corazón de Arimán.

—¡Pero eso es una locura! ¡No puedes dejarte llevar por la cháchara de un sacerdote hereje o por los desvaríos de una vieja loca!

Conan miró su muñeca derecha, que todavía conservaba una marca amoratada y contestó con aspereza:

—Tú no estabas en mi tienda antes de que ocurriese lo de Valkia ni tampoco has visto desplomarse los riscos y destruir lo mejor de mi ejército. No, Trocero. He llegado al convencimiento de que Xaltotun no es un ser mortal. Solo con el corazón de Arimán podremos vencerlo y por eso pienso partir inmediatamente a caballo hacia Kordava. Y me iré solo.

—Eso es peligroso.

—La vida es peligrosa —dijo el rey—. De todas formas, yo no viajaré como rey de Aquilonia; siquiera como caballero de Poitain. Seré un mercenario errante; lo fui en el pasado, cuando recorrí Zíngara. Es verdad que tengo muchos enemigos al sur del río Arimán, tanto en tierra como en el mar, y aunque muchos de ellos no me conocen como rey de Aquilonia, seguro que me recuerdan como jefe de los piratas de Baracha o como Amra, el jefe de los corsarios negros. Pero también cuento con muchos amigos y gentes que me ayudarán por su propio bien.

Una leve sonrisa de nostalgia se dibujaba en los labios del cimmerio. Trocero dejó caer las manos desalentado y miró a Albiona, que estaba sentada en un diván cercano.

—Comprendo lo que sientes, conde Trocero —dijo la condesa—, pero yo también he visto la moneda del templo de Asura. Hadrathus

dijo que había sido acuñada quinientos años antes de la caída de Aquerón, y si Xaltotun es el hombre representado en esa moneda, como asegura el rey, entonces es cierto que no es un vulgar hechicero. Los años de su vida se cuentan por siglos. No como la vida de los mortales.

Antes de que Trocero pudiera contestar, sonaron unos discretos golpes en la puerta y luego una voz dijo:

—Mi señor, hemos sorprendido a un hombre merodeando cerca del castillo. Dice que desea hablar con tu invitado. Esperamos tus órdenes.

—¡Un espía de Aquilonia! —dijo Trocero echando mano a su espada. Pero Conan lo detuvo y dijo, levantando la voz:

—Abrid la puerta y dejadme que lo vea.

Así se hizo y en el vano de la puerta apareció un hombre flanqueado por dos soldados. Era un individuo delgado, vestido con manto oscuro y con el rostro cubierto por un capuchón.

—¿Eres devoto de Asura? —preguntó Conan.

El hombre asintió en silencio y los soldados se miraron entre sí con asombro.

—El rumor ha llegado al sur —dijo el hombre—. Nuestra secta no tiene adeptos más allá del río Alimane, de modo que no podremos ayudarte en esa zona. Pero hay hombres nuestros hacia el este, hasta el río Khorotas, y esto es lo que hemos sabido: el ladrón que, por encargo de Tarascus, llevaba el Corazón de Arimán, no llegó a Kordava. Fue asaltado en las montañas de Poitain y muerto por otros ladrones. El jefe de la banda se apoderó de la joya, sin conocer su naturaleza. Y como además temía la destrucción de sus hombres a manos de los caballeros poitanos, vendió la gema a Zorathus, un mercader kothio.

Conan, interesado, se había puesto en pie.

—¿Qué ha sido de Zorathus?

—Hace cuatro días, acompañado por un pequeño grupo de hombres armados, cruzó el río Alimane, hacia Argos.

—Ha sido un necio al ir a Zíngara en los tiempos que corren —dijo Trocero.

—Así es —respondió el desconocido—. En las tierras del otro lado del río todo está muy revuelto.

Pero Zorathus es un hombre osado. Tiene mucha prisa por llegar

a Messantia, donde espera encontrar un comprador para su gema. Tal vez piense venderla incluso en Estigia y, hasta es posible que sospeche algo de su verdadera naturaleza. De todas formas, en lugar de seguir la carretera que bordea la frontera de Poitain, ha atravesado Zingara, siguiendo el camino más corto.

Conan golpeó la mesa con el puño y esta tembló.

—¡Entonces, por Crom, la fortuna ha jugado a mi favor! Trocero, rápido, un caballo y un uniforme de los Compañeros Libres. Zorathus lleva ventaja, pero aunque tenga que seguirlo hasta el fin del mundo, lo alcanzaré.

12. El colmillo del dragón

Amanecía cuando Conan consiguió vadear la corriente del río Alimane siguiendo el rastro de la caravana que se dirigía hacia el suroeste. Detrás de él, en la otra orilla, el conde Trocero estaba inmóvil sobre su caballo, a la cabeza de sus soldados, sobre los que ondeaba, bajo la brisa de la mañana, el gran estandarte del leopardo carmesí. Aquellas gentes, de cabello oscuro y relucientes armaduras, permanecieron en silencio hasta que la silueta de su rey se perdió en la distancia.

Conan montaba un gran caballo negro, regalo de Trocero. No llevaba las armas de Aquilonia. Tenía puesto el arnés de los Compañeros Libres, donde se integraban hombres de todas las razas. Su casco era un sencillo bacinete, lleno de abolladuras, el cuero de sus arreos estaba desgastado y la cota de malla brillaba como la de un soldado veterano de muchas campañas. La capa roja que flotaba sobre sus hombros estaba manchada y desgarrada. Conan tenía todo el aspecto del soldado de fortuna experto en toda clase de vicisitudes, rico un día, después de un saqueo, e indigente el siguiente por la mala fortuna en una partida de dados.

Más que representar bien su papel, Conan lo sentía en realidad. Era el despertar de los viejos recuerdos, el resurgir de los días turbulentos, fieros, gloriosos, mucho antes de conseguir la corona.

Días y días de mercenario errante y pendenciero, despreocupado por el mañana y sin más ambición que beber cerveza, jugar una partida, besar unos labios rojos y blandir su afilada espada por los campos de batalla de todo el mundo.

Sin darse cuenta, Conan adoptó de nuevo las viejas costumbres. Cabalgaba como los soldados, con el vaivén algo más acentuado; mientras de sus labios surgían con espontaneidad juramentos olvidados y viejas canciones que mucho tiempo atrás había

entonado a coro con sus viejos camaradas en apestosas tabernas o en los polvorientos caminos que conducían al campo de batalla.

El cimmerio avanzaba por una tierra convulsionada. Los grupos de jinetes que habitualmente vigilaban las orillas del río de las incursiones de los poitanos, no se veían por ninguna parte. El largo camino blanco se extendía monótono de horizonte a horizonte. Las largas caravanas de camellos, los pesados carromatos y los rebaños de ovejas parecían haber desaparecido. Solo de trecho en trecho se cruzaba con algunos jinetes vestidos de cuero y de metal, con rostros de halcón y ojos endurecidos, cabalgando con aire cansino. Observaban a Conan inquisitivamente, pero el arnés de guerra del solitario viajero les prometía escaso botín y muchos quebraderos de cabeza.

Las aldeas estaban desiertas, cuando no quemadas hasta los cimientos, y los campos estaban agostados. Solo los más osados se aventuraban a cruzar por esas tierras. La población nativa estaba diezmada por las guerras civiles o por las incursiones provenientes de la otra orilla del río. En épocas de paz, estos caminos eran el paso obligado de las caravanas de mercaderes que viajaban desde Poitain a Messantia, la capital de Argos, o viceversa. Pero ahora los comerciantes consideraban más prudente dirigirse hacia el este, atravesando Poitain para luego cruzar Argos y desviarse hacia el sur. Era un camino más largo, pero infinitamente más seguro. Solo un hombre muy valeroso, o muy imprudente, arriesgaría su vida transitando por aquel camino que cruzaba Zingara.

El mundo había entrado en una edad de hierro, de guerras y ambiciones imperiales. Era el momento propicio para que los más poderosos se levantaran sobre la ruina de los pueblos erigiéndose en sus conquistadores. ¿Por qué no podía él ser uno de ellos? Así resonaba en su oído el demonio familiar de Conan, mientras los fantasmas de su pasado sangriento y sin ley recorrían su mente. Pero el cimmerio no se desvió de su camino; siguió cabalgando, siempre hacia delante, buscando la respuesta a una pregunta que se hacía cada vez más insondable, hasta el punto de que, por momentos, le embargaba la sensación de estar dirigiéndose hacia algo inalcanzable.

Conan apresuraba el trote de su negro corcel, pero la larga carretera blanca seguía perdiéndose en el horizonte. Zorathus

llevaba una considerable ventaja, pero el cimmerio avanzaba incansable espoleado por la certeza de que viajaba mucho más rápido que los mercaderes, lastrados por el peso de la carga.

Poco después llegó ante el castillo del conde Valbroso, una construcción colgada de las rocas, como un nido de águila, que dominaba aquel camino.

El conde descendió de la fortaleza acompañado de alguno de sus soldados. Era un hombre delgado, de piel oscura, ojos centelleantes y nariz aguileña, como la de un ave de rapiña. Usaba una armadura negra y lo seguían treinta lanceros de oscuros bigotes, verdaderos lobos de las guerras fronterizas y tan codiciosos como su propio señor. En los últimos tiempos casi nadie cruzaba estas tierras, por lo que era imposible recaudar el impuesto de paso. Valbroso, olvidando que la situación le permitía a cambio una libertad absoluta para cometer sus desmanes en los territorios vecinos, maldecía las guerras civiles, que dejaban los caminos vacíos.

En realidad, el conde esperaba conseguir muy poco del solitario jinete que acababa de divisar desde su torre, pero cualquier cosa, por poca que fuera, le vendría bien. De un vistazo había evaluado la gastada cota de malla del viajero y su rostro lleno de pequeñas cicatrices. Su conclusión coincidía con la de los jinetes con los que Conan se había cruzado antes: estaba ante un sujeto de bolsa vacía y espada rápida.

—¿Quién eres, bellaco? —preguntó el conde con arrogancia.

—Soy un mercenario que se dirige a Argos. El nombre poco importa.

—Pues vas en dirección equivocada. La lucha es más intensa en el sur y el saqueo puede resultar más productivo. Únete a mí y no pasarás hambre. Los caminos están vacíos. No pasan caravanas a las que desvalijar. Pero dentro de poco partiré con mi gente hacia el sur y estoy dispuesto a contratar a cualquier hombre que sepa manejar una espada.

Conan no respondió de inmediato. Sabía que si rechazaba la oferta, los soldados de Valbroso lo atacarían al instante. Pero antes de verse obligado a tomar una decisión, el conde habló de nuevo.

—Vosotros, los mercenarios —dijo—, sabéis cómo hacer hablar a la gente testaruda. He capturado a un mercader, el único, por Mitra, que he visto en una semana. El condenado es terco como un

mulo.

Traía consigo un cofre de hierro, cuyo secreto no hemos podido desentrañar y no he logrado convencerlo de que lo abriera. Por Ishtar, yo creía conocer todas las formas de persuasión existentes, pero me he equivocado. Tal vez tú, como veterano de los Compañeros Libres, sepas algo que yo ignoro. De todas formas, ven conmigo, algo podrás hacer.

Las palabras de Valbroso animaron a Conan. Todo parecía indicar que ese prisionero era Zorathus, el hombre que andaba buscando. Conan no conocía al mercader, pero la persona que fuese lo suficientemente osada para recorrer el camino de Zíngara en tiempos como aquellos, sería lo suficientemente obstinada como para resistir cualquier clase de tormento.

Sin dudarlo, se colocó al lado de Valbroso y ambos, seguidos de la tropa, ascendieron por el tortuoso camino que conducía a la cima del otero donde se alzaba el sombrío castillo. Como soldado debería haber cabalgado detrás del conde, pero las costumbres adquiridas en los últimos tiempos le hicieron olvidar este detalle. A Valbroso tampoco pareció importarle. Muchos años de luchas en las marcas fronterizas, habían enseñado al conde que las costumbres de sus tierras no eran las de una corte principesca. Además, conocía el espíritu libre de los mercenarios y el poder de sus espadas. Muchos reyes habían ascendido al trono apoyándose en ellas.

El foso del castillo estaba seco y el fondo estaba cubierto de escombros. Los cascos de los caballos resonaron sobre el puente levadizo, antes de cruzar la gran puerta de entrada. Con un gran estruendo metálico, cayó el rastrillo detrás de ellos y Conan se encontró en un patio desierto ocupado en el centro por un pozo de piedra, a cuyo alrededor crecían entre las losas unas raquíticas hierbas. Cerca de la muralla se alzaban unos barracones para la tropa. Algunas mujeres de aspecto vulgar, ataviadas con atuendos recargados y de mal gusto, los observaban desde las ventanas y puertas.

Unos soldados con las mallas desgarradas jugaban a los dados sobre las losas. El castillo parecía más el refugio de un bandido que la morada de un noble.

Valbroso desmontó de su caballo y le hizo una señal a Conan para que lo siguiera. Traspasaron una puerta y avanzaron por un

pasillo, al final del cual había una escalera de piedra, por la que bajaba un hombre de aspecto rudo vestido con cota de malla. El hombre, por su aspecto, parecía ser el capitán de la guardia del castillo.

—¡Ah, Beloso! —dijo el conde—. ¿Ha hablado por fin el prisionero?

—Es muy terco —respondió el aludido, mientras miraba a Conan con desconfianza.

Valbroso lanzó un juramento entre dientes y ascendió con pasos sonoros por la escalera de piedra, seguido por Conan y el capitán. A medida que subían se podían oír los lamentos de un hombre agonizando. La cámara de torturas del conde se encontraba por encima del patio, en lugar de estar en una mazmorra, bajo el nivel del suelo.

Al entrar en la cámara, vieron a un hombre de aspecto bestial, enjuto y velludo, vestido con ropas de cuero, royendo con voracidad la pata de un venado. A su alrededor se encontraban los aparatos de tortura: potros, ganchos, botas de hierro y toda clase de artefactos imaginables.

Un hombre desnudo estaba tendido sobre un potro. Una sola mirada le bastó a Conan para comprender que el infeliz estaba agonizando. Su piel era oscura y su rostro aquilino e inteligente; sus ojos negros, inyectados en sangre, reflejaban un sufrimiento atroz. Los labios contraídos dejaban ver las encías ennegrecidas.

—Esta es la caja —dijo Valbroso, dando un fuerte puntapié a un cofre de hierro que se hallaba en el suelo, cerca del potro.

La superficie exterior del cofre estaba decorada con unas diminutas calaveras y un dragón de cuerpo sinuoso. Pero Conan no vio ninguna asa o cerradura que sirviera para abrir la tapa. Habían intentado forzar la caja con hierros candentes, palancas y cinceles, pero todo ello no había dejado más que unas marcas insignificantes.

—Este es el tesoro de ese perro —manifestó Valbroso con creciente cólera—. Toda la gente del sur conoce a Zorathus y a su cofre de hierro, pero solo Mitra sabe lo que esconde en su interior. Él, desde luego, no parece estar dispuesto a revelar el secreto tan celosamente guardado. ¡Zorathus! ¡Entonces era cierto!, se dijo Conan. El hombre que buscaba estaba amarrado al potro, delante de él. El corazón del cimmerio latió violentamente al inclinarse sobre

el cuerpo escarnecido.

Sin embargo, no dio muestra alguna de ansiedad.

—¡Afloja esas cuerdas, bellaco! —ordenó con aspereza al verdugo.

El conde y su capitán se miraron. En la emoción del momento, Conan había utilizado su altivo tono real, y el bruto había obedecido instintivamente. Este aflojó las cuerdas haciendo girar despacio la rueda del potro, para que la falta de tensión repentina no constituyera una nueva fuente de dolor para la atormentada víctima.

Conan cogió una jarra de vino que había sobre una mesa y vertió unas gotas de líquido en los labios del desventurado. Zorathus bebió con dificultad y una parte del vino resbaló sobre su pecho jadeante.

En sus enrojecidos ojos asomó una débil expresión de agradecimiento. Luego la víctima abrió la boca espumeante y comenzó a hablar en la lengua de Koth:

—Entonces, ¿esta es la muerte? ¿Ha terminado mi larga agonía? Veo que eres el rey Conan, el que murió en Valkia; yo ya debo estar entre los muertos.

—No has muerto —repuso el cimmerio—, aunque tu estado es grave. Pero no te torturarán más; yo me encargaré de ello. No puedo ofrecerte más ayuda, pero antes de que te mueras, te pido que me digas cómo se abre tu cofre de hierro.

—Mi cofre de hierro… —murmuró Zorathus, con frases entrecortadas—. El cofre forjado en las llamas infernales que brotan de los montes de Khrosha, el metal que ninguna herramienta puede cortar. ¡Cuántos tesoros ha llevado en su seno, de un lado al otro del mundo! ¡Pero el tesoro que ahora guarda no es como los anteriores…!

—Dime cómo se abre —le urgió Conan—. A ti no puede hacerte más daño y a mí me puedes ayudar.

—Sí, tú eres Conan —musitó el kothio—. Te he visto sentado en tu trono, en el gran salón del palacio de Tarantia, con la corona ciñendo tus sienes y el cetro en la mano. Pero estás muerto, perdiste la vida en Valkia y por ello sé que mi fin ha llegado.

—¿Qué dice este perro? —preguntó Valbroso, con impaciencia, porque desconocía la lengua de Koth—. ¿Va a decir cómo se abre el

cofre?

Zorathus volvió sus ojos hacia el que había hablado, como si aquella voz le hubiera dado a su cuerpo una chispa de vida.

—Solo al conde se lo diré —dijo el moribundo en zingario—. ¡La muerte ya está junto a mí! ¡Acércate, Valbroso!

El conde obedeció, con el rostro contraído por la codicia. El hosco capitán también se acercó a los dos hombres.

—Presiona las siete calaveras del borde, una después de la otra —explicó Zorathus jadeando—. Aprieta después la cabeza del dragón que hay en la tapa y por último la esfera que tiene el dragón entre las garras. Solo así se abrirá la tapa del cofre.

—¡Rápido, la caja! —dijo Valbroso.

Conan la levantó y la puso sobre una mesa. El conde lo apartó de un empujón.

—¡Déjame abrirla a mí! —gritó a su vez el capitán, avanzando hacia la mesa.

El conde lo empujó, asimismo, con los ojos desorbitados por la codicia.

—¡Nadie más que yo lo abrirá!

Conan llevó su mano derecha instintivamente a la empuñadura de la espada, pero en ese momento miró a Zorathus. El moribundo tenía los ojos fijos en Valbroso, y lo observaba con estremecedora intensidad. Y vio también que sus labios se retorcían en una sonrisa amenazadora. Comprendió que el mercader había revelado el secreto, cuando supo que ya no tenía salvación. Conan retiró la mano de la empuñadura de su espada y se quedó observando atentamente a Valbroso.

En el contorno del cofre había siete calaveras cinceladas, unidas entre sí por las ramas entrelazadas de una extraña planta. Un dragón exhibía sus formas sinuosas entre barrocos arabescos. El conde Valbroso oprimió las siete calaveras, nervioso y torpe, y al apretar con el pulgar la cabeza del dragón, soltó un juramento y retiró la mano con rapidez, dando muestras de dolor e irritación.

—¡Me he pinchado el dedo con una punta mal tallada!

Sin detenerse, el conde apretó la esfera de oro que sostenía el dragón entre sus garras y la tapa se abrió bruscamente. Todos quedaron deslumbrados por una llama dorada. Parecía que el cofre estuviera lleno de un fuego fulgurante y vivo que rebosaba el borde

de la caja y se extendía por el aire, formando reflejos temblorosos. Cada uno de los presentes reaccionó de distinta forma: el capitán Beloso lanzó una exclamación, el conde contuvo el aliento y Conan permaneció mudo, sobrecogido por el extraño fulgor que surgía del cofre.

—¡Por Mitra, qué joya! —dijo Valbroso, y metió la mano en el cofre para sacar la gema.

Toda la habitación se llenó del resplandor rojizo que emanaba de la joya. Bajo su luz, el rostro de Valbroso parecía el de un cadáver. De pronto Zorathus, moribundo sobre el potro, lanzó una carcajada escalofriante.

—¡Insensato! —gritó luego—. ¡La joya es tuya! ¡Y con ella te he dado la muerte! ¡Mira la cabeza del dragón, Valbroso, y mira el arañazo de tu dedo!

Los tres hombres se volvieron para observar lo que decía Zorathus. De la boca abierta del dragón sobresalía una pequeña punta brillante.

—¡Es el colmillo del dragón! —chilló Zorathus con dificultad—. ¡Y contiene el veneno del escorpión negro de Estigia! ¡Has sido un necio al abrir la caja con las manos desnudas, Valbroso! ¡Eres un hombre muerto, igual que yo!

Y al decir esto, una espuma sanguinolenta empapó sus labios y expiró.

Valbroso, que comenzaba a tambalearse, exclamó:

—¡Ah, Mitra, estoy ardiendo! ¡Un fuego líquido recorre mis venas! ¡Mis articulaciones se hinchan y estallan!

El conde giró vertiginosamente sobre sí mismo y luego se desplomó. Durante unos instantes, atroces convulsiones retorcieron sus miembros hasta que quedó inmóvil como un hombre congelado, con los ojos vidriosos muy abiertos, mirando hacia arriba, y los labios contraídos en un rictus angustioso.

—¡Ha muerto! —murmuró Conan, mientras se inclinaba a recoger la gema que había rodado por el suelo, estaba cerca de la mano rígida del conde Valbroso, y parecía una burbuja de agua en la que se refleja el sol poniente.

—¡Muerto! —musitó Beloso, con un brillo de locura en su mirada.

A continuación, el capitán actuó con rapidez. Sorprendió a

Conan cuando este estaba con los ojos y la mente deslumbrados por el resplandor de la gran gema, sin darse cuenta de las intenciones de Beloso. Hasta que algo se estrelló fuertemente sobre su cabeza. El brillo de la joya creció con un fulgor rojo que lo cegó, y luego, a consecuencia del golpe, cayó al suelo de rodillas.

Pudo escuchar el ruido de unos pasos precipitados y un estertor agónico, semejante al mugido de un buey. Conan, aún consciente, estaba aturdido, pero comprendió que Beloso había levantado el cofre y lo había lanzado contra su cabeza. Solo el casco le había salvado el cráneo. El cimmerio se puso en pie, tambaleándose, y desenvainó su espada mientras luchaba por ver a través del velo borroso que cubría sus ojos. Entonces se dio cuenta de que la puerta estaba abierta y que alguien descendía presuroso por la escalera. El verdugo agonizaba sobre el suelo, con una gran herida abierta en el pecho. El Corazón de Arimán había desaparecido.

Conan salió de la habitación con la espada en la mano y el rostro cubierto de la sangre que resbalaba bajo su casco. Corrió escaleras abajo tambaleándose como un borracho. Abajo, en el patio, se escuchó primero un sonido de acero, unos gritos, y luego el frenético resonar de los cascos de caballos. Cuando salió fuera, vio a los soldados del castillo moviéndose confundidos de un sitio a otro mientras las mujeres chillaban. La puerta trasera de la fortaleza estaba abierta. Junto a ella, yacía un soldado en el suelo con la cabeza abierta. Los caballos piafaban y relinchaban sueltos por el patio; entre ellos, Conan divisó su corcel negro.

—¡Está loco! —chillaba una mujer, retorciéndose las manos—. ¡Salió de la torre como un perro enloquecido, golpeando con la espada a diestro y siniestro! ¡Beloso está loco!

—¿Hacia dónde fue? —rugió Conan.

Todos se volvieron a mirar al forastero que tenía el rostro cubierto de sangre y empuñaba una espada.

—¡Salió por la poterna! —dijo la mujer.

—Pero ¿quién es este hombre? —preguntó otra, confusamente.

—¡Beloso ha matado al conde! —gritó Conan, al tiempo que corría hacia su caballo, mientras los soldados avanzaban hacia él.

Las palabras de Conan surtieron el efecto deseado, sumiendo a aquella gente en un fuerte griterío y una gran confusión. Lo único que retenía a aquellos hombres junto al conde Valbroso era el temor

a su espada. ¡Y ahora se habían librado de él!

Nadie cerró las puertas, nadie intentó hacerlo prisionero, y ni siquiera intentaron perseguir al fugitivo para vengar a su señor.

Las armas resonaron en el patio mientras las mujeres seguían gritando. Entre tanto alboroto, nadie se había dado cuenta de que Conan salía al galope por la poterna y que descendía, rápidamente, por la cuesta del castillo. Ante él se extendía la amplia llanura y más allá el camino de caravanas, que se bifurcaba, hacia el sur y hacia el oeste.

A lo lejos, un jinete inclinado sobre su montura corría velozmente. La llanura temblaba a la vista de Conan. El cimmerio se tambaleó sobre su silla y tuvo que aferrarse a las crines del caballo. La sangre cubría su cota de malla, pero, a pesar de todo, Conan espoleó al caballo, que se lanzó a una frenética carrera.

Detrás, el humo comenzaba a subir en el castillo, donde el cuerpo del conde yacía al lado de su víctima. El sol se estaba poniendo y proyectaba sus rayos rojizos sobre las dos figuras negras que cabalgaban velozmente.

El caballo que montaba Conan no estaba descansado, pero tampoco el de Beloso. Sin embargo, el enorme corcel del cimmerio respondía de manera admirable y parecía sacar fuerzas de sus grandes reservas de vitalidad. Conan no se paró a pensar la razón que impulsó al capitán zingario a huir de aquella manera. Tal vez lo dominaba un pánico al que no era del todo ajeno, posiblemente, la fulgurante joya. El sol acababa de ponerse y la carretera parecía una cinta blanca en el crepúsculo fantasmagórico que se confundía con el resplandor rojizo del horizonte.

Cuando estaban entrando en el bosque, el perseguidor había dado alcance al perseguido y ahora los dos jinetes corrían casi paralelos. Un salvaje grito salió de la boca de Conan cuando levantó su espada.

Hacia él se volvió un rostro sumamente pálido. Beloso respondió como un eco al grito furioso del cimmerio, mientras levantaba la espada en el aire. Entonces el exhausto caballo de Conan tropezó y cayó al suelo, arrojando al jinete por encima de la silla. El cimmerio se golpeó en la cabeza contra una piedra al caer, y una oscuridad mucho más profunda que la noche se abatió sobre el rey de Aquilonia.

Conan no sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero su primera sensación al recuperar el conocimiento fue la de que alguien lo estaba arrastrando sobre unas piedras y luego entre matorrales.

Notó que lo dejaban tirado en el suelo sin contemplaciones y tal vez los golpes terminaron por devolverle plenamente los sentidos.

Su casco había desaparecido y la cabeza le dolía terriblemente. Sentía náuseas y tenía la sangre reseca y pegada al cabello. Pero la vitalidad de su poderoso organismo no lo había abandonado y comenzó a tener conciencia del lugar exacto en el que se hallaba.

Una luna grande y amarillenta brillaba entre las ramas de los árboles, y el cimmerio se dio cuenta de que ya era más de medianoche. Conan había estado sin conocimiento durante varias horas, pero ahora, a pesar de los golpes de la caída y de los que previamente le había asestado Beloso en el castillo, tenía la mente más despejada que durante la alocada carrera a la caza del fugitivo.

No estaba cerca de la carretera y ni siquiera alcanzaba a verla por ninguna parte. Estaba tirado sobre la hierba, en un pequeño bosquecillo, junto a unos matorrales y bajo las densas ramas de los árboles.

Tenía la cara y las manos cubiertas de arañazos, como si lo hubieran arrastrado por unos zarzales. Se incorporó y miró a su alrededor. Entonces se estremeció violentamente. Algo se estaba inclinando sobre él.

Por un momento dudó de sus propios sentidos y pensó que todo era fruto del delirio. Pensó que no podía ser real aquel extraño ser grisáceo que permanecía en cuclillas y lo miraba fijamente con ojos que no parpadeaban ni parecían humanos.

El cimmerio observó la aparición esperando que se desvaneciera como el producto de un sueño. De repente, un escalofrío le recorrió la espalda. Recordó historias sombrías que casi había olvidado y que se referían a seres que vagaban por los bosques deshabitados situados al pie de los montes que separan las zonas limítrofes de Zíngara y Argos. Vampiros, los llamaba la gente. Eran comedores de carne humana, hijos de las tinieblas, descendientes de la unión maldita entre una raza perdida y los demonios del infierno. La gente decía que en alguna parte de aquellos antiguos bosques se levantaban las ruinas de una ciudad antiquísima y maldita. Y entre

las tumbas habitaban esas sombras, que tenían forma vagamente humana. Conan sintió un profundo estremecimiento.

Observó la cabeza deforme que se inclinaba sobre él y con todo cuidado alargó la mano hacia su daga. Gritando de una manera terrible, el monstruo se arrojó sobre su garganta.

Conan levantó el brazo derecho en un reflejo instintivo de protección y los agudos colmillos se clavaron en su cota de malla. El metal se hundió en la piel del cimmerio. Unas garras remotamente humanas se aferraron al cuello de Conan, que consiguió eludir las tenazas del vampiro de un violento empujón. Sacó rápidamente su daga mientras el ser de la noche se abalanzó de nuevo sobre él y ambos rodaron sobre la hierba en un abrazo feroz. Los músculos que animaban el cuerpo grisáceo y putrefacto de la bestia, duros y resistentes como el acero, eran superiores a la fuerza de cualquier mortal. Pero la voluminosa masa muscular de Conan no era menos potente y su cota de malla lo protegía de los afilados colmillos y de las largas uñas. Una y otra vez levantó Conan su daga y la hundió en el cuerpo de su horrible enemigo, pero la terrible vitalidad del monstruo parecía sobrehumana y la piel del rey de Aquilonia se estremecía cada vez que tocaba aquella carne fría y pegajosa. Toda su infinita repugnancia se descargaba en cada uno de los golpes que asestaba al enemigo hasta que por fin notó la convulsión del engendro bestial, justo en el momento en que la hoja alcanzó su corazón.

Inmediatamente se quedó inmóvil.

El cimmerio, dominado por las náuseas, se puso de pie con aire incierto y, sosteniendo todavía su puñal en la mano, intentó pensar.

No había perdido su ancestral sentido de la orientación, pero no sabía exactamente dónde estaba la carretera porque ignoraba hacia dónde lo había arrastrado el vampiro. Conan miró hacia las oscuras y silenciosas frondas que lo rodeaban por todas partes y sintió que un sudor frío le perlaba la frente. Se encontraba sin caballo y perdido en la profundidad de un bosque desconocido y maldito. A sus pies, aquel ser de pesadilla, no era sino una prueba siniestra de los horrores ocultos en aquella espesura. Si hubiera podido hacerlo, habría contenido la respiración. Haciendo un doloroso esfuerzo aguzó sus sentidos para escuchar el posible chasquido de una rama o el furtivo deslizarse de unos pasos.

Al oír un rumor, el cimmerio se sobresaltó violentamente. En el aire tranquilo de la noche escuchó el relincho asustado de un caballo. ¡Su caballo! Seguramente habría lobos en aquel bosque, o tal vez, los vampiros no hicieran distinción entre animales y seres humanos.

Lleno de inquietud avanzó hacia el lugar de donde provenía el relincho, sintiendo que su ira apagaba cualquier resto de temor. Si mataban a su caballo, su última esperanza de perseguir a Beloso y de recuperar el Corazón de Arimán, se desvanecería. Entre aterrado y furioso, volvió a relinchar el caballo en algún lugar, no demasiado alejado.

Conan vio por fin la blanca carretera y salió de la espesura. Divisó al caballo que, con las orejas caídas y los ojos y los dientes reluciendo bajo los rayos de la luna, retrocedía lentamente. Tenía delante una sombra gris que se bamboleaba lentamente sobre el camino. Luego, otras sombras avanzaron hacia Conan. Eran grises y furtivas, y lo rodeaban por todas partes. Un hediondo olor a carroña llenaba el aire de la noche.

Un brillo metálico atrajo la mirada del cimmerio: era su espada, que había quedado en el lugar en el que Conan se había caído del caballo. Con un juramento desesperado, el rey de Aquilonia se abalanzó sobre su arma, la empuñó y, comenzó a describir sobre su cabeza mortíferos molinetes. Babeantes colmillos chasquearon en el silencio de la noche, mientras afiladas garras avanzaban amenazadoramente hacia él, pero Conan consiguió abrirse paso hasta su caballo. Cuando estuvo cerca de él, saltó sobre la silla y entonces los monstruos volvieron a rodearlo.

Su espada trazaba fieros arcos, se alzaba y se batía esparciendo sangre negruzca y hundiendo cráneos infrahumanos. El caballo retrocedió espantado, coceando y, aprovechando un hueco, el cimmerio espoleó al corcel y salieron al galope. Los horrendos seres los persiguieron durante un rato, pero luego quedaron atrás y cuando llegó a lo alto de un cerro boscoso, Conan vio ante él un vasto conjunto de colinas desnudas que se extendían hasta el horizonte.

13. Un espectro del pasado

El cimmerio cruzó la frontera de Argos poco después del amanecer. Hasta entonces no había visto el menor rastro del capitán Beloso. Solo habían podido ocurrir dos cosas: o bien había escapado mientras Conan estaba inconsciente o, por el contrario, había caído presa de los vampiros que habitaban los bosques de Zingara. Pero Conan tenía la sensación de que esto último no había ocurrido. El hecho de que los monstruos no hubieran atacado hasta los últimos momentos era para el cimmerio un indicio de que los extraños seres se habían empeñado en la persecución del capitán.

Conan tenía la certeza de que, si el hombre vivía, estaba muy por delante de él, cabalgando por aquella misma carretera. Los soldados de la frontera no interrogaron al cimmerio. Un mercenario errante jamás necesitaba pasaporte ni salvoconducto alguno, sobre todo si en su cota de malla no lucía el emblema de ningún barón. Conan avanzó por unas colinas cubiertas de hierbas, donde susurraban los arroyos y las arboledas de encina dejaban caer su sombra sobre un verde tapiz de hierbas. El cimmerio seguía aquella carretera antiquísima que llevaba desde Poitain hasta el mar.

El reino de Argos estaba en paz. Carretas tiradas por bueyes circulaban por el camino y hombres con el torso desnudo trabajaban los huertos y los campos que flanqueaban el camino. En alguna ocasión, el cimmerio se detuvo en las posadas de la carretera y, entre parlanchines ancianos y fornidos campesinos, calmó su sed con frescos jarros de cerveza. Trataba de obtener noticias acerca de Beloso.

Los relatos eran contradictorios pero, en definitiva, Conan averiguó que un zingario delgado de aspecto belicoso y negros bigotes avanzaba por el camino delante de él y, según parecía, en dirección a Messantia. Era el destino más lógico porque, de todos

los puertos de Argos, Messantia era el más importante. Embarcaciones de todos los países fondeaban en aquellas aguas que también eran refugio de fugitivos de las naciones más diversas.

En Messantia, las leyes se aplicaban con indulgencia. La ciudad prosperaba gracias al tráfico marítimo y las autoridades preferían hacer la vista gorda, si el asunto no era demasiado grave. Hasta Messantia llegaba no solo el tráfico legal, sino también los contrabandistas y hasta los piratas que desempeñaban un especial papel en el comercio portuario. Todo eso lo conocía Conan porque en otros tiempos, cuando era pirata en las islas Baracha, había entrado muchas veces, siempre de noche, en el puerto de Messantia para descargar las más diversas mercancías. La mayor parte de los bucaneros de las islas Baracha, un pequeño archipiélago situado cerca de la costa suroeste de Zíngara, eran marinos de Argos y mientras se dedicaran a perseguir naves de otros países, las autoridades de Argos no se habían mostrado demasiado intransigentes.

En aquellos tiempos, Conan no había limitado su actividad solo a las islas Baracha. Había navegado también con bucaneros zingarios e incluso con corsarios de raza negra que asolaban desde el sur las costas septentrionales. Había quedado así al margen de las leyes de todos los países. Si ahora lo reconocían en cualquiera de los puertos de Argos, le podía costar la cabeza. El cimmerio siguió cabalgando sin vacilar hacia Messantia. Solo se detenía durante la noche para dar descanso a su caballo y dormir también él un sueño reparador.

Entró en la ciudad sin dificultades, mezclándose con la multitud que entraba y salía constantemente de aquel importante centro comercial. No había murallas alrededor de esa ciudad; el mar y sus barcos la protegían mucho mejor que cualquier otra defensa.

Era ya de noche cuando Conan cabalgó por las calles que conducían al puerto. Al final de una callejuela pudo ver los almacenes y los mástiles y las velas de las naves, y sintió de nuevo, después de tantos años, el olor salino de mar; pudo oír el crujido de los aparejos y del maderamen de los cascos.

Una vez más, el impulso del vagabundo se adueñó de su espíritu.

Sin embargo, no se dirigió hacia los muelles. Se desvió a un lado y subió con su caballo por una calle de amplias losas de piedra que

formaban escaleras, hasta llegar a una calle ancha donde blancas mansiones señoriales dominaban desde lo alto todo el puerto. Allí vivían los hombres que se habían enriquecido con el tráfico marítimo, los capitanes que fueron lo suficientemente afortunados para encontrar algún tesoro en algún remoto país y los mercaderes que jamás habían puesto un pie en la cubierta de un navío y que nunca habían oído el rugido de las tempestades.

Conan detuvo su caballo ante una puerta de hierro dorado y entró en un patio donde borboteaba una fuente y las palomas revoloteaban entre columnas y bancos de mármol. Un paje vestido con jubón y calzas de seda se le cruzó en el camino. Los mercaderes de Messantia trataban con los personajes más extraños, pero casi todos estaban relacionados con el mar. Por eso el paje se sorprendió al ver que un soldado mercenario entraba tan libremente a caballo, en el patio de su señor.

—¿Vive aquí Publio, el mercader? —dijo Conan, afirmando más que preguntando con una autoridad que obligó al joven a despojarse de su bonete de terciopelo.

El paje se inclinó y contestó:

—Así es, mi capitán.

El cimmerio desmontó e inmediatamente apareció otro sirviente que se hizo cargo de las riendas del corcel.

—¿Está tu amo en casa? —preguntó Conan, mientras se sacudía el polvo del camino.

—Sí, mi señor. ¿A quién debo anunciar?

—Yo mismo me anunciaré —dijo el cimmerio—. Conozco muy bien el camino. Espera aquí.

Desconcertado ante lo imperativo de aquellas órdenes, el muchacho obedeció y se quedó mirando a Conan mientras el cimmerio subía los escalones de mármol de la entrada. Luego el paje se preguntó qué relación podía tener su amo, un comerciante adinerado, con aquel guerrero gigantesco que tenía el aire de un bárbaro del norte.

Algunos escribientes, aplicados en sus tareas, se quedaron sorprendidos cuando el inusitado y hercúleo personaje cruzó el corredor descubierto que daba al patio y entró en un pasillo interior. En la mitad del pasillo se detuvo ante una puerta abierta que accedía a una habitación muy amplia, desde cuyos grandes

ventanales se divisaba el puerto.

Publio, el mercader, estaba sentado ante un escritorio de madera de teca trabajando en un pergamino, con una pluma de ave ricamente enjoyada. Era un hombre bajo, pero de cabeza grande y vivaces ojos oscuros. Su túnica de seda azul tenía ribetes dorados. Del cuello del mercader colgaba una gruesa cadena de oro macizo.

Cuando el cimmerio entró en la sala, el comerciante levantó la cabeza con gesto de fastidio. Pero al reconocer al personaje que entraba, se quedó boquiabierto, como quien ve a un fantasma o no da crédito a lo que ven sus ojos.

—Y bien —dijo Conan—. ¿No saludas a los viejos amigos, Publio?

El mercader apretó la boca y se humedeció los labios con la lengua.

—¡Conan! —dijo luego, atónito—. ¡Por Mitra! ¡Es Conan, es Amra!

—¿Quién podía ser, si no? —dijo el cimmerio, y se abrió el manto mientras arrojaba los guanteletes de hierro sobre el escritorio. Pero ¿qué ocurre? ¿No eres capaz de ofrecerme al menos una jarra de vino? Tengo la garganta reseca por el polvo de los caminos.

—¡Ah, vino! ¡Por supuesto! —dijo Publio, maquinalmente.

Se acercó a un batintín, pero enseguida se arrepintió y se estremeció.

Mientras Conan lo observaba con expresión divertida, el mercader se dirigió apresuradamente hacia la puerta; comprobó a ambos lados del pasillo que no había ningún esclavo rondando por allí y luego se dispuso a escanciar en una copa el vino de un botellón. Conan se lo arrebató con impaciencia y, aterrándolo con las dos manos, bebió largamente y con manifiesta avidez.

—Sí, no hay ninguna duda de que eres Conan —dijo Publio—. Pero ¿estás loco? ¿Por qué vienes aquí?

—Por Crom, Publio, veo que vives en una casita bastante mejor que la que tenías antes —dijo el cimmerio bajando el botellón, pero quedándoselo entre las manos—. No hay nadie como un mercader de Argos para hacerse rico; antes solo tenías un tugurio de puerto que olía a pescado podrido y a vino barato.

—Aquellos días ya han pasado —dijo Publio, arrebujándose en

su ropón, como si sintiera frío—. Me he olvidado de aquella época, como se quita uno de encima un jubón raído.

—En todo caso —dijo Conan—, no puedes prescindir de mí tan fácilmente como de ese jubón del que hablas. No es demasiado lo que voy a pedirte. Estoy seguro de que no me lo vas a negar. Hemos hecho demasiados negocios juntos en tiempos pasados. ¿Crees que no sé perfectamente que esta mansión está hecha, en gran parte, gracias a mi sudor y a mi sangre? ¿Cuántos cargamentos de mis galeras pasaron por tus almacenes?

—Todos los mercaderes de Messantia han hecho negocios con los piratas en un momento u otro —dijo Publio con creciente inquietud.

—Pero no todos trataron con los corsarios negros.

—Por Mitra, no hables tan alto —dijo Publio mientras la frente se le llenaba de sudor.

—Solo quería recordártelo; no hace falta que te pongas tan nervioso. En otros tiempos, cuando luchabas para ganarte la vida en aquella mísera tienda de los muelles, corriste muchos peligros y tratabas muy amistosamente a todos los piratas y contrabandistas que navegaban desde aquí hasta las islas Baracha. Parece que la prosperidad te ha vuelto demasiado prudente.

—Ahora soy una persona respetable…

—Querrás decir que eres asquerosamente rico… ¿Cómo lo has hecho? ¿Acaso tuvieron algo que ver los excelentes negocios con marfil, con plumas de avestruz, cobre, pieles de animales, ornamentos de oro, perlas y otras nimiedades procedentes de las costas de Kush? ¿Y cómo lo conseguías tan barato, mientras los otros comerciantes pagaban su peso en plata a los estigios? Te lo voy a decir, por si lo has olvidado: tú me lo comprabas a un precio de risa, y yo lo conseguía de las tribus de la Costa Negra y de los barcos de los estigios; yo y mis corsarios negros.

—¡En nombre de Mitra, basta! —dijo Publio—. No he olvidado nada de todo eso, pero ¿qué haces tú aquí? Soy el único hombre de Argos que sé que el rey de Aquilonia fue, en otros tiempos, Conan el bucanero. Pero hasta el sur nos había llegado el rumor de la conquista de Aquilonia y de la muerte de su rey.

—Mis enemigos me han matado al menos cien veces con sus rumores —dijo con aspereza el cimmerio—. Pero aquí me tienes,

sentado frente a ti y bebiendo el vino de Kyros, mi preferido.

Uniendo la acción a la palabra, Conan bebió una buena parte del líquido rosado y cuando bajó el botellón, que se quedó medio vacío, dijo:

—Solo vengo a pedirte una menudencia, Publio. Sé que estás al corriente de cuanto ocurre en Messantia y yo solo quiero saber si un zingario llamado Beloso, que puede haber cambiado de nombre, está aquí. Es un hombre alto, delgado, de piel oscura, como casi todos los de su raza, que intenta vender una joya de considerable valor.

Publio movió la cabeza negativamente y, sin vacilar, dijo:

—No he oído hablar de esa persona. Pero son miles los que vienen y se van de Messantia constantemente. Si está aquí, mis agentes no tardarán en localizarlo.

—Perfectamente; haz que lo busquen. Mientras tanto, me gustaría que atendieran a mi caballo y que a mí me sirvieran algo de comer en este mismo cuarto.

Publio asintió sin demasiado entusiasmo. Conan vació el botellón de vino, lo colocó sobre la mesa y se dirigió hacia el ventanal más cercano, aspirando profundamente el aire salado del mar. Echó una mirada a las sinuosas callejuelas del distrito portuario y a los barcos amarrados en los embarcaderos, levantó la vista y observó, más allá de la bahía, la línea donde el mar se unía con el cielo. Entonces, su imaginación lo transportó mucho más allá de aquel horizonte, hasta los dorados mares del sur, donde bajo un sol de rayos llameantes, las leyes tenían escaso valor y la vida se desarrollaba de forma turbulenta. Un aroma a especias que llegaba hasta él en ese momento le trajo imágenes de las costas donde los mangles crecían con profusión y los tambores resonaban constantemente. Recordó también las cubiertas de los barcos empapadas de sangre, el humo, las llamas y los gritos de combate.

Ensimismado en sus pensamientos, Conan no se dio cuenta de que Publio abandonaba la sala.

Recogiéndose la túnica para andar mejor, el mercader avanzó rápidamente por los pasillos, hasta llegar a una habitación en la que un hombre alto y enjuto, con una gran cicatriz en una sien, escribía en un pergamino. Algo había en aquel hombre que no encajaba con la tarea de amanuense en la que estaba aplicado.

—¡Conan ha vuelto! —dijo Publio sin preámbulos.

—¿Conan? —preguntó el hombre delgado; la pluma se le escapó de la mano—. ¿El pirata?

—El mismo.

—Necio —dijo el amanuense, mientras empalidecía notablemente—. ¡Si lo descubren, estamos perdidos! Se castiga con la horca a los que dan asilo o comercian con los piratas.

»¿Qué pasaría si el gobernador se enterara de los negocios que hicimos con él en el pasado?

—No se enterará —contestó Publio sombríamente—. Envía a tus hombres por los mercados y por los tugurios de los muelles para que averigüen si un zingario, un tal Beloso, está en Messantia. Conan dijo que ese individuo tiene una valiosa joya en su poder y la quiere vender. Seguro que los comerciantes de joyas ya habrán sabido de él. Y otra cosa: reúne a una docena de tipos dispuestos a deshacerse de un hombre y a mantener la boca bien cerrada. ¿Me entiendes?

—Perfectamente.

—No he estado engañando, mintiendo, robando y luchando tan duramente durante tanto tiempo hasta llegar donde he llegado, para que venga un fantasma del pasado y lo eche todo a perder.

Mientras Publio hablaba, la amenazadora expresión de su rostro hubiera dejado perplejos a los opulentos nobles y a las damas que le compraban las sedas y las perlas más caras del mercado. Pero cuando, poco después, volvió junto a Conan con una bandeja de alimentos en la mano, su rostro no podía ser más plácido.

El cimmerio estaba todavía frente al ventanal, mirando hacia el puerto donde se apiñaban las velas multicolores de los galeones y galeras.

—Si no me falla la vista, eso que veo allí —el cimmerio señaló una embarcación larga, estrecha y baja, con el casco pintado de negro y fondeada a cierta distancia del resto de las naves— es una galera estigia. ¿Es que ahora reina la paz entre Estigia y Argos?

—La misma paz que había antes —dijo Publio—. Los puertos estigios están abiertos a nuestros barcos y viceversa. Pero no me gustaría que uno de mis barcos se cruzara con esas galeras en alta mar.

Esa que dices llegó anoche, casi furtivamente. Desconozco las

intenciones de su patrón; hasta ahora no ha comprado ni ha vendido nada. No me fío nada de esos demonios de piel oscura. La traición nació en aquellas sombrías tierras del sur.

—Yo hice que lo lamentaran —dijo Conan, volviendo la espalda a la ventana—. Entré con mi galera al frente de mis piratas negros hasta el mismísimo puerto de Khemi. Era de noche y, amparado por la oscuridad, incendié tantas naves como encontré. Pero… hablando de traiciones, mi querido anfitrión, me gustaría que probaras esta carne y bebieras unos tragos de este vino, para demostrarme que sigues siendo un honrado comerciante.

Publio complació la demanda con tal presteza que al momento desaparecieron todas las sospechas de Conan. Sin pensarlo dos veces, el cimmerio se sentó a la mesa y devoró tanta cantidad de alimentos que hubieran saciado a tres hombres.

Mientras tanto, los hombres de Publio rastreaban los mercados y las tiendas del puerto buscando a un zingario que intentara vender una joya o que buscase un barco para que lo llevara a un puerto extranjero.

Al mismo tiempo, en un tugurio alumbrado tan solo por un farol que colgaba de las oscuras vigas, un hombre alto y delgado, con una cicatriz en la sien, conspiraba con diez individuos de los bajos fondos cuya siniestra catadura y deplorable atuendo proclamaban a los cuatro vientos su oficio.

En el camino que llega a Messantia desde el oeste, justo en el momento en el que aparecían en el cielo las primeras estrellas, un grupo de cuatro jinetes altos, enjutos, envueltos en capas negras y cubiertos con capuchones, sin intercambiar una sola palabra espoleaban sin piedad sus cabalgaduras, agotadas y bañadas en sudor como si llegasen de un largo viaje.

14. La mano negra de Set

Conan se despertó tan rápidamente como suele hacerlo un gato y, como un felino, se puso de pie con la espada desenvainada, antes de que el hombre que le había tocado el hombro hubiera podido retroceder.

—¿Qué ocurre, Publio?

La mecha de la lámpara de oro ardía tenuemente esparciendo una luz suave sobre tos lápices y las sedas que cubrían el lecho en el que Conan había descansado.

—Hemos encontrado al zingario —dijo Publio—. Llegó ayer a la ciudad, al amanecer, y pocas horas más tarde intentó venderle a un mercader shemita una gema extraña y muy grande. El mercader no quiso saber nada del asunto y quienes lo vieron dicen que el shemita palideció al ver la joya y que luego cerró su tienda y se marchó como alma que lleva el diablo.

—Sí, el otro tiene que ser Beloso —dijo Conan—. ¿Sabéis dónde está ahora el forastero?

—Duerme en casa de Servius.

—Será mejor que me dé prisa antes de que algún canalla del puerto le corte el cuello y se lleve la joya.

El cimmerio recogió su manto, se lo echó sobre los hombros y luego se encasquetó un casco que le había dado Publio.

—Ten mi caballo preparado en el patio. No olvidaré tu ayuda de esta noche, Publio.

Poco después, el mercader, de pie ante una de las puertas de su casa, veía la alta figura del rey de Aquilonia alejarse por una sombría callejuela.

—Adiós, corsario —musitó Publio—. Muy importante tiene que ser esa joya para que un hombre que ha perdido su reino la busque. Hubiera sido mejor que mis hombres te dejaran apoderarte de ella

antes de realizar su trabajo. Pero contigo de por medio, algo hubiera salido mal. Hagamos que Argos se olvide definitivamente de Amra y que mis antiguos negocios con él se pierdan en el pasado. En la calleja que hay detrás de la casa de Servius, Conan dejará de ser un peligro para mí.

La casa de Servius, una posada de pésima fama, estaba situada cerca del muelle. Era un destartalado edificio de piedra reforzado con gruesas vigas de madera que asomaba a una larga y estrecha callejuela. Según avanzaba por el callejón, Conan sentía, cada vez con más fuerza, que lo estaban espiando. Escudriñó entre las sombras que proyectaban los míseros edificios, pero no consiguió ver nada. Solo escuchó algunos ruidos producidos por armas, algo no demasiado extraño en un lugar como aquel, frecuentado por ladrones y gentes de la peor ralea.

Pero de pronto, un poco más delante, se abrió una puerta. El cimmerio se escondió entre las sombras de un portal. De la casa salió un hombre con paso silencioso. Desde la penumbra, Conan pudo ver el aspecto del individuo al pasar delante de él.

Era un estigio, sin duda alguna. Su rostro de halcón, la cabeza rapada y la capa sobre los hombros, no dejaba lugar a dudas. Se dirigió hacia el muelle y, por el tenue reflejo que se filtraba por entre la capa del hombre, Conan tuvo la impresión de que llevaba un farol escondido.

El cimmerio se olvidó del hombre porque la puerta continuaba abierta, permitiéndole entrar directamente en el edificio sin llamar la atención.

Cuando llegó ante la puerta se dio cuenta —sus dedos habían sido adiestrados en sus tiempos de ladrón en Zamora— que el cerrojo había sido forzado. Estaba retorcido y con los remaches desencajados, lo que demostraba que había sido empleada una fuerza muy contundente. ¿Cómo había sido posible tal violencia sin despertar al vecindario? Además, era evidente que el destrozo se había llevado a cabo esa misma noche. Era lógico pensar que en un lugar repleto de ladrones y asesinos, Servius hubiera hecho reparar inmediatamente un cerrojo roto.

Conan sacó su daga y entró furtivamente, mientras trataba de imaginar dónde podía encontrarse la habitación del zingario. Pero súbitamente, se detuvo: como un animal salvaje, el cimmerio había

olfateado la presencia de la muerte. No era una amenaza dirigida hacia él, era la presencia de un cadáver, alguien que acababa de morir.

En la oscuridad, su pie golpeó contra algún objeto pesado. Tanteó por la pared hasta encontrar en un estante una lámpara de latón, con pedernal y yesca a su lado. Un momento después, una oscilante luz le permitió echar un vistazo a la habitación.

Contra la pared de piedra había un catre y, en el centro del cuarto, una mesa y un banco completaban el escueto mobiliario del cuartucho. Una puerta interior estaba cerrada con pasador, tendido en el mugriento suelo estaba Beloso, boca arriba, con la cabeza hacia atrás, por lo que sus vidriosos ojos parecían mirar hacia las vigas llenas de hollín y telarañas. Tenía los labios contraídos en un rictus de agonía, y su espada, que estaba muy cerca de él, se había quedado envainada. La camisa estaba desgarrada y en su pecho, bronceado y musculoso, se veía una huella negra, de una mano, con las marcas de los dedos perfectamente identifícables.

Conan sintió que se le ponían los pelos de punta como siempre que se encontraba ante un hecho sobrenatural.

—¡Por Crom! ¡La mano negra de Set!

Habían pasado muchos años desde que viera aquella marca por última vez. Era la señal de muerte entre los negros sacerdotes de Set que dirigían el culto de Estigia. Y súbitamente recordó el resplandor que surgía de las ropas del estigio que había salido de aquella casa.

—¡Por todos los infiernos, el Corazón de Arimán! Claro, ahora lo entiendo, destrozó la puerta con artes sobrenaturales, mató a Beloso, robó el Corazón y se lo llevó escondido debajo de la capa… ¡Era un sacerdote estigio!

Conan registró rápidamente el lugar y el cadáver, y confirmó sus sospechas. El zingario no llevaba la joya encima. Dominado por un sentimiento de inquietud, el cimmerio empezó a pensar que nada de lo ocurrido en las últimas horas era casual, sino producto de un designio muy especial. La galera estigia había llegado al puerto con una misión muy concreta… pero ¿cómo pudieron saber los sacerdotes de Set que el Corazón viajaba hacia el sur? ¿Cómo se podía matar a un hombre solamente con una mano abierta sobre su pecho?

Súbitamente, unos pasos furtivos sonaron fuera de la puerta.

Conan se volvió como una pantera, apagó rápidamente la lámpara y desenvainó la espada. Sabía que alguien se estaba acercando a la puerta, que se hallaba entreabierta. En la penumbra solo pudo distinguir unas siluetas. El cimmerio, tomando la iniciativa, saltó de improviso sobre los recién llegados, que quedaron aturdidos. Conan dibujó un molinete con su espada ante un rostro enmascarado que aparecía ante él y luego descargó un mandoble con una fuerza mortífera. Antes de que sus enemigos pudieran reaccionar, el bárbaro se perdió por las sombras de la callejuela.

En plena carrera, el cimmerio escuchó el rumor de unos remos chapoteando en el mar. ¡Un bote se alejaba hacia el interior de la bahía! Conan aumentó el ritmo de sus pasos, justo en el momento en el que espesas nubes llegadas del mar ocultaban el brillo de las estrellas. Aguzó la vista y sobre la superficie de las oscuras aguas vio algo que se movía: una silueta larga, baja y negra que se alejaba lentamente.

Entonces oyó claramente el chasquido rítmico de unos remos de gran longitud y Conan apretó los puños, dominado por una furia impotente: era la galera estigia que navegaba hacia mar abierto y que se llevaba la gema, la joya que significaba para él su ansiado retorno al trono de Aquilonia.

Tenía unos irresistibles deseos de quitarse la cota de malla y meterse en el agua para perseguir a la furtiva galera, pero cuando se acercaba a la arena de la orilla, escuchó los pasos de sus perseguidores que se aproximaban a él corriendo por la playa.

Los hombres lo rodearon, pero el primero que atacó cayó bajo la espada furiosa del cimmerio. Los otros no se echaron atrás y el estruendo metálico de las espadas rompió el silencio de la noche. Sonó un alarido cuando asestó un tajo de abajo arriba con su espada. Una voz contenida daba las órdenes y Conan creyó percibir en ella un tono vagamente familiar. El cimmerio quiso acercarse al hombre que hablaba en voz baja. Una débil claridad se filtró a través de las nubes, y eso le permitió ver a un personaje alto y enjuto, con una gran cicatriz en la sien. La espada de Conan golpeó el cráneo del personaje, que se desplomó como un toro desnucado.

En ese instante, un hacha de combate blandida en la oscuridad golpeó el bacinete del rey, que sintió que un volcán estallaba en su cerebro. Conan se tambaleó un momento y luego cayó encima de un

cuerpo yerto.

Aturdido, el cimmerio escuchó a sus enemigos jadear como lobos ante su presa.

—¡Cortadle el pescuezo!

—No vale la pena; está bien muerto, con el cráneo machacado. El mar lo arrastrará cuando suba la marea.

—Antes vamos a desnudarlo. Esa cota de malla vale unas cuantas piezas de plata. Vamos, deprisa.

Tiberias ha muerto y oigo voces de alguien que se acerca. Vámonos de una vez.

Despojaron al cimmerio de sus ropas y luego se escucharon pasos que se alejaban en la noche. El ebrio canto de unos marineros se oía cada vez más cerca.

Publio se paseaba nervioso frente a una ventana desde la que se divisaba la bahía en sombras. Giró, de pronto, con los nervios en tensión. Sabía perfectamente que la puerta de la habitación estaba asegurada con un cerrojo, pero ahora estaba abierta y cuatro hombres avanzaban hacia él. Al verlos, Publio sintió que un escalofrío recorría su cuerpo.

Había visto gente extraña en su vida, pero nadie podía compararse con los personajes que tenía delante de él. Eran unos individuos altos, muy delgados, que se cubrían con mantos negros. Sus rostros parecían óvalos amarillos bajo los capuchones que cubrían su cabeza y sus rostros eran inexpresivos.

Cada uno llevaba en la mano un extraño cayado.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí?

—¿Dónde está Conan, el que fuera rey de Aquilonia? —preguntó el más alto en un tono tan monótono y enigmático que Publio volvió a estremecerse de terror.

El mercader, que había perdido su habitual aplomo ante el siniestro aspecto de sus visitantes, tartamudeó:

—No sé… a qué… os referís. No conozco… a nadie… que se llame… así.

—Estuvo aquí —dijo el otro, con el mismo tono de voz—. Y su caballo todavía está en el patio.

Dinos dónde está Conan, si no quieres sufrir ningún daño.

—¡Gebal! —gritó Publio, frenético, retrocediendo hasta la pared —. ¡Gebal!

Los cuatro khitanios observaron al hombre sin denotar ninguna emoción y sin que cambiara en absoluto la expresión de sus rostros.

—Si llamas a tu esclavo, morirás.

Publio se aterrorizó todavía más.

—¡Gebal! ¿Dónde estás, maldito? ¡Unos ladrones quieren matara tu amo!

En el pasillo resonaron unos rápidos pasos y Gebal irrumpió en la sala. Era un shemita, no demasiado alto, pero con una poderosa musculatura y una hirsuta barba negra. El esclavo empuñaba una corta espada de hoja larga.

Al ver a los cuatro intrusos se asustó, incapaz de entender por dónde habían entrado aquellos hombres. Recordaba haberse adormecido en la escalera, mientras vigilaba la habitación de su señor, pero no lo entendía. Jamás se había dormido de esa manera. Su amo seguía gritando, lleno de espanto y el shemita se abalanzó entonces sobre los desconocidos con el brazo levantado para descargar el golpe.

No pudo hacerlo. Un brazo cubierto por una amplia manga negra se alzó ante él, con el cayado extendido. El extremo del bastón no hizo sino rozar levemente el pecho del esclavo. Pero el impacto había sido tan aterrador como el ataque de una cobra.

Gebal se paró en seco, como si hubiese chocado contra una invisible pared de piedra. Su cabeza de toro cayó sobre el pecho, la espada se escapó de sus dedos y entonces empezó a desintegrarse lentamente. Parecía que de pronto todos los huesos de su cuerpo hubiesen adquirido una consistencia gelatinosa. Publio sintió ganas de vomitar.

—No vuelvas a gritar —dijo uno de los khitanios—. Tus servidores están durmiendo, pero si los despiertas correrán la misma suerte que este hombre. Y tú también. Ahora, dime, ¿dónde está Conan?

—Ha ido a la casa de Servius, cerca de los muelles. Iba buscando a un zingario llamado Beloso —contestó Publio, sin ninguna resistencia.

El mercader no era ningún cobarde, pero aquellos inhumanos visitantes parecían haber convertido en agua la médula de sus huesos. Se estremeció cuando escuchó ruidos de pisadas que se acercaban por la escalera exterior.

—¿Otro sirviente? —preguntó el khitanio.

Publio, como si se hubiese tragado la lengua, negó con la cabeza. Uno de los khitanios ocultó el cadáver con una colcha de seda que cubría una otomana y luego los cuatro visitantes se escondieron detrás de unas cortinas. Antes de desaparecer, el más alto dijo:

—Háblale al hombre que llega y despídelo cuanto antes. No le hagas ninguna señal que le haga ver que no estás solo en esta habitación. Si nos traicionas, ni tú ni él llegaréis hasta la puerta.

El khitanio levantó significativamente su cayado y desapareció detrás de la cortina. Publio se estremeció y dominó como pudo sus intensos deseos de vomitar. Tal vez hubiera sido solo un efecto de la luz, pero el mercader creyó ver que los bastones se movían al unísono, como si tuvieran vida propia.

Haciendo un denodado esfuerzo, Publio intentó recuperar su imagen apacible frente al hombre que estaba entrando en la habitación.

—Hemos hecho lo que nos ordenaste, señor. El bárbaro está muerto en la playa.

Publio, dominado por el terror, sintió que las cortinas se movían levemente. El otro continuó hablando sin darse cuenta de nada.

—Tiberias, tu secretario, está muerto. El bárbaro lo mató, así como a cuatro de mis compañeros. El cimmerio no llevaba encima nada de valor, excepto algunas monedas de plata. ¿Tienes algo más que ordenarme?

—Nada más. Puedes marcharte.

El otro se inclinó saludando a Publio, que estaba sumamente pálido, y desapareció por la puerta, extrañado al ver al rico mercader tan parco en palabras. Los cuatro khitanios salieron entonces de su escondrijo y el más alto de ellos, preguntó:

—¿De quién hablaba ese hombre?

—De un vagabundo extranjero que me había causado un grave perjuicio.

—Mientes… Estaba hablando del rey de Aquilonia, lo he visto en la expresión de su rostro. Siéntate en ese diván y quédate callado. Me quedaré contigo mientras mis compañeros van en busca del cadáver de Conan.

Publio, dominado por el espanto, hizo lo que le indicaban con la

docilidad de un corderillo. Delante de él, inmóvil y mirándolo fijamente, estaba el más alto de los cuatro siniestros personajes.

Cuando regresaron los tres khitanios a la habitación, dijeron que no habían encontrado el cuerpo de Conan sobre la arena.

—Encontramos el lugar donde se desarrolló la lucha. Había sangre en la arena, pero no encontramos por ningún lado al rey.

—¿No leísteis nada en la arena? —preguntó el cuarto khitanio.

—Sí. El rey vive y se ha dirigido hacia el sur en un barco.

El más alto de los extraños personajes levantó la cabeza para mirar a Publio, cuya frente estaba cubierta de sudor.

—¿Qué… queréis de mí…?

—Una nave. Un barco bien pertrechado para un largo viaje. —¿Hasta dónde viajaréis?

—Hasta el fin del mundo quizás. O hasta los mares del metal fundido del infierno, más allá del lugar donde se pone el sol.

15. El regreso del corsario

La primera sensación que tuvo Conan al recuperar el conocimiento fue de que algo se movía, debajo de él no había suelo firme, y se sacudía y balanceaba incesantemente. Inmediatamente después, escuchó el silbido del viento entre los aparejos y, antes de que su vista se aclarase y pudiera distinguir algo, supo que estaba a bordo de un barco. Escuchó un rumor de voces y luego una cascada de agua se le vino encima, lo que hizo que se recuperara por completo.

Conan se levantó.

Su olfato percibió el inconfundible olor de los cuerpos sudorosos.

Estaba en la popa de una larga galera impulsada por el viento del norte, que hinchaba su enorme vela.

El sol acababa de salir con resplandores azules, verdes y dorados. A babor, la costa no era más que una sombra purpúrea y a estribor se extendía el mar abierto.

El barco era largo y estrecho, como solían ser las naves mercantes de la costa del sur, altas de proa y de popa y con cabinas en los extremos. Conan se fijó especialmente en el centro de la galera, que no tenía cubierta y que despedía un intenso hedor: el cimmerio lo recordaba perfectamente de sus tiempos antiguos; era la fetidez corporal de los galeotes, encadenados a sus bancos.

Los galeotes eran todos negros, cuarenta a cada lado, unidos por cadenas que les rodeaban la cintura.

La mayor parte de ellos procedían del reino de Kush, pero había un grupo nativo de las islas del sur, la patria de los corsarios, que Conan reconoció por sus facciones más suaves y su cuerpo más armonioso.

Incluso reconoció a algunos que, en tiempos pasados, fueron sus

servidores.

Conan tenía los pies atados por fuertes cadenas. Frente a él estaba el marinero que le había arrojado el cubo de agua, sonriendo todavía.

La actitud burlona del hombre le hizo maldecirle en voz alta, al tiempo que, instintivamente, se llevaba la mano a la espada. Entonces se dio cuenta de que estaba desarmado y desnudo, a excepción de unos cortos calzones de cuero.

—¿Qué maldito cascarón es este? ¿Cómo he llegado a bordo de esta tina inmunda?

Los marinos se rieron burlonamente. Eran fornidos y barbudos hombres de Argos, y uno de ellos, cuyo rico vestido y aire autoritario lo señalaban como capitán de la nave, se cruzó de brazos y dijo altivamente:

—Te hemos encontrado tirado en la playa, con la cabeza medio rota y desnudo, y puesto que necesitábamos gente, te subimos a bordo. —¿En qué barco estoy?

—Es el Aventurero, de Messantia. Con un cargamento de sedas, yelmos, escudos, espadas y espejos para traficar con los shemitas a cambio de cobre y oro. Yo soy Demetrio, el capitán del barco… y tu amo desde este momento.

—Entonces, voy en la dirección que necesitaba —dijo Conan, sin dar ninguna importancia a la última frase pronunciada por el capitán.

El barco, en efecto, se dirigía hacia el sur, siguiendo la prolongada curva de la costa de Argos y sin alejarse demasiado de tierra, como todas las naves mercantes. El cimmerio pensó que por delante de ellos, también con destino a las tierras meridionales, navegaba la galera estigia.

—¿Habéis visto una galera estigia…? —comenzó a preguntar Conan, pero al ver la expresión iracunda del capitán, se calló. El jefe se había cansado de contestar a las preguntas del prisionero.

—¡Vamos, lárgate! ¡Ya he perdido bastante tiempo contigo! Te concedí el honor de que te trajeran a la popa para reanimarte y hasta he contestado alguna de tus necias preguntas, pero ¡ya está bien! ¡Fuera de la popa! ¡Vamos! Vas a trabajar duro en esta galera.

—Compraré tu barco… —dijo Conan, pero de pronto recordó que no era más que un vagabundo indigente.

Un coro de carcajadas respondió a las últimas palabras del bárbaro y el rostro del capitán se congestionó ante lo que pensaba que era una situación ridícula para él.

—¡Cerdo amotinado! —dijo el capitán, mientras echaba mano a su puñal y avanzaba hacia adelante—. Vete a tu sitio o haré que te azoten. Aprenderás a callarte o, por Mitra que haré que te encadenen junto a los negros.

El volcánico temperamento de Conan terminó por estallar. En muchos años, incluso antes de convertirse en rey, nadie le había hablado de aquella manera y vivido luego para contarlo.

—¡No me levantes la voz, perro! —dijo el cimmerio con una voz tan bronca como el aire marino, mientras los tripulantes lo contemplaban boquiabiertos por su audacia—. ¡Si sacas ese juguete de tu cintura, te arrojaré por la borda!

—¡Pero quién demonios te has creído que eres! —dijo el capitán desconcertado.

—¡Voy a demostrártelo! —dijo Conan. El cimmerio giró entonces con rapidez, a pesar de sus pies encadenados, y saltó hacia la borda, donde estaban colgadas las armas de la tripulación.

El capitán sacó su puñal y, gritando desaforadamente, corrió hacia él; antes de que hubiera podido clavarle el arma, el cimmerio lo agarró por un brazo y de un tirón le descoyuntó el hombro. El capitán mugió como un buey agonizante y luego cayó a un lado de la cubierta. Conan cogió una pesada hacha de la borda y se volvió para contener la embestida de los marineros. La tripulación se abalanzó sobre él, gritando y corriendo atropelladamente, pero antes de que llegaran hasta él, Conan cayó sobre ellos y golpeó a diestro y siniestro, con demasiada rapidez para que el ojo humano pudiera seguir los movimientos del hacha. Dos cuerpos cayeron sobre la cubierta.

El cimmerio se abrió paso entre sus atacantes y llegó hasta la estrecha pasarela que recorría la nave desde la popa hasta el castillo de proa. Detrás de él había un grupo de marineros que no se decidían a atacar después de lo que habían visto. Los demás tripulantes, unos treinta hombres en total, venían corriendo hacia él, por el puente, blandiendo sus armas.

Entonces saltó fuera de la pasarela, hasta el puente, con el hacha en alto y la negra melena ondeando al viento.

—¿Qué quién soy yo, preguntáis? —gritó el cimmerio—. Miradme, truhanes. ¡Mirad, Ajonga, Yasunga, Laremba! ¡Preguntan que quién soy yo!

Del centro de la nave se levantaron unos gritos que resonaban como rugidos:

—¡Es Amra! ¡Es Amra! ¡El león ha vuelto!

Los marineros, al escuchar aquellos gritos, miraron atemorizados a aquel hombre del puente. ¿Sería él, de verdad, el pirata sangriento de los mares del sur que había desaparecido tan misteriosamente años atrás, pero que continuaba siendo una leyenda viva en aquellos mares?

Los negros habían enloquecido de entusiasmo, y agitaban sus cadenas mientras coreaban el nombre de Amra, como si fuera una invocación. Los kushitas, que no conocían a Conan, también se unieron al griterío junto con los esclavos encadenados en las bodegas.

Demetrio, el capitán, se incorporó sobre un codo y quedó, de rodillas, en la cubierta, lívido de dolor por el brazo dislocado.

—¡Matadlo, perros! ¡Matadlo antes de que libere a los esclavos!

Espoleados por la amenaza que entrañaban estas palabras, los marineros atacaron desde los extremos hacia el centro del barco. Pero con un salto de león, Conan abandonó el puente y cayó de pie, sobre la pasarela que corría entre las dos filas de esclavos.

—¡Muerte a los negreros!

El cimmerio levantó el hacha y la dejó caer sobre una cadena rompiéndola con facilidad. Los remeros quedaron en libertad y rompieron los remos, para hacer garrotes con ellos. El Aventurero era un caos.

El hacha de Conan golpeaba una y otra vez las cadenas de los galeotes, y con cada golpe un nuevo grupo de gigantes negros entraban en combate, enloquecidos por la sed de venganza.

Los esclavos saltaron a la pasarela y a los puentes y, aullando como endemoniados, atacaron a los marineros con los trozos de los remos, con los dientes, con las uñas, con los pies. Cuando más grande era el caos, los esclavos de las bodegas rompieron también los cerrojos y como un torrente negro salieron a cubierta. Conan saltó sobre el puente y su hacha se unió con tremebunda eficacia a los remos de los esclavos.

Lo que siguió fue una carnicería. Los nativos de Argos eran gente fuerte y valerosa, como todos los de su raza, curtidos en la dura escuela del mar. Pero no pudieron aguantar el empuje de tantos gigantes negros dirigidos por un bárbaro. Los muertos de los negros eran vengados por un huracán de furia que se extendía de un extremo a otro.

Cuando la tormenta de sangre se hubo extinguido, a bordo del Aventurero solo quedaba con vida un hombre blanco: Conan, el ensangrentado gigante ante el que comenzaban a postrarse los negros, venerándolo como a su héroe libertador.

Conan jadeaba intensamente y tenía el cuerpo cubierto de sudor y de sangre. Cuando miró a su alrededor, lo hizo como debió hacerlo en algún amanecer antiquísimo, el primer caudillo de un grupo de hombres. Luego el cimmerio sacudió su negra melena: ya no era el rey de Aquilonia, sino el jefe de unos piratas negros que recuperaba su antiguo pasado conquistado a sangre y fuego.

—¡Amra, Amra! ¡El león ha vuelto! ¡Ahora aullarán como perros en la noche todos los estigios y los kushitas! ¡Ahora arderán las ciudades y naufragarán los barcos, y otra vez se oirá el estruendo del combate y el lamento de las mujeres!

—¡Basta de gritos, perros! —rugió Conan, imponiéndose al tremendo alboroto—. ¡Qué diez de vosotros vayan abajo y liberen a los remeros que todavía están encadenados! Los demás, volved a los remos y a los aparejos. Rápido, por todos los demonios de Crom. ¿No os dais cuenta de que nos hemos acercado demasiado a la costa durante la lucha? ¿Queréis que encallemos y que nos apresen de nuevo los hombres de Argos? ¡Tirad toda esa carroña por la borda! ¡Doblad el espinazo, truhanes, si no queréis morir desollados!

Los corsarios obedecieron al momento. Todos los cadáveres fueron lanzados al agua, que en pocos momentos se infestó de aletas triangulares. Conan permaneció en la popa con los brazos cruzados, su melena oscura ondeando al viento. Nunca había comandado el puente de un navío una figura tan bárbara e imponente. Ninguno de los cortesanos de Aquilonia hubiera reconocido a su rey.

—¡Hay comida en las bodegas! ¡Y armas! ¡Somos suficientes para tripular el barco y para luchar!

Antes remasteis encadenados para los perros de Argos, ¿queréis

remar ahora como hombres libres, para Amra?

—¡Sí, sí! ¡Somos tus hijos, llévanos adonde quieras!

—Entonces limpiad bien la cubierta, porque los hombres libres no viven entre tanta inmundicia. Que tres de vosotros vengan conmigo para sacar alimento de la despensa, ¡deprisa, si no queréis que os rompa a todos las costillas antes de que termine este viaje!

Un nuevo bramido de aprobación respondió al cimmerio y los piratas corrieron a cumplir con su trabajo. El viento sopló con fuerza, formando innumerables crestas blancas sobre las olas, y la vela se hinchó. Conan afirmó sus piernas sobre el puente y aspiró profundamente el aire salobre del océano.

Tal vez jamás volviera a ser el rey de Aquilonia, pero todavía seguía siendo el rey de los mares.

16. Las oscuras murallas de Khemi

El Aventurero navegaba hacia el sur como si tuviera vida con remos impulsados por brazos libres y voluntariosos. La nave ya no era un pacífico barco mercante, sino una verdadera galera de guerra. Los remeros se inclinaban sobre los remos igual que antes, pero ahora llevaban espadas en la cintura y se cubrían la cabeza con yelmos. La borda estaba ribeteada de escudos y junto al palo mayor se amontonaban las lanzas, los arcos y las flechas. Los elementos se habían aliado con el cimmerio; la amplia vela púrpura esta preñada de una brisa constante que se mantenía día tras día, haciendo casi innecesario el esfuerzo de los remeros.

Conan mantuvo día y noche un vigía en la punta del mástil, pero la larga y negra galera que navegaba delante de ellos no se divisaba. Hora tras hora, el mar era un desierto azul frente a la proa. De vez en cuando aparecían algunos barquichuelos de pesca que, inmediatamente escapaban como aves asustadas por los escudos de la borda del Aventurero.

Cuando el vigía anunció la presencia de una vela, no señaló hacia el sur, sino hacia el norte: cerca de la línea del horizonte se movía una galera veloz con su velamen rojizo totalmente desplegado. Los tripulantes pidieron al cimmerio que cambiase el rumbo para atacar, pero Conan se negó. Por delante de ellos navegaba, rumbo a Estigia, otra nave que le interesaba mucho más.

Aquella noche, antes de oscurecer, el vigía comprobó que la galera mantenía la misma distancia y al amanecer la conservaba, siempre detrás del Aventurero. Conan se preguntó, entonces, si no estaría persiguiéndolos, aunque aparentemente no había ninguna razón para ello.

Se desentendió de la nave de popa. Cada día que pasaba, la impaciencia se hacía más grande a medida que se acercaban a las

tierras del sur. Jamás le asaltaron las dudas. Así como creía en la salida y en la puesta de sol, tenía la seguridad de que un sacerdote de Set había robado el Corazón de Arimán. ¿Y adónde podría llevar la gema uno de esos sombríos sacerdotes? Solo había un destino: Estigia.

Los negros advertían la ansiedad de su capitán y, a pesar de que ignoraban los planes del cimmerio, se esforzaban cuanto podían sobre los remos. En sus mentes solo había un final posible: navegaban rumbo a algún suculento botín. Los hombres de las islas del sur no conocían otro trabajo, y los kushitas que había entre la tripulación se les unirían de buen grado. La sangre importaba poco. Un jefe victorioso y algo que saquear colmaban todas sus ambiciones. No tardó en cambiar el aspecto de la costa. De escarpada y rocosa, con montes azules en la distancia, se transformó en un litoral bajo, de extensas praderas que se prolongaban hasta el horizonte. Aquí y allá se veían algunos puertos y la verde planicie aparecía moteada por las ciudades de los shemitas. El mar se confundía con el color de las praderas y a lo lejos se levantaban brillando al sol los blancos zikkurats de los templos de Shem.

Por los pastizales deambulaba el ganado junto con grupos de jinetes bajos y corpulentos, con cascos cilíndricos y grandes arcos. Así eran las costas de Shem, donde no había una ley común sino que cada ciudad tenía la propia. Mucho más hacia el sur, tal y como sabía Conan, las praderas dejaban paso a los desiertos. Allí no había ciudades y los nómadas eran señores absolutos de los arenales.

Mucho más hacia el sur, el paisaje cambió de nuevo. Aparecieron arboledas de tamarindos y las palmeras se alzaban cada vez más profusamente. El litoral se hizo quebrado, aunque matizado con las verdes frondas de los árboles. Detrás se alzaban unos montes desnudos y calizos. Numerosos riachuelos corrían hacia el mar, y a lo largo de las húmedas riberas la vegetación era densa y variada.

Al fin traspasaron la desembocadura de un ancho río que mezclaba sus aguas con las del océano y poco después divisaron las grandes murallas negras y las torres de Khemi, recortadas contra el horizonte meridional.

El río era el Styx, la frontera natural de Estigia. Khemi era el puerto más importante de Estigia y también la más populosa de sus

ciudades. El rey vivía en Luxur, una ciudad más antigua. El centro de la sombría religión del país estaba más hacia el interior, en una misteriosa y lejana población situada a orillas del Styx. El río nacía en un lugar desconocido de las inexploradas tierras meridionales de Estigia y, tras correr hacia el norte, a lo largo de enormes distancias, se desviaba hacia el oeste y terminaba desembocando en el océano.

El Aventurero, con las luces apagadas, pasó furtivamente por delante de la ciudad y, antes de que lo pudiesen descubrir, ancló a algunas leguas al sur de Khemi. La caleta estaba rodeada por una costa pantanosa que cubría una espesura de mangles, palmeras y juncos infestada de cocodrilos y serpientes.

En aquel lugar era poco menos que imposible ser descubierto. Conan lo conocía bien: en sus tiempos de corsario se había refugiado allí en muchas ocasiones.

Cuando cruzaron la ciudad, los tripulantes de la galera vieron arder innumerables antorchas que relucían en la noche mientras que a sus oídos llegaba el ronco redoble de los tambores. A diferencia de lo que ocurría en las ciudades del litoral de Argos, en aquel puerto fondeaban pocos barcos. Los estigios no basaban su poderío en su flota. Aunque poseían embarcaciones mercantes y de guerra, su ejército de tierra era muy superior. Muchas de las embarcaciones estigias se dedicaban a recorrer las aguas interiores del río Styx.

Los estigios pertenecían a una antigua raza de gente inescrutable, poderosa e implacable. En el pasado, su imperio se había extendido mucho más al norte del río Styx. Tras dominar las praderas de Shem, habían llegado hasta las fértiles mesetas que ahora habitaban los pueblos de Koth, Ofir y Argos.

Sus fronteras limitaban entonces con los del antiguo reino de Aquerón. Pero cuando cayó Aquerón, sus invasores, los antepasados bárbaros de los hyborios, que vestían pieles de animales y usaban cascos con grandes cuernos, expulsaron hacia el sur a los antiguos dueños de aquellas tierras. Los estigios nunca olvidaron aquella infamia.

Durante todo un día, el Aventurero estuvo anclado en la caleta, medio oculto por el alto ramaje tropical. Hacia el anochecer vieron una lancha pequeña desde la que pescaba un estigio.

Era lo que Conan estaba esperando. Capturaron al pescador y lo llevaron en presencia del cimmerio.

El estigio era un hombre alto, de piel muy oscura y tan solo cubierto por unos cortos calzones de seda.

A semejanza de los hyrkanios, hasta los esclavos y la gente del pueblo de Estigia usaban ropas de seda.

El hombre llevaba una amplia capa que se ponía sobre los hombros cuando refrescaba el tiempo.

El pescador cayó de rodillas ante Conan, temeroso de sus captores, presintiendo la tortura y la muerte.

—¡Levántate y deja de temblar! —dijo el cimmerio—. Nadie va a hacerte nada. Solo quiero que contestes a una pregunta. ¿Ha entrado estos últimos días en el puerto de Khemi una galera de casco negro, muy veloz y que procedía de Argos?

—Sí, mi señor. Ayer por la mañana, Thutothmes, el sacerdote, regresó de un viaje por aguas del norte. Dicen que estuvo en Messantia. —¿Qué trajo de Messantia?

—Lo ignoro, mi señor. —¿Qué fue a hacer allí?

—No lo sé, mi señor. Soy un hombre sencillo. ¿Cómo podría saber lo que pasa por la mente de los sacerdotes de Set? Solo puedo decir lo que he visto y oído en los muelles del puerto. Se rumorea que han llegado al sur noticias de gran importancia, aunque no se sabe qué clase de noticias son. Luego nos enteramos de que Thutothmes se había embarcado rápidamente en su galera negra. Ahora ha vuelto, pero nadie sabe lo que trajo de Argos, ni lo que hizo allí. Hasta los propios tripulantes lo ignoran.

Algunos aseguran que Thutothmes se opone a
Toth-Amon
, el sumo sacerdote de Set, que vive en el sur. Según se cuenta, Thutothmes estaría buscando algún poder oculto para derribar al gran sacerdote.

Pero ¿quién soy yo para decir todo esto? Cuando los sacerdotes luchan entre sí, la gente humilde no puede hacer otra cosa que tumbarse boca abajo y esperar que no les pase nada.

Ante aquellas palabras, Conan gruñó y luego dijo a sus hombres:

—Me voy solo a Khemi a buscar a Thutothmes. Mantened prisionero a esté hombre, pero no le hagáis ningún daño. ¡Y por todos los demonios, dejad de protestar! ¿Creéis que podemos entrar

navegando en el puerto y tomar a saco semejante ciudad? ¡No, debo ir yo solo!

Acalladas las protestas de sus seguidores, Conan se quitó la ropa y se puso los pantalones de seda del prisionero y se calzó sus sandalias. Desdeñó el corto puñal del pescador, porque en Estigia los hombres del pueblo no podían llevar espada, y el manto no era lo suficientemente amplio como para ocultar la gran espada del cimmerio. Conan se colocó en la cintura una daga de Ghanata, como la que usaban los fieros hombres del desierto del sur de Estigia. Tenía la hoja ancha y ligeramente curvada y era pesada y del más fino acero, con el filo aguzado como el de una navaja y la longitud suficiente como para descuartizar una res.

Conan subió a la barca del pescador y le dijo a su gente:

—Esperadme hasta el amanecer. Si para entonces no he regresado, es que jamás volveré. Entonces podréis marcharos hacia vuestras tierras del sur.

Conan se sentó en la bancada, mientras los piratas negros iniciaban un lamento a coro por la partida del jefe. Con una maldición les ordenó que se callaran y, aferrando los remos, impulsó la pequeña barca a toda velocidad. Poco después se perdía detrás de un promontorio que flanqueaba la caleta.

17. ¡Han matado al divino hijo de Set!

El puerto de Khemi estaba situado entre dos grandes lenguas de tierra que se adentraban en el mar.

Conan rodeó la punta meridional, donde las grandes fortalezas negras se elevaban como montes construidos por el hombre, y entró en el puerto al anochecer. Los centinelas podían ver a los pescadores que llegaban, pero a esas horas no podían distinguir sus rostros. Sin ninguna dificultad, Conan avanzó entre las grandes galeras de guerra fondeadas y se detuvo ante una escalera de piedra.

Saltó a tierra y amarró la lancha a una argolla de hierro, en un lugar donde había pocas barcas de pesca.

Nadie se fijó en el cimmerio cuando subió los escalones de granito, procurando no acercarse demasiado a las antorchas que brillaban a intervalos cerca de los embarcaderos.

Conan podía pasar por un corpulento pescador que regresaba a puerto después de un día de pesca.

Pero de haberlo observado con más detenimiento, saltaría a la vista su paso demasiado seguro y su porte demasiado erguido y confiado para ser el de un humilde pescador. A pesar de todo, pasó con rapidez entre las sombras, sin ser descubierto.

Su aspecto físico no difería demasiado del de los guerreros estigios. Con la piel bronceada, resultaba casi tan moreno como ellos y su pelo, cortado con sencillez y sujeto con una cinta de cobre, aumentaba la semejanza. Solo el andar, los ojos azules y sus rasgos eran diferentes. Pero la capa del pescador era un buen recurso y Conan, además, caminaba entre las sombras volviendo la cabeza cuando alguien pasaba demasiado cerca.

Aquel juego, sin embargo, era desesperadamente peligroso y Conan sabía que no podía continuar así durante mucho tiempo.

Khemi no era como los puertos hybóreos, donde pululaban gentes de todas las razas. Los únicos forasteros de Estigia eran los esclavos negros y shemitas, y el cimmerio se parecía a ellos tan poco como a los propios estigios. Los extranjeros no eran bien acogidos en Estigia; se los toleraba únicamente cuando llegaban como embajadores o como comerciantes autorizados. Pero incluso estos volvían a sus barcos cuando oscurecía y, tal como Conan había comprobado, no había en esos momentos ninguna nave hybórea en el puerto. Una extraña inquietud parecía reinar en la ciudad y corrían rumores que exaltaban los ánimos. Conan lo presentía con la sutileza del primitivo instinto que lo caracterizaba.

Si lo descubrían, su suerte sería espantosa. Lo matarían solo por ser extranjero y haber entrado furtivamente en la ciudad; pero si lo reconocían como Amra, el capitán corsario que había recorrido sus costas, asolándolas con el acero y el fuego, entonces su sino era inimaginable. Un temblor involuntario contrajo los hombros del cimmerio. Conan no temía a los enemigos humanos, ni tampoco a la muerte, si le llegaba del acero o el fuego, pero aquella era una negra tierra de hechicería y misterioso horror. Set, la Vieja Serpiente, cuyo culto había sido proscrito hacía tiempo por las razas hybóreas, todavía acechaba en las sombras de los antiquísimos templos de Estigia, donde los ritos seguían siendo pavorosos misterios. Conan abandonó las calles que rodeaban el muelle y se internó por sombrías callejuelas, como las que formaban la mayor parte de la ciudad. No eran como las calles de las ciudades hybóreas, siempre iluminadas por el resplandor de faroles de aceite colgados en las paredes, y recorridas por gentes vestidas de vivos colores que reían y charlaban mientras paseaban, entre tiendas y comercios repletos de toda clase de mercancías.

En Khemi, los comercios cerraban al anochecer y las únicas luces de las calles eran tan solo algunas antorchas que ardían débilmente y muy separadas entre sí. La escasa gente que deambulaba por las calles caminaba deprisa. A medida que avanzaba la noche, la gente desaparecía y aquel ambiente le resultaba al cimmerio sombrío e irreal. El silencio de los nativos, su furtivo apresuramiento, las grandes paredes que se levantaban a cada lado de las calles, todo le abrumada. Era especialmente opresivo el volumen y la dureza de líneas que caracterizaba la arquitectura de los estigios.

Excepto en los pisos superiores, muy pocas luces brillaban en las casas. Conan sabía que la mayor parte de la gente dormía en las terrazas, bajo las estrellas, entre las palmeras que se levantaban en los jardines. En alguna parte sonó una música extraña. A veces, un carruaje retumbaba sobre las losas de piedra y entonces, al pasar, Conan podía ver brevemente el aquilino rostro de un noble de alta estatura envuelto en su capa de seda y con una cinta de oro con el emblema de la serpiente sujetándole su larga cabellera. Delante iba el conductor, un negro semidesnudo, que dominaba a los impetuosos corceles estigios.

Pero los que caminaban por las calles a aquellas horas, eran gente del pueblo, esclavos, humildes mercaderes, artesanos y prostitutas.

El cimmerio se dirigía hacia el templo de Set, donde sabía que tal vez podría encontrar al sacerdote que buscaba. Creía ser capaz de reconocer a Thutothmes, a pesar de que la última vez tan solo lo divisó en la oscuridad de una calleja de Messantia. Estaba seguro de que aquel hombre había sido el sacerdote de Set. Solo los componentes del Anillo Negro poseían el poder de matar con el contacto de la mano.

Únicamente un hombre como aquel habría osado desafiar a Toth-Amon, conocido en Occidente como un personaje del que se desprendía una aureola mítica y aterradora.

Para entonces, la calle se había hecho más ancha, y Conan había llegado hasta el sector de la ciudad donde se levantaban los templos. Los grandes edificios recortaban sus voluminosas siluetas contra la luz de las estrellas y tenían un aspecto tétrico, increíblemente amenazador.

De repente, el cimmerio escuchó el grito ahogado de una mujer, que se oía desde el otro lado de la calle. Quien había gritado era una cortesana que llevaba un adorno de plumas, como el resto de las de su oficio. La mujer se apretaba contra la pared, observando espantada algo que Conan no alcanzaba a ver. Al escuchar aquel grito, las pocas personas que había en la calle se detuvieron de repente y en ese momento el bárbaro escuchó un roce siniestro sobre las piedras, y luego, detrás de la esquina, surgió una odiosa cabeza en forma de cuña. Detrás de ella, anillo tras anillo, apareció

el reluciente cuerpo lleno de escamas de un reptil.

El cimmerio retrocedió instintivamente y recordó las historias que había escuchado acerca de las serpientes sagradas de Estigia. Cientos de estos monstruosos reptiles moraban en los templos de Set, y cuando tenían hambre, se les dejaba que reptasen por las calles, al acecho de cualquier presa. Sus espantosos festines humanos estaban considerados como un sacrificio voluntario al escamoso dios de los estigios.

Los escasos viandantes que había cerca de allí, hombres y mujeres, cayeron de rodillas, resignados a su triste suerte. La gran serpiente elegiría a cualquiera de ellos, lo envolvería entre sus gruesos anillos, lo estrujaría y al final lo engulliría. Los demás quedarían vivos: tal era la voluntad de los dioses.

Pero no era esa la voluntad de Conan. La serpiente reptó hacia él, seguramente atraída por el único ser humano que seguía en pie. El cimmerio aferró el puñal por debajo de su manto y deseó en su fuero interno que el reptil pasara por su lado sin detenerse. Pero la serpiente se paró justamente delante de él y se irguió bajo la fluctuante luz de una antorcha, con la lengua bífida entrando y saliendo de su boca, y sus ojos reluciendo con maligna crueldad. Su cuello se arqueó levemente hacia atrás pero, antes de que pudiera atacar, Conan sacó el puñal de debajo de la capa y con increíble rapidez atacó al reptil. La ancha hoja se hundió profundamente en el cuello del ofidio. Conan extrajo el puñal de su cuerpo y se echó rápidamente hacia atrás, para evitar los coletazos del enorme tronco que se enroscaba y desenroscaba frenéticamente, azotando el empedrado, en los últimos estertores de su agonía.

Mientras el bárbaro contemplaba la escena, con morbosa fascinación, el único sonido que se escuchaba en la calle era el chasquido del cuerpo golpeando sobre las losas.

Inmediatamente, de entre los atónitos espectadores surgió un potente grito:

—¡Sacrílego! ¡Ha matado al sagrado hijo de Set! ¡Matadlo, matadlo!

Las piedras silbaron alrededor del cimmerio y los estigios, enardecidos, se precipitaron sobre él chillando histéricamente, mientras otros salían de las casas y se sumaban a los gritos. Conan maldijo y echó a correr por la callejuela más oscura que encontró.

Escuchó detrás el rumor de unos pies desnudos y el eco de los vengativos gritos de sus perseguidores. Entonces, su mano izquierda notó que la pared se acababa y dobló bruscamente por otra calleja, todavía más estrecha. A los lados se levantaban altas paredes de piedra, y mientras avanzaba, el cimmerio vio una estrecha franja de estrellas. Supuso que aquellos elevados muros podrían pertenecer a dos templos. Atrás quedaba el vociferante grupo que pasaba de largo sin haber visto el callejón; sus gritos se debilitaron y terminaron por perderse a lo lejos.

Conan vio de repente un fulgor que se acercaba. El cimmerio se detuvo, se pegó a la pared y empuñó la daga. Era un hombre que llevaba una antorcha en la mano y cuando se acercó, el cimmerio pudo distinguir su rostro ovalado y oscuro. Algunos pasos más y el hombre lo descubriría. Conan se preparó para saltar sobre el individuo, pero este se detuvo ante una puerta, manipuló en ella durante unos segundos y la abrió. Luego su elevada silueta desapareció en el interior del edificio y la oscuridad reinó de nuevo en el callejón.

Conan se quedó intrigado con aquel siniestro personaje que entraba en aquel templo por una calle lateral. Sin duda era un sacerdote que regresaba de alguna ceremonia relacionada con su ministerio.

El bárbaro se acercó a la puerta y pensó que si un hombre entraba por allí con una antorcha, tal vez otros podrían seguirlo más tarde. Volver por donde había venido suponía cavar su propia tumba. En cualquier momento podían regresar sus perseguidores. Más allá terminaba el callejón, y Conan se sintió atrapado entre aquellas paredes lisas que no podía escalar.

Entonces se acercó a la pesada puerta de bronce y comprobó que no estaba cerrada por dentro.

Empujó y la puerta se abrió. El cimmerio asomó la cabeza y contempló el interior de una gran sala cuadrada, de paredes de piedra negra. Una antorcha ardía en una hornacina poco profunda, que había en la pared. La sala estaba vacía. Conan atravesó el vano de la puerta y luego la cerró a sus espaldas.

Las sandalias del cimmerio no hicieron ruido cuando cruzó las losas de mármol negro. Vio una puerta de madera de teca entreabierta y por ella se deslizó el bárbaro con el puñal en la

mano. Entonces se encontró ante un recinto sombrío, cuyos elevados techos no eran más que una enorme mancha negra sobre su cabeza. Por todas partes se abrían al amplio y silencioso salón unas puertas oscuras, en forma de arco. La habitación estaba tenuemente iluminada por unas extrañas lámparas de bronce, que expandían una suave y oscilante luz. En el lado opuesto del salón había una amplia escalera de mármol, también negro, sin barandilla y que ascendía hasta perderse en la oscuridad. A cierta altura, recorriendo todas las paredes, sobresalían unas galerías como si fuesen anaqueles de piedra.

Conan sintió un escalofrío. Se encontraba en el templo de alguna deidad estigia… o en el mismísimo templo de Set. Y el recinto no estaba vacío. En el centro de la sala se levantaba un altar de piedra, macizo y sombrío, sin tallas ni adornos de ninguna clase. Encima del altar estaba una de las serpientes sagradas, con sus escamas tornasoladas reluciendo bajo la luz de la lámpara.

El reptil estaba inmóvil. Conan recordó entonces las leyendas que contaban que los sacerdotes solían mantener drogados a aquellos animales. El cimmerio retrocedió para salir de la habitación, pero sintió los pasos de alguien que se acercaba y se escondió rápidamente detrás de una cortina de terciopelo.

De uno de los oscuros arcos surgió una silueta elevada, la de un hombre que usaba tan solo un taparrabo de seda y se cubría con una capa que le colgaba de los hombros. Tenía el rostro y la cabeza cubiertos con una monstruosa máscara, mitad salvaje, mitad humana, de cuya parte superior nacía una cimera de plumas de avestruz.

Conan sabía que los sacerdotes estigios se colocaban máscaras para realizar determinados ritos y el cimmerio deseó que el sacerdote no lo hubiera visto. Pero algo lo puso sobre aviso, porque el sacerdote se volvió de repente, apartándose de la dirección de la escalera hacia la que se dirigía, y avanzó directamente hasta la cortina de terciopelo. Al apartar la tela, una mano salió rápidamente de entre las sombras y aterrándolo por la garganta, ahogó el grito que el estigio iba a lanzar. Luego el puñal se hundió profundamente en el cuerpo del sacerdote.

Lo que hizo el cimmerio a continuación era lo que la lógica aconsejaba en semejantes circunstancias.

Arrancó la máscara del cadáver y se la colocó sobre el rostro. Cubrió luego el cuerpo con el manto del pescador, lo escondió detrás de las cortinas y se echó sobre los hombros la capa del sacerdote. El azar le había proporcionado un excelente disfraz. Los habitantes de Khemi podían estar buscando a un sacrílego que había osado dar muerte a la serpiente sagrada, pero ¿quién hubiera soñado con encontrarlo debajo de la máscara de un sacerdote?

El bárbaro avanzó sin pudor directamente hacia una de las puertas de la arcada. No había dado una docena de pasos cuando se volvió rápidamente, justo en el momento en que escuchó pasos a sus espaldas.

De la gran escalera descendía un grupo de siluetas enmascaradas y ataviadas exactamente igual que Conan. El cimmerio vaciló, pero enseguida se quedó quieto, confiando en su disfraz. No obstante, un sudor frío le perló la frente y las palmas de las manos. No se pronunció una sola palabra; los sacerdotes bajaron como fantasmas y como fantasmas pasaron delante de él en dirección a una de las negras arcadas.

El que encabezaba la comitiva empuñaba un báculo de ébano coronado por una calavera blanca.

Conan pensó que aquello no era sino una de las procesiones rituales del siniestro culto estigio, que muy pocos de los no iniciados habían podido presenciar jamás. El último de los sacerdotes miró al pasar al inmóvil cimmerio, como si esperase que también se uniera a la comitiva. El hecho de no hacerlo hubiera levantado sospechas, de modo que Conan se colocó detrás del último sacerdote y acomodó su paso al de la comitiva.

Avanzaron todos por un largo pasillo de techo abovedado y en sombras. Conan advirtió con inquietud que la calavera brillaba con fulgor fosforescente y sintió un pánico irracional que lo impulsaba a sacar su puñal y acuchillar a diestro y siniestro a todas aquellas siluetas fantasmagóricas, para luego huir desesperadamente del sombrío templo estigio. Con grandes esfuerzos logró dominar su primitivo impulso, que desde lo más hondo de su ser lo asaltaba con imágenes de un horror insospechado. Por fin Conan pudo suspirar de alivio cuando vio que pasaban a través de una gran puerta con arco de medio punto, tres veces más alta que un hombre. Iban a salir al exterior.

El cimmerio estaba esperando la oportunidad propicia para escabullirse por alguna callejuela oscura.

Avanzaron en procesión, mientras la gente con la que se cruzaban volvía la cabeza y huía de ellos. La sombría comitiva se mantenía separada de las paredes, y el hecho de que uno de los sacerdotes hubiera echado a correr por una calle lateral habría suscitado recelos entre los sacerdotes y transeúntes. Por lo demás, una persecución en aquellas circunstancias podría perjudicarlo más que beneficiarle.

Llegaron hasta una puerta baja, que se encontraba en la muralla del sur, y la atravesaron. Detrás de ellos aparecieron numerosas cabañas de adobe y frondosas palmeras. Conan pensó que era la ocasión propicia para abandonar la silenciosa comitiva de los sacerdotes.

Pero en el momento en que la puerta de la muralla quedó atrás, los acompañantes de Conan interrumpieron el silencio. Murmuraban entre ellos, excitados, abandonaban el paso mesurado y ceremonioso, y hasta el propio sacerdote que los encabezaba se colocó bajo el brazo, sin contemplaciones, el siniestro báculo de la calavera. Luego el grupo se deshizo, y todos se dirigieron corriendo hacia un mismo punto determinado. Conan corrió también con ellos porque entre los murmullos escuchó una palabra que lo alteró profundamente: «¡Thutothmes!». «¡Thutothmes!».

18. Soy la mujer que no muere

El cimmerio observó con especial interés a sus enmascarados compañeros: o bien uno de ellos era Thutothmes o todos se disponían a recibir a aquel a quien nombraban. Al fin supo cuál era el lugar al que se dirigían apresuradamente, cuando más allá de la línea de palmeras descubrió una gran pirámide oscura que se recortaba contra el leve fulgor del firmamento.

Atravesaron las chozas de adobe y, si alguien los vio, tuvo cuidado de no hacerse notar.

No había luz en ninguna cabaña y, detrás de ellas, las negras torres de Khemi se reflejaban en las aguas del puerto. Por delante, el desierto se extendía en una oscuridad casi absoluta. En alguna parte aulló un chacal. Mientras corrían, los sacerdotes no producían ruido alguno sobre la arena; parecían una bandada de fantasmas dirigiéndose hacia la colosal pirámide que se alzaba en el comienzo del desierto. Ningún ruido alteraba aquella tierra dormida.

El corazón de Conan latió aceleradamente cuando contempló la afilada sombra que se recortaba contra el cielo estrellado. Su impaciencia por llegar junto a Thutothmes no estaba desprovista de cierto temor hacia lo desconocido. Lo cierto era que ningún mortal podría acercarse hasta aquellos montículos de piedra sin que su corazón alterase su ritmo. El propio nombre de los monumentos era sinónimo de horror entre las naciones del norte, donde se afirmaba que no habían sido construidos por los estigios, sino que ya se encontraban en aquella tierra desde tiempos inmemoriales, mucho antes de que el pueblo de piel oscura llegara a ella desde el interior, descendiendo por el gran río.

Cuando se acercaron a la pirámide divisaron un tenue fulgor cerca de su base. Después vieron que era una puerta flanqueada por unos leones de granito, con una cabeza de mujer que parecía una

misteriosa pesadilla que se hubiera materializado en la piedra, el Jefe de los sacerdotes se dirigió directamente hacia la puerta, en cuyo vano el cimmerio vio una sombría figura.

El que los guiaba se detuvo un instante ante la figura y enseguida se perdió en el interior de la pirámide. Uno a uno fueron entrando los sacerdotes. A medida que llegaban ante el misterioso guardián, se paraban y decían algo entre ellos como intercambiando algún santo y seña que el cimmerio no podía seguir bien. Conan se rezagó un poco y simuló que se ataba la tira de una sandalia.

Solo cuando el último de los enmascarados hubo penetrado en la pirámide, Conan se atrevió a levantarse y se acercó furtivamente hasta la puerta.

Se preguntaba con inquietud si aquellos personajes serían humanos, mientras recordaba los relatos que había oído acerca de ellos. Un gran fogaril de bronce que había encima de la puerta iluminaba un largo corredor que se perdía en la oscuridad. A mitad de camino, Conan vio a un hombre callado envuelto en una amplia capa negra. Nadie más estaba a la vista, y era evidente que los enmascarados habían desaparecido hacia el fondo del largo pasillo. Con mirada penetrante, el estigio observó a Conan por encima del embozo que cubría la parte inferior de su rostro. Luego hizo una extraña señal con la mano izquierda y Conan, jugándose el todo por el todo lo imitó. Pero era evidente que el desconocido esperaba otra respuesta: su mano derecha se introdujo bajo la capa y con increíble rapidez sacó un puñal con el que hubiera atravesado el corazón de cualquier hombre corriente.

Pero el estigio estaba tratando con un bárbaro cuyas reacciones eran tan rápidas como las de los felinos de la selva.

Cuando la daga brillaba en el aire en su trayectoria mortal el cimmerio retuvo la oscura muñeca con su mano izquierda mientras con la derecha golpeaba la mandíbula del estigio. La cabeza del hombre chocó contra la pared de piedra que había detrás, produciendo un sordo crujido que solo podía significar la fractura del cráneo.

De pie, junto a la figura inmóvil del estigio, Conan escuchó atentamente. El fogaril ardía tenuemente, proyectando vagas sombras en las proximidades de la puerta. Nada rompía el silencio, aunque muy a lo lejos Conan creyó percibir el apagado sonido de

un batintín.

El cimmerio arrastró el cuerpo del hombre y lo colocó detrás de una de las dos grandes hojas de bronce de la puerta. A continuación, rápidamente, pero con precaución, se internó por el pasadizo, hacia lo desconocido.

Poco después volvió a detenerse. El pasillo se dividía en dos corredores, y no sabía cuál de ellos habían tomado los enmascarados sacerdotes. Se decidió por el lado izquierdo, comprobando que el suelo descendía poco a poco y estaba más desgastado como si hubiera sido hollado por muchos pies.

De trecho en trecho, un fogaril esparcía su oscilante luz de pesadilla. Conan se preguntó cuál sería el fin para el que habían sido levantadas las pirámides, aquellos colosales montículos de piedra. Aquella era una tierra antiquísima y no había en el mundo un hombre capaz de adivinar el tiempo que los negros templos de Estigia habían sobrevivido a la luz inextinguible de las estrellas.

A un lado y a otro se abrían oscuras arcadas, pero el cimmerio continuó avanzando por el corredor principal, aunque tenía la impresión de que se había equivocado de camino. Comenzó a inquietarse cada vez más. El silencio parecía una cosa tangible. Al mismo tiempo, tuvo la sensación de que no estaba solo. Más de una vez, al pasar por una de las sombrías arcadas, le pareció divisar unos ojos que lo observaban.

Se detuvo un momento, dispuesto a volver sobre sus pasos, pero algo lo alertó y le hizo girar rápidamente con el puñal preparado.

Una muchacha se encontraba a la entrada de uno de los pasadizos laterales mirándolo fijamente.

Su piel de marfil le indicó a Conan que debía tratarse de una estigia de familia noble y antigua. Era alta, esbelta, de silueta voluptuosa, con sus cabellos de color azabache recogidos hacia arriba. Encima de la frente brillaba un hermoso rubí. Estaba cubierta tan solo con un corpiño de seda recamado de piedras preciosas. Calzaba babuchas de terciopelo.

—¿Qué haces aquí?

Si le hubiera contestado, Conan habría revelado su origen extranjero. De modo que se quedó mudo, como una sombría figura coronada por las plumas de la espantosa máscara. La vigilante mirada del cimmerio escrutaba las sombras por detrás de la

muchacha, pero no consiguió divisar nada. Sin embargo, estaba seguro de que a una llamada de la joven se presentarían una horda de hombres armados.

La desconocida avanzó hacia él, sin temor alguno, aunque con evidente desconfianza.

—Tú no eres un sacerdote, sino un guerrero. Eso se nota, a pesar de que te cubras con esa máscara.

Hay tanta diferencia entre tú y un sacerdote como la que existe entre un hombre y una mujer. ¡Por Set! ¡Tengo la sensación de que ni siquiera eres estigio!

Con un rápido movimiento, imperceptible a la vista, la mano del cimmerio se cerró alrededor del cuello de la muchacha.

—¡No digas una sola palabra!

La piel de la desconocida estaba fría como el mármol y, sin embargo, sus maravillosos ojos grandes y oscuros no denotaban ningún miedo.

—No pienso traicionarte —dijo ella—. Pero ¿por qué siendo un extranjero te arriesgas a venir al templo prohibido del dios Set? ¿Estás loco?

—Busco a Thutothmes, el sacerdote. ¿Está en el templo? —¿Para qué le buscas?

—Tiene algo en su poder que me fue robado.

—Te llevaré ante él.

—No me traiciones, muchacha.

—Nunca lo haría; tampoco yo siento demasiado aprecio por Thutothmes.

El cimmerio vaciló un instante, pero por fin se decidió. Después de todo, pensó Conan, él estaba tanto en su poder como ella en el suyo.

—Camina a mi lado —dijo Conan, soltando el cuello de la joven y aferrándola firmemente por una muñeca—. Pero vete con cuidado, al primer movimiento sospechoso…

La muchacha lo condujo por un pasadizo trasversal cada vez más profundo, hasta que el camino dejó de estar alumbrado por los fogariles y quedó sumido en la más absoluta oscuridad.

El cimmerio sabía que estaba a merced de la muchacha.

En una ocasión en que habló en voz baja, ella se volvió a mirarlo y Conan se asombró al comprobar que los ojos de la muchacha

brillaban como luciérnagas doradas en la oscuridad. Hondas y temerosas sospechas dominaron el ánimo del cimmerio, a pesar de lo cual siguió a la muchacha a través de un laberinto de corredores.

Se maldijo interiormente, por ser tan necio como para dejarse arrastrar en circunstancias tan misteriosas, pero era demasiado tarde como para echarse atrás. De nuevo tuvo la sensación de que había alguien con vida a su alrededor, en la oscuridad, y le pareció que el peligro se cernía impaciente desde las sombras. A menos que sus oídos lo engañasen, creyó escuchar un sordo rumor, como el de un cuerpo apartándose ante una breve orden de la joven. Llegaron por fin a una habitación iluminada por un candelabro de siete brazos sobre el que ardían, siniestramente, unos cirios de cera negra. El cimmerio se dio cuenta de que para entonces estaba muy por debajo de la tierra. La habitación era cuadrada, con paredes y techo oscuro de mármol pulido y muebles al uso de los antiguos estigios.

Había una otomana de ébano cubierta de terciopelo negro sobre un pedestal de piedra, que por su aspecto parecía un túmulo que contuviera una momia.

Conan esperó intrigado, mientras observaba las distintas arcadas oscuras que se abrían hasta el recinto. Pero la muchacha no dio muestras de querer seguir avanzando. Se tendió en la otomana con suavidad felina, entrelazó las manos por detrás de la cabeza y contempló al cimmerio a través de sus largas pestañas.

—¿Y bien? —preguntó Conan, impaciente—. ¿Qué sucede? ¿Dónde está Thutothmes?

—No hay prisa —contestó la muchacha, perezosamente—. ¿Qué es una hora, un año, un siglo?

Quítate la máscara y déjame ver tu rostro.

Con un gruñido de disgusto, Conan se quitó el macabro disfraz. La muchacha movió la cabeza con aire aprobador, mientras examinaba el semblante oscuro, lleno de pequeñas cicatrices, y los ojos llameantes del cimmerio.

—Hay mucha fuerza dentro de ti. Una gran fuerza. Serías capaz de estrangular a un buey.

El cimmerio se inquietó aún más mientras sus sospechas aumentaban paulatinamente. Se llevó la mano a la empuñadura de su espada y escrutó en las sombrías arcadas.

—Si me has llevado a una trampa, no vivirás lo suficiente para gozar de tu artimaña. ¿Vas a levantarte y a hacer lo que me habías prometido o voy a tener que…?

Su voz se interrumpió. Conan observó el sarcófago de la momia con el semblante del muerto tallado en marfil, de un realismo tal que parecía propio de un arte olvidado. Conan sentía una inquietante familiaridad con aquella máscara tallada. Pero mayor fue su conmoción cuando se dio cuenta de lo que era en realidad. Había una asombrosa semejanza entre aquella máscara y el rostro de la joven que descansaba sobre la otomana de ébano. La muchacha podía haber sido el modelo para esa talla, pero Conan se dio cuenta de que el sarcófago debía tener muchos siglos de antigüedad. Había jeroglíficos ancestrales dibujados sobre la pesada tapa; al ahondar en antiguos recuerdos de su vida aventurera, un nombre asomó a su mente: El cimmerio dijo entonces:

—¡Akivasha!

—¿Has oído hablar de la princesa Akivasha? —¿Quién no ha oído hablar de ella?

El nombre de aquella antigua princesa, hermosa y maligna, aún perduraba en las canciones y en las leyendas de todo el mundo, a pesar de que habían transcurrido más de diez mil años desde que aquella hija de

Toth-Amon

participara en las frenéticas orgías que se celebraban entre los negros muros de la antiquísima Luxur.

—Su único pecado fue haber amado con exceso la vida y todo lo que ella trae consigo —dijo la joven estigia—. Para conservar la vida, pactó con la muerte. No podía soportar la idea de envejecer y después morir como mueren todos los mortales. Se dedicó al culto de la Oscuridad como si fuera su amante, y a cambio recibió el don de la vida. Una vida que no fue como la que conocen los mortales, en la que no existían la vejez ni la fealdad. Se sumergió en las tinieblas para burlarse del tiempo y de la muerte…

Conan miró a la joven con sus ojos transformados en pequeñas ranuras ardientes. Luego, repentinamente, se volvió y levantó la tapa del sarcófago. Estaba vacío. Detrás del cimmerio, la muchacha reía con una voz que le heló la sangre. El bárbaro giró otra vez y se enfrentó con ella mientras sentía que se le erizaban los cabellos.

—¡Tú eres Akivasha!

Ella siguió riendo y mientras agitaba su brillante cabellera, extendió sus brazos, lánguida y sensualmente. Después dijo:

—Sí, soy Akivasha. Yo soy la mujer que no ha muerto y que jamás morirá. La que nunca se hará vieja. Aquella de la que dicen los necios que fue arrebatada de la tierra por los dioses, en plena juventud y belleza, para reinar por siempre en algún paraíso celestial. No; es en las sombras donde los humanos encuentran la inmortalidad. Hace diez mil años que dejé de existir, para vivir eternamente, para gozar eternamente. ¡Dame tus labios, vigoroso mortal!

La muchacha se puso en pie con agilidad, se acercó al cimmerio y, apoyándose en las puntas de sus pies, rodeó con sus brazos el poderoso cuello de Conan. Al mirar el hermoso semblante, tentadoramente alzado hacia él, Conan se sintió poseído por una temible y escalofriante fascinación.

—¡Ámame! —susurró ella, con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados y los labios entreabiertos—. ¡Dame algo de tu sangre para que mi juventud se renueve y para perpetuar así mi imperecedera existencia! Yo te haré inmortal, te enseñaré las sabidurías de todas las edades, los secretos que han sobrevivido milenios y milenios en las tinieblas de estos sombríos templos. Te haré rey de la tenebrosa horda que se anima entre las tumbas de los antiguos, cuando la noche cubre el desierto y los murciélagos revolotean ante la luna. Estoy aburrida de sacerdotes y de magos, y de muchachas cautivas a las que arrastran, entre llantos, a través de los pórticos de la muerte. Yo deseo un hombre de verdad. ¡Ámame, bárbaro!

La muchacha reclinó su cabeza sobre el poderoso pecho del cimmerio y Conan sintió entonces una punzada en el cuello. El cimmerio lanzó una maldición y separó a la muchacha de un empujón, arrojándola sobre la otomana de ébano.

—¡Vampiro repugnante! —dijo el cimmerio, mientras un reguero de sangre fluía de su cuello herido.

Ella, como una serpiente dispuesta a atacar, echó hacia atrás la cabeza mientras todo el fuego del infierno parecía relucir en sus ojos. Sus labios se entreabrieron y dejaron al descubierto unos colmillos largos y puntiagudos.

—¡Insensato! ¿Crees que vas a escapar de mí? ¡Vivirás y morirás

en las sombras! Te he traído hasta lo más profundo del templo, y tú solo nunca encontrarás la salida. Tampoco podrás escapar a la vigilancia de quienes cuidan los pasadizos. Si no hubiera sido por mi protección, hace tiempo que los hijos de Set te habrían devorado. ¡Necio! ¡Voy a beber tu sangre lo quieras o no! —¡No te acerques a mí, o te atravesaré con mi espada! Podrás ser inmortal, pero mi acero puede descuartizarte fácilmente.

La luz se extinguió, justo cuando el bárbaro retrocedía hasta el arco por el cual habían entrado. Todos los cirios se habían apagado de improviso, pero la risa de la mujer vampiro se alzó, burlona, detrás de él, y Conan sintió el rostro lleno de sudor mientras tanteaba, horrorizado, en la oscuridad, buscando una salida.

Los dedos del cimmerio encontraron una abertura y Conan se introdujo rápidamente por ella. No sabía si era una arcada, pero lo único que deseaba era salir cuanto antes de la habitación embrujada que albergaba a aquel ser infernal no muerto, hermoso y aborrecible a la vez, desde hacía tantos cientos de siglos.

Conan avanzaba por aquellos túneles sinuosos, completamente a oscuras, como envuelto en una espantosa pesadilla.

Detrás de él podía oír el roce deslizante de seres invisibles. En un momento escuchó el eco de aquella risa, dulce e infernal a un tiempo, que había salido de los labios de Akivasha. Conan lanzaba feroces golpes en dirección a los sonidos y los movimientos que creía escuchar en las tinieblas y en una ocasión su espada atravesó una sustancia que tenía la tenue consistencia de una tela de arana. Tenía la desagradable sensación de que estaban burlándose de él, atrayéndolo cada vez más hacia lo más profundo de las sombras, antes de ser atacado por colmillos y garras demoníacos.

La sensación de temor sobrenatural que sentía empeoraba con la enfermiza repugnancia que le causaba su descubrimiento. La leyenda de Akivasha era antiquísima, y en los temerosos relatos que de ella se contaban, siempre había un áurea de belleza y de irrealismo, de juventud perenne. Para generaciones enteras de poetas, de soñadores y de amantes, ella no era solo la misteriosa princesa de la leyenda estigia sino también el símbolo de la eterna juventud y de la belleza, que brillaba inextinguible en algún lejano edén de las deidades. Y ahora Conan se había encontrado con esta odiosa realidad. Ese repugnante ser era la verdad de aquella vida

imperecedera.

Entremezclándose con su repugnancia física surgía dentro de él la dolorosa sensación de un sueño destrozado, al ver convertido el oro de la fantasía en barro hediondo. Ahora todos los sueños parecían proceder de pies humanos o de animales.

Sentía a aquellos seres detrás de él, persiguiéndolo. El cimmerio se volvió para enfrentarse con ellos, aun a sabiendas de que no podía ver nada, y poco a poco fue retrocediendo. Entonces los sonidos cesaron. Al volver la cabeza en dirección contraria vio a lo lejos, en el interminable pasadizo, el brillo de una tenue luz.

19. En el recinto de los muertos

Conan se dirigió con cautela hacia la luz que había visto, aguzando el oído. Pero no pudo escuchar señal alguna de que lo siguieran, a pesar de sentir que la oscuridad estaba animada con algo viviente.

La luz no estaba inmóvil; se desplazaba oscilando grotescamente. Entonces el cimmerio vio de dónde procedía el fulgor. El túnel por el que avanzaba se cruzaba con otro; se trataba de un amplio corredor situado a cierta distancia delante de él. Por el túnel avanzaba una extraña procesión. Eran cuatro hombres de elevada estatura, con capas y capuchas negras que se apoyaban en unos extraños cayados.

El que encabezaba el desfile sostenía una antorcha sobre la cabeza que ardía con una luz singular por la uniformidad de su brillo. Como si fueran seres fantasmales, pasaron delante de la arcada en la que estaba Conan y luego desaparecieron hasta que solo perduró el débil brillo de la antorcha.

La aparición no podía ser más insólita. Aquellos hombres no eran estigios, ni tampoco se parecían a los de otras razas que conociera Conan. El cimmerio dudaba incluso de que fueran humanos: parecían negros fantasmas que avanzaban por las profundidades del averno.

Su situación no era más desesperada que antes, y cuando a lo lejos se perdió la luz, Conan echó a correr. Cruzó varios pasadizos y de pronto se arrimó a la pared al descubrir de nuevo a los cuatro hombres de antes detenidos como si estuvieran parlamentando. Se volvieron, tal vez dispuestos a regresar por donde habían llegado, y entonces el cimmerio se introdujo por el pasillo más cercano.

Tanteando en la oscuridad, a la que estaba empezando a acostumbrarse, el bárbaro comprobó que el corredor no seguía en

línea recta sino que describía una acentuada curva, de modo que la luz de los desconocidos no se proyectaba sobre él cuando cruzaron.

Mientras estaba inmóvil, advirtió un sordo rumor que provenía de algún lugar situado detrás de él y que parecía un murmullo de voces humanas. Conan avanzó por aquel pasillo, en la dirección necesaria para confirmar sus sospechas. Decidió abandonar su primera intención de seguir a los caminantes fantasmales y se dirigió hacia el lugar del que provenían las voces.

Poco tiempo después divisó un tenue brillo delante de él, y, al volver una esquina, vio una amplia arcada que se recortaba contra una luz no demasiado intensa. Hacia la izquierda ascendían unas estrechas escaleras de piedra. Instintivamente, el cimmerio subió aquellos peldaños. Las voces que escuchaba venían de más allá del arco iluminado.

Entonces divisó una amplia galería que terminaba en una sala de grandes dimensiones, muy débilmente iluminada. Aquel era el recinto de la muerte, que pocos humanos, con la excepción de los sacerdotes de Estigia, habían visto. A lo largo de las negras paredes se veían, hilera sobre hilera, unos sarcófagos de madera pintada. Cada uno de ellos estaba colocado en un nicho excavado en la piedra y todo el conjunto se elevaba hasta perderse en la oscuridad del techo. Miles de máscaras talladas en el granito miraban con gesto impasible hacia abajo, hacia el grupo que se hallaba en el centro de la sala.

De aquel grupo, diez, al menos, eran sacerdotes. Aunque se habían quitado las máscaras, Conan los reconoció por sus ropas. Semejantes a las de aquellos a los que había acompañado hasta la pirámide.

Estaban delante de un hombre alto y de rostro aquilino, que se encontraba al lado de un altar y frente a una momia envuelta en ajados vendajes. En el altar se apreciaba un fulgor pulsátil, rojo como un fuego vivo, que iluminaba la piedra negra. El fulgor surgía de una gran gema roja. Estaba encima de la losa superior y proporcionaba a los rostros de los sacerdotes, situados a su alrededor, un aspecto cadavérico y sanguinolento.

Mientras observaba aquella escena, plena de misterio ancestral, Conan sintió el impulso enloquecido de abalanzarse sobre aquellos misteriosos sacerdotes, abrirse paso con los poderosos mandobles de

su espada y apoderarse de la gema.

Con una voluntad férrea logró contenerse y se ocultó detrás de una especie de balaustrada que separaba la galería de la gran sala. Descubrió unos escalones que conducían al gran recinto, justo desde el corredor donde se hallaba. Recorrió con la vista la semipenumbra de la amplia sala que tenía ante sí en busca de otros sacerdotes o acólitos, pero no vio a nadie más.

En el gran espacio vacío de la cámara, la voz del hombre que estaba junto al altar sonaba con tono opaco y fantasmal. Esto es lo que decía:

—… Y de esta forma llegó la palabra al sur. La trajo el viento nocturno, la graznaron los cuervos mientras volaban y los murciélagos se lo contaron a las lechuzas y a las serpientes que rondan las ruinas misteriosas. La conoció el vampiro y el hombre lobo y todos los engendros demoníacos que pueblan las tinieblas. La noche del mundo despertó de su sueño, se desperezó y agitó la cabellera.

Entonces comenzaron a redoblar los tambores, rompiendo el silencio de la noche, y ecos de extraños alaridos asustaron a los hombres que avanzaban por los caminos en sombras. Porque el corazón de Arimán había vuelto de nuevo al mundo para llevar a cabo su misión secreta.

»No me preguntéis cómo pude yo, Thutothmes de Khemi, escuchar esa voz antes que Toth-Amon, al que llaman el príncipe de los hechiceros. Hay secretos que no están hechos ni siquiera para oídos como los vuestros. Toth-Amon, además, no es el único señor del Anillo Negro.

»Lo cierto es que oí la voz y fui al encuentro del Corazón, que venía hacia el sur. Estaba atraído por un imán de una fuerza irresistible, De muerte en muerte llegó la joya, navegando sobre un río de sangre humana. De sangre se alimenta y es la sangre la que lo anima. Su poder es mayor cuando hay sangre en las manos que lo sostienen, y allí donde reluce la gema salpica la sangre, tiemblan los reinos y las fuerzas de la naturaleza entran en conmoción.

»Aquí me tenéis, pues, dueño del Corazón. Os he convocado en secreto a los que me sois más fieles, para que compartáis conmigo el

futuro Reino Negro. Esta noche seréis testigos de la ruptura de las cadenas de
Toth-Amon
y del nacimiento de un nuevo imperio.

»Os preguntaréis cómo pretendo yo, Thutothmes, aun siendo el que soy, conocer los poderes que existen en estas profundidades de color carmesí, que mantienen secretos olvidados desde hace tres mil años. Pero yo lo sabré. ¡Ellos me lo dirán!

Al decir esto el sacerdote se dirigió a los sarcófagos que se alineaban en los nichos de las paredes.

—Mirad cómo duermen, observando a través de sus máscaras calladas… Hay reyes y reinas, generales, sacerdotes y hechiceros. Han sido lo más granado de la nobleza de Estigia, durante miles de años. El contacto del Corazón los despertará de su sueño inmemorial, porque durante muchos siglos el Corazón de Arimán palpitó y relució en la época de la antigua Estigia. Aquí estuvo su hogar, en el prolongado lapso que precedió a su salida hacia Aquerón. Los antiguos conocían bien su poder y me lo dirán cuando, con la magia de la gema, les devuelva la vida y les haga trabajar para mí.

»Yo los despertaré y aprenderé su sabiduría olvidada y el conocimiento que duerme en sus cerebros inactivos. ¡Con el poder de los muertos, esclavizaremos a los vivos! Sí, cuando esos reyes, esos generales y esos brujos sean nuestros esclavos, ¿quién podrá oponerse a nosotros?

»¡Observad! Esta cosa reseca y apergaminada que se encuentra encima del altar fue, hace mucho tiempo, Tothmekri, sumo sacerdote de Set, muerto hace tres mil años. Era un seguidor del Anillo Negro, y conocía el Corazón. Él mismo nos dirá cuáles son los poderes que desconocemos.

Thutothmes levantó la gema y la colocó sobre el descarnado pecho de la momia. Luego levantó una mano y comenzó a entonar un hechizo. Pero el encantamiento jamás concluyó. El sacerdote miró estupefacto por encima de sus acólitos, que se volvieron para conocer el motivo que había producido semejante asombro en su jefe.

Por la oscura arcada de una puerta, penetraron en la gran sala cuatro siluetas enjutas, vestidas de negro, con sus pálidos rostros

amarillentos bajo las sombras de caperuzas.

—¿Quiénes sois? —preguntó Thutothmes, con la voz amenazadora como el silbido de una cobra—. ¡No estáis en vuestro sano juicio, habéis invadido lo más sagrado y secreto del santuario de Set!

El más alto de los desconocidos habló y su voz sonó tan inexpresiva como el eco de una campana de los templos de Khitai.

—Venimos en pos de Conan de Aquilonia.

—No está aquí —dijo Thutothmes y se sacudió el manto de la mano derecha con gesto amenazador como una pantera enseñando sus garras.

—Mientes. Está aquí, en el templo. Hemos seguido su rastro y hemos encontrado un cadáver detrás de la puerta de bronce de la entrada y luego hemos seguido un laberinto de pasadizos. Vamos tras sus huellas, y hemos llegado a este lugar. Ahora seguiremos buscándolo, pero antes debes entregarnos el Corazón de Arimán.

»La muerte es la recompensa de los locos —dijo el khitanio con voz impávida—. En Khitai habíamos oído hablar de ella. Nos dará un poder infinito sobre la gente. Dentro de ella están los sueños de gloria y de poder; entregádnosla, antes de que os matemos.

Un fiero grito resonó en la gran sala cuando el sacerdote saltó hacia el intruso con un puñal en la mano. Pero antes de que hubiera podido asestar el golpe, un cayado con aspecto escamoso se alzó y tocó el pecho de Thutothmes. Un instante después, la habitación era un escenario de sangre y de horror.

Cuchillos curvos relucían y se empapaban en sangre; bastones nudosos giraban en el aire y cuando rozaban a un hombre, el infeliz chillaba y caía muerto instantáneamente.

En los primeros momentos de lucha, Conan saltó de su sitio y corrió escaleras abajo. Solo vio rápidas imágenes de aquella breve y demoníaca batalla. Vio hombres que se tambaleaban, que forcejeaban cubiertos de sangre. Uno de los khitanios estaba prácticamente destrozado y, a pesar de todo, seguía en pie sembrando la muerte con su cayado. Entonces Thutothmes le golpeó en el pecho con la mano abierta y el khitanio cayó inmediatamente muerto al suelo, a pesar de que el acero nada había podido contra él.

Cuando Conan dejaba la escalera, la fulgurante lucha ya había

terminado. Tres de los khitanios estaban en el suelo, acuchillados, pero de los estigios tan solo Thutothmes se mantenía en pie. El sacerdote se abalanzó sobre el último de los khitanios con la mano alzada como un arma y vieron entonces que aquella mano de poder sobrehumano tenía la piel tan oscura como la de un negro. Pero antes de que pudiera golpear, el cayado del khitanio rozó el pecho de Thutothmes, que se tambaleó.

Por dos veces volvió a percutir la punta del bastón en el pecho del sacerdote y al fin Thutothmes se desplomó, con el rostro desencajado y ennegrecido.

Entonces el khitanio se volvió hacia la joya que seguía reluciendo sobre el pecho de la momia, pero Conan había llegado antes.

Durante unos tensos instantes, los dos hombres se miraron por encima de la momia que parecía observarlos siniestramente.

—Vengo siguiéndote desde muy lejos, rey de Aquilonia. He atravesado ríos, cruzado montañas en Zíngara y Poitain, he descendido luego a Argos y he llegado al fin hasta la costa. No fue fácil hallar tu rastro desde Tarantia porque los sacerdotes de Asura son muy astutos. Lo perdimos en Zíngara, pero hallamos tu casco en la ladera de los montes de la frontera, donde luchaste contra los vampiros de aquellas tierras. Estuvimos a punto de perder otra vez tu pista esta noche, en los pasadizos de este mismo templo.

Conan pensó que había tenido suerte al escoger el camino para volver de la habitación de Akivasha.

De otro modo habría caído en manos de aquellos demonios amarillos que habían seguido su rastro, husmeando como sabuesos humanos, con ese don que solo ellos poseían.

El khitanio movió la cabeza lentamente, como si estuviera leyendo su pensamiento, y dijo:

—Eso de nada vale, puesto que el rastro termina aquí. —¿Por qué me has seguido?

—Tenía una cuenta que arreglar. A ti, que vas a morir, no voy a ocultarte nada. Nosotros éramos vasallos de Valerio, rey de Aquilonia. Le servimos durante mucho tiempo, pero ahora ya estamos liberados de ese servicio, mis hermanos a través de la muerte y yo por haber cumplido mi promesa.

Tengo que volver a Aquilonia con dos corazones: para mí el de

Arimán, y para Valerio el de Conan.

Un roce de este cayado, hecho de una rama del árbol de la muerte y…

El bastón saltó como una víbora, pero el silbido de la daga de Conan fue más rápido. El palo cayó cortado en dos trozos, que se retorcían cada uno por su lado. Hubo otro relámpago de acero, y el khitanio no sintió llegar la muerte.

Conan se volvió rápidamente y alargó la mano hacia la joya, pero enseguida la retiró con un escalofrío que lo heló hasta la médula de los huesos.

Sobre el altar ya no había una momia acartonada. La joya relucía sobre el pecho lleno y henchido de un hombre vivo al que apenas cubrían las gastadas vendas. ¿Estaba realmente vivo aquel hombre?

Conan no lo sabía, pero los ojos parecían vidrios empañados que relucían con un fuego sombrío e inhumano.

El hombre comenzó a incorporarse lentamente con la joya en la mano. Se puso en pie, junto al altar, semidesnudo. Su rostro era como una imagen tallada. Alargó en silencio la mano hacia Conan, mientras la joya palpitaba dentro de ella como si fuera un corazón viviente.

Conan cogió la gema y no pudo evitar un escalofrío al pensar en el extraño obsequio que recibía de un muerto. El cimmerio se daba cuenta de que no se habían hecho las invocaciones ni los conjuros apropiados, por lo que la vida no había sido plenamente devuelta a aquel cuerpo.

—¿Quién eres? —preguntó el cimmerio.

La respuesta llegó con un tono monótono y uniforme, como el gotear de las estalactitas en las grutas subterráneas.

—Soy Tothmekri y estoy muerto —dijo lentamente la momia.

—Está bien, ¿quieres conducirme hasta el exterior del templo?

Con pasos lentos y maquinales, el extraño ser semirevivido se dirigió hacia uno de los negros arcos.

Conan lo siguió y una mirada hacia atrás le permitió ver el amplio y sombrío recinto con sus hileras de sarcófagos y los nuevos cadáveres tendidos alrededor del altar. La cabeza del khitanio al que había matado miraba, sin ver, hacia las sombras.

El fulgor de la joya iluminaba por sí solo los túneles, como si

fuera una antorcha embrujada que despidiese un fuego dorado. En un momento, el cimmerio creyó percibir entre las sombras un reflejo de carne marfileña. Podía ser Akivasha, la muchacha vampiro, que reflejaba el brillo de la gema. Junto a ella otras formas menos humanas avanzaban amontonándose en la oscuridad.

La momia caminó en línea recta, sin mirar a ninguno de los lados, y con un paso tan inmutable como el del destino. La piel de Conan estaba cubierta de un sudor frío. Negras dudas lo asaltaban. ¿Cómo saber si aquella silueta del pasado lo conducía hacia la libertad? Pero Conan sabía que jamás sería capaz de salir por sí solo de aquel laberinto infernal de corredores y pasadizos. Siguió a su espantoso guía a través de la oscuridad que surgía a escasos pasos de la joya y donde veía moverse, acechando, horrendas figuras.

Por fin Conan divisó la fresca brisa de la noche del desierto. Vio enseguida las estrellas y las dunas que se extendían en la distancia. Tothmekri señaló silenciosamente hacia el desierto y a continuación se volvió. Con torpes movimientos, pero sin hacer el menor ruido, se hundió otra vez en la oscuridad que reinaba en la pirámide.

El cimmerio se quedó mirando el lugar por el que había desaparecido aquella extraña silueta del pasado, pero inmediatamente reaccionó, se alejó de la puerta y corrió por la arena como si lo persiguieran los mismísimos demonios. Ni siquiera volvió la cabeza hacia la pirámide, ni tampoco hacia las negras torres de Khemi que se alzaban sobre los arenales. Corrió sin desviarse en dirección a la costa, como un hombre dominado por un pánico irrefrenable. Luego la violenta carrera liberó su mente de las últimas telarañas que la embrutecían. El aire limpio del desierto disipó los restos de la pesadilla que lo abrumaba y el hondo sentimiento de repugnancia fue tornándose poco a poco en una oleada de alivio tranquilizador. Abandonó las arenas del desierto, cruzó la zona de arbustos y matorrales y divisó a lo lejos el mar. El aventurero fondeaba en la Caleta. Se hundió hasta la cintura en las aguas pantanosas sin prestar atención a las serpientes y a los cocodrilos, y luego nadó hacia la galera. Cuando alcanzó la nave, trepó por la cadena del ancla hasta la cubierta, donde llegó chorreando, pero gozoso, antes de que los vigías lo hubieran visto trepar a bordo.

—¡Despertad perros! —gritó Conan—. ¡Arriba el ancla!

¡Preparaos para zarpar! ¡Entregad a ese pescador un casco lleno de monedas de oro y dejadlo en la orilla! ¡Mañana estaremos cerca del puerto más cercano de Zíngara!

Conan estaba contento. Hizo girar sobre su cabeza la gran gema que lanzó vivos resplandores dorados sobre toda la cubierta.

20. Del polvo renacerá Aquerón

El invierno ya había terminado en Aquilonia. Las hojas brotaban de las ramas de los árboles y la hierba verde se estremecía agitada por la cálida brisa del sur. Pero había muchos campos abandonados, y pequeños montículos de cenizas indicaban el lugar donde poco tiempo antes se habían levantado prósperas ciudades o lujosas haciendas. Los lobos merodeaban a sus anchas por las carreteras, y hordas de hombres escuálidos sin amo y sin ley vagaban por los bosques. Solo en Tarantia había regocijo, salud y riqueza.

Valerio gobernaba como un insensato. Hasta los barones que habían celebrado su vuelta se lamentaban de ella sin el menor recato. Los recaudadores de impuestos exprimieron igual a ricos y a pobres, y Tarnatia se convirtió más que en la capital de un reino, en un reducto de invasores de una tierra conquistada. Toda la riqueza del reino fluía hacia la capital; sus mercaderes se enriquecieron, pero hasta esa riqueza rezumaba precariedad. Nadie sabía cuándo lo iban a acusar de traición y a confiscarle todas sus propiedades. Nadie sabía cuándo iban a encarcelarlo o a conducirlo ante el hacha del verdugo.

Valerio no había hecho el más mínimo intento de congraciarse con sus súbditos. Se mantenía en el poder gracias a los soldados nemedios y a los mercenarios. Se daba cuenta de que era tan solo un títere de Amalric y sabía que gobernaba solo gracias a la anuencia del nemedio. Las provincias exteriores se resistían, y se resistirían hasta la última gota de sangre, por lo que Valerio comprendía que nunca podría llegar a mantener unida toda Aquilonia bajo su mando. Además, si trataba de consolidar la situación del reino para algún día prescindir de los dominadores, Amalric lo expulsaría del trono.

Valerio había caído en su propia trampa y la ira del orgullo

pisoteado corroía su alma y lo llevaba al desenfreno moral, viviendo al día, sin preocuparse en absoluto del futuro.

Pero había algo sutil en su locura, algo tan profundo que ni el propio Amalric alcanzaba a adivinar.

Tal vez tantos años de exilio le habían provocado una amargura excesiva o quizás el odio que tenía hacia su propia situación potenciaba ese sentimiento, hasta convertirlo en una especie de locura. Lo cierto es que el rey de Aquilonia solo deseaba una cosa: arruinar a sus aliados.

Sabía perfectamente que su reinado acabaría en el preciso instante en que Amalric ya no lo necesitara para sus fines. De modo que mientras siguiera oprimiendo a su país, podría seguir llevando su corona.

Amalric deseaba aplastar a Aquilonia, someterla al último grado de dominación, destruir hasta el último vestigio de independencia y luego apoderarse él mismo de aquella tierra, reconstruirla a su gusto, con sus cuantiosas riquezas, y utilizar sus hombres y sus recursos naturales para arrebatarle a Tarascus el trono de Nemedia.

Valerio sabía que la máxima ambición de Amalric era el trono del emperador, pero no estaba seguro de que Tarascus conociera aquellas ambiciones. Es cierto que también aprobaba su reinado implacable, porque odiaba a Aquilonia con un aborrecimiento basado en guerras muy antiguas, y además deseaba la destrucción de los reinos occidentales.

Valerio proyectaba arruinar tan profundamente a su país que ni siquiera la riqueza de Amalric pudiera reconstruirlo. Odiaba a los barones casi tanto como detestaba a los aquilonios, y solo esperaba vivir lo suficiente como para ver el día en que Aquilonia estuviera en la ruina más completa y que Tarascus y Amalric se enfrentasen en una violenta guerra civil, que destruyese para siempre el aborrecido reino de Nemedia. Valerio pensaba que una vez conquistadas las provincias rebeldes de Gunderland y Poitain y las marcas de Bosonia, acabaría su mandato como rey. Entonces, después de haber servido a los fines que había previsto Amalric, podrían eliminarle. Por consiguiente, retrasaba cuanto podía la conquista de aquellas tierras marginales y limitaba sus actividades bélicas en aquellos territorios a simples incursiones y encuentros sin trascendencia. Cuando Amalric le urgía a efectuar campañas

decisivas, Valerio ponía toda clase de objeciones, más o menos razonables.

La vida de Valerio era una continua sucesión de bacanales y festines. Había reunido en su palacio a las mujeres más hermosas del reino, arrastradas ante él contra su propia voluntad. Blasfemaba contra los dioses de su país y, en medio de las orgías, caía borracho en el suelo de los salones reales, todavía ciñendo la corona, mancillando la púrpura real de su manto con el vino derramado.

Cuando tenía algún acceso de cólera, hacía funcionar los patíbulos de la plaza principal y enviaba por todo el país a sus jinetes nemedios para robar y arrasar. Ante semejante caos, los habitantes del reino intentaban revelarse, pero Valerio reprimía las revueltas con salvajismo y mataba, raptaba y saqueaba hasta que el propio Amalric se veía obligado a advertirle que, con su comportamiento, arruinaría para siempre su reino, sin saber que era eso, precisamente, lo que Valerio pretendía.

En Nemedia, mientras tanto, se hablaba mucho de Xaltotun, siempre con su rostro oculto y difícil de ver por las calles de Belverus. Según se decía, pasaba mucho tiempo en las montañas, en reuniones que recordaban los ritos de una antigua raza y a la que asistían miembros de aquella, gente silenciosa y de piel oscura, que se proclamaba descendiente de un antiquísimo reino. El pueblo decía que en esas ocasiones se escuchaba el redoble de los tambores en las cumbres, se veían hogueras que brillaban en la oscuridad y que el viento traía el eco de olvidados cánticos rituales, antiguos como los siglos.

Nadie sabía la verdadera razón de aquellas reuniones. Solo Orastes era la excepción, porque con frecuencia acompañaba a Xaltotun hasta el lugar de la asamblea.

Cuando despertó la primavera, se difundió un rumor entre los sojuzgados aquilonios que hizo renacer en ellos la esperanza. Llegó como un murmullo, desde el sur, sacando a la gente de la apatía y de la desesperación en la que vivían. Nadie podía asegurar dónde había nacido aquel rumor; algunos hablaban de una anciana que había llegado desde las montañas, acompañada de un enorme lobo que la seguía como un perro. Otros, sin embargo, murmuraban a propósito de los sacerdotes de Asura que, como fantasmas fugitivos, pasaban desde Gunderland hasta las marcas de Poitain y llegaban

hasta los boscosos territorios de los bosonios.

De cualquier forma, lo cierto es que, llegado el rumor, la revuelta se extendió por las zonas fronterizas como un incendio. Las aisladas guarniciones nemedias de aquellos parajes fueron pasadas a cuchillo por los frenéticos aquilonios. El oeste se levantó en armas, confiando en la revuelta. Lejos quedaba el frenesí desesperado que había dominado acciones anteriores. Ahora había una fiera resolución y un odio bien encauzado. Ya no era solo el pueblo. Hasta los propios barones fortificaban los castillos y desafiaban abiertamente a los gobernadores de las provincias. Bandas de bosonios recorrían los límites de las marcas. Eran gente robusta y arriesgada que vestían cota de malla y almete de acero y que empuñaban grandes arcos.

A pesar de la disolución y de la profunda ruina del reino, las gentes se habían reavivado de pronto, rebosantes de una peligrosa vitalidad. Amalric pidió ayuda urgente a Tarascus, que se presentó inmediatamente con su ejército.

En el palacio real de Tarantia, los dos reyes estudiaban, junto con Amalric, la rebelión de los aquilonios. No habían mandado buscar a Xaltotun, que seguía en los montes de Nemedia, inmerso en sus misteriosos estudios. Desde el día sangriento del desfiladero de Valkia, no habían vuelto a recurrir a él para que los ayudase con su magia, y Xaltotun, al parecer, se había quedado al margen, indiferente a sus intrigas. Tampoco había avisado a Orastes. Sin embargo este se presentó inopinadamente. Se quedó de pie bajo la dorada cúpula del salón donde los reyes celebraban su encuentro, y los tres contemplaron asombrados la mirada de espanto de Orastes, al que no creían capaz de transmitir semejantes emociones.

—Estás cansado, Orastes —dijo Amalric—. Siéntate en este diván y haré que te traigan vino al instante. Sin duda has cabalgado duramente…

—He reventado tres caballos de camino a Belverus. Y no puedo beber ni descansar hasta que no haya dicho lo que quiero decir.

Se paseó de un lado a otro de la habitación, como si un fuego interior le impidiera quedarse quieto.

Luego se plantó ante sus interlocutores y dijo:

—Cuando utilizamos el Corazón de Arimán para devolver a la vida a un hombre muerto, no calibramos las consecuencias de

ahondar en el negro polvo del pasado. El error fue mío, lo confieso.

Únicamente tuvimos en cuenta nuestras propias ambiciones sin calibrar las que aquel hombre pudiera tener. Hemos dado rienda suelta a un demonio, a un ser maligno cuyo poder escapa de la comprensión de nuestras mentes. He profundizado en las artes del mal, pero hay en ese camino un límite hasta el que el hombre pueda llegar. Mis antepasados eran gente limpia, sin mancha demoníaca de ninguna especie.

Solo, aunque con limitaciones, me he adentrado en los abismos de lo sobrenatural. Pero detrás de Xaltotun hay miles de siglos de magia negra, de culto infernal y de tradiciones demoníacas. Él está más allá de nuestra inteligencia y no solo por ser un brujo superior, sino también porque viene de una vieja raza de hechiceros.

»He visto cosas que han estremecido mi alma. He visto, en lo más agreste de las montañas, cómo Xaltotun se comunicaba con las almas de los condenados y cómo invocaba a seres demoníacos de la olvidada Aquerón. He visto a los malditos descendientes de aquel aborrecido imperio, mientras lo veneraban como su supremo sacerdote, y he descubierto lo que está tramando.

»Vengo a decirnos que no es otra cosa que el restablecimiento del antiquísimo y tenebroso reino de Aquerón.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Amalric—. Aquello ya no es más que polvo y no quedan sobrevivientes para restaurar el imperio. Ni siquiera Xaltotun puede restituir a su antigua forma el polvo de tres mil años.

—Poco sabes sobre sus negros poderes —contestó sombríamente Orastes—. Yo he visto cómo los montes, bajo el influjo de sus encantamientos, adquirían un extraño aspecto.

»He contemplado la transformación de valles, bosques, montañas y lagos, que ya no son como eran hasta ahora, sino como lo fueron en aquel oscuro tiempo pasado. Y aunque no pude verlas, intuí las púrpuras torres de la legendaria Python alzándose como amenazadoras siluetas entre la niebla.

»En el último aquelarre al que lo acompañé, mientras sonaban los tambores y sus bestiales adoradores cantaban con la cabeza hundida en el polvo, pude comprender, por fin, toda la capacidad de su magia. Y os aseguro que con ella restablecerá el imperio de Aquerón y volverán los sacrificios humanos, tantos como jamás

haya podido presenciar el mundo. Esclavizará a todos los seres racionales, y en un diluvio de sangre barrerá todo el presente y volverá a instaurar la edad sombría.

—Estás loco —dijo Tarascus.

—¿Loco? Me pregunto si hay algún hombre capaz de seguir cuerdo después de ver lo que yo he visto. Lo que os estoy diciendo es la verdad. Xaltotun se dispone a utilizar como cimiento de su edificio los escasos descendientes de Aquerón que todavía viven. Pero serán la sangre y los cuerpos de las gentes que habitan el mundo las que le suministren la piedra y la argamasa para su infernal construcción. No puedo explicaros cómo lo va a hacer, porque mi propio cerebro se nubla cuando intento comprenderlo. ¡Pero me basta con lo que he visto!

»Aquerón volverá a ser lo que era y hasta los montes, los bosques y los ríos recuperarán su antiguo aspecto. ¿Por qué no? Si yo, con mi pobre conocimiento de la magia puedo devolver la vida a un hombre que había muerto hace tres mil años, ¿cómo no habría de resucitar todo un reino desaparecido hace tres mil años, el mayor hechicero de los que han pisado la tierra? Yo os digo que Aquerón resurgirá del polvo.

El silencio fue la única respuesta a las palabras de Orastes. Tarascus, impresionado, habló por fin:

—¿Cómo podemos impedirle que actúe?

—Solo hay una manera —dijo Orastes—. Debemos apoderamos del Corazón de Arimán.

—Pero yo… —comenzó a decir Tarascus, pero se interrumpió bruscamente.

—Es lo único que podemos utilizar contra Xaltotun —continuó Orastes—. Con él en las manos me siento capaz de desafiarlo, pero ¿cómo lo conseguiremos? El Corazón está oculto en algún lugar secreto, que ni siquiera un ladrón de Zamora sería capaz de encontrar. No he podido averiguar dónde está escondido, y si al menos Xaltotun durmiera de vez en cuando el sueño del todo… La última vez que durmió fue después de la batalla de Valkia, cuando se sintió cansado a consecuencia de la poderosa magia que había utilizado…

La puerta de la habitación en la que estaban reunidos se cerraba con un gran pasador. En ese momento, el cerrojo se corrió con

suavidad, la puerta se abrió y en su vano, majestuoso e inescrutable, apareció Xaltotun. En sus ojos refulgían las llamas del infierno.

—Te he enseñado demasiadas cosas —dijo, con amenazadora serenidad, mientras señalaba a Orastes con su índice.

Antes de que el sacerdote hubiera podido moverse siquiera, Xaltotun arrojó un puñado de polvo a los pies de Orastes, sumiéndolo en la más absoluta inmovilidad. Un humo azul se alzó desde el polvo y fue avanzando hacia Orastes. Cuando llegó ante él, el humo se alargó y se enrolló en su cuello, como si fueran serpientes de fuego. El alarido de Orastes se transformó en un ahogado gorgoteo, sus manos subieron inútilmente hasta su cuello y, mientras los ojos se le salían de las órbitas, la lengua tumefacta asomaba entre los dientes. El humo era como una soga azulina alrededor del cuello del sacerdote; luego, comenzó a desvanecerse, se esfumó y entonces Orastes cayó muerto al suelo.

Xaltotun dio unas palmadas y entraron dos hombres que solían acompañarlo. Eran pequeños, con la piel repulsivamente oscura, ojos oblicuos y rojizos, y dientes afilados como los de las ratas. Se llevaron el cadáver de Orastes sin pronunciar una sola palabra. El nigromante se sentó en la misma mesa de marfil ante la cual estaban, muy pálidos, los dos reyes y Amalric.

—¿A qué se debe esta reunión?

—Los aquilonios se han rebelado en el oeste —contestó Amalric —. Los muy necios creen que Conan está vivo y que se acerca a la cabeza de un ejército de poitanos para reclamar su reino. Si hubieses reaparecido inmediatamente después de la batalla de Valkia, las provincias centrales no se habrían levantado, tal es el temor que tú les infundes. Pero ahora están tan desesperados bajo el caótico gobierno de Valerio, que están dispuestos a seguir a cualquiera que los dirija contra nosotros. Prefieren una muerte rápida y violenta antes que la tortura, las humillaciones y la miseria continua.

»Desde hace tiempo se decía que Conan no había muerto en Valkia; pero hace muy poco que el pueblo se ha decidido a creerlo. Pallantides regresó desde su exilio de Ofir y ha jurado que el rey estaba enfermo el día de la batalla y que uno de los soldados vistió la armadura real. Un escudero que recientemente se ha recuperado de un golpe de maza recibido en Valkia ha confirmado la historia.

»Hay, además, una vieja que tiene un lobo como acompañante y que recorre el país proclamando que el rey Conan todavía vive y que volverá para reclamar su corona. Y por si fuera poco, los malditos sacerdotes de Asura repiten la misma historia. Aseguran que por medios misteriosos se han enterado de que Conan está en camino para recuperar sus dominios.

»A mi modo de ver, todo esto es únicamente una artimaña de Trocero. Mis espías han confirmado que los poitanos del conde Trocero se están preparando para invadir Aquilonia y supongo que el conde estará haciendo pasar por Conan a algún impostor.

Tarascus se echó a reír, pero no había ninguna convicción en su risa, aparentemente burlona. Con disimulo, se palpó una cicatriz que tenía debajo del jubón y recordó los cuervos que siguieron el rastro del fugitivo. A su memoria acudió también el recuerdo de Arideus, su escudero. Habían traído su cuerpo de las montañas, horriblemente mutilado por las heridas de un gran lobo gris, según le habían contado los soldados. Pero también se acordaba de la gran joya roja, robada de un cofre de oro, mientras el brujo dormía. De modo que no dijo una sola palabra.

Valerio recordaba a un noble moribundo que en sus últimos estertores narraba una terrible historia acerca de cuatro khitanios que marcharon hacia las tierras tenebrosas del sur y nunca regresaron. Pero también se calló, porque odiaba a sus aliados con toda su alma y nada había en el mundo que deseara tanto como ver a los rebeldes y a los nemedios enzarzados en una lucha mortal.

—¡Pero es absurdo pensar que Conan sigue vivo! —dijo Amalric.

Por toda respuesta, Xaltotun depositó sobre la mesa un rollo de pergamino. Amalric lo leyó y de sus labios surgió una exclamación incoherente, llena de ira. Luego repitió en voz alta lo que estaba escrito en el pergamino:

A Xaltotun, sumo santón de Nemedia:

Perro de Aquerón, regreso a mi reino y espero colgar tu pellejo en lo más alto de las murallas Conan.

—¡Esto es una farsa! —dijo Amalric.

Xaltotun movió negativamente la cabeza y luego dijo:

—Es auténtico. He comprobado la firma con la de los documentos reales que hay en la corte. Nadie podría imitar una escritura tan rústica.

—Pero en ese caso —dijo Amalric—, si Conan vive, este no sería un levantamiento como los anteriores sino algo mucho más serio. El cimmerio es el único que puede unir a los aquilonios. Sin embargo, este modo de actuar, no es, ni mucho menos, el habitual de Conan. ¿Por qué iba a ponernos en guardia con esta bravata? Como todos los bárbaros, atacaría sin avisar.

—Ya hemos sido advertidos —dijo Xaltotun—. Nuestros espías han informado acerca los preparativos de guerra que se llevan a cabo en Poitain. Conan no puede cruzar las montañas sin que nos enteremos, y sabiéndolo, nos envía su desafío de un modo que también es característico en él.

—Pero ¿por qué te lo dirige a ti? —preguntó Valerio—. ¿Por qué no a mí o Tarascus?

Xaltotun posó su inescrutable mirada en el rey y al cabo de un rato contestó:

—Conan es mucho más inteligente de lo que creéis. Se ha dado cuenta de que vosotros tenéis mucho que aprender y que no es Tarascus ni Valerio, ni Amalric, sino Xaltotun, el verdadero amo de las naciones de occidente.

Los otros permanecieron en silencio, mirando al nigromante y comprendiendo, en el fondo, la gran verdad de aquella afirmación.

—No hay otro camino que el del imperio —continuó Xaltotun—, pero antes debemos aplastar a Conan. No sé de qué forma escapó a mi poder en Valkia, porque no llegué a enterarme de lo que ocurría mientras yo dormía el sueño del loto negro. Lo cierto es que está en el sur, reuniendo un poderoso ejército. Es su última y desesperada jugada, solamente posible gracias a la ira de un pueblo que sufre bajo el yugo de Valerio. Los tengo en la palma de la mano; dejemos que se subleven.

Esperaremos hasta que inicien su marcha contra nosotros y entonces los aniquilaremos para siempre.

»Luego aplastaremos a Poitain, a Gunderland y también a los estúpidos bosonios. Más tarde a Ofir, Argos, Zingara y Koth. Todas las naciones del mundo quedarán unidas por nosotros en un gran imperio. Vosotros gobernaréis como sátrapas míos y como mis capitanes; seréis más grandes que los reyes de ahora. Yo soy invencible porque el Corazón de Arimán está escondido donde ningún hombre puede volver a arrebatármelo para usarlo contra mí.

Tarascus desvió la mirada para que Xaltotun no leyera sus pensamientos. Se había dado cuenta de que el brujo no había examinado todavía el cofre de oro donde creía tener el Corazón de Arimán. Por extraño que pareciera, Xaltotun no sabía que la gema le había sido robada. La joya estaba más allá del alcance de su negra sabiduría; sus ocultos talentos no llegaban a advertirle que el cofre estaba vacío.

Tarascus no creía que Xaltotun conociera plenamente la importancia de las revelaciones de Orastes, porque el pythonio no había mencionado la restauración de Aquilonia, sino tan solo la creación de un nuevo imperio sobre la tierra.

Tarascus tenía la impresión de que Xaltotun no estaba totalmente seguro de su poder. Si ellos necesitaban la ayuda del hechicero, tanto más necesitaba él la de ellos. Hasta cierto punto, la magia y la hechicería dependían del número y de la fuerza de las espadas y las lanzas. El rey dedujo algo semejante en la furtiva mirada de Amalric. Debían dejar que el hechicero utilizara sus artes ultraterrenas, para ayudarlos a derrocar a sus más peligrosos enemigos. Habría tiempo para volverse contra Xaltotun; tenía que haber alguna forma de dominar aquel negro poder que ellos mismos habían desatado.

21. Tambores de guerra

La confirmación de la guerra llegó cuando el ejército de Poitain, compuesto por diez mil soldados fuertemente armados, avanzó por los pasos montañosos del sur, entre el flamear de banderas y el relucir del acero. A la cabeza de todos, según denunciaban los espías, cabalgaba un gigantesco caballero de armadura negra, en cuya chaqueta de seda lucía el león real de Aquilonia. ¡Conan vivía! ¡El rey no había muerto! ¡Ya no había la menor duda en la mente de los hombres, fueran amigos o enemigos!

Con las nuevas de la invasión desde el sur, también llegó la noticia, que llevaron rápidos correos, del avance desde el norte de un ejército de gunderlandos, reforzados por los barones del noroeste y por los bosonios. Tarascus marchó con treinta y un mil hombres hasta Galparán, en el río Shirki, donde los gunderlandos debían cruzar para atacar las ciudades que todavía estaban en poder de los nemedios.

El Shirki era un río de corriente rápida y turbulenta, y corría hacia el sudoeste a través de desfiladeros y cañones rocosos; había en él pocos lugares por los que un ejército pudiera cruzar en aquella época de deshielo. Toda la parte situada al este del río estaba en manos de los nemedios y era lógico pensar que los gunderlandos cruzasen por Galoparán, o bien por Tanasul, que estaba más al sur. Se esperaban refuerzos de Nemedia, hasta que llegó la noticia de que el rey de Ofir estaba haciendo incursiones hostiles en la frontera meridional de Nemedia, y el empleo de más tropas por aquella zona hubiera significado exponer el territorio nemedio a una invasión por el sur.

Amalric y Valerio abandonaron Tarantia con veinticinco mil soldados dejando tras de sí, para evitar posibles revueltas durante su ausencia, una guarnición. Deseaban encontrar a Conan y

derrotarle antes de que se le unieran las fuerzas rebeldes del reino.

El rey y sus poitanos habían atravesado las montañas, pero no hubo ningún enfrentamiento armado ni ataque contra ciudades o fortalezas. Conan desaparecería con la misma celeridad con que aparecía. Se decía que se encaminaba hacia el oeste atravesando un territorio abrupto y apenas poblado y que había cruzado la frontera bosonia, reclutando nuevas tropas a su paso. Amalric y Valerio, con sus huestes de nemedios, aquilonios renegados y feroces mercenarios, seguían iracundos las huellas del cimmerio, persiguiendo a un enemigo que nunca se dejaba ver.

Amalric no conseguía obtener más que vagos indicios de los movimientos de Conan. Se habían enviado partidas de exploradores que nunca regresaron, y de cuando en cuando el cuerpo de uno de ellos aparecía crucificado contra el tronco de un roble. El camino se hacía cada vez más abrupto y hostil, y los campesinos y gentes del lugar atacaban emboscados a los soldados con ímpetu salvaje y asesino. Lo único que Amalric sabía con certeza era que en algún punto al norte, tras el río Shirki, había un gran contingente de gunderlandos y bosonios del norte, y que Conan, con menor cantidad de hombres, todos ellos poitanos y bosonios del sur, estaba al sudoeste.

La inquietud comenzó a invadir su espíritu, temía que si proseguía su avance junto con Valerio por tan desolador paraje, Conan pudiera burlar su persecución y, dando un rodeo, invadir las provincias centrales que quedaban tras ellos. Amalric volvió a cruzar el río Shirki y acampó en una llanura situada a un día a caballo de Tanasul. Y allí esperó. Tarascus mantuvo su posición en Galparán temiendo que las maniobras de Conan lo obligaran a encaminarse hacia el sur y dejar paso libre, por el norte, a los gunderlandos.

Xaltotun llegó al campamento de Amalric en un misterioso carruaje tirado por caballos que nunca se cansaban y penetró en la tienda de Amalric. Dentro, Valerio y Amalric discutían ante un mapa desplegado sobre una mesa de campaña de rico marfil.

De un manotazo, el hechicero arrojó el mapa al suelo.

—Lo que no descubren vuestros rastreadores —dijo— lo averiguan mis espías, aunque sus informaciones son extrañamente confusas e imperfectas, como si una fuerza oculta se alzara contra

mí.

»Conan avanza a lo largo del río Shirki con diez mil poitanos, tres mil bosonios del sur y un número de caballeros del norte y del sur que, junto con sus huestes, forman un total de cincuenta mil soldados.

Un ejército de treinta mil gunderlandos y bosonios del norte se dirige al sur para unirse a él. Se han puesto en contacto por medios de comunicación secretos establecidos por esos malditos sacerdotes de Asura, que parecen estar en mi contra y a quienes arrojaré a las serpientes cuando esta guerra acabe. ¡Lo juro por Set!

»Los dos ejércitos avanzan hacia el paso de Tanasul, pero dudo que los gunderlandos lleguen a cruzar el río. Es más probable que Conan lo atraviese para unirse con ellos.

—¿Y qué sentido tiene que Conan cruce el río? —preguntó Amalric.

—Le conviene retrasar la batalla. Cuanto más espere, más fuerzas se le unirán y más precaria será nuestra situación. Los montes de la otra orilla hierven de gentes apasionadamente leales a su causa: hombres desesperados, refugiados y fugitivos de la crueldad de Valerio. De todas partes del reino acuden presurosas gentes para unirse a su ejército. A diario, destacamentos enteros de nuestras tropas caen fulminadas en las emboscadas que les tienden los habitantes de la región. La revuelta se extiende a las provincias centrales y pronto desembocará en una rebelión consumada. Las guarniciones que dejamos allí se muestran insuficientes y por el momento no cabe esperar refuerzos de Nemedia. En los desórdenes de la frontera de Ofir se nota la intervención de Pallantides, que procede de una familia de esa zona.

»Si no conseguimos alcanzar a Conan y acabar pronto con él, la rebelión se extenderá como el fuego por todas las provincias. Tendremos que regresar a Tarantia para defender lo que ya es nuestro y tal vez abrirnos camino a través de una región rebelde con el grueso de las fuerzas de Conan pisándonos los talones. Después, nos veremos obligados a soportar el asedio en la propia ciudad, con enemigos dentro y fuera de las murallas. No, no podemos esperar. Hay que aniquilar al cimmerio antes de que su ejército se vuelva invencible, antes de que las provincias centrales se levanten contra nosotros. Cuando su cabeza adorne las puertas de

Tarantia en una pica, veréis qué pronto se acaban los desórdenes.

—¿Por qué no utilizas tu magia para acabar con su ejército? —preguntó Valerio en tono burlón.

Xaltotun miró al aquilonio como si en el fondo de sus sarcásticos ojos pudiera leer el significado auténtico de su mordaz comentario.

—No te preocupes —dijo al fin—. Mis artes aplastarán a Conan como a un mísero lagarto. Pero la hechicería también requiere la ayuda de las espadas, las picas y las cotas de malla.

—Si consigue pasar a la otra orilla y tomar posiciones en los montes de Goralia, resultará difícil hacérselas abandonar —dijo Amalric—. Pero si caemos sobre él en el valle, a este lado del río, lo aplastaremos. ¿A qué distancia de Tanasul se encuentra Conan?

—Al ritmo que lleva, alcanzará el paso mañana por la noche. Sus hombres son duros y él los fuerza al máximo. Tendría que estar allí al menos un día antes que los gunderlandos.

—¡Magnífico! —añadió Amalric golpeando la mesa con el puño—. Puedo llegar antes que él.

Enviaré un mensajero a Tarascus con la orden de que me siga hasta Tanasul. Para cuando él llegue, le habré cortado el paso a Conan y acabado con él. Nuestros dos ejércitos unidos podrán, entonces, cruzar el río y atacar a los gunderlandos.

Xaltotun negó con la cabeza, mostrando su impaciencia.

—Un buen plan si no tuviéramos un hombre de la categoría de Conan como adversario. Pero tus veinticinco mil hombres no bastarán para destruir a sus dieciocho mil soldados antes de la llegada de los gunderlandos. Lucharán con la desesperación de una pantera herida. Además, supón que aparecen los gunderlandos en medio del fragor de la batalla. Quedarías entre dos fuegos y te derrotarían antes de que Tarascus pudiera llegar en tu ayuda. Cuando alcance Tanasul, será demasiado tarde para auxiliarte.

»Tendrás que lanzar a todas tus tropas contra Conan —repuso el aqueronio—. Envía un emisario a Tarascus con la orden de que se reúna aquí con nosotros. Esperamos su llegada. Una vez juntos, marcharemos en masa hacia Tanasul.

—Pero mientras aguardamos —protestó Amalric—, Conan cruzará el río y llegará junto a los gunderlandos.

—Conan no cruzará el río —respondió Xaltotun.

Amalric levantó la cabeza y, mirando los enigmáticos ojos

oscuros del hechicero, pregunto:

—¿Qué quieres decir?

—Supón que se desata una lluvia torrencial en el norte, en el nacimiento del río Shirki, y que su caudal baja tan crecido que su travesía por Tanasul resulta imposible. ¿No podríamos, entonces, actuar a nuestro antojo y congregar el grueso de nuestras fuerzas para sorprender a Conan en este lado del río y aniquilarlo? Y que después, cuando el río haya crecido, lo que calculo que ocurrirá al siguiente día, podremos atravesar sus aguas y destruir a los gunderlandos. Si seguimos esta táctica, habremos concentrado toda nuestra potencia contra cada uno de los contingentes enemigos de menor poderío.

Valerio soltó una carcajada ante la perspectiva, siempre estimulante, de la destrucción de alguien, ya fuera amigo o enemigo, y con gesto brusco pasó una mano inquieta por entre sus rubios y desordenados cabellos. Amalric continuó observando al aqueronio con una mezcla de temor y admiración.

—Si sorprendemos a Conan en el valle del Shirki, con las abruptas montañas a su derecha y el río crecido a su izquierda —admitió—, nuestras fuerzas podrán aniquilarle. Pero ¿crees… estás seguro… de que esas lluvias se producirán?

—Voy a mi tienda —repuso Xaltotun, poniéndose en pie—. La práctica de la nigromancia requiere algo más que el mero gesto de una mano. Envía un emisario a Tarascus y no dejes que nadie se acerque a mi tienda.

Esta última orden resultaba innecesaria. Ningún miembro de aquel ejército habría aceptado aproximarse al misterioso pabellón negro, con las cortinas de la entrada siempre echadas, ni ante la promesa de una buena recompensa. Nadie más que Xaltotun penetraba en él y sin embargo solían escucharse distintas voces en su interior. Sus tenues paredes vibraban sin el más leve soplo de brisa y una música sobrenatural parecía emanar perpetuamente de la tienda. Tras su rica seda se percibía en la oscuridad de ciertas noches el oscilar de los cirios y el trasiego sin fin de sombras informes y siniestras.

Aquella noche, tumbado en su lecho de campaña, Amalric escuchaba el rítmico redoble de un tambor en el interior de la tienda de Xaltotun. Su sonido retumbaba en la tenebrosa oscuridad

y de cuando en cuando parecía confundirse con las vibraciones de una voz gutural, similar al croar de un anfibio.

Amalric sintió un escalofrío; sabía que aquella voz no pertenecía a Xaltotun. El resonar del tambor fue aumentando de intensidad hasta convertirse en un lejano trueno y, antes del alba, Amalric pudo ver desde su tienda cómo el horizonte norte se teñía con el rojo resplandor de unos relámpagos. En el resto del cielo, las estrellas brillaban con una luz blanquecina. Pero el constante fulgor de los relámpagos iluminaba el firmamento como el destello carmesí de una fogata en el filo de un acerado cuchillo.

Tarascus llegó al día siguiente con la caída del sol. Lo acompañaban sus huestes, fatigadas y polvorientas a causa de la dura marcha. Los infantes avanzaban rezagados con respecto a la caballería.

Acamparon en la planicie próxima al campamento de Amalric y de madrugada todo el ejército emprendió el camino hacia el oeste.

Su marcha era precedida por una avanzadilla de batidores como punta de lanza y Amalric esperaba impaciente su regreso para que le contaran la desesperación de los poitanos, inmovilizados por la furiosa crecida. Sin embargo, las nuevas que trajeron fueron mal recibidas: Conan había atravesado el río.

—¿Cómo? —exclamó Amalric—. ¿Qué ha logrado atravesar la corriente a pesar de la riada?

—No hubo tal riada —repusieron los exploradores sorprendidos —. El ejército enemigo llegó anoche a Tanasul e inmediatamente después atravesó el río.

—¿Que no ha habido crecida? —exclamó Xaltotun, mostrando asombro por vez primera ante Amalric—. ¡Es imposible! ¡Anoche y anteanoche llovió torrencialmente en la cabeza del río Shirki!

—Es muy posible, mi señor —repuso el soldado—. Las aguas bajaban cenagosas y los habitantes de Tanasul afirmaban que el caudal había crecido un par de palmos desde ayer, pero no lo suficiente para impedir que Conan lo cruzara. ¡Las malas artes de Xaltotun habían fracasado! Este pensamiento martilleaba el cerebro de Amalric.

Su antiguo temor ante este hombre misterioso había aumentado desde aquella noche en Belverus en que presenció cómo una momia descamada y apergaminada se metamorfoseaba en un ser viviente.

Y la muerte de Orastes había transformado su temor latente en verdadero espanto. En lo más profundo de su corazón albergaba la terrible convicción de que aquel hombre —o demonio— era invencible. Pero ahora poseía una prueba irrefutable de su fracaso.

Sin embargo, el nemedio pensó que hasta al más poderoso de los nigromantes podía fallar alguna vez. En cualquier caso, no se atrevía a oponerse al aqueronio… todavía. Orastes había muerto entre horribles dolores, solo Mitra sabe gracias a qué innombrables hechizos, y Amalric era consciente de que su espada no podría triunfar allí donde la magia negra del sacerdote renegado había fracasado.

Cualquiera que fuese el abominable plan que Xaltotun urdía en su mente, pertenecía al futuro y resultaba imposible de predecir. Conan y sus secuaces formaban parte del presente y constituían una amenaza frente a la cual muy bien pudieran necesitarse las malas artes del hechicero antes de que el combate hubiera concluido.

Llegaron a Tanasul, un pequeño poblado fortificado que se alzaba frente a un saliente rocoso que a modo de puente natural permitía el paso de una orilla a otra, salvo en momentos de grandes crecidas.

Los rastreadores informaron que Conan había tomado posiciones en los montes de Goralia, cuyas estribaciones se alzaban a escasas leguas del río. Poco antes de la caída del sol, los gunderlandos habían llegado a su campamento.

Amalric miró a Xaltotun, que permanecía impasible y enigmático bajo la luz temblorosa de las antorchas. Cayó la noche.

—¿Y qué hacemos ahora? Tu magia ha fracasado. Conan se nos enfrenta con un ejército casi tan poderoso como el nuestro, desde una posición más favorable. Podemos elegir entre dos opciones a cual más problemática: acampar aquí y esperar su ataque, o regresar a Tarantia y aguardar refuerzos.

—Si esperamos, estamos perdidos —respondió Xaltotun—. Atravesad el río y acampad en la llanura. Atacaremos al alba.

—¡Pero su posición es demasiado fuerte! —exclamó Amalric.

—¡Estúpido! —un arrebato de pasión rompió la calma aparente del brujo—. ¿Es que ya no te acuerdas de Valkia? ¿Y solo porque algún oscuro designio ha impedido la crecida me juzgas impotente? Pretendía que fueran tus armas las que acabaran con nuestros

enemigos; pero no temas, será mi magia la que extermine a sus huestes. Conan ha caído en una trampa y esta será la última puesta de sol que vean sus ojos. ¡Cruzad el río!

Lo atravesaron bajo el resplandor de las antorchas. Los cascos de los caballos resonaban sobre el puente de piedra y levantaban salpicaduras de agua a su paso por los bajíos. El reflejo de las teas sobre los escudos y las corazas arrancaba destellos rojos a las tenebrosas aguas. El puente era amplio, a pesar de lo cual no lograron acampar en la otra orilla hasta pasada la medianoche. A lo lejos percibían el tenue parpadeo de unas lejanas hogueras. Conan se había hecho fuerte en los montes de Goralia, entre cuyas rocas se habían refugiado, en más de una ocasión, los reyes aquilonios.

Amalric abandonó su tienda y deambuló, inquieto, por el campamento. Del negro pabellón de Xaltotun surgía un resplandor sobrenatural y de cuando en cuando se dejaba oír un grito diabólico que rompía la quietud de la noche. El quedo y mortecino redoble de un tambor surcaba el aire como un zumbido.

Con la intuición agudizada por la noche y las circunstancias, Amalric presentía que Xaltotun tenía enfrente algo más que una mera fuerza física. Las dudas sobre el poder real del hechicero atormentaban su mente. Al mirar la luz de las hogueras que brillaban en lo alto, su rostro se ensombreció. Se encontraba junto con sus hombres en un territorio hostil. Escondidos en los montes acechaban los muchos miles de seres cuyos corazones, despojados de toda esperanza, no albergaban sino un odio frenético hacia sus invasores, una terrible sed de venganza. La derrota significaría el exterminio, la retirada a través de unas tierras llenas de enemigos sedientos de sangre. Y al amanecer, él, Amalric, tendría que lanzar a sus huestes contra el más feroz combatiente de todo Occidente, a quien respaldaban sus desesperadas hordas. Si Xaltotun fracasaba en esta ocasión…

De entre las sombras surgieron media docena de soldados. La luz de las hogueras arrancaba destellos a sus corazas y cascos. Entre todos arrastraban una figura enjuta recubierta de harapos.

—Señor —dijo uno de los soldados tras presentar el saludo de rigor—, este hombre ha llegado a los puestos de avanzada con la pretensión de hablar con el rey Valerio. Es aquilonio.

Aquel individuo tenía el aspecto de un lobo al que las trampas

del bosque hubieran marcado con numerosas cicatrices. Las viejas heridas que mostraba en muñecas y tobillos indicaban que alguna vez había llevado grilletes. Un gran costurón —la marca de un hierro candente— desfiguraba su rostro.

Los ojos del hombre refulgían entre la maraña de su pelo, mientras permanecía agazapado ante Amalric.

—¿Quién eres, perro asqueroso? —preguntó el nemedio.

—Me llaman Tiberias —contestó el hombre y sus dientes rechinaron en un espasmo involuntario—. He venido a enseñaros cómo vencer a Conan.

—Un traidor, ¿eh? —respondió secamente el barón.

—Se rumorea que tienes oro —musitó el hombre estremeciéndose bajo los harapos—. ¡Dame algo, señor! ¡Dame oro y te enseñaré cómo derrotar al rey! —Sus ojos miraban desorbitados y sus manos se extendían como garras temblorosas, con las palmas hacia arriba en gesto de súplica.

Amalric se encogió de hombros con disgusto, Pero no había un instrumento, por repugnante que fuese, que no estuviera dispuesto a utilizar.

—Si es cierto lo que dices, te irás con más oro del que eres capaz de acarrear —dijo—. Pero si mientes o compruebo que eres un espía, te haré crucificar cabeza abajo. Traedlo aquí.

En la tienda de Valerio, el barón señaló al hombre que se arrodillaba ante ellos temblando, mientras trataba de cubrirse con sus andrajos.

—Dice que sabe algo que nos será de utilidad mañana. Necesitaremos todo tipo de ayuda por si el plan de Xaltotun resulta tan poco eficaz como el anterior. ¡Habla, perro!

El cuerpo del hombre se estremeció sacudido por extrañas convulsiones. Las palabras acudieron en tropel a su boca:

—Conan ha acampado a la entrada del valle de los Leones, que se abre en forma de abanico, flanqueado por escarpadas montañas. Si lo atacáis mañana, tendréis que avanzar directamente por el valle, porque vuestros hombres no lograrán subir a las montañas desde allí. Pero si el rey Valerio se digna aceptar mis servicios, yo lo guiaré por entre esas montañas y le mostraré la forma de sorprender al rey Conan desde la retaguardia. De seguir mi plan, habrá que ponerse en camino de inmediato. El viaje a caballo es largo; hay

que recorrer varias leguas hacia el oeste y otras tantas hacia el norte.

Después, cambiando de rumbo con dirección este, llegaremos a la parte baja del valle de los Leones, como lo hicieron los gunderlandos.

Amalric vaciló mientras se acariciaba la barbilla. En aquellos tiempos caóticos no era raro encontrar hombres capaces de vender su propia alma a cambio de un puñado de monedas de oro.

—Supongo que sabes que si tratas de engañamos, morirás —dijo Valerio.

El hombre sufrió un nuevo escalofrío, pero sus ojos permanecieron inmutables.

—¡Si os traiciono, matadme!

—Conan no se atreverá a dividir sus fuerzas —comentó Amalric —. Necesitará a todos sus hombres para rechazar nuestro ataque. No puede prescindir de ninguno para tendemos una emboscada en las montañas. Además, este desgraciado sabe que su pellejo depende de que nos conduzca al punto prometido. ¿Acaso un perro como él sacrificaría su propia vida por una causa ajena? ¡Absurdo! No.

Valerio, creo que este hombre es sincero.

—Y el mayor de los traidores, capaz de vender a su libertador —dijo, riendo, Valerio—. Está bien.

Seguiré a este perro. ¿Con cuántos soldados podré contar, Amalric?

—Cinco mil serán suficientes —respondió el nemedio—. Un ataque sorpresa por la retaguardia sembrará la confusión entre sus hombres, y eso bastará. Esperaré tu ataque hacia el mediodía.

—Tendrás noticias mías —repuso Valerio.

Cuando Amalric regresó a su tienda, descubrió con alivio que Xaltotun continuaba en su pabellón, a juzgar por los gritos escalofriantes que de cuando en cuando salían de su interior. Cuando, poco después, escuchó el resonar de las armas y el tintineo de las espuelas en la noche, sonrió con maldad.

Valerio iba a servirle doblemente en sus propósitos. El barón sabía que Conan era como un león herido, que ataca y hiere aun en su agonía. Cuando Valerio atacase desde la retaguardia, la desesperada respuesta del cimmerio podría ocasionar la muerte de

su enemigo antes de sucumbir él mismo. Tanto mejor. Amalric se dijo que bien podría prescindir de Valerio, una vez que este hubiera preparado el camino para la victoria nemedia.

Los cinco mil jinetes que acompañaban a Valerio eran, en su mayor parte, aquilonios renegados y endurecidos. Bajo la serena luz de las estrellas, abandonaron el campamento y se encaminaron hacia el oeste, en dirección a los grandes macizos rocosos cuya imponente mole destacaba majestuosa contra el firmamento. Valerio cabalgaba a la cabeza y junto a él Tiberias, unido a los dos jinetes que le escoltaban por sendas correas de cuero sujetas a sus muñecas. Otros los seguían de cerca con las espadas desenvainadas.

—Si nos juegas una mala pasada, serás hombre muerto al instante —dijo Valerio—. No conozco cada uno de los senderos de estas montañas, pero sé lo suficiente como para estar seguro del rumbo que deberemos tomar hasta llegar al valle de los Leones. Procura no equivocarte de camino.

El hombre inclinó la cabeza y sus dientes castañetearon mientras aseguraba al barón su lealtad, con los ojos estúpidamente clavados en el estandarte que ondeaba contra el cielo con la serpiente dorada de la antigua dinastía.

Rodeando las estribaciones montañosas que bloqueaban el valle de los Leones, la comitiva se encaminó hacia el oeste; tras cabalgar durante una hora, giraron hacia el norte, a través de abruptas montañas por senderos confusos y tortuosos. El amanecer los sorprendió a un par de leguas al noroeste de la posición de Conan; allí el guía dobló hacia el este y los condujo por un laberinto de gargantas y desfiladeros. Valerio afirmó con la cabeza, juzgando su posición con respecto a los picos que se destacaban contra el cielo en la lejanía. En ningún momento había perdido el norte, y sabía que el renegado los conducía en buena dirección.

Pero casi de improviso, una neblina gris procedente del norte cayó sobre ellos, velando crestas y valles y ocultando el sol; el mundo se convirtió en un vacío gris donde la visibilidad se limitaba a unos cuantos palmos a la redonda. El avance se hizo penoso. Valerio lanzó una maldición. Había dejado de ver los picos que le servían de orientación y ahora tenía que fiarse totalmente de su traicionero guía. La serpiente dorada pendía fláccida en la atmósfera sin viento.

Hasta el mismo Tiberias parecía desconcertado. Se detuvo y miró a su alrededor dubitativo.

—¿Acaso te has perdido, perro? —preguntó con aspereza el barón.

—¡Escuchad!

Más adelante, en algún lugar indeterminado, comenzó a escucharse una tenue vibración, el lejano redoble de unos tambores.

—¡Los tambores de Conan! —exclamó el aquilonio.

—Si estamos lo bastante cerca para oír los tambores —musitó Valerio—, ¿por qué no se escuchan los gritos y el estruendo de las armas? La batalla tiene que haber comenzado.

—En los desfiladeros el viento juega malas pasadas —repuso Tiberias, reanudando el castañetear de dientes que delataba su prolongada estancia en húmedos y lóbregos calabozos—. ¡Escuchad! —Hasta ellos llegaba un rumor sordo y confuso.

—¡Están luchando en el valle! —exclamó Tiberias—. El sonido del tambor procede de las montañas. ¡Apresurémonos!

Partió a galope hacia el lugar de donde provenía el redoble de los tambores, con la seguridad del que conoce bien el terreno que pisa. Valerio lo siguió, lanzando imprecaciones contra la niebla, hasta que advirtió que podría servirle para ocultar su avance. Conan no lo vería llegar y lo sorprendería por la retaguardia antes de que el sol del mediodía disipara la neblina.

De momento era incapaz de distinguir si eran taludes, bosquecillos o desfiladeros lo que iba dejando atrás a su paso por la montaña. Los tambores redoblaban sin cesar, aumentando de intensidad a medida que avanzaban. Pero ninguna otra señal parecía indicar que la batalla hubiera comenzado. Valerio ignoraba por completo hacia dónde se dirigían. Se estremeció al distinguir las imponentes paredes de roca grisácea que flanqueaban su paso y comprendió que cabalgaban por una estrecha garganta. Pero el guía no daba muestras de inquietud, y Valerio dejó escapar un suspiro de alivio al observar que las paredes se ensanchaban y se perdían en la niebla. El desfiladero quedaba atrás. Habían atravesado el punto más vulnerable a una posible emboscada.

Tiberias se detuvo de nuevo. Los tambores se oían cada vez más cerca y Valerio no conseguía determinar la dirección del sonido. Tan pronto parecía venir de atrás como de enfrente, de la izquierda,

como de la derecha. El rey se revolvió inquieto en su cabalgadura, con la armadura reluciente por la humedad, y los jirones de niebla borrando el contorno de su silueta. Tras él, largas hileras de jinetes se perdían en la distancia, ofreciendo una imagen fantasmagórica entre la niebla.

—¿Por qué te detienes, perro? —preguntó Valerio con apremio.

El guía parecía estar escuchando el desconcertante tambor cuando, de súbito y volviéndose lentamente en su silla, se encaró con Valerio, mostrando en su rostro una terrible e indescriptible sonrisa.

—La niebla se desvanece, Valerio —dijo con un nuevo tono en su voz, mientras su dedo huesudo señalaba hacia adelante—. ¡Mira allá!

El tambor había dejado de sonar y la niebla desaparecía lentamente. Ante sus ojos, las cumbres rocosas se recortaban altas y espectrales contra el gris del cielo. El velo de niebla se aclaraba en desgarrones cada vez más dispersos.

Valerio se alzó repentinamente en sus estribos y un grito escapó de sus labios, coreado al instante por el resto de los jinetes. No se hallaban en un valle abierto y despejado, sino entre las altas e inexpugnables paredes de un angosto desfiladero sin salida. Las rocas les cerraban el paso por todas partes, excepto por el camino, por el que habían venido.

—¡Perro! —exclamó Valerio, y con el guantelete de hierro asestó un golpe brutal en la boca de Tiberias—. ¡Nos has tendido una trampa!

Tiberias escupió un cuajaron de sangre, y una espantosa carcajada sacudió su cuerpo.

—¡Una trampa que librará al mundo de una bestia inmunda! ¡Mira allá, perro!

Valerio soltó una nueva imprecación, más furioso que amedrentado.

El desfiladero estaba bloqueado por una banda de hombres, de aspecto temible y fiero, que permanecían inmóviles y en silencio, como estatuas. Eran centenares, vestidos con harapos y armados con lanzas. Arriba, en las alturas, asomaban más figuras, miles de ellas salvajes, feroces, enflaquecidas; rostros marcados por el hambre, el fuego y el acero.

—¡Una trampa de Conan! —exclamó Valerio.

—Conan no sabe nada —contestó Tiberias entre carcajadas.

»Este plan ha sido producto de la mente de unos hombres desesperados, unos hombres a los que tú has destrozado y convertido en animales. Amalric tenía razón. Conan no dividiría a su ejército.

Nosotros somos la escoria que lo sigue, los lobos que acechan escondidos entre los riscos, los hombres sin hogar y sin esperanza. Trazamos este plan, y los sacerdotes de Asura nos asistieron con la niebla. ¡Contempla a esos hombres, Valerio! ¡Todos ellos llevan tu marca, sobre su cuerpo o bajo su alma!

»¡Y mírame a mí ahora! ¿No me reconoces? ¿No reconoces esta cicatriz marcada al fuego? ¿No ves en ella la mano de tu verdugo? En un tiempo sí me reconocías. Entonces yo era el señor de Amilus, el hombre a cuyos hijos asesinaste, y a cuya hija deshonraron y mataron tus mercenarios. Dijiste que no sería capaz de sacrificar mi vida por traicionarte. ¡Por todos los dioses, si tuviera mil vidas, las daría a cambio de tu perdición!

»¡Y ahora la tengo entre mis manos! ¡Mira a esos hombres, seres muertos en vida por tu ambición de rey! ¡Ha llegado la hora de su venganza! Este desfiladero será tu tumba. ¡Trata de retroceder por el desfiladero: las lanzas te cerrarán el paso y miles de piedras lloverán desde lo alto para aplastarte! ¡Perro! ¡Te esperaré en el infierno!

Echando hacia atrás la cabeza, rompió a reír con aterradoras carcajadas que se fundieron con el retumbar de las rocas al despeñarse. Valerio se inclinó hacia Tiberias y atravesó su cuerpo de lado a lado con su espada. El hombre cayó a tierra sin dejar de reír entre el borboteo de la sangre que manaba de su garganta.

El redoble de los tambores se reanudó y el desfiladero quedó envuelto en un estruendo atronador. Los peñascos se desplomaban con estrépito y los gritos de espanto y agonía de los jinetes se fundían con el silbar de las flechas que llovían desde lo alto.

22. El camino de Aquerón

El amanecer ya clareaba en el este cuando Amalric llegó con sus huestes a la entrada del valle de los Leones. Este estaba flanqueado por montes bajos y escarpados, cuyo contorno se distribuía en una serie de terrazas naturales. En la más alta de todas, el ejército de Conan aguardaba el ataque. Entre las tropas que se le habían unido en su marcha desde Gunderland, no solo figuraban lanceros, sino que también venían siete mil arqueros bosonios. Cuatro mil caballeros, con sus respectivas huestes procedentes del norte y el oeste engrosaban los efectivos de su caballería.

Los lanceros formaban una compacta cuña en la desembocadura del valle. Eran diecinueve mil, en su mayoría gunderlandos, aunque cuatro mil procedían de las distintas provincias de Aquilonia. A ambos lados se hallaban flanqueados por cinco mil arqueros bosonios. Tras los lanceros, formados en densas hileras, los jinetes, lanza en ristre, mantenían quietos a sus corceles: diez mil caballeros de Poitain y nueve mil aquilonios, entre barones y seguidores de estos.

La posición que ocupaban era muy buena. Sus flancos no podían ser atacados, ya que ello significaría tener que trepar por los abruptos montes con el riesgo de ser sorprendidos por las flechas y las espadas de los bosonios. El campamento de Conan se hallaba inmediatamente detrás, en un valle angosto y oscuro a la cola del de los Leones, si bien en una cota más alta. El cimmerio no tenía una sorpresa por la retaguardia, pues los montes que se alzaban tras él se hallaban ocupados por centenares de refugiados y hombres desesperados de lealtad incuestionable.

Pero si la posición del cimmerio era difícil de abatir, más todavía lo era la retirada. Era una trampa tanto como una fortaleza, un desesperado reducto de hombres que solo esperaban sobrevivir

si salían victoriosos. La única retirada posible la constituía el angosto desfiladero que quedaba a sus espaldas.

Xaltotun subió al monte situado a la izquierda del valle, cerca de su abierta desembocadura. Este monte supera en altura a los demás y era conocido como el Altar del Rey, por razones hacía tiempo olvidadas. Solo Xaltotun, cuya memoria se remontaba a tres mil años atrás, conocía esas razones.

No estaba solo. Junto a él se hallaban sus servidores, dos hombres de tez oscura, silenciosos y reservados, y entre ambos una muchacha aquilonia atada de pies y manos y amordazada. En una losa de extraña forma que coronaba la cumbre del monte a modo de altar, colocaron a la joven. Durante muchos siglos, esta piedra había permanecido allí, sometida a los embates de los elementos y los lugareños habían acabado por aceptar que se trataba de una piedra más cuya forma curiosa hacía que se distinguiera del resto del paisaje. Pero Xaltotun conocía muy bien su origen y el porqué de su presencia en aquel lugar. Los servidores del brujo se alejaron con las espaldas encorvadas, como dos silenciosos gnomos, y Xaltotun quedó solo ante el altar de granito, con la barba al viento y la mirada perdida en el valle que se extendía a sus pies.

Alcanzaba a divisar el sinuoso curso del río Shirki y, más allá, las cadenas de cordilleras que se desvanecían en la distancia. En la parte interior de las terrazas refulgía el acero de la cuña formada por los lanceros de Conan; más atrás, el sol arrancaba destellos a las ballestas de los arqueros, entre las rocas y los matorrales. Los jinetes, inmóviles en sus monturas, destacaban con los penachos al viento y las lanzas preparadas para el ataque.

En dirección opuesta se distinguían las largas e irregulares filas de los nemedios marchando hacia la entrada del valle. Tras ellos quedaba el campamento, con los pabellones multicolores de los barones y caballeros, y las tiendas de campaña de los soldados, que se extendían hasta el mismo río.

A semejanza de una marea de acero fundido, las huestes nemedias avanzaban hacia el valle con el estandarte del dragón escarlata ondeando sobre sus cabezas. En primer lugar marchaban las apretadas filas de los arqueros, con las ballestas a media altura y preparadas para disparar. Tras ellos llegaban los lanceros y finalmente la verdadera fuerza del ejército: los caballeros con sus

pendones al viento y sus lanzas erguidas, cabalgando en briosos corceles y con la serenidad de quien se dirige a un simple festín.

Más arriba, en las laderas de los montes, la reducida tropa aquilonia aguardaba inmóvil, en medio de un hosco silencio. Los jinetes nemedios sumaban un total de treinta mil y, al igual que en la mayoría de las naciones hybóreas, era la caballería el puntal principal del ejército. Los infantes cumplían la única función de abrir el camino y permitir la carga de los caballeros armados. Su número era de veintiún mil, entre lanceros y arqueros.

Los arqueros comenzaron a disparar sus ballestas sin romper filas ni interrumpir su avance. Pero los dardos caían antes de alcanzar su objetivo, o rebotaban, inofensivos, en los escudos de los gunderlandos. Antes de que hubieran podido avanzar lo suficiente para disparar con eficacia, las flechas de los bosonios habían causado grandes estragos entre sus filas.

Poco después, los arqueros nemedios emprendieron la retirada en desorden, tras un vano intento de lucha. Su armadura era ligera y sus armas no podían oponerse a los largos arcos de los bosonios. Los arqueros occidentales se parapetaban tras las rocas y los matorrales. Por añadidura, los infantes nemedios carecían de la moral de los jinetes, conscientes de ser utilizados para dejar el camino libre a los caballeros.

Los arqueros retrocedieron, y entre sus filas abiertas avanzaron los lanceros, en su mayoría mercenarios a quienes los altos mandos no dudaban en sacrificar para ocultar el avance de los jinetes.

Así, mientras los ballesteros lanzaban sus dardos por los flancos, los lanceros marchaban a una muerte segura. Tras ellos, la caballería se acercaba, arrogante. Cuando los infantes nemedios comenzaban a flaquear ante la mortífera lluvia de flechas disparada por el enemigo, se oyó el sonido de una trompeta.

Las compañías se abrieron en dos para dejar pasar a la caballería pesada.

Pero fueron a estrellarse contra una barrera mortal. Las lanzas de los infantes de Conan se introducían por los resquicios de las armaduras de los caballeros. Los corceles resbalaban en la hierba y se despeñaban por los terraplenes, arrastrando a los jinetes en su caída. Por las laderas yacían centenares de cuerpos con armaduras. La carga nemedia cesó y las tropas retrocedieron. Amalric reordenó

sus filas. Tarascus blandía la espada sin descanso bajo la bandera del dragón escarlata, pero fue el barón de Tor quien más destacó aquel día por sus hazañas. Amalric lanzó un juramento al contemplar las innumerables lanzas que sobresalían sobre los yelmos de los gunderlandos. Había esperado que su retirada provocara un ataque ladera abajo de los jinetes enemigos, que caerían fulminados bajo los dardos disparados desde ambos flancos por los arqueros, o ante un número manifiestamente superior de sus caballeros. Pero no se movieron. Los criados trajeron pellejos con agua del río, y los jinetes, despojándose de sus yelmos, se refrescaron en el líquido benefactor. En las laderas, los heridos pedían auxilio y clamaban en vano un poco de agua. Las tropas de Conan bebían el agua que los manantiales prodigaban desde lo alto del valle y no pasaron sed en aquella larga y calurosa jornada de primavera.

En el Altar del Rey, ante la vieja losa tallada, Xaltotun contemplaba el ir y venir de la marea de acero. Vio cómo irrumpían los jinetes, con las plumas de las cimeras al viento y las lanzas en ristre.

Tras avanzar entre una nube de flechas, cayeron, cual atronadora oleada, sobre la erizada muralla de lanzas y escudos. Las hachas se alzaban y abatían sobre cascos y corazas; las espadas asestaban mandobles derribando a caballeros y caballos. Los gunderlandos se sentían tan orgullosos como los jinetes, sabedores de que no eran simples lanceros dispuestos a ser sacrificados a la gloria de otros hombres considerados mejores. Se les tenía como a la mejor infantería del mundo, con una tradición que hacía inquebrantable su moral. Los reyes de Aquilonia habían aprendido hacía tiempo el valor de una sólida infantería. Sus filas permanecían intactas bajo la divisa del león. En el vértice de la cuña, una titánica figura de armadura negra avanzaba como un huracán, golpeando con el hacha sin distinguir entre el hueso y el acero.

Acordes con su tradición, los nemedios luchaban con valor, pero no conseguían romper la cuña enemiga. Las flechas que se abatían sobre ellos desde los bosquecillos cercanos diezmaban sus filas sin piedad. Sus arqueros erraban el blanco y sus lanceros fracasaban en sus intentos de trepar por las laderas para caer sobre los bosonios allí fortificados.

Lenta y esforzadamente, los caballeros nemedios fueron cediendo terreno; cada vez huían más cabalgaduras sin jinete. Los gunderlandos no lanzaron gritos de triunfo. Cerraron sus filas para eliminar los escasos huecos dejados por los caídos. Bajo los cascos de acero, el sudor resbalaba por sus rostros. Aferrando con fuerza las lanzas, henchidos sus corazones de orgullo por tener a un rey luchando a pie a su lado, aguardaron. A sus espaldas, los caballeros aquilonios permanecían en sus puestos, inmóviles sobre sus sillas.

Un jinete espoleó su sudoroso corcel pendiente arriba hasta el llamado Altar del Rey y mirando airadamente a Xaltotun, exclamó:

—Amalric dice que ya es hora de que utilices tu magia, hechicero. Allá abajo nuestros hombres caen como moscas y no conseguimos romper las filas del enemigo.

Xaltotun pareció aumentar de tamaño, crecer, volverse más poderoso y terrible.

—Regresa junto a Amalric —contestó— y dile que reagrupe a sus tropas y se disponga a cargar de nuevo, pero no sin antes recibir mi señal. ¡Antes de esa señal, presenciará un espectáculo que no conseguirá olvidar ni en el mismo lecho de su muerte!

El caballero saludó con desgana y descendió a galope tendido. Aproximándose al lóbrego altar de piedra, Xaltotun dirigió su vista hacia el valle, hacia los muertos y heridos que yacían en las terrazas, hacia los hombres empapados en sangre que corrían sobre las lomas, hacia las polvorientas huestes que se reagrupaban allá abajo. Alzó la vista al cielo y la fijó en la esbelta y pálida figura que yacía tendida sobre la losa de piedra. Levantando hacia las alturas una daga tallada con jeroglíficos arcaicos, pronunció la siguiente invocación:

—¡Oh, Set, dios de las tinieblas, señor de las sombras! ¡Por la sangre de una doncella y el símbolo séptuplo, invoco a tus hijos, los que moran en las entrañas de la tierra! ¡Hijos de las profundidades que habitáis bajo la superficie de la tierra, despertad y sacudid vuestras terribles cabelleras! ¡Haced que las montañas se entremezclan y que las piedras se derrumben sobre las espadas de mis enemigos! ¡Que el cielo se oscurezca por encima de sus cabezas y la tierra se tambalee bajo sus pies! ¡Que el viento de los abismos sople y aniquile hasta el último de ellos!

Con la daga todavía en alto, quedó de pronto en suspenso. En el

tenso silencio, el viento trajo hasta él el rumor de las huestes luchando encarnizadamente en el campo de batalla.

Frente a él, al otro lado del altar, había un hombre envuelto en una capa negra cuya capucha no llegaba a ocultar unas delicadas facciones y la expresión serena y meditabunda de unos oscuros ojos.

—¡Perro de basura! —susurró Xaltotun, y su voz sonaba como el silbido de una serpiente en cólera—. ¿Estás loco o es que buscas tu perdición? ¡A mí, Baal! ¡Chirón!

—¡Repite tu llamada, perro de Aquerón! —replicó el otro, riendo—. ¡Llámalos en voz alta! ¡No te oirán, a menos que tus gritos resuenen en el infierno!

Detrás de una zarza surgió una siniestra anciana ataviada al uso campesino. Sus cabellos flotaban libremente al viento y un gran lobo gris la seguía de cerca.

—Una bruja, un sacerdote y un lobo —murmuró Xaltotun desdeñosamente y entre risas—. ¡Insensatos! ¿Cómo os atrevéis a oponer vuestra estúpida cháchara a mis poderosas artes? ¡Con un solo gesto de mi mano puedo borraros de mi vista para siempre!

—Tus artes son ahora como briznas de paja en pleno corazón de un vendaval, perro de Python —respondió el otro—. ¿Te has preguntado, acaso, por qué las aguas del Shirki no crecieron, ni dejaron aislado a Conan en la otra orilla? Cuando vi los relámpagos en la noche adiviné tu plan, y mis hechizos disolvieron las nubes por ti invocadas antes de que acabaran de descargar su torrencial contenido. Ni siquiera te habías percatado del fracaso de tu maniobra.

—¡Mientes! —rugió Xaltotun, pero algo en su voz denotaba que la confianza comenzaba a fallarle—. Es cierto que sentí la fuerza de una magia poderosa oponiéndose a la mía; pero no hay nadie en este mundo capaz de anular la lluvia mágica, una vez que esta ha sido creada, a menos que posea el corazón mismo de la hechicería.

—El hecho es que la riada que planeaste no llegó a producirse —manifestó Hadrathus—. ¡Mira a tus aliados allá abajo, pythonio! ¡Les has conducido a la muerte! ¡Han caído en la trampa y tú no puedes ayudarles! ¡Mira!

Hadrathus señaló hacia abajo. Por el angosto desfiladero de la parte alta del valle se acercaba un jinete al galope, alzando sobre su cabeza algo que lanzaba destellos al sol. Galopó temerariamente

ladera abajo, entre las filas de los gunderlandos, que lanzaron un profundo rugido y retrocedieron entre el estrépito de metales. Sobre los terraplenes, los caballos de las huestes aquilonias, empapados de sudor, se encabritaron, piafando enloquecidos. El jinete se detuvo y blandió el objeto como un demente. Era el jirón de una bandera escarlata, cuya serpiente de escamas doradas lanzaba destellos el sol del mediodía.

—¡Valerio ha muerto! —exclamó Hadrathus—. ¡Un poco de niebla y unos tambores bastaron para conducirlo a la perdición! ¡Yo creé esa niebla, perro pythonio, y yo la dispersé! ¡Mi magia es más poderosa que la tuya!

—¿Y qué importa eso ahora? —rugió Xaltotun con aspecto aterrador, el rostro contraído y los ojos llameantes—. Valerio era un insensato y no lo necesito. ¡Puedo aniquilar a Conan sin ayuda humana!

—¿Y a qué esperas? —se burló Hadrathus—. ¿Por qué has permitido semejante matanza entre tus aliados?

—¡Porque la sangre fortalece los poderes mágicos! —rugió Xaltotun con una voz que hizo temblar a las montañas. Un misterioso halo rodeó su cabeza—. ¡Porque no hay mago que desperdicie su fuerza inútilmente! ¡Porque deseo conservar mis poderes para los grandes días que se avecinan, en lugar de emplearlos en una rencilla entre estúpidos labriegos! ¡Pero ahora comprobaréis, por Set, hasta dónde llega mi poder! ¡Observa, perro asurio, falso sacerdote de un dios decadente! ¡Contempla un espectáculo que hará nublar tu razón para siempre!

Hadrathus echó hacia atrás la cabeza, al tiempo que de su garganta surgía una carcajada infernal.

—¡Mira esto, chacal de Python!

De entre los pliegues de su manto sacó un objeto que relucía y centelleaba al sol, transformando la luz en un destello dorado que iluminó el rostro de Xaltotun durante breves instantes haciéndolo aparecer como el de un cadáver.

El brujo lanzó un grito como si hubiera sido apuñalado.

—¡El Corazón! ¡El Corazón de Arimán! —¡Sí! ¡El único poder que supera al tuyo!

Xaltotun pareció encogerse y envejecer. Sus cabellos y su barba se tornaron blancos de repente.

—¡El Corazón! —musitó—. ¡Tú me lo has robado, infame ladrón!

—No fui yo quien te lo sustrajo —agregó Hadrathus—. Pero ahora está en mis manos y tus negras artes nada pueden contra él. Del mismo modo que te resucitó, volverá a arrojarte a la noche de la cual te sacó. Desandarás el oscuro camino de Aquerón, el camino del silencio y la muerte. El negro imperio no resurgirá del polvo, sino que perdurará en las mentes de los hombres como una leyenda siniestra.

Conan volverá a reinar y el Corazón de Arimán quedará de nuevo oculto en la cripta del templo de Mitra, donde brillará durante un milenio como símbolo del poder de Aquilonia.

Xaltotun lanzó un grito sobrenatural y se abalanzó sobre el altar con la daga en alto. Pero de algún lugar impreciso —tal vez en el cielo, o quizás de la gran gema que brillaba en la mano de Hadrathus —surgió un rayo de luz cegadora. Cuando el rayo se clavó en el pecho de Xaltotun, las montañas resonaron con mil ecos. El brujo de Aquerón cayó al suelo como fulminado y, antes de tocar la tierra, su cuerpo se había transformado horriblemente. Ante el altar no quedó el cuerpo de un hombre recién muerto, sino una acartonada momia, un cadáver enjuto, reseco y negruzco que en nada recordaba a Xaltotun.

La vieja Zelata lo miró sombríamente.

—No era un ser viviente —dijo—. El Corazón le prestó una falsa apariencia humana que hasta a él mismo engañó. Yo siempre lo vi como la momia que era.

Hadrathus se inclinó para desatar a la muchacha que permanecía tendida sobre el altar de piedra, cuando, de entre los árboles, surgió una extraña aparición: el carruaje de Xaltotun tirado por sus misteriosos caballos. Los animales avanzaron en extraño silencio y se detuvieron ante el cadáver momificado del brujo. Hadrathus levantó el cuerpo y lo depositó sobre el carruaje. Sin la menor vacilación, los corceles giraron y se encaminaron ladera abajo hacia el sur. Hadrathus, Zelata y el lobo lo siguieron con la vista hasta que se perdió en el largo camino de Aquerón, más allá del entendimiento de los hombres.

Abajo, en el valle, Amalric se irguió en su cabalgadura al ver a un jinete que llegaba galopando por las laderas y haciendo ondear

el jirón manchado de sangre de la divisa de la serpiente dorada.

Instintivamente volvió la cabeza hacia el monte conocido como el Altar del Rey y sus labios se entreabrieron en señal de sorpresa. Todos los hombres del valle vieron cómo un rayo de luz fulgurante descendía hasta la cima del monte, iluminando el cielo por breves instantes y haciendo palidecer al mismísimo sol.

—¡Esa no es la señal de Xaltotun! —rugió el barón.

—¡No! —replicó Tarascus—. ¡Es una señal dirigida a los aquilonios! ¡Mira!

Por encima de ellos, las filas enemigas comenzaban a moverse por fin, y un rumor sordo se extendió como un trueno por todo el valle.

—¡Xaltotun ha vuelto a fracasar! —gritó Amalric, enrojeciendo de cólera—. ¡Y también Valerio ha fracasado! ¡Hemos caído en una trampa! ¡Que Mitra maldiga a Xaltotun; por su culpa estamos aquí! ¡Ordena inmediatamente la retirada!

—¡Demasiado tarde! —exclamó Tarascus—. ¡Mira!

Arriba, en las laderas, el bosque de lanzas comenzaba a moverse. Las filas de los gunderlandos se dividieron a derecha e izquierda como una cortina que se abre a galope. Y, con gran estruendo, los caballeros de Aquilonia emprendieron el galope hacia el valle.

El ímpetu de la carga fue irresistible. Los arqueros, desmoralizados, erraban casi siempre sus tiros, que iban a rebotar en los escudos y en los cascos de los jinetes. Con las lanzas bajadas y los penachos y pendones ondeando tras ellos, los caballeros dejaron atrás las filas de los lanceros y se precipitaron por los taludes como una ola.

Amalric dio la orden de cargar, y los nemedios, en una desesperada muestra de valor, espolearon a sus monturas para salir a su encuentro. Todavía superaban en número a sus enemigos.

Pero estaban tan exhaustos como sus corceles y la carga se efectuaba cuesta arriba. Sus oponentes apenas habían participado en la lucha y sus caballos estaban frescos y descansados. Con la fuerza de un alud, embistieron contra las tropas de Amalric que, al primer ataque, se desgajaron y se abrieron, desorganizándose sus líneas.

Tras ellos llegaban los infantes gunderlandos, sedientos de sangre, y los bosonios que cubrían las laderas remataron a los

heridos que aún se movían.

Los arqueros nemedios arrojaron sus armas para emprender la huida. Los lanceros de infantería que sobrevivieron a la demoledora carga de los jinetes de Conan fueron aniquilados sin compasión por los gunderlandos.

En salvaje confusión, la batalla se propagó a la desembocadura del valle, prendiendo como una llamarada en la llanura que se extendía tras ella. La planicie era un hervidero de soldados, una mezcolanza de perseguidos y perseguidores. Los nemedios se hallaban exhaustos, destrozados, incapaces de reagruparse o de oponer resistencia. Rompían filas a millares y huían hacia el río en desbandada. Los que lograban llegar, lo cruzaban en dirección al este. Pero por todas partes salían gentes que los perseguían y les daban caza como a alimañas. Muy pocos llegaron a Tarantia.

La derrota no fue definitiva hasta la caída de Amalric. El barón, tratando en vano de reagrupar a sus huestes, se dirigió al galope hacia el grupo de caballeros que escoltaba al gigante de negra armadura, en cuya chaqueta lucía la insignia del león real y sobre cuya cabeza ondeaba la bandera del león dorado y el leopardo escarlata de Poitain. Un guerrero alto y de reluciente armadura bajó su lanza y cargó contra el barón. Su encuentro fue como el estallido de un trueno. La lanza del nemedio rompió el casco de su enemigo, que rodó por el suelo con estrépito, dejando al descubierto el rostro de Pallantides. Pero la lanza de este se hundía en el corazón de Amalric.

Un rugido surgió entre las tropas cuando Amalric cayó de su silla, rompiéndose la lanza que ensartaba su cuerpo. Los pocos nemedios que quedaban huyeron en loca desbandada hacia las orillas del río. La hora del Dragón había llegado a su fin.

Tarascus no huyó. Amalric había muerto, y el abanderado yacía en el suelo junto al estandarte real, un amasijo de tela manchado de sangre y barro. Casi todos sus caballeros habían huido y eran perseguidos con saña por los jinetes aquilonios. Tarascus sabía que todo estaba perdido, pero, en unión de un puñado de leales seguidores, se internó entre las tropas enemigas repartiendo mandobles y con un único deseo martilleándole el cerebro: enfrentarse a Conan el Cimmerio. Y por fin consiguió su propósito.

La formación de las tropas había quedado destruida por

completo y continuamente se desgajaban grupos dispersos de las unidades centrales. La cimera del yelmo de Trocero lanzaba destellos desde un extremo del llano, mientras que las de Próspero y Pallantides lo hacían desde el opuesto. Conan estaba solo. Los seguidores de Tarascus habían caído uno tras otro. Los dos reyes se encontraron frente a frente.

Al salir al encuentro del cimmerio, el caballo de Tarascus tropezó y cayó desplomado sobre el suelo.

Conan se bajó del caballo de un salto y corrió hacia Tarascus en el momento en que el rey de Nemedia se desembarazaba del caballo para ponerse en pie. Brillaron los aceros bajo el sol y el choque de los metales arrancó chispas azules a las espadas. El cuerpo de Tarascus cayó pesadamente al suelo bajo un violento mandoble de Conan.

El cimmerio, colocando su férreo pie sobre el pecho de su enemigo, alzó la espada. Su casco había caído al suelo en la violencia de la lucha. Con un gesto echó hacia atrás su negra melena, los ojos centelleantes con el fuego apasionado de antaño.

—¿Te rindes?

—¿Me estás perdonando la vida? —preguntó el nemedio con extrañeza.

—Sí; estoy dispuesto a concederte la vida a ti y a aquellos de tus hombres que depongan las armas.

Aunque debería abrirte la cabeza aquí mismo, perro, en agradecimiento a tu amistoso y leal comportamiento.

Tarascus volvió penosamente la cabeza y miró hacia la llanura. Los restos de las tropas nemedias huían por el puente de piedra, perseguidos de cerca por un enjambre de aquilonios victoriosos y sedientos de venganza. Los bosonios y gunderlandos se desperdigaban por el campamento enemigo, rasgando las tiendas con sus espadas en busca de botín y volcando los carromatos de vituallas.

Tarascus lanzó una maldición y, con un gesto que denotaba su impotencia ante las circunstancias, se encogió de hombros.

—Está bien —dijo al fin—. No tengo elección. ¿Cuáles son tus condiciones?

—Harás que se rindan a mí todas las tropas que mantienes en Aquilonia. Ordenarás a las guarniciones que abandonen los

castillos, plazas fuertes y ciudades, junto con sus armas. Y sacarás de Aquilonia a tus malditos ejércitos. Además, me serán entregados todos los aquilonios que vendisteis como esclavos y pagarás una indemnización que fijaremos más tarde, cuando hayan sido evaluados los daños causados a mi reino por la invasión de tus huestes. Tú serás mi rehén hasta que sé hayan cumplido todas estas condiciones.

—Acepto —dijo Tarascus—. Mis guarniciones abandonarán sin resistencia las ciudades y los castillos. También cumpliré el resto de tus peticiones. Pero ¿qué rescate exigirás por mi persona?

Conan rio enigmáticamente y, apartando el pie de la coraza de su enemigo, lo aferró por un brazo y lo obligó a levantarse. Ya había comenzado a hablar cuando vio que Hadrathus se acercaba. El sacerdote avanzaba tan seguro y sereno como siempre, entre hileras de cadáveres y caballos muertos.

Con la mano empapada en sangre, Conan se limpió el sudor que resbalaba por su frente. Había combatido durante toda la jornada, primero a pie junto a sus lanceros, y a caballo después, encabezando la carga que resultó decisiva. La chaqueta que cubría su armadura había desaparecido arrancada a jirones. Los golpes de espada, maza y hacha habían abollado su coraza, que mostraba salpicaduras de sangre por todas partes. Su figura destacaba como la de un gigante contra el fondo de destrucción y muerte, como un sombrío héroe de la mitología pagana.

—¡Buen trabajo, Hadrathus! —dijo Conan con vehemencia—. ¡Por Crom que me alegré de ver tu señal! Mis caballeros ardían de impaciencia por entrar en combate y apenas podía contenerlos. ¿Qué ha sido del brujo?

—Regresa por el lóbrego camino de Aquerón, que lo devuelve a las tinieblas y el olvido. En cuanto a mí —agregó el sacerdote—, parto para Tarantia. Mi labor aquí ha concluido y un cometido de gran importancia me espera en el templo de Mitra. Todo lo que podíamos hacer, se ha hecho. En este campo hemos redimido a Aquilonia… y no solo a Aquilonia. Tu regreso a la capital será una marcha triunfal a través de un reino enloquecido de júbilo. Toda Aquilonia se estremecerá de gozo ante el regreso de su rey. Así, pues, nos veremos de nuevo en el gran salón del trono. ¡Hasta pronto!

Conan permaneció en silencio observando al sacerdote mientras se alejaba. De todos los puntos del campo los caballeros galopaban al encuentro del cimmerio. Vio a Pallantides, a Trocero, a Próspero, y a Servius Galannus, que se acercaban con las armaduras teñidas de rojo. El estruendo de la batalla comenzaba a dejar paso a un clamor de triunfo y entusiasmo. Todos los ojos, enrojecidos por el esfuerzo y la polvareda del valle, pero brillantes de júbilo y exaltación, estaban fijos en la negra y gigantesca figura del rey. Se alzaban en alto los brazos revestidos de malla blandiendo espadas victoriosas. Un confuso rumor fue abriéndose paso como un torrente, hasta hacerse claro y unánime:

—¡Salve, Conan, rey de Aquilonia!

Entonces habló Tarascus:

—Aún no me has dicho lo que piensas pedir por mi rescate.

Conan sonrió mientras envainaba su espada. Estiró sus poderosos brazos y con los dedos cubiertos de sangre reseca se alisó la rebelde cabellera, como si sintiera sobre ella el peso de la corona recién recuperada.

—En tu serrallo hay una muchacha llamada Zenobia, ¿no es así?

—En efecto, así es.

—Pues bien —manifestó el rey con gesto placentero, como si a su memoria aflorara un recuerdo—, ella será tu rescate. Cumpliendo mi promesa, iré a Belverus en su busca. Esa muchacha era una esclava en Nemedia, ¡pero yo la convertiré en reina de Aquilonia!



ROBERT E. HOWARD (Peaster, Estados Unidos, 1906 - Cross Plains, 1936). Escritor estadounidense de aventuras históricas y fantásticas, publicadas principalmente en la revista *Weird Tales* en los años 1930. Se le considera como uno de los padres del subgénero conocido como «espada y brujería» y es mundialmente conocido por ser el creador de afamados personajes populares como Conan el Bárbaro, Kull de Atlantis y Solomon Kane. Es, junto con J. R. R. Tolkien, uno de los escritores más influyentes de la fantasía heroica moderna.

Hijo de Isaac Mordecai Howard y Hester Jane Ervin Howard. Su familia vivió en varios lugares del sur, este y oeste de Texas, además del oeste de Oklahoma, antes de asentarse en pleno centro del estado, en Cross Plains (1919). Muy enfermizo, se transformó en adicto al gimnasio y llegó a ser un joven fornido y apuesto, pero solitario, introvertido y huraño, de forma que apenas tuvo amigos, salvo los epistolares que hizo entre los escritores del círculo de Howard P. Lovecraft, autor con quien empezó a cartearse en 1924. Los temas que le interesaban eran, sobre todo, los conflictos entre civilización y barbarie (con una preferencia nietzscheana por esta última), las teorías geológicas e históricas, la decadencia de las

razas y la eugenesia. Desde 1923 empezó a sentir fuertes depresiones y tuvo varios intentos de suicidio. Su madre, que se llevaba muy mal con su padre, fue con él sobreprotectora y la relación entre ellos se hizo tan estrecha que, cuando su madre quedó en coma irreversible, el escritor, a sus treinta años, prefirió suicidarse de un tiro.

Consagraba su tiempo a la lectura de libros de historia y llegó a acumular una erudición notable; empezó a escribir con quince años y a los dieciocho vendió su primer relato, *La lanza y la espada* (diciembre de 1932), a la revista de ficción popular y papel barato (*pulp*) *Weird Tales*, lugar donde se publicó la mayor parte de su obra. En 1934 ya era el principal autor de la revista, en diez de cuyos doce números publicó, llevándose la portada en cuatro ocasiones; con este éxito se echó una novia, Novalyne Price, una maestra de Cross Plains, a pesar de la oposición de sus padres y empezó a hacer más realistas sus historias; pero en 1935 su novia le dejó por uno de sus escasos amigos y el editor de *Weird Tales*, que le debía 800 dólares, rechazó uno de sus relatos; su madre enfermó de tuberculosis y empezaron los problemas económicos no solo para él, sino para todo el país, postrado en medio de la Gran Depresión; entonces escribió el que consideraba su mejor relato, *Clavos rojos*, donde la barbarie desaparece y la civilización se destruye a sí misma en un relato protagonizado por Conan, a quien se disputan la pirata Valeria y la bruja Tascela en medio de una guerra civil que enfrenta a dos hermanos, presunta alegoría de la relación entre Howard, Novalyne Price, el amigo traidor y los padres del escritor. La crítica coincide en considerar este relato y *Más allá del río Negro* como las mejores historias de Conan.

En estas revistas *pulp*, de precio asequible, Howard creó una pléyade de héroes de la narrativa de ficción, casi siempre bárbaros que llegaban a ser reyes como Kull de Atlantis o Conan el Cimmerio; Solomon Kane, un puritano inglés armado con un talismán vudú; aventureros pictos y celtas en la Britania romana; el boxeador Steve Costigan; novelas del oeste estadounidense y un sinfín de géneros, incluido el erótico, que lo avergonzaba. El espacio en que se mueven estos personajes en realidad es un trasunto de las tierras fronterizas de Texas.

Su personaje más importante fue Conan, que el público descubrió en el relato *El fénix en la espada*, publicado por primera vez en diciembre de 1932. Fue probablemente para este personaje para quien Howard escribió sus mejores páginas.

Howard coincidió con otros autores de la época como Lovecraft (quien le otorgaría el apelativo amistoso de *Bob Two-Gun*, «Bob Dos Pistolas», en alusión a su origen texano) y Clark Ashton Smith, que influyeron de alguna manera en su obra en lo que vino en llamarse el «Círculo de Lovecraft». Así, los protagonistas de algunos relatos de Howard llegan a encontrarse con las criaturas ideadas por Lovecraft y viceversa.

El 11 de junio de 1936, hacia las ocho de la mañana, después de que su madre entrara en coma debido a la tuberculosis, Howard se sentó en la parte delantera de su coche y se disparó en la cabeza con un Colt del calibre 38. Murió a las cuatro de ese mismo día y su madre falleció al día siguiente. Compartieron funeral el 14 de junio y ambos fueron enterrados en el cementerio de Greenleaf en Brownwood.